

Frank Harris

LA BOMBA

The Bomb

**Los orígenes
del Primero de Mayo**



El 4 de mayo de 1886, en el transcurso de las luchas obreras por la jornada de ocho horas, se arrojó un artefacto explosivo contra un grupo de policías en el Haymarket de Chicago.

Frank Harris en esta novela cuenta la historia de la tragedia centrándose en la vida de Louis Lingg, uno de los condenados, más tarde reconocidos como *los mártires de Chicago*, que logró eludir la horca autoinmolándose en la cárcel, y al que describe como un incipiente socialdemócrata autodenominado anarquista, pero que a diferencia de éstos no busca con sus acciones despertar a las muchedumbres mediante un acto de *propaganda por la acción* para que éstas se liberen de sus cadenas, sino que actúa como mera respuesta a los asesinatos de la policía en una especie de venganza, lo que lo convertiría en un simple nihilista.

Forma temprana de “novela proletaria”, *The bomb* está narrada en primera persona por uno de los acusados, Rudolph Schnaubelt que logró burlar a la policía, y al que Frank Harris identifica como el autor del atentado.

Si bien la adscripción ideológica de Lingg no está muy bien descrita, la novela es fiel a los hechos históricos y atrapa al lector desde la primera línea.

Frank Harris

LA BOMBA

Los orígenes del Primero de Mayo

The bomb (1908)

Recuperado en: www.ibiblio.org



The Anarchist Library Anti–Copyright

theanarchistlibrary.org

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Rudolph Schnaubelt

ÍNDICE

Introducción de John Dos Passos

Prólogo a la primera edición americana (1909)

Epílogo de la segunda edición americana (1920)

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

INTRODUCCIÓN

John Dos Passos (1963)

Frank Harris era un hombrecillo objetable. Era cetrino como un gitano. Tenía orejas de murciélago, cabello oscuro con una arruga que crecía en la frente y un bigote truculento. La gente destacaba la riqueza de su voz de bajo. Su encanto era genial, especialmente para el sexo opuesto. Tenía el don de la palabra en un grado sublime y una veta de profundo sinvergüenza que lo arruinaba.

Narrador natural, los cuentos exagerados impregnaron su vida privada de tal manera que sus biógrafos se esforzaron por desentrañar cualquier hecho de la red de ficción que tejía sobre sí mismo. Particularmente en los años veinte, cuando estaba editando la revista *Pearson* en Nueva York, solía haber una considerable búsqueda periodística del “verdadero Frank Harris”. Uno se pregunta ahora si tal criatura existió alguna vez. Escribió algunos buenos cuentos. Podría haberse convertido en un novelista de primer nivel si no hubiera sido tan maldito mentiroso.

Aunque a veces nombró a Brighton, Inglaterra, como su bella ciudad natal, en medio de otras variantes de su *curriculum vitae*, parece probable que viese la luz por primera vez en

Galway, en la costa oeste de Irlanda, el día de San Valentín en 1856, y que fue bautizado James Thomas Harris. Sus padres, probablemente galeses, eran hermanos en Plymouth de las sectas protestantes más fundamentalistas. Su madre murió cuando él era muy pequeño. Su padre era un marinero que se las había arreglado para ascender en la Royal Navy desde ayudante de barco hasta teniente, encargado de la recaudación de impuestos, una hazaña en aquellos días.

El padre siempre estaba en el mar. Los niños vivían desordenadamente, pasando de una pequeña escuela a otra mientras seguían los puertos de escala de su padre. Irlanda estaba en un estado de rebelión apenas reprimida. Estos fueron los días de los “problemas” fenianos. Harris, que había sido un gran lector del Capitán Marryat, contó en su vida posterior su amarga decepción porque su padre no consiguió introducirlo en la Royal Navy cuando tenía catorce años. Siempre culpaba a su padre por eso.

El pequeño Jim Harris era obviamente un joven brillante, un lector voraz con una memoria retentiva. Su padre, que quería hacer lo que creía mejor para el niño, lo envió a una escuela clásica inglesa, que él odiaba con un odio eterno. Con diez libras se las arregló para vivir allí como premio por logros académicos, se escapó a Liverpool y se compró un pasaje de tercera clase a América.

Debe haber llegado a Nueva York a principios de los setenta. Inmigrantes alemanes e irlandeses llegaban en todos los barcos. El país estaba en un estado de auge y caída

intermitentes. Algunos novatos murieron de hambre. Otros hicieron fortunas. Todo el mundo hablaba en grande.

Harris se americanizó enormemente. Decidió que su nombre fuese Frank. Como un héroe de Horatio Alger, empezó lustrando zapatos. Luego trabajó como excavador en los cajones presurizados que se usaban para construir los pilares del puente de Brooklyn de Roebling. Vio a un hombre morir y volvió a lustrar zapatos.

Su historia fue que un caballero cuyos zapatos estaba lustrando lo escuchó citar algo de latín y quedó tan impresionado que le ofreció un trabajo como empleado nocturno en un hotel de Chicago. Si podemos creer a Frank Harris, él manejaba todo el hotel a los diecisiete años. Algunos ganaderos de Texas se alojaron en su hospedería y lo indujeron a ir al oeste con ellos para hacer fortuna.

Era físicamente fornido y, según relató la historia, con una abundancia de detalles cada vez mayor, un gran hombre con las damas. Aprendió a montar en Texas y se empapó de las sagas de peleas de indios y robo de ganado a través del Río Grande. Estaba desarrollando cierta habilidad para escribir. Sus primeros artículos salieron en periódicos de la frontera. Dos de sus hermanos parecen haberse establecido en Lawrence, Kansas, y en algún momento estudió durante un año más o menos en la universidad de allí, se convirtió en ciudadano naturalizado, según cuenta su historia, y fue admitido en el colegio de abogados de Kansas.

Cogió la fiebre de la ganadería de la época. Especulaba con cualquier cosa. Cuando una crisis financiera acabó con sus inversiones y las de sus hermanos en el sector inmobiliario de Lawrence, se puso a trabajar para un periódico en Filadelfia. A partir de entonces, sus relatos de sus encuentros con los grandes de la literatura se vuelven tan confusos como sus relatos de éxitos amorosos. Parece que realmente estrechó la mano de Walt Whitman después de una conferencia. Habló de su visita a Emerson en Concord. Un nombre era todo lo que necesitaba para colgar una historia. Se convirtió en el gran charlatán del siglo.

En algún momento, cuando alcanzó la mayoría de edad, Frank Harris decidió que quería ser inglés en lugar de estadounidense. Las pequeñas malas prácticas, como el rumoreado soborno de los abogados de un determinado juez, pudo haber puesto la situación demasiado caliente para él en Lawrence, y posiblemente agotó sus relaciones con el profesor universitario al que estaba engañando en Filadelfia. Cuenta una historia demasiado fantástica para ser creíble, un poco parecida a *La vuelta al mundo en ochenta días* de Julio Verne, de cruzar el continente hasta San Francisco con una amante de la alta nobleza en el dormitorio de su camarote y navegar desde el Golden Gate hacia Bombay y Ciudad del Cabo. De alguna manera, consiguió ir de Filadelfia a París.

Su gran admiración fue Carlyle. Lo que vio fue el París de la Revolución Francesa. Se alquiló una habitación barata en la rue St. Jacques y aprendió el idioma revisando con un diccionario *Hernani* de Hugo y *Madame Bovary*. Asistió a las conferencias de Taine en la Sorbona y enloqueció lo suficiente a ese

venerable crítico como para obtener una recomendación de él cuando la necesitaba.

Cuando se le acabó el dinero, fue a ver a su padre, que se había jubilado con media paga en Denbigh, en el hermoso valle galés de Clwyd. Dejó Denbigh a toda prisa para evitar tener que casarse con una joven que se creía comprometida con él; y, con la ayuda de amigos literarios, consiguió que lo contrataran como profesor en el Brighton College. El encuentro con el anciano Carlyle, que más tarde se convirtió en una parte importante de la leyenda de Frank Harris, pudo haber tenido lugar en Brighton, si es que tuvo lugar. Siempre, se hizo pasar por un experto en la infelicidad marital del pobre Carlyle.

Como Harris contó la historia, fue durante su estadía en Brighton cuando especuló con tanto éxito con bonos chilenos que gastó dos mil quinientas libras para financiar su educación. La enseñanza en un colegio provincial no eran las aspiraciones del joven arribista. Después de una especie de pelea con las autoridades de la universidad, se supo de repente que Frank Harris era corresponsal de guerra en Moscú para la prensa estadounidense, adjunto al gran general pan-eslavista Skobeliev en su corta guerra contra los turcos. Luego apareció en Heidelberg, escuchando una conferencia de Kuno Fischer sobre Shakespeare. Como escritor, planeaba seguir el modelo de Carlyle. Le envió a Carlyle para su crítica una novela del salvaje oeste que estaba escribiendo. Como Carlyle estaba saturado de erudición alemana, Harris se vio obligado a buscar su educación en Alemania.

Expulsado de Heidelberg, según contó, por derribar a un estudiante que le insultaba con el puño, se trasladó a Göttingen y Berlín. Dominó el alemán, leyó a Goethe y Heine y asimiló todas las teorías socialistas a partir de las cuales Bismark estaba construyendo su estado de bienestar como baluarte de la autocracia hohenzollern. “Héroes y adoración de héroes”. El Canciller de Hierro se convirtió en su gran admiración, así como en inglés, Shakespeare era su dios.

Los estudiantes europeos de los años posteriores a la guerra franco–prusiana estaban obsesionados con el socialismo y el sexo, las dos puntas de la revuelta de los intelectuales contra el orden establecido. En Viena, Freud pronto estaría incitando a sus pacientes a tener sueños eróticos. En Londres, Marx diseccionaba el capitalismo en la biblioteca del Museo Británico. Frank Harris completó su *periplo* con una gran gira que lo llevó a Florencia, Atenas y Constantinopla. Nunca se cansaba de hablar de sexo. Soltando *cuentos drolatiques*¹ sobre la cama cosmopolita, regresó a París. Allí, según su propia confesión, se convirtió en amigo íntimo de Guy de Maupassant. De alguna manera perdió a Turgenev.

A la edad de veintisiete años, Frank Harris, hormigueante de lujuria, codicia y ambición, estaba listo para enfrentarse a la nebulosa capital del mundo victoriano. Escribió sobre Londres como una mujer “con faldas rasgadas y mojadas”, con “ojos gloriosos que iluminaban su rostro pálido y húmedo”. De alguna manera presento a Froude una carta que le había escrito Carlyle. Fue como un poeta que se mostraba por primera vez presentándose a sí mismo como un

1 A imitación de Pantagruel

estadounidense, un irlandés o un inglés según lo exigía la ocasión. Según la historia de Harris, Froude lo presentó a la sociedad literaria con una gran cena.

Sea como fuere, en el verano de 1883 Harris solo había logrado publicar una ocasional reseña de libro en el *Spectator*. Su dinero debe haberse agotado porque pronto nos enteramos de que ganaba poco como reportero del *Evening News*.

Había vuelto de Alemania socialista. No desdeñó dejar que su voz se escuchara en reuniones radicales en Hyde Park. Fue en una reunión socialista donde conoció a Shaw. Dijo que le presentaron a Karl Marx y que el autor de *Das Kapital* estaba lleno de amorosa bondad. Cuando Harris le dijo que había escrito el mejor libro desde *La riqueza de las naciones*, éste dijo que el alemán de Harris era *maravilloso*.

Socialistas, comunistas, anarquistas eran todos un montón en esos días. Se rumoreaba que algunos oradores de Hyde Park estaban subvencionados por el partido Conservador para socavar a los liberales dominantes de Gladstone. Kropotkin olió al *agente provocador* en el simplista joven Harris y advirtió a sus discípulos que se alejaran de él.

Frank Harris estaba arrastrando la miserable vida de aprendiz de escritor en una pensión de Bloomsbury cuando, de repente, irrumpió en Fleet Street como editor jefe del *Evening News*. Es típico de la carrera de Harris que la explicación más creíble de su repentino salto a la fortuna se encuentre en una novela llamada *Las aventuras de John Johns*, un éxito de ventas en su

día, que según un chisme del Café Royal, se basó en la carrera de Harris. John Johns se convirtió en editor de un importante periódico londinense al acostarse con la esposa del editor.

Editó el *Evening News* durante varios años con gran éxito. Como editor, era hábil, ingenioso y despiadado. Al utilizar los métodos de generar sensaciones que pronto traerían tanto éxito a William Randolph Hearst en Estados Unidos, convirtió el periódico de un pasivo en un activo para los propietarios en unos pocos meses. Años más tarde explicó a unos amigos periodistas que cuando tomó por primera vez la hoja su idea fue editarla como un erudito cosmopolita de veintiocho años. “Nadie quería mis opiniones; pero cuando comencé a bajar el listón editándolo como me sentía a los veinte, luego a los dieciocho, luego a los dieciséis, tuve más éxito; y cuando llegué a mis gustos de los catorce años, encontré respuesta instantánea. Besar y pelear eran las únicas cosas que me importaban a los catorce, y estas son las cosas que el público inglés desea y disfruta hoy”.

Como editor del *Evening News*, a pesar del descrédito de esa hoja de escándalos entre los hombres de buena voluntad, Frank Harris se convirtió en una figura de la sociedad londinense. Iba vestido por los mejores sastres de Bond Street, adoptó tacones altos españoles para parecer menos diminuto y fue admitido en varios clubs. Para un hombre con una carrera literaria, aparecer en el *Evening News* fue un trampolín. Aunque Harris ya se había hecho famoso por su agilidad social, el público lector inglés descubrió con asombro que este joven advenedizo, un simple muchacho de treinta años que había aparecido de la nada, iba a editar la *Revista*

Quincenal. The *Fortnightly Review* era la revista literaria más respetable de Inglaterra, pero la respetabilidad no garantizaba su circulación. Frank Harris fue un constructor de tiraje en el sentido moderno.

Los ocho años que dirigió la *Revista Quincenal* y los cuatro años que siguieron como propietario de *Saturday Review* constituyeron el período culminante de su vida. Fue el centro literario de los noventa. Descubrió a H G Wells. Lanzó a Shaw como crítico de teatro. Animó a Cunninghame Graham y Max Beerbohm. Publicó a Swinburne y a Oscar Wilde y Beardsley. A pesar de una relación continua con Laura Clapton, que publicitó como el gran amor de su vida, se casó con una viuda adinerada con una casa en Park Lane. Sus almuerzos en Park Lane o en el Café Royal eran notorios, donde le gustaba sentar a sus invitados en una mesa ovalada en el centro del restaurante para que todo Londres pudiera escuchar sus burlas e indiscreciones. Su memoria le sirvió bien. En una sociedad que aprecia la buena conversación, su discurso fue un volcán de anécdotas y paradojas, mezclado con las escabrosas revelaciones que tanto emocionaban a los mojigatos victorianos.

“La modestia”, afirmó, es “la hoja de parra de la mediocridad”. Era el descarado por excelencia. Cuando se jactó ante Oscar Wilde de que lo habían invitado a todas las grandes casas de Londres, Wilde le hizo su famosa réplica: “Pero nunca más de una vez, Frank”.

Él era el *arribista* que nunca llegó del todo. Su esposa pronto se cansó de sus infidelidades y del derroche de su dinero para

interminables especulaciones en las zonas más sombrías de la City. Luego circularon cosas extrañas sobre sus hábitos personales. Comedor y bebedor colosal que había empezado a utilizar el lavado estomacal después de las comidas como sustituto del vomitorium romano. Sus abogados acordaron distanciarse.

Después de un período de apertura, las fuerzas de la respetabilidad británica volvieron a ganar terreno. Un síntoma fue el juicio y la persecución venenosa a Oscar Wilde. Otro fue el hecho de que Harris fuera contratado como editor del *Quincenal*. Según su relato, la dirección se opuso a un artículo que describía, sin condenarlos, a algunos anarquistas franceses que lanzaban bombas y al pago de cincuenta libras a Swinburne por un poema que consideraban sedicioso.

El *Saturday Review* tuvo un retroceso. Como líder de opinión ya se estaba replegando. Otras estrellas del Café Royal, Lord Alfred Douglas y Oscar Wilde, se desvanecían en la degradación y la ignominia. Bernard Shaw se salvó gracias a su sentido del humor y la completa monogamia de su vida personal. Wells, que mantuvo su bohemia en privado, quedó consagrado en los corazones de los suburbios por su mezcla de ciencia ficción con idealismo social. El libertinaje estaba pasando de moda. Harris se convirtió en hombre de causas perdidas.

Defendió a Wilde y Havelock Ellis. Tomó el lado impopular en la Guerra de los Bóers. Atacó el imperialismo británico, la mojigatería y la hipocresía y los poemas de Alfred, Lord Tennyson.

Su vida estuvo llena de medidas desesperadas para recaudar dinero, tuvo tratos con operadores de almacenes, usó sus conexiones sociales para promover la venta de valores públicos. Había aprendido a vivir al estilo de los grandes duques. Se había convertido en un adicto al Hotel du Cap en Antibes, muy frecuentado por los literatos británicos en esos días. Posiblemente con la esperanza de sacar provecho de la amistad, que nos aseguran fue platónica, de la rica dama estadounidense que entonces era princesa de Mónaco. Invirtió en un hotel de Montecarlo y luego en otro en Eze. Había empezado a creerse sus propias historias sobre su éxito juvenil en el negocio hotelero de Chicago. Su suerte había cambiado. Todos estos proyectos le salieron mal.

Tenía que ganarse la vida escribiendo. Sus historias sobre el oeste americano siempre habían llamado la atención cuando las contaba desde la cabecera de la mesa. Empezó a escribirlas. Su estilo fue contundente y claro. Tenía impulso narrativo. Sus primeras publicaciones son cuentos de tipo americano. Luego intentó emular el éxito de *Carmen* de Prosper Mérimée con una novela sobre un torero al que llamó “Montes el Matador”. Montes fue un gran éxito. George Meredith lo elogió porque los sentimientos del toro estaban muy bien descritos. La caza de Harris con los sabuesos no le había traído la riqueza y la posición que ansiaba. De ahora en adelante correría con las liebres.

Ahora, “en desgracia con la fortuna a los ojos de los hombres”, como había dicho su amado Shakespeare, se encontraba cada vez más del lado de los explotados y los desafortunados. Escribía con intención. Destrozaba la

complacencia de los ricos victorianos que lo habían rechazado. Después de un viaje apresurado en 1908 a Estados Unidos para refrescar su memoria de Chicago, publicó *The Bomb*.

Cuando el 4 de mayo de 1886, en el transcurso de los disturbios que acompañaron a una ola de agitación por la jornada de ocho horas, se arrojó una bomba contra un grupo de policías que avanzaba para disolver una reunión de protesta en el Haymarket de Chicago, la prensa británica se unió a la prensa estadounidense en una denuncia desmedida de los anarquistas.

Frank Harris seguía buscando a tientas la mentalidad de sus catorce años de editor del *Evening News*. No fue hasta muchos meses después que apareció en sus columnas algún rastro de los sentimientos del antiguo orador de Hyde Park. Incluso entonces, aunque en privado parece haber dudado de la culpabilidad de los anarquistas acusados, su nombre no apareció junto al de su amigo George Bernard Shaw, ni al de William Morris o Peter Kropotkin, en un llamamiento de amnistía aprobado por una reunión de protesta en Londres en el otoño de 1887. El vividor de Park Lane difícilmente podía asociarse con las sucias reuniones masivas de sectarios radicales.

Para cuando Harris recogió la historia, los ahorcados habían sido rehabilitados en opinión de un amplio sector de la opinión estadounidense. El gobernador John P. Altgeld de Illinois, con una rara exhibición de valentía cívica, perdonó a los dos sobrevivientes en 1892. Altgeld fue más allá. En un análisis cuidadoso del juicio, demostró, para satisfacción de la mayoría

de los ciudadanos imparciales, que aunque los anarquistas de Chicago podrían haber sido culpables de incitar a los disturbios, eran inocentes de conspiración para cometer asesinato o del lanzamiento de bombas en sí. La búsqueda de justicia de Altgeld fue la ruina de su carrera como político.

La bomba bien podría clasificarse como una forma temprana de novela “proletaria”.

No sé si Frank Harris es un “gran” escritor o no. Tenía empuje y fuerza. Tenía una habilidad especial para dibujar personajes. Su escritura se compara con la de Wells o Kipling como ejemplo del límpido estilo inglés de la época. Fue en gran medida un precursor.

Como editor de periódico, presagió el sensacionalismo de la prensa inglesa barata de nuestros días. En *Shakespeare, el hombre*, lideró el esfuerzo por salvar a los muertos encumbrados de los embalsamadores. Quizás amaba a Shakespeare “demasiado bien, aunque no sabiamente”. Con sus *Contemporary Portraits* introdujo en inglés con entretenidos resultados una cepa francesa de periodismo literario. En *My Life and Loves*, y en el material pornográfico que vendía patéticamente de puerta en puerta en la última parte de su vida, anticipó la avalancha de obscenidades que ahora obstruyen el mercado literario.

Los críticos se han quejado de inexactitudes históricas en *La bomba*. Es fiel a las emociones de la época. Elegir a Rudolph Schnaubelt, el hombre que desapareció, como terrorista, es una conjetura tan buena como cualquier otra. Si alguien supo

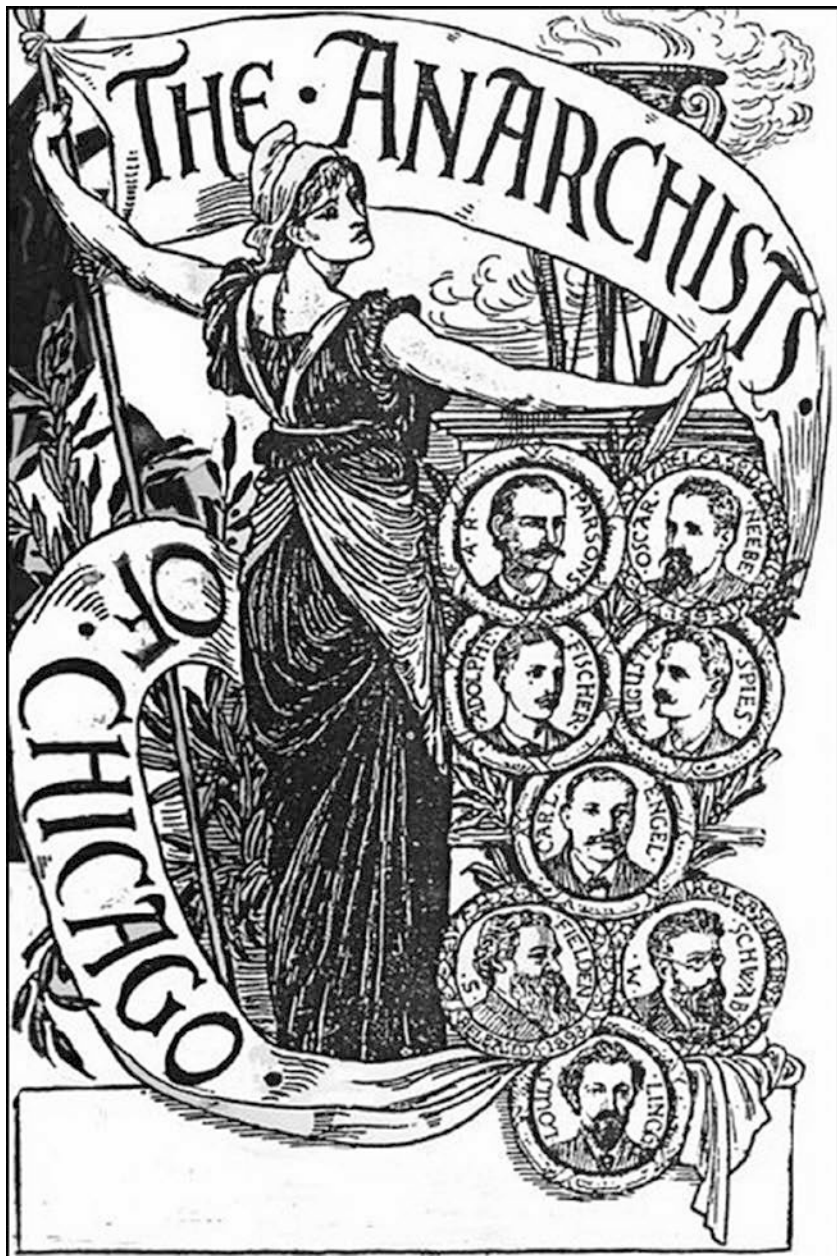
quién lanzó la bomba, ha mantenido la boca cerrada hasta el día de hoy.

Harris cayó en un anacronismo en su descripción de la construcción del puente de Brooklyn, que se refiere a principios de los setenta en lugar de a principios de los ochenta, pero tuvo que trabajar con sus propias experiencias y recuerdos. Medio siglo después de la primera publicación del libro, el lector encontrará singularmente convincente la recreación del estado de ánimo de la época.

Mirando hacia atrás a los anarquistas del siglo XIX desde los años sesenta del siglo XX, cuando la explotación de las aspiraciones y los resentimientos se ha convertido en parte del libro de texto estándar de la carrera política, los anarquistas de Chicago parecen tan ingenuamente extraños como la Cruzada de los Niños. Las opresiones y las injusticias contra las que protestaban eran reales, pero la noción de que la sociedad podría verse conmocionada hacia la justicia y la caridad por la voladura de unos pocos policías linda con delirios relegados al pabellón psiquiátrico.

A partir de la energía de estas protestas ciegas y odios engañosos, de hombres que luchan contra el ajuste en los cambios de sus vidas impuestos por la revolución tecnológica, hemos visto construirse imperios terribles. Quizás el espíritu de combate de las ideologías políticas está perdiendo su dominio al igual que las pasiones que alimentaron las guerras de religión perdieron su influencia en el pasado. En cualquier caso, *The Bomb* le dará una idea de un episodio extraño,

conmover e inquietante, y afortunadamente bastante único, en la historia de Chicago.



PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN AMERICANA (1909)

Me pidieron que escribiera un prólogo para la edición estadounidense de *La bomba* y el editor me dice que lo que más querrá saber el público estadounidense es qué parte de la historia es cierta.

A lo largo de 1885 y 1886 mostré un vivo interés por los conflictos laborales en Chicago. Los informes que nos llegaban a Londres en los periódicos estadounidenses eran todos amargamente unilaterales: se leían como si un enfurecido capitalista los hubiera dictado: pero después de que se lanzó la bomba y los líderes sindicales fueron llevados a juicio, empezaron a surgir pequeños islotes de hechos del mar de mentiras.

Decidí que si alguna vez tenía la oportunidad investigaría el asunto y vería si los socialistas que habían sido enviados a la muerte merecían el castigo que se les había impuesto en medio del júbilo de la prensa capitalista.

En 1907 hice una visita a Estados Unidos y pasé algún tiempo en Chicago visitando los distintos escenarios y estudiando los relatos de la tragedia en los periódicos contemporáneos. Llegué a la conclusión de que seis de los siete hombres

castigados en Chicago eran tan inocentes como yo, y que cuatro de ellos habían sido asesinados, de acuerdo con la ley.

Me adentré tan firmemente en el tema que cuando esboqué *La bomba* decidí no alterar un solo incidente, sino tomar todos los hechos tal como ocurrieron. El libro entonces, en los detalles más importantes, es histórico, y verdadero, como la historia debe ser verdadera a la vida, cuando no hay hechos sobre los que basarse.

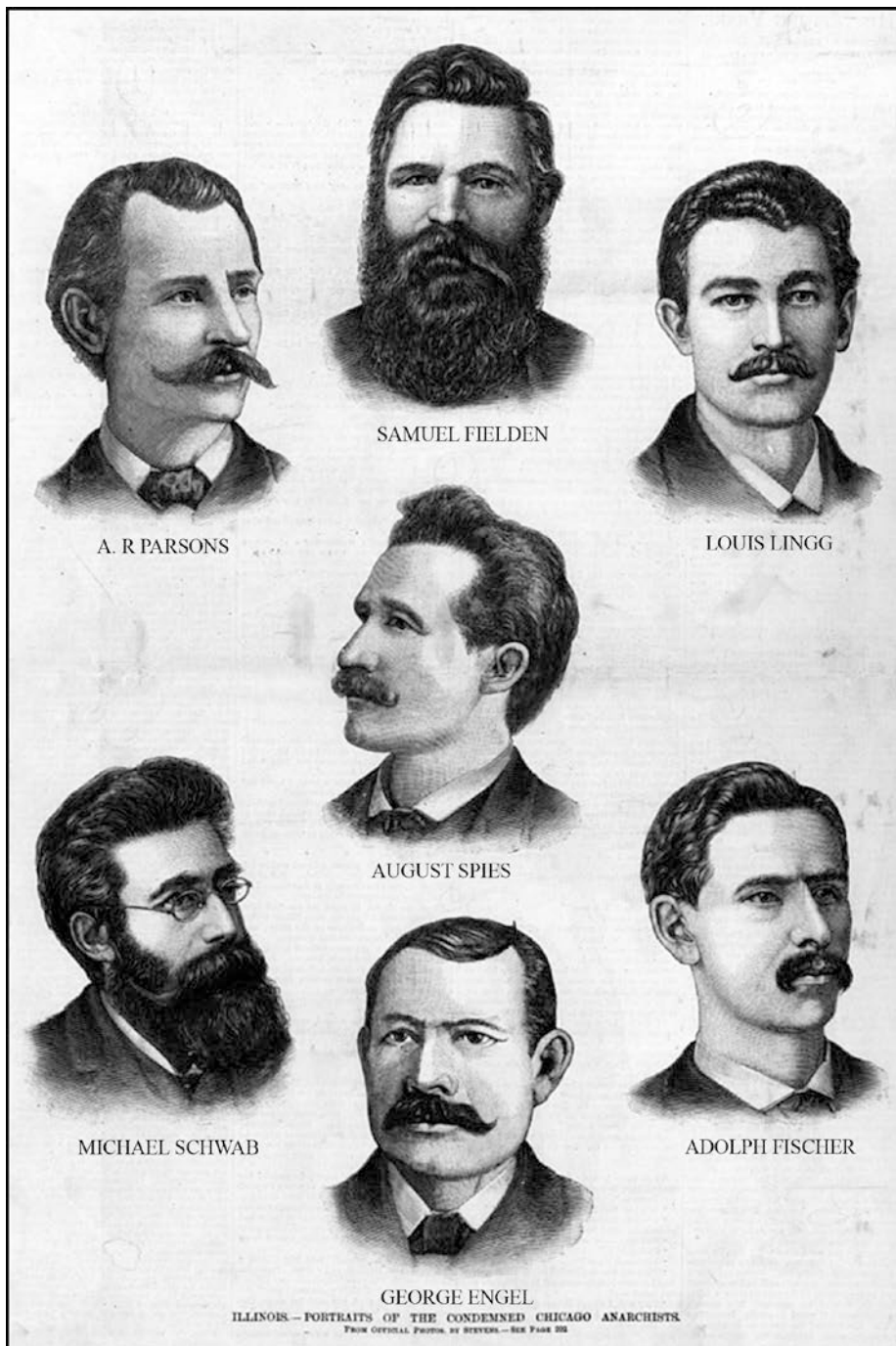
El éxito del libro en Inglaterra se debe en parte quizás al libro en sí; pero también en parte por el hecho de que permitió a los ingleses regodearse de una supuesta superioridad sobre los estadounidenses en la administración de justicia. El prejuicio mostrado en Chicago, la flagrante injusticia del juicio, el salvajismo de las sentencias permitieron a los ingleses creer que tales asesinatos judiciales solo eran posibles en Estados Unidos. Yo no soy de esa opinión. A riesgo de perturbar la cómoda autoestima de mis compatriotas, debo decir que creo que la administración de justicia en los Estados Unidos es al menos tan justa y ciertamente más humana que en Inglaterra. Los socialistas de Trafalgar Square, cuando John Burns y Cunninghame Graham fueron maltratados, fueron tratados incluso peor en proporción a su resistencia que sus compañeros de Chicago.

Me temo que la moraleja de la historia es demasiado obvia: sin embargo, puede servir para recordarle al pueblo estadounidense lo valiosos que son algunos de los elementos extranjeros que forman parte de su compleja civilización.

También puede recordar de manera incidental al lector el valor de la simpatía por las ideas que tal vez le desagraden.

Frank Harris

Londres, enero de 1909



EPÍLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN AMERICANA (1920)

Flaubert dijo una vez que nadie había entendido, y mucho menos apreciado, a su *Madame Bovary*. “Debería haberla criticado yo mismo”, agregó, “entonces habría mostrado a los críticos tontos cómo leer una historia y analizarla y sopesar sus méritos. Podría haberlo hecho mejor que nadie y con mucha imparcialidad; porque puedo ver sus faltas, faltas que me hacen miserable”

Solo con este espíritu y con la misma convicción, quiero decir una palabra o dos sobre *The Bomb*. Me he ceñido a los hechos de la historia principal lo más fielmente posible; pero el personaje de Schnaubelt y su historia de amor con Elsie son puramente imaginarios. Creo que tenía justificación para inventarlos porque casi no se sabe nada de Schnaubelt y como la gente analfabeta confunde continuamente el socialismo y el amor libre, me pareció bien demostrar que el amor entre marginados sociales y rebeldes sería naturalmente más intenso y más fuertemente idealista que entre hombres y mujeres ordinarios. La presión del exterior debe aplastar a los parias en un abrazo más estrecho e intensificar la pasión por el autosacrificio.

Mi principal dificultad fue la elección de un protagonista; Parsons era casi una figura ideal; se entregó a la policía aunque

era completamente inocente y estaba fuera de sus garras y cuando le ofrecieron un perdón en la cárcel, lo rechazó, llegando a la cima de la abnegación humana al declarar que si él, el único estadounidense, aceptaba un perdón, así estaría condenando a muerte a los demás.

Pero tal magnanimidad y dulzura de espíritu no es tan estadounidense, me pareció, como el heroísmo práctico y la pasión de la rebelión de Lingg. A pesar de la preferencia de la señorita Goldman por Parsons, todavía creo que elegí a mi héroe correctamente, pero idealicé a Lingg más allá de la vida... me temo. Ningún joven de veinte años ha tenido la percepción de las condiciones sociales que yo le atribuyo. Debería haberle dado menos visión y poner una pizca de miseria o de crueldad o astucia para hacer que el retrato pareciera realista. Pero la culpa me parece excusable.

Probablemente todo el libro sea demasiado idealista; pero como todos los rebeldes—tanto los socialistas como los anarquistas— están abrumados en estos Estados por una avalancha de furioso desprecio y odio idiota, tal vez se justifique una cierta pequeña idealización de los aspirantes a reformadores. En general, estoy bastante orgulloso de *The Bomb* y de Elsie y Lingg.

En un panfleto publicado por la policía, poco después de la ejecución de los anarquistas, se decía que

El padre de Lingg era un oficial de dragones de sangre real, pero éste solo conocía a su madre, por quien siempre mostró una devoción apasionada. Cuatro años después de

su relación con el apuesto oficial, su madre se casó con un trabajador maderero llamado Link. Cuando Louis tenía alrededor de doce años, su padre adoptivo contrajo una enfermedad cardíaca debido a la exposición y murió. La viuda se quedó en la pobreza y tuvo que lavar y planchar para poder mantenerse a sí misma y a una hija llamada Elise que había nacido de su matrimonio.

Louis recibió una educación justa [sigo dando la esencia del expediente policial] y se convirtió en carpintero en Mannheim para ayudar a su madre. En 1879 dejó su puesto de trabajo y fue a Kehl y luego a Friburgo.

Aquí se unió a los librepensadores y se convirtió en un socialista. En el 83 fue a Lucerna y de allí a Zúrich, donde conoció al famoso anarquista Reinsdoff, con quien congenió mucho. Se unió a la sociedad socialista alemana "Eintracht" y puso toda su alma en la causa.

En agosto de 1884, la Sra. Lingg se casó por segunda vez, con Christian Gaddum, para, como ella dijo, encontrar apoyo para su hija, ya que ella misma se encontraba en mal estado de salud; le pidió a Luis que regresara a casa aunque sólo fuera para una visita.

Pero Luis ya había alcanzado la edad para el servicio militar y como todo su ser se rebelaba contra el militarismo alemán, decidió emigrar a América.

Después de que el chico descarriado tomase el barco en Havre, él y su madre mantuvieron correspondencia regular. Todas sus cartas respiraban aliento; ella le enviaba

dinero a menudo y concluía invariablemente dándole buenos consejos e instándolo a escribir con frecuencia.

Que Lingg tenía un gran amor por su madre se demuestra por el hecho de que guardó todas sus cartas desde el momento en que se fue de casa hasta que se suicidó.

Su nacimiento ilegítimo parece haber molestado al joven; instó a su madre para que le dijera el nombre de su padre. En una carta dice: “Me entristece que hables de tu nacimiento; dónde está tu padre, no lo sé. Mi padre no quería que me casara con él porque no deseaba que lo siguiera a Hessia y, como no tenía bienes raíces, no podía casarse conmigo en Schwetzingen de acuerdo con nuestras leyes. Me dejó y se fue, no sé a dónde”.

Un poco más tarde, Louis parece haberle pedido que le consiguiera un certificado de nacimiento, ya que una carta posterior de ella satisface esta solicitud. Lo reproduzco palabra por palabra como característica de sus relaciones:

Mannheim, 29 de junio de 1884.

Querido Louis: Debes haber esperado mucho tiempo una respuesta. John le dijo a Elise que aún no había respondido a tu última carta. Los oficios de la corte no se pueden acelerar. Por mi parte, me habría gustado mucho que se hubieran dado prisa, porque habría ahorrado mucho tiempo. Pero ahora me alegro de que

finalmente se haya logrado. Después de mucho trabajo, me dispuse a ir a Schwetzingen a ver el certificado de tu nacimiento. Sé que estarás contento y satisfecho de saber que lleva el nombre de Lingg. Esto es mejor que tener hijos con dos nombres diferentes. Él (el primer marido) te hizo entrar como hijo legítimo antes de casarnos. Creo que este fue el mejor camino, para que no te preocupes y me hagas reproches. Este certificado de nacimiento no es desagradable y puedes mostrarlo.

Me sentí ofendida porque no hiciste caso de la “confirmación”. Elise lo tenía todo bien. Su único deseo era recibir una pequeña ficha de Louis, lo que la habría complacido más que cualquier otra cosa. Cuando vino de la iglesia, lo primero que pidió fue una carta o tarjeta tuya, pero tuvimos que contentarnos con la idea de que tal vez no nos recordaras. Ahora todo ha pasado...

Me preocupaba mucho que hubiera tardado tanto (en conseguir el certificado), pero no pude evitarlo. Todo está bien y todos estamos bien y trabajando. Espero escuchar lo mismo de ti. No estaría tan mal si escribieras más a menudo. He tenido que hacer muchas cosas por ti en los últimos dieciocho años, pero con una madre puedes hacer lo que quieras: descuidarla y nunca contestar sus cartas.

El certificado que le envió decía lo siguiente:

Certificado de Nacimiento N^o. 9.681.

Ludwig Link, hijo legítimo de Philipp Friedrich Link y de Regina von Hoefler, nació en Schwetzingen, el noveno (9^o) día de septiembre de 1864.

Esto está certificado según los registros de la Congregación Evangélica de Schwetzingen.

Schwetzingen, 24 de mayo de 1884.

(Sello.)

Tribunal de condado: Cluright.

Una cosa surge de lo anterior, y es que en casa el nombre de Louis era Link. Otros documentos, algunos de ellos legales, también encontrados en su baúl, muestran que su nombre antes escrito Link, debió haberlo cambiado poco antes de salir de Europa o justo después de llegar a Estados Unidos. El pensamiento de su ilegitimidad (según el informe policial) ayudó a convertirlo en un librepensador en religión, en teoría y en la práctica un enemigo implacable de la sociedad existente. Las cartas de su madre muestran que ella deseaba que él fuera un buen hombre, y no fue culpa de su formación inicial que posteriormente se convirtiera en anarquista.

Tan pronto como llegó Lingg a Chicago, buscó los lugares frecuentados por socialistas y anarquistas. Lingg llegó aquí sólo ocho o nueve meses antes del azaroso 4 de mayo, pero

en ese corto tiempo logró convertirse a sí mismo en el hombre más popular en los círculos anarquistas. Nadie había creado tanto furor desde 1872, cuando el socialismo tuvo sus inicios en la ciudad.

Lingg no había estado relacionado con la organización mucho antes de convertirse en un líder reconocido y pronunciase discursos que entusiasmaron a todos los camaradas. Aunque eran jóvenes en años, reconocieron en él a un líder digno, y el hecho de que se hubiera sentado como alumno a los pies de Reinsdorf lo elevaba en su estimación. Esta distinción, sumada a su magnetismo personal, lo convirtió en objeto de elogios y comentarios.

Su trabajo nunca se terminó y nunca se descuidó. En un momento enseñó a sus seguidores cómo manejar las bombas para que no explotaran en sus manos, y mostró el tiempo y la distancia para lanzar los misiles con efecto mortífero; en otro, instruyó a los que iban a lanzar... No era el único fabricante de bombas; también se constituyó en agente de venta de armas. Así lo demuestra una nota encontrada en su baúl dirigida a Abraham Hermann. Dice lo siguiente:

Amigo: –Vendí tres revólveres durante los últimos dos días, y venderé tres más hoy (miércoles). Los vendo desde 6,00 a 7,80 dólares cada uno.

Atentamente y un cordial saludo.

L. Lingg

En verdad, era el anarquista más tímido y peligroso de todo Chicago.

El motín de Haymarket resultó ser una amarga decepción. Lingg estaba bastante fuera de sí por el disgusto y la mortificación. El único deseo de su vida había fracasado total y significativamente durante la realización”.

[Esto lo manifestaba el relato policial de su detención que he reproducido en *The Bomb*. Continúa así]:

Durante el tiempo que Lingg permaneció en la estación, se atendió regularmente a su pulgar herido; lo trataron con mucha amabilidad, comió mucho y lo pusieron lo más cómodo posible.

Un día le pregunté si tenía alguna hostilidad hacia la policía. Él respondió que durante el motín de la fábrica McCormick lo había golpeado un oficial, pero eso no le importaba mucho. Podía olvidarlo todo, pero no le agradaba Bonfield. Mataría a Bonfield, de buena gana, declaró.

Lingg fue un anarquista singular. Aunque bebía cerveza, nunca bebía en exceso y desaprobaba el uso de un lenguaje indecente o grosero. Era un admirador del bello sexo, y ellas correspondían a su admiración, su forma varonil, su hermoso rostro y sus agradables modales cautivaban a todos.

Había una llamada a la que siempre daba la bienvenida. Era su amante, quien se convirtió en una visita habitual. Ella invariablemente lucía una sonrisa agradable, respiraba palabras suaves y amorosas en sus oídos a través de la pantalla de alambre que separaba la parte del visitante del pasillo de la cárcel, y contribuía mucho a mantenerlo alegre.

Simplemente pasó para los funcionarios de la cárcel al principio como 'la chica de Lingg', pero un día alguien la llamó Ida Miller, y luego fue reconocida con ese nombre. Generalmente la acompañaba la joven señorita Engel, hija del anarquista Engel, y durante los últimos cuatro meses del encarcelamiento de su amante se la podía ver entrar todas las tardes en la cárcel. Siempre fue admitida hasta el día en que se encontraron las bombas en la celda de Lingg. Después de eso, ni ella ni el Sr. y la Sra. Stein fueron admitidos. Si bien nunca se ha probado satisfactoriamente quién fue el que introdujo las bombas en la cárcel, es probable que su amada las haya pasado de contrabando a las manos de Lingg. Disfrutaba de la máxima confianza de Lingg y obedecía todos sus deseos.

No se sabe si Miller es el verdadero nombre de la chica, pero se supone que es Elise Friedel. Era alemana y tenía veintidós años en ese momento; su lugar de nacimiento es Mannheim, que también fue la ciudad natal de Lingg. Era alta, bien formada, de tez clara y ojos y cabello oscuros.

Aquí termina el relato policial en lo que a nosotros respecta o arroja luz sobre los personajes de *The Bomb*.

Es informativo y bastante veraz, pero está claramente inspirado en prejuicios analfabetos y estúpidos.

Aún así, demuestra que en mi historia me he mantenido ceñido a los hechos.

Frank Harris



Utah Phillips hablando en el cementerio Waldheim, Forest Park (en las afueras de Chicago) en mayo de 1986 durante las ceremonias conmemorativas del centenario de los mártires de Haymarket.

CAPÍTULO I

“Mantén la mirada alta, deja que tu espíritu te guíe y la verdad te liberará”.

Mi nombre es Rudolph Schnaubelt. Yo arrojé la bomba que mató a ocho policías e hirió a otros sesenta en Chicago en 1886. Ahora estoy aquí en Reichholz, Baviera, muriendo de tisis bajo un nombre falso, en paz por fin.

Pero no es sobre mí lo que quiero escribir: sobre eso he terminado. El invierno pasado sentí escalofríos y empeoré cada vez más en esas odiosas, anchas y blancas calles muniquesas, quemadas por el sol y barridas por el aire helado de los Alpes. La naturaleza o el hombre pronto se ocuparán de mi basura como les plazca.

Pero hay una cosa que debo hacer antes de partir, una cosa que he prometido hacer. Debo contar la historia del hombre que sembró el terror en América, el hombre más grande que jamás haya vivido, creo; rebelde nato, asesino y mártir. Si puedo hacer un retrato justo de Louis Lingg, el anarquista de Chicago, como lo conocí, mostrar el cuerpo y su alma y su

poderoso propósito, habré hecho más por los hombres que cuando arrojé la bomba...

¿Cómo voy a contar la historia? ¿Es posible pintar con palabras a un gran hombre de acción? ¿Mostrar su frío cálculo de fuerzas y su juicio infalible? Lo mejor que puedo hacer es empezar por el principio y contar la historia de forma bastante sencilla y sincera. “La verdad, por así decirlo”, me dijo Lingg una vez, “es el esqueleto de todas las grandes obras de arte”. Además, la memoria es en sí misma un artista. Todo sucedió hace mucho tiempo, y con el tiempo uno se olvida de lo trivial y recuerda lo importante.

Debería ser bastante fácil para mí pintar el retrato de este hombre. No quiero decir que sea un gran escritor; pero he leído a algunos de los grandes escritores y sé cómo se imaginan a un hombre, y cualquier debilidad mía está más que compensada por el mejor modelo que haya tenido un escritor. ¡Dios! si pudiera venir aquí ahora y mirarme con esos ojos suyos y extender sus manos, me levantaría de esta cama y estaría bien otra vez; me sacudiría la tos, el sudor y la debilidad mortal, superaría cualquier cosa. Había suficiente vitalidad en él para dar vida a los muertos; pasión suficiente para cien hombres.

Aprendí mucho de él, mucho; aún más, extraño decirlo, desde que lo perdí que cuando estaba con él. En estos últimos meses solitarios he leído mucho, he pensado mucho; y toda mi lectura ha sido iluminada por dichos suyos que de repente vuelven a mi mente y aclaran los caminos oscuros. A menudo me he preguntado por qué no aprecié esta frase o aquella

cuando él la usó. Pero la memoria lo atesoraba, y cuando llegó el momento, o más bien, cuando yo estaba listo para ello, lo recordé y me di cuenta de su significado; él es la fuente de mi crecimiento.

Lo peor es que tendré que hablar al principio de mí mismo y de mi vida temprana, y eso no será interesante; pero no puedo evitarlo, porque después de todo soy el espejo en el que el lector debe ver a Lingg, y quiero que esté bastante seguro de que el espejo está limpio al menos y no distorsiona la verdad ni la desfigura.

Nací cerca de Munich, en un pequeño pueblo llamado Lindau. Mi padre era un Oberfoerster, jefe del departamento forestal. Mi madre murió temprano. Fui educado con bastante salud en la dura vida de las tierras altas alemanas. A los seis fui a la escuela del pueblo. Como mi ropa era mejor que la de la mayoría de los otros chicos, porque de vez en cuando tenía algunos pfennigs para gastar, me consideraba mejor que mis compañeros de escuela. Tampoco el maestro me golpeó nunca ni me regañó. Debo haber sido un pequeño snob espantoso. Recuerdo que me gustaba mi nombre, Rudolph. Había príncipes llamados Rodolfo; pero Schnaubelt lo odiaba, me parecía vulgar y común.

Cuando tenía unos doce o trece años había aprendido todo lo que tenía que enseñar la escuela del pueblo. Mi padre deseaba que fuera a Munich a estudiar en el Gymnasium, aunque lamentaba el dinero que le costaría mantenerme allí. Cuando no bebía ni trabajaba, solía predicarme el valor monetario de la educación, y yo estaba lo bastante dispuesto a

creerle. Nunca me mostró mucho afecto, y no lamenté salir al gran mundo y probar mis alas en un largo vuelo.

Fue más o menos esta vez cuando me di cuenta de la belleza de la naturaleza. Lejos, hacia el sur, nuestro valle montañoso se deslizaba hacia el llano, y uno podía observar Munich a lo lejos, por encima de la llanura, todo pintado de diferentes colores por los cultivos en crecimiento. De repente, una tarde, las escamas se me cayeron de los ojos; vi la montaña de pinos y la llanura azul brumosa y la neblina dorada del sol poniente, y miré con asombro y admiración.

¿Cómo es que nunca antes había visto su belleza?

Bueno, fui al Gymnasium. Supongo que fui obediente y estaba dispuesto a aprender: los alemanes tenemos esas virtudes de oveja en la sangre. Pero en mi lectura de latín y griego encontré pensamientos y pensadores y, finalmente, Heine, el poeta, me despertó para cuestionar todos los cuentos de hadas de la infancia. Heine fue mi primer maestro y aprendí de él más de lo que aprendí en las aulas; fue él quien me abrió las puertas del mundo moderno. Terminé el Gymnasium cuando tenía unos dieciocho años y lo dejé, como dijo Bismarck, como librepensador y republicano.

En las vacaciones solía volver a casa en Lindau; pero mi padre me hizo la vida cada vez más difícil. Estaba todo el día en el trabajo. Trabajó, eso es una cosa que debo decir por él; pero dejó en casa a la niña que se hacía cargo de la casa, y ella solía darse aires. Estaba justificada para hacerlo, supongo, pobre niña; pero no me gustó en ese momento, y me

molestaba su actitud, por lo snob que era. Cuando tenía algunas palabras con Suesel, estaba seguro de que tendría una pelea con mi padre después, y él no escogía sus palabras, especialmente cuando había estado bebiendo. Parecía enfurecerlo; intelectualmente estábamos en polos opuestos. Incluso cuando hacía trampas o algo peor, era un devoto luterano, y su servilismo hacia sus superiores solo era igualado por la dureza con la que trataba a sus subordinados. Su credulidad y servilismo eran tan ofensivos para mi nueva dignidad de hombre como su crueldad con sus subordinados o su embriaguez bestial.

Durante algunos meses infelices estuve perdido. Estaba muy orgulloso, pensaba en mí mismo y en mis insignificantes logros académicos; pero no sabía qué camino seguir en la vida, qué profesión adoptar. Además, el año del servicio militar se interponía entre mí y mi futura ocupación, y el mero pensamiento de la esclavitud me resultaba inexpresablemente odioso. Odio el uniforme, la librea del asesinato; odiaba la disciplina que convertía a un hombre en una máquina; odiaba las órdenes que debía obedecer, porque eran absurdas; odiaba la loca sinrazón del vil y sofocante sistema. ¿Por qué debería yo, un alemán, luchar contra franceses, rusos o ingleses? Estaba lo suficientemente dispuesto a defenderme a mí mismo o a mi país si nos atacaban; lo bastante confiado, también, en coraje, para creer que una milicia como la suiza sería suficiente para ese propósito. Pero amaba a los franceses, como los amaba mi maestro Heine; un gran hombre culto, me dije a mí mismo, una nación en el primer rango de civilización. También amaba a los rusos, un pueblo inteligente, comprensivo y amable; y admiraba a los ingleses aventureros. A mis ojos,

las diferencias raciales eran tan deliciosas como las diferencias entre los géneros de las flores. Las guerras y los títulos pertenecían al oscuro pasado y a la infancia de la humanidad. ¿Los hombres no íbamos a ser nunca tratados como hermanos? Nosotros los mortales, pensé, deberíamos ser entrenados para luchar contra la enfermedad y la muerte, y no entre nosotros; deberíamos jurar conquistar la naturaleza y dominar sus leyes, esa era la nueva guerra en la que la sabiduría y el coraje tendrían su plena recompensa en la humanización del hombre.

Pensamientos como estos iluminaron mi oscuridad, pero las sombras eran pesadas. Estaba en desacuerdo con mi entorno. Detestaba las convenciones estúpidas de la vida, la así llamada organización aristocrática; además, mi padre ya no quería apoyarme. Yo era una carga para él, y en este estado de intolerable dependencia e inquietud, mis pensamientos se volvieron hacia Estados Unidos. Cada vez más se fijaba en mí el propósito de conseguir dinero y emigrar; la nueva tierra parecía llamarme. Quería ser escritor o profesor; quería ver el mundo, ganar nuevas experiencias; quería libertad, amor, honor, todo lo que los jóvenes quieren vagamente; mi sangre estaba en fermento...

Fue una riña sórdida con mi padre, en la que me dijo que a mi edad él ya se ganaba la vida, lo que decidió por mí, eso y una frase de Hermann Grimm, que en ese momento estaba cantando en mis oídos:

“Un impulso exagerado hacia la igualdad, ante Dios y la ley es lo único que controla hoy la historia de nuestra raza”.

Eso era lo que quería, o pensaba que quería: igualdad.

“Em ueber—Alles sich ausstreckendes Verlangen nach Gleichheit vor Gott und vor dem Gesetze ...”

No hay mucho en la frase, me temo que dirá el lector; pero la doy aquí porque en ese momento tuvo un efecto extraordinario en mí. Que yo sepa, era la primera vez que un pensador debidamente equipado había reconocido el deseo de igualdad como una fuerza motriz, como la principal fuerza motriz de la política moderna.

Unos días después de nuestra pelea, le dije a mi padre que tenía la intención de ir a Estados Unidos y le pregunté si podía dejarme quinientos marcos (125 dólares) para llevarme a Nueva York. Fijé la suma en quinientos porque me había prometido darme esa cantidad durante mi primer año en la Universidad. Le dije que lo quería como un préstamo y no como un regalo, y al final lo obtuve, porque Suesel respaldó mi solicitud, una amabilidad que no esperaba en absoluto, lo que me llevó a una gratitud vergonzosa. Pero Suesel no quería agradecimiento; ella simplemente deseaba deshacerse de mí, dijo; porque si me quedaba sería un lastre para mi padre.

Viajé en cuarta clase a Hamburgo y en tres días estaba en alta mar. Yo era el único hombre de alguna educación en tercera clase, me mantuve reservado y pasaba la mayor parte del tiempo estudiando inglés. Aún así, hice uno o dos conocidos. Había un joven llamado Ludwig Henschel saliendo como camarero, que había trabajado durante algunos años en Inglaterra y consideraba América como el terreno de Tom

Tiddler. Le encantaba lucirse y aconsejarme; pero yo todo el tiempo estaba un poco orgulloso de mi conocimiento y mi erudición, y lo toleraba principalmente porque su actitud halagaba mi mezquina vanidad.

También había un alemán del norte, llamado Raben, que era periodista, aunque tenía más presunción que lectura, y su aprendizaje era buscar. Era pequeño y delgado, con el cabello desteñado y arenoso, ojos grises y pestañas blancas. Tenía una forma nerviosa y entrecortada de hablar; pero me miraba a los ojos con valentía, y aunque el instinto me advirtió que lo evitara, sabía tan poco de la vida que tomé su mirada como prueba de franca sinceridad y sentí con cierto remordimiento que mi aversión lo oprimía. Si hubiera sabido de él lo que aprendí después, lo habría hecho, ¡pero ahí está! Judas no estaba marcado. Creo que no le agradaba a Raben. Al principio trató de reconciliarse conmigo; pero en una discusión un día cometió un error en una etiqueta latina y vio que yo había detectado el error. Entonces se apartó de mí y trató de llevarse a Henschel con él; pero Ludwig sabía más de la vida que de los libros, y me advirtió que nunca confiaría en un hombre o una mujer de pestañas claras. ¡Qué niños somos los hombres!

Otro conocido con el que me enojé en el barco de vapor fue un niño judío de Lemburg, Isaac Glueckstein, que no tenía dinero y sabía poco inglés, pero cuya confianza en sí mismo no era en sí misma un valor comercial. “En cinco años seré rico” estaba siempre en la punta de su lengua: ¡cinco años! Nunca miraba un libro, pero siempre intentaba hablar en inglés con uno u otro, y al final del viaje podía entender más inglés que yo, aunque no podía leerlo mientras yo lo leía con facilidad...

Cuando nos separamos en el muelle se alejó de mi vida; pero sé que ahora es el famoso banquero de Newport y fabulosamente rico. Solo tenía una ambición y fue directo a lograrla. El deseo en su caso fue una previsión de capacidad.

Llegamos a Sandy Hook una tarde noche y corrimos a Nueva York al día siguiente. Todo era prisa y emoción; el tono alegre y el bullicio me hicieron sentir muy solo. Cuando desembarcamos fui a buscar alojamiento con Henschel, que estaba muy contento de tenerme con él y, gracias a su dominio del inglés y a la masonería de su oficio, pronto encontramos habitación y comida en una calle secundaria, en el lado este. Al día siguiente, Henschel y yo empezamos a buscar trabajo. Poco pensé en que estaba yendo alegremente a una miseria jamás soñada. Si trato de recordar ahora algunos de los sufrimientos de esa época, es porque mis terribles experiencias arrojan luz sobre la trágica historia posterior. Nunca nadie salió a buscar trabajo con más alegría o con mejores propósitos. Había decidido trabajar tan duro como pudiera. Cualquier cosa que se me diera para hacer, me dije a mí mismo, lo haría con todas mis fuerzas, lo haría para que nadie que viniera detrás de mí lo hiciera también. Había probado esta resolución mía una y otra vez en mi vida escolar, y siempre había tenido éxito. Siempre había ganado, incluso en el Gymnasium, incluso en Prima. ¿Por qué no debería la misma determinación llevarme al frente en la competencia más amplia de la vida? Qué tonto fui.

Aquella primera mañana me levanté a las cinco y me repetí una y otra vez, mientras me vestía, las frases en inglés que debería usar durante el día, hasta que todas me vinieron a la

lengua como un tropezón. Cuando a las seis en punto salí al aire, estaba alegremente emocionado y ansioso por la lucha. La mañana de mayo tenía toda la belleza y frescura de la juventud; el aire era cálido, aunque ligero y rápido. Me enamoré de las calles amplias y soleadas. La gente también caminaba rápidamente, los tranvías pasaban a toda velocidad; todo era enérgico y alegre. Me sentí curiosamente eufórico.

En primer lugar, fui a la oficina de un conocido periódico estadounidense y pedí ver al editor. Después de esperar un rato, me dijeron secamente que el editor no estaba.

“¿Cuándo estará?”, pregunté.

“Esta noche, supongo”, respondió el conserje, “alrededor de las once”, con una mirada que me midió desde la coronilla de mi cabeza hasta las plantas de mis pies. “Si trae una carta para él, puede dejarla”

“No traigo carta”, confesé avergonzado.

“¡Oh, caramba!” exclamó, con total desprecio. ¿Qué significaba “caramba”? Me pregunté en vano. A pesar de los repetidos esfuerzos, no pude obtener más información de este Cerberus. Por fin, cansado de mi importunidad, me cerró la ventana en la cara y me dijo: “Ve a rascarte la cabeza, Dutchy”.

El necio me enfureció; además, ¿por qué iba a disfrutar su rudeza? Supongo que halagó su vanidad poder tratar a otro hombre con desprecio.

Me sentí un poco abatido por este primer rechazo, y cuando salí de nuevo a las calles encontré el sol más caliente de lo que jamás había conocido; pero caminé penosamente hasta un periódico alemán del que había oído hablar y pedí una entrevista para ver al editor. El hombre de la puerta era claramente alemán, así que le hablé en alemán. Respondió con un acento del sur de Alemania lo suficientemente fuerte como para patinar: “¿No sabes hablar estadounidense?”

“Sí”, dije, y repetí mi pregunta con cuidado en inglés americano.

“No, no está”, fue su respuesta; “y supongo que incluso cuando llegue, no querrá verte”. El tono era peor que las palabras.

Recibí varios rechazos similares esa primera mañana, y antes del mediodía mi reserva de valor o insolencia estaba casi agotada. Ni la más mínima simpatía, el más mínimo deseo de ayudar: por todos lados desprecio por mis pretensiones, y deleite por mi desconcierto.

Regresé a la pensión más cansado que si hubiera trabajado tres días. La comida del mediodía, sin embargo, me animó un poco. Mi resolución volvió y, a pesar de la tentación de quedarme y hablar con los otros inquilinos, me retiré a mi habitación y comencé a estudiar. Henschel no había regresado a cenar, así que esperaba que hubiera encontrado trabajo. Sea como fuere, mi negocio era aprender inglés lo más rápido posible, así que me puse a la tarea y memoricé obstinadamente a través del calor, desvanecido hasta las seis

en punto, cuando bajé a tomar el té. Nuestras escuelas alemanas pueden no ser muy buenas; pero al menos le enseñan a uno a aprender idiomas.

Después de la cena, como se llamaba, regresé a mi habitación, que todavía era como un horno, y estudié en mangas de camisa junto a la ventana abierta hasta casi la medianoche, cuando Henschel irrumpió con la noticia de que había conseguido trabajo en un gran restaurante, y tenía perspectivas maravillosas. No le guardé rencor por su buena suerte, pero el contraste pareció hacer más miserable mi estado de tristeza. Le conté cómo me habían recibido; pero no tenía ningún consejo que dar, ninguna esperanza; estaba perdido en su propia buena suerte. Había conseguido diez dólares de propina. Todo iba al “trunk”, me dijo, o cuenta común, y los camareros y los jefes de camareros lo compartían al final de la semana, según una proporción fija. Sin duda, él ganaría, calculó, entre cuarenta y cincuenta dólares por año. La idea de que yo, que había pasado siete años estudiando, no podía conseguir nada en absoluto, no era agradable.

Cuando me dejó me fui a la cama; pero estuve dando vueltas durante mucho tiempo, sin poder dormir. Me pareció que hubiera sido mejor para mí si me hubieran enseñado algún oficio o artesanía, en lugar de recibir una educación que nadie parecía querer. Más tarde me enteré de que si me hubiera formado como albañil, carpintero, plomero o pintor de casas, probablemente habría conseguido trabajo, como lo consiguió Henschel, y así sucesivamente, cuando llegué a Nueva York. En Estados Unidos no se piensa mucho en el hombre educado sin dinero ni profesión.

Al día siguiente me levanté y fui a buscar trabajo como antes, con el mismo éxito, y así la caza continuó durante seis o siete días, hasta que terminó mi primera semana y tuve que pagar la pensión de otra semana –cinco dólares– de mi escasa reserva de cuarenta y cinco. Ocho semanas más, me dije a mí mismo, y luego... me asaltó el miedo, un miedo humillante que carcomió mi autoestima.

La segunda semana pasó como la primera. Al final, sin embargo, Henschel tuvo un domingo libre por la mañana y me llevó con él en el vapor a Jersey City; tuvimos una gran charla. Le conté lo que había hecho y lo mucho que había intentado conseguir trabajo, todo en vano. Me aseguró que mantendría sus ojos y oídos abiertos y, en cuanto se encontrara con un escritor o editor, hablaría por mí y me lo haría saber. Con esta pequeña migaja de consuelo estaba dispuesto a estar contento. Pero la excursión y el descanso me habían dado un nuevo valor, y cuando regresamos, le dije al viejo Henschel que, como había agotado todas las oficinas de periódico, al día siguiente intentaría conseguir trabajo en los ferrocarriles, o en las líneas de tranvías, o en alguna casa alemana donde se hablara inglés. Pasaron otra semana o dos. Había estado en cientos de oficinas y no encontré más que negativas y, en general, negativas groseras. Había visitado todas las empresas de tranvías, visitado todas las estaciones de ferrocarril, en vano. Y ahora solo había treinta dólares en mi bolsillo. El miedo al futuro comenzó a convertirse en una rabia agria en mí y a afectar mi sangre. Por extraño que parezca, una pequeña charla que tuve con Glueckstein a bordo del barco a menudo volvía a mí. Le pregunté una mañana cómo pensaba empezar a hacerse rico. “Entra en una oficina grande”, dijo.

“¿Pero cómo, dónde?”, le pregunté.

“Ve y pregunta”, respondió. “Hay una oficina en Nueva York que me quiere tanto como yo la quiero, y la voy a encontrar”.

Este discurso se grabó en mi memoria y fortaleció mi determinación de perseverar a toda costa.

Observé un hecho que es un poco difícil de explicar. Aprendí más inglés en las tres o cuatro semanas que pasé buscando trabajo en Nueva York que en todos los meses, o incluso años, que lo había estudiado. La memoria parecía recibir impresiones más profundamente a medida que aumentaba la tensión de la ansiedad. Hablaba con bastante fluidez al final del primer mes, aunque sin duda con acento alemán. También había leído muchas novelas de Thackeray y otros, y media docena de obras de Shakespeare. Pasaron semana tras semana; mi pequeña reserva de billetes de un dólar se redujo; finalmente llegaba al final de mi pobre capital y estaba tan lejos del trabajo como siempre. Nunca podré dar una idea de lo que sufrí con la decepción y la miseria. Afortunadamente, las humillaciones me llenaron de rabia, y esta rabia y miedo me llevaron a una amargura que engendró pensamientos de odio hacia todos. Cuando vi a hombres ricos entrar en un restaurante o conducir en Central Park, me volví asesino. En un minuto se desperdició tanto como pedí el trabajo de una semana. El reflejo más irritante fue que nadie me quería ni a mí ni a mi trabajo. “Incluso los caballos están empleados”, me dije, “y miles de hombres que son mejores animales de trabajo que cualquier caballo, quedan completamente sin usar. ¡Qué desperdicio! “Una conclusión se

instaló en mí; había algo podrido en una sociedad que dejaba buenos cerebros y manos voluntarias sin trabajo.

Decidí empeñar un reloj de plata que me había regalado mi padre cuando nos despedimos, y con lo que obtuve por el reloj pagué la pensión de mi semana. Pasó la semana y todavía no tenía trabajo, y ahora no tenía nada que empeñar. Sabía por haber hablado con el encargado de la pensión que no se debía buscar crédito. “Paga o lárgate” era el lema siempre en sus labios. ¡Paga! ¿Le sacarían sangre?

Me estaba desesperando. El odio y la rabia hervían en mí. Estaba listo para cualquier cosa. Así es, me dije, la sociedad hace criminales. Pero yo ni siquiera sabía cómo cometer un delito, ni a dónde acudir, y cuando Henschel llegó a casa le pregunté si podía conseguir un trabajo como camarero.

“Pero no eres un camarero”.

“¿Nadie puede ser camarero?” Pregunté con asombro.

“No, por supuesto”, respondió bastante indignado. “Si tuvieras una mesa de seis personas y cada uno de ellos pidiera una sopa diferente, y tres de ellos pidieran un tipo de pescado, y los otros tres, tres tipos diferentes de pescado, y así sucesivamente, no recordaría lo que se habían pedido y no podría transmitir el pedido a la cocina. Créame, se necesita mucha práctica y memoria para atender bien. Hay que tener inteligencia para ser camarero. ¿Crees que podrías llevar seis platos hondos llenos de sopa, en una bandeja, a una habitación, muy por encima de tu cabeza, con otros camareros corriendo contra ti, sin derramar una gota?

El argumento era incontestable: “¡Hay que tener inteligencia para ser camarero!”

“¿Pero no podría ser asistente?” Persistí.

“Entonces sólo ganarías siete u ocho dólares a la semana”, respondió; “e incluso un asistente, por regla general, conoce el trabajo del camarero, aunque tal vez no sepa ‘americano’”.

La nube de la depresión se hizo más profunda; cada avenida me parecía cerrada. Sin embargo, debo hacer algo, no tenía dinero, ni un dólar. ¿Qué puedo hacer? Debo pedir prestado a Henschel. Mis mejillas ardieron.

Siempre lo había considerado, por muy bueno que fuera, como un inferior, y ahora, sin embargo, tenía que hacerlo. No había otra forma. Me molestaba tener que hacerlo. A pesar de mí mismo, tenía cierta mala voluntad hacia Henschel y su posición superior, como si él hubiera sido el responsable de mi humillación. Qué brutos somos los hombres. Solo le pedí cinco dólares, lo suficiente para pagar la pensión de mi semana. Los prestó de buena gana; pero no le gustaba que le preguntaran, pensé. Puede haber sido mi sensibilidad herida; pero me encendí de vergüenza por tener que tomar su dinero. Decidí que al día siguiente tendría trabajo, trabajo de cualquier tipo, y saldría a la calle a buscarlo. Apenas dormí una hora aquella larga y calurosa noche; la rabia me sacudió una y otra vez, me levanté y caminé por mi guarida como una bestia.

Por la mañana me puse mis peores ropas, bajé al muelle y pedí trabajo. Por extraño que parezca, mi acento pasó desapercibido y, más extraño aún, encontré aquí algo de la

simpatía y la bondad que antes había buscado en vano. Los toscos trabajadores de los muelles, irlandeses, noruegos o de color, estaban dispuestos a brindarme toda la ayuda que pudieran. Me mostraron adónde ir y pedir trabajo; me dijeron cómo era el jefe, el mejor momento y la mejor forma de abordarlo. En todos lados ahora encontré simpatía humana; pero durante días y días sin trabajo. ¿Qué tan lejos caí? Esa semana aprendí lo suficiente para saber que podía empeñar mi traje dominical. Conseguí quince dólares con él; pagué la cuenta, pagué también a Henschel y fui directamente a la pensión de un trabajador, donde pude hospedarme por tres dólares a la semana. Henschel me rogó que me quedara con él, dijo que me ayudaría; pero mi orgullo no soportaba su caridad, así que le di mi dirección, para el caso de que supiera de algo que me conviniera, y bajé, al nivel más bajo de una vida laboral decente.

La posada me pareció al principio un lugar asqueroso. Era una casa de vecindad baja habilitada con habitaciones individuales para trabajadores extranjeros. Allí podías conseguir tus comidas o cocinar tu propia comida en tu habitación, cosa que me gustó. El comedor acogía cómodamente a unas treinta personas; pero después de la cena, que duraba de siete a nueve, se llenaba de unos sesenta hombres, fumando y hablando a intervalos, en una docena de lenguas diferentes hasta las diez o las once. En su mayor parte eran jornaleros, desordenados, sucios, vagabundos; pero me enseñaron cómo conseguir trabajo ligero ocasional en muelles, oficinas y restaurantes: la miríada de trabajos casuales de una gran ciudad. Aquí viví durante meses, gastando quizás tres días en conseguir un trabajo que quizás solo me empleara durante

unas pocas horas, y luego volvía a encontrar un trabajo que duraba tres o cuatro días.

Al principio sufrí intensamente de vergüenza y una sensación de degradación inmerecida. ¿Cómo había caído tan bajo? De alguna manera debo de tener la culpa. La vanidad herida deshilachaba mis nervios e intensificaba la incomodidad de mi entorno. Luego llegó un período en el que acepté mi destino y tomé todo como venía, hoscamente. Por lo general, ganaba lo suficiente cada semana para mantenerme una semana y media o dos semanas; pero a mediados del invierno tuve tres o cuatro rachas de mala suerte, cuando caí por debajo de la pensión hasta la cama por una noche con hambre y miseria desesperada. Es mucho más difícil conseguir empleo en pleno invierno que en cualquier otra estación. Realmente parecería como si la naturaleza viniera a ayudar al hombre a aplastar y desmoralizar a los pobres. Dirás que esto solo se aplica a oficios especiales; pero toma las estadísticas de los desempleados, y las encontrarás más altas a mediados del invierno. Nunca había experimentado algo como el frío en Nueva York, las terribles ventiscas; las noches claras en las que el termómetro descendía a diez y quince grados bajo cero, y el frío parecía atravesarte con cien cuchillas heladas. La vida amenazada en todos los puntos por la naturaleza y el hombre más brutal e insensible que nunca.

Tenía la juventud de mi lado, y el orgullo, y ningún vicio que costara dinero, o me habría hundido en ese amargo purgatorio. Más de una vez recorrí las calles durante toda la noche, aturdido por el frío y el hambre; más de una vez la caridad de alguna mujer o trabajador me llamó a la vida y la

esperanza. Son solo los pobres quienes realmente ayudan a los pobres. He estado hundido en las profundidades y apenas he obtenido nada más seguro que eso. No se aprende mucho en el infierno, excepto el odio, y el extranjero sin trabajo en Nueva York se encuentra en el peor infierno conocido por el hombre. Pero incluso ese infierno de fría penumbra y miseria solitaria fue irradiado de vez en cuando por rayos de pura simpatía y bondad humanas. Cuan bien recuerdo varios ejemplos de esto. Siempre que me hundía en la más absoluta indigencia al principio, frecuentaba el Battery de Manhattan: las aguas arremolinadas parecían arrastrarme, adormeciendo mi dolor con su incesante canto. Caminaba de un lado a otro durante horas o movía los brazos para mantenerme caliente, y a menudo me alegraba de que el frío entumecedor me obligara a correr, porque de alguna manera los pensamientos no son tan amargos cuando uno se mueve rápidamente como cuando está quieto. Una noche, sin embargo, estaba cansado y me senté en la esquina de uno de los bancos. Debo haber dormido, porque un policía irlandés me despertó...

“Vamos, muévete; no puedes dormir aquí, lo sabes”.

Me levanté, pero apenas podía moverme, estaba entumecido por el frío y todavía medio dormido.

“Vamos, vamos”, dijo el policía, empujándome.

“¡Cómo te atreves a empujar a ese hombre!” –gritó una voz ronca de mujer–, de todos modos, no le hará daño.

Era una de las prostitutas, la irlandesa Betsy, la llamaban, quien consideraba esa parte del Battery como su propia

reserva particular y mantenía una perfecta disposición a luchar por ella, aunque su valor debió de ser muy pequeño.

El policía se tomó su interferencia con crueldad y, en consecuencia, reprochó la aspereza del lenguaje de Betsy. Tan pronto como pude hablar, le rogué que no peleara por mí. Yo me iría; y me fui. Betsy me siguió y me alcanzó en un momento, y puso un billete de un dólar en mi mano.

“No puedo aceptar dinero”, le dije, devolviéndole el billete.

“¿Y por qué no?” preguntó con vehemencia, “lo necesitas más que yo, y cuando yo lo precise alguna noche, te lo pediré, ¡Ni dios dudará de mí! ¡Te lo estoy prestando!

¡Pobre, querida Betsy! tenía el genio de la bondad en ella, y después, cuando los tiempos me iban mejor, la llevaba a cenar tan a menudo como podía, y así conocí toda su triste historia. El amor era su pecado, solo el amor, y como todos los demás errores generosos, aunque traía castigo y desprecio de los demás, no traía desprecio por sí mismo. Betsy se consideraba a sí misma como una de las víctimas inocentes de la vida, y probablemente estaba justificada en esto, porque mantuvo su bondad de corazón en todo momento.

Otra escena: había ido a un lugar durante tres o cuatro noches, donde conseguía una cama por diez centavos, y cuando me estremecí del frío una mañana alrededor de las cinco y media, el duro yanqui que regentaba el lugar de repente me preguntó:

“¿Has desayunado?”

“¿Qué es eso para ti?”

“No mucho, pero mi ‘cawfee’ está caliente, y si quieres una taza, eres bienvenido”.

El tono era descuidado, áspero, pero la mirada que lo acompañó derretió el hielo que rodeaba mi corazón, y lo seguí a su pequeña guarida. Sirvió el café y me puso una taza humeante y un poco de tocino y galletas, y en diez minutos volví a ser un hombre, con un corazón de hombre en mí y con esperanza y energía de hombre.

“¿Sueles regalar el desayuno así?” Le pregunté sonriendo.

“A veces”, fue la respuesta. Le agradecí su amabilidad, y estaba a punto de irme, cuando agregó, sin siquiera mirarme:

–“Si no tienes trabajo para esta noche, puedes venir aquí y dormir sin el centavo, ¡mira!” Lo miré con asombro y él prosiguió como si quisiera disculpar una debilidad: “Cuando un hombre se levanta y sale antes de las seis con este tiempo, quiere trabajo, y quien quiera trabajo seguro que lo encontrará tarde o temprano. Me gusta ayudar a esos hombres”, agregó enfáticamente.

Llegué a conocer bien a Jake Ramsden en unas pocas semanas; era duro y silencioso como sus colinas nativas de Maine, pero bondadoso de corazón.

No sé cómo viví los siete meses de ese horrible invierno; pero de alguna manera me preocupé y, cuando llegó la primavera, incluso reuní algunos dólares y volví a mi antigua pensión,

donde me hospedaba por tres dólares a la semana y podía lavarme y ponerme decente. Había llegado a considerarla una especie de hotel de lujo. Aquel invierno me enseñó muchas cosas y, sobre todo, esto, que por desgraciado que sea un hombre, hay otros peor y más infelices: la miseria de la humanidad es tan infinita como el mar. Y de ésta se aprende la simpatía y el coraje. Supongo que, en general, las experiencias me hicieron más bien que mal, aunque en ese momento me inclinaba a creer que simplemente habían endurecido mi mente como la piel de mis manos y me habían endurecido de mil maneras. Ahora veo con bastante claridad que, sea lo que sea que soy o he sido, fui hecho por ese invierno: para bien y para siempre, llevaré las marcas de la lucha y el sufrimiento hasta que muera. Ojalá pudiera creer que todo el dolor que había soportado se convirtió en lástima por los demás; pero quedaba en mí un residuo de amargura.

Otra escena de este período de mi vida, para contar cómo salí del abismo al aire y la luz del sol una vez más. Una noche, en el comedor, un inglés mencionó casualmente que cualquiera podía trabajar en los cimientos del puente de Brooklyn. Apenas podía creer lo que oía. Seguía buscando un empleo estable, aunque apenas me atrevía a esperarlo; pero prosiguió: “Quieren hombres y la paga es buena: cinco dólares al día”

“¿Trabajo estable?” Pregunté temblando.

“Lo suficientemente estable”, respondió, con una mirada escrutadora hacia mí, “pero pocos pueden aguantar trabajando en aire comprimido”. Parecía que lo había probado y no pudo

soportarlo; pero eso no me detuvo. Supe por él dónde presentar la solicitud, y a la mañana siguiente lo conseguí, antes de las seis de la mañana. Apenas podía contenerme de alegría: por fin había conseguido trabajo; pero las palabras del inglés la noche anterior volvieron a mí: “Son pocos los que pueden hacer un turno, y en tres meses todo el mundo tiene 'encorvamiento' (disbarismo)”. Me invadió una alegría severa; si otros podían soportarlo, yo podría.

Supongo que todo el mundo sabe lo que es trabajar en un cajón en el lecho de un río, quince metros bajo el agua. El cajón en sí es una inmensa cosa de hierro con forma de campana; la parte superior es un departamento llamado “la cámara material”, a través del cual pasa el material excavado en el río en su camino hacia el aire. En lo alto, en el costado del cajón hay otra cámara llamada “la esclusa de aire”. “El cajón en sí está lleno de aire comprimido para mantener fuera el agua que de otro modo llenaría el cajón en un instante. Los hombres que van a trabajar en el cajón primero pasan a la cámara de la esclusa de aire, donde son “comprimidos” antes de ir a trabajar, y “descomprimidos” después de hacer su turno.

Por supuesto, me habían dicho lo que debería sentir; pero cuando entré en la esclusa de aire con los otros hombres y la puerta se cerró y un pequeño grifo de aire tras otro se abrió, dejando entrar una corriente de aire comprimido del cajón, apenas pude evitar gritar: el dolor apuñaló mis oídos. Los tímpanos a menudo se rompen por la presión; algunos hombres no sólo se vuelven sordos, sino que tienen dolor de oído intenso y dolor de cabeza simpático, acompañado de sordera parcial. Descubrí rápidamente que la única forma de

controlar la presión del aire en el oído era seguir tragando el aire y forzándolo a subir por las trompas de Eustaquio hasta el oído medio, de modo que esta almohadilla de aire en el lado interno del tímpano podría disminuir o prevenir la dolorosa depresión. Durante la “compresión”, la sangre sigue absorbiendo los gases del aire hasta que la tensión de los gases en la sangre se iguala a la del aire comprimido; cuando se ha alcanzado este equilibrio, los hombres pueden trabajar en el cajón durante horas sin experimentar graves inconvenientes.

Nos tomó alrededor de media hora “comprimirnos”, y esa primera media hora fue bastante difícil de soportar. Cuando la presión del aire era igual a la del cajón, la cerradura se abrió sola o con un toque, y todos bajamos por la escalera hasta el lecho del río y comenzamos nuestro trabajo, cavando el suelo y pasándolo por elevadores a la cámara de materiales. El trabajo en sí no parecía muy duro, hacía mucho calor, pero como trabajábamos casi desnudos no importaba mucho; de hecho, me sorprendió agradablemente. Los ruidos eran espantosos. Cada vez que me agachaba, sentía como si mi cabeza fuera a estallar pero pronto pasarán dos horas me dije; dos turnos por cinco dólares es un buen sueldo; en quince días habré ahorrado el dinero con el que vine a Nueva York, y luego veremos; y así seguí trabajando, procurando obviar el dolor de oídos y el dolor de cabeza, los mareos y el calor infernal.

Por fin el turno llegó a su fin, y uno a uno, empapados de sudor, pasamos de nuevo a la esclusa de aire para saber cómo era la “descompresión”. Cerramos la puerta, se conectaron los conductos de aire, aspirando el aire comprimido, y enseguida empezamos a temblar, el aire ordinario estaba húmedo y frío.

Era como si un chorro de agua caliente se hubiera convertido en un baño frío. Cuando entramos, había notado que otros empezaron a vestirse apresuradamente; ahora sabía por qué. Agarré mi camisa y luego mi otra ropa lo más rápido que pude; pero el aire se hizo más y más frío y más húmedo, y comencé a sentirme débil, mareado y enfermo... Supongo que los gases en la sangre fueron disminuyendo a medida que la presión disminuía. Al cabo de una hora estábamos “descomprimidos”, y todos salimos temblando, rodeados de una niebla amarilla y húmeda, helados hasta el corazón.

Piénselo. Estuvimos trabajando duro durante dos horas a alta temperatura, y después de nuestro trabajo tuvimos una hora de “descompresión”, una hora de niebla fría y humedad que aumentaba rápido, mientras que la presión arterial en nuestras venas disminuía constantemente. Con la “compresión” y la “descompresión”, el turno de dos horas duró casi cuatro horas, de modo que dos turnos al día hicieron un día de trabajo muy justo, ¡y ese trabajo! La mayoría de los hombres tomó un vaso de licor caliente en el momento en que salieron, y dos o tres antes de marcharse a casa. Bebí chocolate caliente, y estoy muy contento de haberlo hecho. Me revivió rápido los ánimos, creo, y me quitó la terrible sensación de frío y depresión ¿Debería ser capaz de soportar el trabajo? Sólo podía continuar con tenacidad y ver cómo me afectaba el trabajo continuo.

Comí algo y me tumbé al sol hasta que me calenté y volví a estar fuerte; pero seguía teniendo dolor de oídos y dolor de cabeza, y me sentí mareado cuando llegó el momento de ir a trabajar.

El turno de la tarde parecía interminable, espantoso. La compresión no fue tan mala; había aprendido a hacer que el aire entrara en mis oídos para soportar la presión, aunque cada vez que me olvidaba de inhalarlo y mantener la almohadilla de aire, pagaba de inmediato con un espasmo de dolor agudo de oído. El trabajo en el cajón tampoco era insoportable; el ritmo marcado no era pesado; el calor reconfortante. Pero la “descompresión” fue simplemente espantosa. Estaba temblando como una rata cuando terminó, con los dientes crujiendo. Solo podía jadear y no hablar, y fácilmente me dejé persuadir para tomar un trago de espirituoso caliente como los demás; pero decidí que no empezaría a beber; por la mañana traería ropa interior gruesa de lana, toda la que tenía. Regresé a casa exhausto y con tal dolor de oído y de cabeza que me costaba comer, y me era imposible dormir.

El horror de estar desempleado me llevó a trabajar al día siguiente y al siguiente. Cómo trabajé, no lo sé; pero recordé la vida y olvidé momentáneamente el dolor al ver caer una mañana a un enorme obrero suizo como si intentara atar sus brazos y piernas.

Nunca vi nada tan horrible como la pobre, y retorcida forma del gigante inconsciente. Antes de que pudiéramos levantarlo en una carretilla de barro y llevarlo al hospital, estaba bañado en sangre y me pareció como si estuviera muerto. “¿Qué es?”

“Encorvamiento”, dijo uno, y se encogió de hombros.

Acabábamos de salir de la esclusa de aire a la habitación donde guardamos nuestra ropa, comida y cosas, y comencé a interrogar a los demás sobre “el disbarismo”. Parecía que nadie podía trabajar durante más de dos o tres meses sin sufrir un ataque. Generalmente les duraba dos semanas y nunca volvían a ser los mismos hombres después.

“¿Los jefes nos pagan la quincena?”, pregunté.

“¡Puedes apostar!” gritó un trabajador salvajemente, “nos mantienen en la Quinta Avenida y nos pagan por descansar”

“¿Entonces solo se puede trabajar tres meses?”, pregunté.

“He trabajado más que eso”, dijo otro hombre, “pero hay que tener cuidado y no beber. Yo estoy muy delgado y puedo soportarlo mucho mejor que cualquiera inclinado a ser corpulento como tú”.

–Podrían ponérselo bastante fácil –dijo un tercero–, todo el mundo sabe que si nos dieran diez mil pies de aire puro por hora en sus malditos cajones, podríamos aguantarlo bien, pero solo nos dan unos miserables mil pies². No es trabajo de hombres lo que compran a cinco dólares al día, sino vidas de hombres, ¡maldita sea!”

Entonces noté que mis compañeros tenían el mal humor de los presos. Era raro que uno hablara con sus compañeros;

2 Este obrero tenía razón. La enfermedad de los hombres que trabajaban en pozos de cimentación, que antiguamente afectaba a más del 80 por ciento cada tres meses cuando el aire suministrado era de unos 1500 pies cúbicos por hora, ahora ha bajado al 8 por ciento desde que el suministro de aire fresco se ha incrementado a 10.000 pies cúbicos por hora. – Nota del Editor

trabajamos en silencio; en silencio hacíamos nuestro trabajo, y tan pronto como volvíamos a salir al aire y la luz del sol, cada hombre buscaba su hogar en silencio. Una nube cayó sobre mí; no estaba tan seguro como al principio de intentar escapar de la suerte común. Después de todo, a pesar de lo fuerte que era, no era tan fuerte como ese joven suizo que todavía podía ver, retorciéndose en el suelo como una serpiente a la que han pisado. Sin embargo, decidí no pensar y volví a ponerme a dormir como si nada.

Había estado trabajando en aire comprimido durante quince días cuando vi un ejemplo espantoso de la dureza descuidada del hombre. Un joven estadounidense había estado trabajando con nosotros durante dos o tres días. Esta tarde quería salir, dijo, sin pasar por la “descompresión”, para acudir a una cita con su chica, así que subió a la parte superior del elevador de lodo, a la cámara de materiales y así al descubierto en quizás cinco minutos. Cuando salimos, una hora más tarde, después de haber pasado por la esclusa de aire, lo encontramos estirado en el piso de la sala de espera con un médico a su lado. Estaba inconsciente, su respiración era ruidosa y difícil, sus labios hinchados, soplando espuma. Murió pocos minutos después de que entrásemos en la habitación. Me pareció espantoso, pero no tan espantoso como “el disbarismo”. Después de todo, el hombre sabía, o debería haber sabido, que corría un gran riesgo, y la muerte me parecía mejor que esa insoportable tortura física; pero de una forma u otra estas dos ocasiones me enemistaron con el trabajo. Decidí continuar, si podía, hasta fin de mes, y luego detenerme, y eso fue lo que hice.

Antes de fin de mes comencé a sentirme débil y enfermo: no podía dormir, salvo por ataques y arranques, y prácticamente nunca estaba libre de dolor; aun así, aguanté durante un mes, y luego, con ciento cuarenta dólares ahorrados, me tomé un descanso de quince días.

Pasé todas las tardes que pude con Henschel; generalmente tenía tres o cuatro horas libres, y cruzamos a Jersey City o a Hoboken para bañarnos, o a Long Island, en algún lugar al aire libre y con sol. Al final de la quincena, me sentí casi tan bien como siempre, pero todavía tengo dolores de oído y dolores de cabeza de vez en cuando que me recuerdan al Puente de Brooklyn. No volví a eso; había hecho mi parte de trabajo clandestino, pensé. No volvería a correr el riesgo. Incluso los ingenieros, que no tenían que hacer ningún trabajo manual duro y ganaban cuatrocientos dólares al mes simplemente por dirigir, no podían respirar ese aire durante más de dos horas al día. Se esperaba que los hombres que realizaban el trabajo más duro trabajaran dos turnos al día: el trabajo más duro, el doble de horas y el salario más bajo. Con el rápido repunte de la juventud, pronto me consolé; después de todo, había hecho algo y ganado algo, y después de mis quince días de descanso estaba de nuevo, tan ansioso como siempre por encontrar trabajo, pero curiosamente suave después de mis quince días de holgazanería.

Unos días después supe de otro trabajo, mejor esta vez, aunque era un trabajo duro y no era probable que fuera permanente. Aun así, podría ser un comienzo, me dije, y me apresuré a llegar al lugar. Estaban trabajando en una calle cerca de los muelles para instalar una nueva tubería de gas, y el

trabajo lo estaba haciendo un contratista irlandés. Me miró con astucia.

“No has trabajado mucho, ¿verdad?”

“No últimamente”, respondí, “pero haré todo lo que pueda, y en una semana tanto como cualquier hombre.

“¿Te ajustarás ahora por medio día?” preguntó, “luego hablaremos”

Eran alrededor de las nueve de la mañana. Sabía que me estaba engañando, pero respondí: “Ciertamente” y mi corazón se elevó a la esperanza. En diez minutos tenía un pico en la mano y espacio para usarlo. Dios, el gozo de ello, trabajo firme por fin ¡Al aire libre! Una vez más era un hombre, y tenía un lugar en el mundo. Pero la alegría no duró mucho. Era principios de julio y hacía un calor furioso; supongo que me dediqué demasiado al trabajo, porque en medio una hora estaba empapado de sudor, mis pantalones estaban empapados, y mis manos terriblemente doloridas, el descanso de quince días las había ablandado. Uno de la pandilla, un anciano, se encargó de aconsejarme. Era evidentemente irlandés; me miró con astutos ojos grises y dijo:

“No es necesario que excaves como si intentases llegar a Australia. Piénsalo, hombre, y déjanos algo de trabajo para mañana”.

Los demás se rieron. Encontré el consejo excelente y comencé a copiar a mis compañeros, usando habilidad y reservando fuerzas. Cuando regresé al trabajo después de la

comida, sentía como si me hubieran roto la espalda; pero aguanté hasta la noche y recibí una palabra de aprobación del jefe.

“Durante la primera semana te doy dos dólares al día”, gruñó, “no vales más con tus manos”.

No podía regatear: no me atrevía.

“Está bien”, le dije malhumorado.

“Llega aquí a las seis en punto”, continuó, “si llegas tarde cinco minutos, estarás atracado medio día; ten en cuenta eso ahora”.

Asentí y él siguió su camino.

Estaba muy cansado mientras caminaba a casa, pero contento, contento de corazón. Tuve la satisfacción de sentir que me había ganado la vida por un día, y un poco más, con pico y pala, y seguro que había suficiente trabajo de ese tipo por hacer en Estados Unidos. En la juventud uno es optimista y tiene dificultades para alimentar la amargura; es mucho más fácil tener esperanza que lo contrario. Calculé que una semana de trabajo me mantendría durante tres o cuatro semanas, y este hecho me proporcionaba un mundo de satisfacción.

Tuve una gran cena esa noche y bebí innumerables tazas del así llamado café, y luego me acosté y dormí desde las siete hasta las cinco de la mañana siguiente, cuando me desperté sintiéndome muy bien, aunque horrible y dolorosamente rígido. Eso pronto desaparecería, me dije; pero lo peor era que

mis manos se veían horribles; se habían formado ampollas por todas partes que aquí y allá se habían roto, y no podía usarlas sin dolor. El trabajo del día siguiente fue insoportable y mis manos sangraban abundantemente antes del mediodía; pero el viejo irlandés a la hora de la comida las bañó con whisky, que ciertamente secó las heridas. Sentí como si hubiera derramado fuego líquido sobre ellas, y duró así sostenido durante toda la tarde. Durante los siguientes tres o cuatro días el trabajo fue muy doloroso; mis manos parecían empeorar en lugar de mejorar; pero cuando me dolieron tanto que tuve que cambiar las herramientas tan a menudo como pude, empezaron a mejorar, y al final de la semana pude hacer mi trabajo diario sin dolor ni fatiga que valga la pena mencionar.

El trabajo duró tres semanas, y cuando terminó el jefe me dio su dirección en Brooklyn y me dijo que si quería trabajo me lo daría. Fui el único hombre que eligió de esta manera. Mi corazón se congratuló de nuevo. Le di las gracias. Después de todo, me dije mientras volvía a casa, vale la pena hacer un poco más que otros hombres; uno consigue trabajo más fácilmente. Mi nuevo trabajo fue hacer carreteras y yo era sólo uno de los cien hombres empleados. Al cabo de unas semanas, el jefe me dijo de repente:

“¡Shure, debería darte vergüenza trabajar con tus manos; eres un hombre educado! ¿Por qué no aceptas un subcontrato?”

“¿Cómo puedo conseguir un subcontrato?”, pregunté.

“Te daré uno”, dijo. “Mira aquí; gano cinco dólares la yarda por esta carretera, si quiero rastrillar cincuenta yardas o cien yardas, las subcontrato a cuatro dólares la yarda; un hombre debe ganar un poco con un contrato”, agregó astutamente, “y tu beneficio será grande”

Recuerdo que estaba muy agradecido con él, tan agradecido como si hubiera estado tratando de hacerme un favor, lo que ciertamente no fue el caso.

“¿Pero cómo voy a pagar a los hombres?”, pregunté.

“Eso es asunto tuyo”, respondió con indiferencia. Dudé un poco, pero al día siguiente me contraté para tomar cien yardas y me puse a trabajar para encontrar obreros. Es extraño decir que era difícil conseguir hombres; solo pude encontrar casuales... aquí hoy y mañana se fueron, y eran todo menos enérgicos. Compensé su pereza trabajando el doble de horas y al final de la semana había conseguido cinco o seis hombres bastante buenos trabajando para mí. Después de haber completado las primeros cincuenta yardas de trabajo Me quedé asombrado por mis ganancias, tuve que pagar unos cien dólares por trabajo y tenía cien dólares para mí.

Naturalmente, quería tanto de este trabajo como pudiera conseguir, y el jefe me dejó tener doscientas yardas más; pero ahora tuve peor suerte. Era finales de octubre y tuvimos fuertes lluvias, luego se congeló mucho y cayó nieve. Pronto descubrí que debería tener que conducir a los hombres o escabullirme en el trabajo, o contentarme con poco o ningún beneficio. Apenas gané en las siguientes doscientas yardas

como en las primeras cincuenta. Aún así, al mes había conseguido más de cien dólares de ganancia neta, y con eso estaba contento.

Un día, hablando con el viejo irlandés que había trabajado conmigo en mi primer trabajo y que ahora trabajaba para mí, le dije que si la helada se mantenía debería perder dinero.

“¿Qué es lo que dices?” preguntó con sospecha.

“Ahora me cuesta cuatro dólares el metro”, le expliqué con pesar.

“Y te dan seis y ´sivin´”, replicó con burla.

“Cuatro”, le corregí.

“Te están engañando”, concluyó, “deberían darte ocho”.

Pensé que simplemente estaba hablando libremente y no le presté más atención. Aun así, traté de conseguir un contrato un poco mejor con el jefe; sin embargo, fracasé completamente; son cuatro dólares la yarda, lo tomas o lo dejas, dijo él.

Tomé otras doscientas yardas a ese precio; pero ahora la suerte corrió en mi contra. Todo se congeló durante esos miserables diciembre y enero; se congeló mucho, y cuando un día subimos por la carretera para colocar las piedras, tuvimos que volver a hacer el trabajo al día siguiente. Al final del mes de trabajo había perdido cincuenta dólares, aunque yo mismo

había trabajado dieciséis horas al día. Reprendí al jefe, le dije que no era suficiente seguir adelante a ese ritmo; pero él no me permitió tener un centavo más que el precio de mi contrato, y juró por todos sus dioses que él solo estaba recibiendo cinco dólares, y no podía permitirme un centavo más por el clima. “Tenemos que tomar todos los excrementos con las buenas papas”, dijo.

Ahora que sabía exactamente lo que costaba el trabajo, no podía creerle, así que me tomé un día libre y fui con el viejo irlandés para averiguar si estaba diciendo la verdad. Unos tragos en una taberna irlandesa, una charla con un capitán de Tammany y pronto descubrí que el contrato se lo entregaban al jefe a diez dólares la yarda, diez; aunque podría haber sido rentable con cinco. Descubrí más incluso que eso. Mi jefe había enviado un reclamo por dinero extra debido al mal tiempo y le habían permitido tres dólares el metro por el trabajo que había hecho en los últimos dos meses. Entonces comprendí claramente cómo se enriquecen los hombres. Aquí estaba un irlandés sin educación que ganaba diez mil dólares al año con el contrato de la ciudad. Es cierto que tenía que dar algo a los funcionarios de Tammany en sobornos, pero siempre “hacía mala boca”, como decían, fingiendo estar mal, al año, estoy seguro, nunca desembolsó más de quinientos dólares en aceite de palma.

Descubrí todo esto en una mañana. Le di las gracias al viejo trabajador irlandés, lo atendí y luego fui a visitar a Henschel y pasar la tarde con él. Él también quería verme. Había conocido al editor del “Vorwaerts” me dijo, el periódico socialista de

Nueva York, y me pidió que fuera a verle, al editor Dr. Goldschmidt.

Estaba de buen humor. No podía soportar pensar en seguir trabajando para ese contratista irlandés estafador; tampoco pude tomar la decisión de seguir el consejo del viejo irlandés, quien dijo: “Ahora tienes la verdad, fuerza al viejo y estafador a que te dé “sivin” dólares la yarda, o amenázalo con lo que escribirás en los papeles; eso lo asustará”

No quería asustar al jefe, ni tomar parte en su robo. Simplemente deseaba dejarlo y olvidar toda la sórdida historia. Después de todo, ahora tenía doscientos o trescientos dólares detrás de mí, y mis experiencias pedían a gritos que se les diera forma y se publicaran.

Fui con Henschel a ver al doctor Goldschmidt y encontré que era un hombre agradable, judío, de buena educación y con una cierta bondad en él que me atraía. Me preguntó sobre qué me proponía escribir. Dije que podía hablar de mis experiencias como sin trabajo o como jornalero con pico y pala, o podría escribir sobre el socialismo de Platón. Había tenido este tema en mente cuando visité por primera vez las oficinas del periódico meses antes. Ahora Platón y su República sonaban ridículos a mis oídos; tenía pescado más fresco para freír. Goldschmidt era evidentemente de la misma opinión; porque se rió de la sugerencia de Platón, y mientras se reía, de repente se me hizo claro que había recorrido un largo camino en mis pensamientos durante mi año en Nueva York. De repente me di cuenta de que mis experiencias como emigrante me habían convertido en un hombre; que esos doce o quince meses de

esfuerzo infructuoso por conseguir trabajo me habían convertido en un reformador, si no todavía en un rebelde.

“Déjame escribir sobre lo que he pasado”, le dije finalmente a Goldschmidt. “Después de todo, el pico y la pala son tan interesantes como la espada y la cota de malla, y los viejos caballeros que salieron a luchar contra los dragones no tenían nada a que enfrentarse tan terrible como el aire comprimido”.

“¿Aire comprimido?” me atajó. “¿Qué quieres decir? Cuéntame sobre eso.”

Ciertamente tenía el instinto del periodista para la novedad sensacionalista, así que le conté mi historia; pero no podía hablar simplemente de mi trabajo en los cajones. Le conté casi todo lo que había escrito y, lo peor de todo, le di las lecciones primero, y no los incidentes, en mi serio estilo alemán; le dije que el trabajo manual es tan duro, tan agotador en el clima estadounidense, que lo convierte a uno en un bruto sin alma. Uno está demasiado cansado por la noche para pensar, o incluso para interesarse por lo que está sucediendo en el mundo. Es raro el obrero que lee un periódico vespertino. El periódico dominical es su único alimento mental; los días de semana trabaja y come y luego se acuesta. Las condiciones del trabajo manual en los Estados están engendrando un proletariado listo para la revuelta. Todo hombre necesita un poco de descanso en la vida, algunas horas de disfrute. Pero el trabajador no tiene tiempo para el ocio. No se atreve a tomarse un respiro de un día; porque si lo hace, puede perder su trabajo y probablemente tenga más tiempo libre del que desea.

Mi opinión pareció sorprender al doctor por su interés; pero mis experiencias en los cajones resolvieron el asunto.

“Escriba toda la parte sin trabajo”, dijo, “y termine con sus días en el cajón. Sé algo sobre ese trabajo. Los contratistas obtendrán sesenta millones de dólares por él, y supongo que no costará veinte; pero lo miraré todo y respaldaré tu historia con algunos hechos concretos”.

“¿Pero alguien gana doscientos por ciento con un contrato?” Pregunté, olvidándome por el momento de mi jefe irlandés que quería al menos el doble de beneficios y tanto más como pudiera conseguir mintiendo.

“Ciertamente”, respondió Goldschmidt. “Hay sólo unos pocos competidores, si es que hay alguno, para un gran trabajo, y los dos o tres hombres que están dispuestos y son capaces de asumirlo, son propensos a abrir la boca bastante”.

Poco a poco, se me fue imponiendo que nuestro sistema competitivo es una estafa organizada.

Me fui decidido a escribir una serie de artículos reveladores. Mientras hablaba con Goldschmidt, había decidido no volver a la construcción de carreteras; todo era estúpido, poco interesante para mí, y la corrupción en él era horriblemente desagradable. Una hora de conversación con un hombre educado me había vuelto en contra de ello para siempre. Odiaba incluso volver a encontrarme con ese jefe mentiroso. No lo encontraría. Anhelaba volver a mis libros, mi ropa limpia y mis hábitos de vida estudiosos.

Cogí habitaciones en el centro de la ciudad, pero en el lado este, habitaciones muy sencillas, que me costaban, con desayuno y té, unos diez dólares a la semana, y me puse manos a la obra con mi bolígrafo. Pronto descubrí que el trabajo con el pico y la pala en el mal tiempo me había hecho casi imposible usar la pluma. Mi cerebro parecía cansado, las palabras salían lentamente y pronto me adormecí. Pensar también es una función que necesita ejercicio o se oxida. Pero en una semana o dos escribí con más libertad, y en un mes había terminado una serie de artículos en alemán que incorporaban mis experiencias como “principiante” y se los envié a Goldschmidt. Le gustaron, dijo que eran excelentes y me dio unos cien dólares por ellos. Cuando recibí su carta sentí que por fin había recuperado mi propio trabajo y había encontrado un trabajo adecuado. Los artículos causaron una especie de sensación, y obtuve doscientos dólares más por ellos en forma de libro. Durante los siguientes tres o cuatro meses fue bastante fácil recorrer Nueva York y mantener los ojos abiertos para conseguir temas para dos o tres artículos a la semana. No gané mucho con ellos, es cierto; pero, después de mis experiencias, veinte a veinticinco dólares por semana eran más que suficientes para todas mis necesidades.

Además, sentí que había resuelto el problema. Ahora siempre podría ganarme la vida de una forma u otra con pico y pala, si no con pluma. Hasta ese punto yo era al menos dueño de mi destino.

Un día fui a la oficina de los “Vorwaerts”, donde debería encontrarme con Raben. Por supuesto, nos trasladamos de inmediato a un restaurante alemán cercano y pedimos un

almuerzo alemán y muchos Seidels de cerveza alemana. Él había estado trabajando de manera constante, desde que dejó el barco, pero a precios bajos. Quería ir a Chicago, me dijo, donde la paga era mejor, solo que tenía una chica maravillosa que no podía soportar dejar; un melocotón perfecto, añadió, y noté por primera vez que sus labios eran sensuales, gruesos.

Mientras hablaba, se me ocurrió que a mí también me gustaría ir al Oeste y abrir nuevos caminos. Aquellos meses malditos en los que intenté en vano conseguir trabajo me habían dejado una aversión por Nueva York. En el fondo de mí había un fondo de resentimiento y amargura.

“Me gustaría ir a Chicago”, le dije a Raben. “¿Me podrías presentar a alguien?”

“Seguro”, dijo, “a August Spies, el propietario y editor del 'Arbeiter Zeitung'. Es un tipo de primera categoría, también sajón, de Dresde. Seguro que te empleará. Todos los alemanes del Sur cabalgan juntos”.

Pedí lápiz y papel y le pedí que me escribiera una carta de presentación para Spies en ese momento.

Creo que la misma noche fui a ver al doctor Goldschmidt y le pregunté si podía escribirle un artículo semanal desde Chicago, sobre cuestiones laborales, y acordamos uno a la semana, a diez dólares; pero me dijo que tenía que completar dos buenas columnas –dos o tres mil palabras por diez dólares– la paga no era alta; pero me protegió contra la pobreza, y eso fue lo principal. Al día siguiente empaqué mi baúl y partí hacia Chicago...

CAPÍTULO II

El largo viaje en tren y los grandes espacios terrestres parecían poner mi vida en Nueva York en segundo plano. Había estado en Estados Unidos más de un año. Había ido a Nueva York siendo un joven inexperto, lleno de vagas esperanzas y ambiciones ilimitadas. Quedaba como un hombre, que sabía lo que podía hacer, pero aún no sabía lo que quería. Por cierto, ¿qué quería? Una vida un poco más fácil y un salario más alto, eso vendría, pensé, ¿y qué más? Me había dado cuenta de que yendo por las calles de Nueva York, las mujeres y las niñas eran más bonitas, más delicadas y mejor vestidas que cualquiera de las que yo hubiera estado acostumbrado a ver en Alemania. Muchas de ellos también eran morenas, y sus ojos oscuros me atraían irresistiblemente. Parecían orgullosas y reservadas, y no parecían notarme, y, extraño decirlo, eso me atraía más que nada. Ahora que la lucha por la existencia me dejaba un poco de espacio para respirar, intentaría, me dije, conocer a una chica bonita y reconciliarme con ella. ¿Cómo es posible, me pregunto, que la vida te de siempre el deseo de tu corazón? Puedes diseñar tu ideal a tu gusto; pregunta qué ojos, piel y figura te gustan; si solo tienes un poco de paciencia, la vida traerá tu belleza al encuentro. Todas nuestras oraciones se conceden en este mundo; esa es una de las tragedias de la

vida. Pero yo no sabía eso en ese momento. Simplemente me dije a mí mismo que ahora podía hablar inglés americano con fluidez, haría el amor con una chica bonita y la conquistaría. Por supuesto, también tenía que averiguar todo acerca de las condiciones laborales en Chicago, porque eso era lo que Goldschmidt quería en mis artículos semanales, y debía aprender a hablar y escribir en inglés americano perfectamente. Ya en mis pensamientos había comenzado a llamarme estadounidense. Con tanta fuerza me atraía aquella tierra con su descuidada libertad e igualdad grosera. Había poder en el mero nombre y también distinción. Me convertiría en estadounidense y, volví a pensar en mí mismo, y ante mis ojos se formó un rostro de niña, delicadamente oscuro, provocador, voluntarioso...

El trabajo de un año al aire libre me había hecho fuerte como el acero. Estaba tenso ahora con el solo pensamiento de un beso, de un abrazo. Miré hacia abajo y me hice un balance. Iba toscamente, pero no mal vestido; justo por encima de la altura media, cinco pies nueve más o menos; constitución fuerte, hombros anchos; mi cabello era rubio, ojos azules, un pequeño bigote comenzaba a mostrarse como un plumón dorado. Ella me amaría, *ella* ... la sangre en mí se *puso* caliente; mis sienes palpitaban. Me levanté y caminé por el coche para deshacerme de mi emoción; pero caminaba en el aire, mirando a cada mujer cuando pasaba. Tuve que leer para recomponerme, e incluso entonces *su* rostro seguía interponiéndose entre mí y la página impresa.

Llegué a Chicago a última hora de la tarde, después de un viaje de cuarenta horas. No estaba cansado, y para ahorrar

gastos fui de inmediato en busca de Spies, después de dejar mi equipaje en el depósito. Lo encontré en la oficina del “Arbeiter Zeitung”. La oficina era mucho más pequeña y más pobre que la del Dr. Goldschmidt; pero Spies me causó una excelente impresión. Físicamente era un tipo fino y bien formado, un poco más alto que yo, aunque quizás no muy fuerte. Tenía una buena educación y hablaba inglés casi con tanta fluidez como su lengua materna, aunque con un ligero acento alemán. Su rostro era atractivo; tenía el cabello castaño espeso y rizado, ojos azul oscuro y largos bigotes; también llevaba una barba puntiaguda, que parecía acentuar el delgado triángulo de su rostro. Descubrí, poco a poco, que era muy emotivo y sentimental. Su barbilla era redonda y suave, como la de una niña. Sus acciones siempre estaban dictadas por sus sentimientos del momento. Me recibió con una franca amabilidad que resultó encantadora; dijo que había leído mis artículos en “Vorwaerts” y esperaba que yo pudiera hacer algún trabajo por él. “No somos ricos”, dijo, “pero puedo pagarte algo y debes crecer con el papel”, y se rió.

Propuso que saliéramos a cenar; pero cuando le dije que quería alojamiento, exclamó: “Eso encaja exactamente. Hay un socialista, George Engel, que tiene una juguetería entre aquí y la estación. Me dijo que quería un inquilino. Tiene dos buenas habitaciones, creo, y estoy seguro de que le gustará”. “Supongamos que vamos a verlo”, dije, y partimos, mientras mi compañero hablaba con una franqueza cautivadora de sus propios planes y esperanzas. Tan pronto como vi a Engel supe que deberíamos llevarnos bien. Tenía un rostro redondo, pesado y afable; quizás tenía cuarenta y cinco o cincuenta años; su cabello castaño se estaba volviendo ralo en la parte

superior. Me mostró las habitaciones, que estaban limpias y tranquilas. Evidentemente, estaba encantado de hablar alemán y propuso tomar mis cosas y traer mi equipaje del depósito, y así dejarme libre. Le di las gracias en nuestro dialecto bávaro y sus ojos se llenaron de lágrimas.

“¡Ach du liebster Junge!” gritó, y me estrechó con ambas manos. Sentí que me había ganado un amigo y, volviéndome hacia Spies, dije: “Ahora podemos cenar juntos”.

Aunque se estaba haciendo tarde, me llevó de inmediato a un restaurante alemán, donde comimos bien. Spies era un excelente compañero; hablaba bien, de hecho, en ocasiones, era interesante y persuasivo. Además, conocía mejor que nadie las circunstancias de los trabajadores extranjeros en Chicago. También sentía auténtica compasión por sus deseos y defectos, y una sincera simpatía por sus sufrimientos.

“Ya sean de Noruega, de Alemania o del sur de Rusia”, me dijo, “son engañados durante los primeros dos o tres años por todos. De hecho, hasta que aprendan a hablar inglés correctamente, serán una mera presa. Quiero crear una especie de Oficina Laboral para ellos, en la que puedan obtener información en su lengua materna sobre todos los temas que les conciernen. Es su propia ignorancia lo que los convierte en esclavos; palomas disponibles para ser desplumadas”.

“¿Es la vida muy difícil?”, pregunté.

“En invierno terriblemente duro”, respondió. Aproximadamente el treinta y cinco por ciento de los hombres

que trabajan siempre están desempleados; eso conlleva un sedimento de miseria, y nuestros inviernos aquí son terribles...

“Hay algunos casos terriblemente desafortunados. Tuvimos una mujer la semana pasada que vino a nuestra reunión para pedir ayuda. Tenía tres hijos pequeños. Su marido había trabajado en la fábrica de joyería barata de Thompson. Ganaba buenos salarios y eran felices. Un día se rompió el ventilador y respiró los vapores del ácido nítrico. Se fue a casa quejándose de sequedad de garganta y tos; parecía mejorar en la noche. La mañana siguiente fue peor; comenzó a escupir una cosa delgada y amarilla. La esposa llamó a un médico. Le recetó oxígeno para respirar. Esa noche el hombre murió. Le conseguimos una suscripción y fui a ver al médico. Me dijo que el hombre había muerto por respirar vapores de ácido nitroso; siempre causa congestión de los pulmones, y siempre es fatal dentro de las cuarenta y ocho horas. Ahora la esposa está desamparada, con tres hijos que alimentar, y todo porque la ley no obliga al patrón a instalar un ventilador adecuado. La vida es brutal para los pobres.

“Además, los empleadores estadounidenses despiden a los hombres sin piedad, y la policía y los magistrados están todos en contra de los extranjeros. Está empeorando cada vez. No sé dónde terminará todo”, y guardó silencio durante un rato. “Por supuesto que eres socialista”, prosiguió, “y vendrás a nuestras reuniones y te unirás a nuestro Verein”.

“No sé si me llamarían socialista”, respondí; “Pero mi simpatía está con los trabajadores. Me gustaría asistir a sus reuniones”.

Antes de despedirnos, me invitó a visitarle, me mostró la sala de conferencias, que estaba bastante cerca de la oficina del periódico, y me dio una pequeña circular sobre las reuniones del mes. Finalmente me dejó en la puerta de Engel, con la esperanza de que nos volviéramos a encontrar pronto.

Debía de ser casi medianoche cuando entré en la casa. Engel me esperaba despierto y tuvimos una larga charla en nuestro hogareño dialecto bávaro. Le dije que era mi regla no hablar nunca alemán; pero no pude resistir el lenguaje de mi niñez. Engel también había leído mis artículos en “Vorwaerts” y estaba encantado con ellos; era enteramente autodidacta, pero no sin cierta astucia al juzgar a los hombres; un alma cuidadosa y salvadora, con un inmenso fondo de pura bondad humana en su corazón; un claro estanque de amor. Nos separamos como grandes amigos, me fui a la cama lleno de esperanza y pasé una noche excelente.

A la mañana siguiente me puse a buscar en Chicago; luego hice una visita al “Arbeiter Zeitung” por las estadísticas que quería para mi artículo de Nueva York, y así pasó el día.

Llevaba una semana en Chicago cuando asistí a la primera de las reuniones socialistas. El edificio era una simple choza de madera en la parte trasera de algunos edificios de ladrillo. La sala era bastante grande, con capacidad para unas doscientas cincuenta personas; parecía desierta y estaba amueblada con sencillez con bancos de madera y una plataforma baja en la que había un escritorio y una docena de sillas sencillas. Afortunadamente, el clima era muy agradable y podíamos sentarnos con las ventanas abiertas; era mediados de

septiembre, si mal no recuerdo. Los oradores también podían hablar sin que los oyeran, lo que quizás fuera una ventaja.

El primer orador me divirtió bastante. Spies lo presentó como Herr Fischer, y hablaba una especie de jerga germanoamericana casi incomprensible. Sus ideas también eran tan incipientes como su discurso. Al parecer, creía que los ricos eran ricos simplemente porque se habían apoderado de la tierra y de lo que él llamaba “los instrumentos de producción”, que les permitían triturar los rostros de los pobres. Evidentemente había leído “El capital” de Marx, y poco o nada más. Ni siquiera entendía la energía generada por la competencia abierta de la vida. Era una especie de estudiante a medias del comunismo europeo, con un odio intenso hacia aquel a quien llamaba “el rico ladrón”.

Fischer probablemente sintió que no llevaba consigo a su audiencia, porque de repente dejó de hacer amplias denuncias contra los ricos y comenzó a ocuparse de la acción de la policía en Chicago. Al manejar lo real, era un hombre diferente. Nos contó cómo la policía había comenzado a dispersar las reuniones en las calles con el pretexto de interferir con el tráfico; cómo pasaron a disolver las reuniones celebradas en muchos terrenos. Al principio, también, la policía se contentó, dijo, con sacar al orador de su plataforma improvisada e inducir silenciosamente a la multitud a seguir adelante y disolverse; últimamente habían comenzado a utilizar sus clubes. Fischer recordó cada reunión y dio un capítulo y un versículo de sus declaraciones. No en vano había trabajado como reportero en el “Arbeiter Zeitung”. Evidentemente, él también tenía un sentido

extraordinariamente vívido de equidad y justicia, y estaba exasperado por lo que él llamaba autoridad despótica. Habló ahora en el espíritu exacto de la Constitución estadounidense. Para él, la libertad de expresión era un derecho inherente al hombre. Declaró que él, por su parte, nunca la entregaría, y llamó a su audiencia a ir armados a las reuniones y resolvió mantener un derecho que nunca antes había sido cuestionado en América. Esto provocó una tempestad de vítores, y Fischer se sentó de repente. Su argumento fue impecable; pero no se dio cuenta de que los estadounidenses nativos reclamarían para sí mismos derechos y privilegios que no reconocerían a los extranjeros.

El siguiente orador fue un hombre de un sello diferente, un judío de mediana edad llamado Breitmayer, que habló a favor de la suscripción a la Oficina Laboral de Spies. Contó cómo los trabajadores explotaban a los trabajadores y apuntaló su discurso historia tras historia. Este tipo de charla podía apreciarla. Yo también había sido explotado, y me uní de todo corazón a los aplausos que puntuaron el discurso. Para Breitmayer, la humanidad estaba dividida en dos campos: los “ricos” y los “desposeídos” o, como él mismo dijo, los amos y los esclavos, los derrochadores y los vagabundos. Nunca levantó la voz, y parte de su charla fue eficaz; pero ni siquiera Breitmayer pudo evitar el tema candente. Un amigo suyo había sido apaleado por un policía en la última reunión; todavía estaba en el hospital y, temía, que quedase maltrecho de forma permanente. ¿Qué crimen había cometido Adolph Stein? comentó, ¿qué mal había hecho para ser maltratado de esta manera? Breitmayer, sin embargo, terminó dócilmente. Se mostró partidario de la resistencia pasiva el mayor tiempo

posible (algunos silbidos); “el mayor tiempo posible”, repitió enfáticamente, y la repetición provocó alegría tras alegría. Mi corazón latía rápido de emoción; evidentemente, el pueblo estaba listo para la resistencia activa a lo que consideraba una opresión tiránica.

Después de que Breitmayer se sentara hubo una pausa momentánea, y luego un hombre se movió hacia adelante desde un lado y se paró ante la reunión. Era una persona menuda, ordinaria y anodina, con un tono verde en los ojos. Spies se acercó a él y explicó que Herr Leiter había resultado herido en la explosión de una caldera un año antes; lo llevaron al hospital y lo trataron; había sido dado de alta hace dos días, casi totalmente ciego. Había acudido a sus antiguos empleadores, los señores Roskill, los famosos fabricantes de jabón del East Side, que empleaban dos mil manos, y les había pedido un trabajo ligero. Sin embargo, no le daban nada, y ahora pedía ayuda a sus amigos y hermanos obreros en su desgracia. Podía ver vagamente a dos o tres metros. Si tuviera un par de cientos de dólares podría abrir una tienda para comprar todo tipo de jabón y quizás ganarse la vida. En cualquier caso, con la ayuda de su esposa, no se moriría de hambre si tuviera una tienda. Todo esto lo contó Spies con una voz tranquila y sin emociones. Se hizo una recaudación y anunció que se habían recaudado ciento ochenta y cuatro dólares. Ciento ochenta y cuatro dólares en esa pequeña reunión de trabajadores y trabajadoras, era algo espléndidamente generoso.

—Os lo agradezco mucho—dijo Herr Leiter, con voz entrecortada, y se retiró del brazo de su esposa a su asiento. El

patetismo indefenso y desesperado de la figura tambaleante; la paciencia con la que soportaba el horrible desastre inmerecido, trajo lágrimas rápidas y calientes a mis ojos. El señor Roskill no podía prescindir de sus millones para este soldado quebrantado en su servicio. ¿De qué estaban hechos estos hombres para que no se rebelaran? ¿Me habían cegado allí bajo el agua? en Brooklyn habría encontrado palabras de fuego. Roskill no había hecho nada por él. ¿Era creíble? Me abrí paso hasta la plataforma y le pregunté a Leiter en alemán: “¿Nichts hat Er gethan—Nichts? ¿Nichts gegeben? (“¿Roskill no hizo nada? ¿No te dio nada?”)

“Nichts; er sagte dass es ihm Leid thaete”. (“Nada; dijo que lo sentía”). Mis manos cayeron a mis costados. Empecé a comprender que la resignación era un símbolo de servidumbre, que esa paciencia tímida se heredaba. En un torbellino de razones, mi sangre hirvió y la piedad me estremeció; algo se debe hacer. De repente, recordé las palabras de Breitmayer, “resistencia pasiva el mayor tiempo posible”. El límite debe estar casi alcanzado, pensé. No podía quedarme en la reunión. Tenía que pensar solo, con las estrellas sobre mí, así que me dirigí a la puerta. Ciego a los veintiseis, y condenado a morir de hambre, peor que si hubiese sido un caballo o un perro.

A juzgar por los discursos, los trabajadores de Chicago estaban incluso peor que los trabajadores de Nueva York. ¿Por qué? No pude evitar preguntarme: ¿por qué? Probablemente porque no había tanta riqueza acumulada y sí un deseo aún más apasionado de enriquecerse rápidamente.

“Ciego y sin compensación, sin ayuda”, las palabras parecían estar grabadas en mi cerebro con letras de fuego. Fue el pensamiento de Leiter lo que me hizo unirme al Club Socialista dos días después.

Había acordado con Spies visitar los diversos clubes de trabajadores, y fui a varios de ellos para conseguir ese artículo semanal de Nueva York, y encontré lo que esperaba encontrar. El salario del trabajador era un poco más alto que en Nueva York, pero siempre que era posible engañarlo, lo engañaban y la proporción de desempleados era mayor que en la isla de Manhattan.

Después de terminar mi artículo sobre Leiter esa semana para “Vorwaerts”, bajé por Michigan Boulevard y caminé a lo largo de Lake Shore. La amplia extensión de agua me fascinó y me gustó el gran bulevar y las espléndidas casas de piedra rojiza o ladrillo, cada una con su propio césped. Después de caminar durante una hora, regresé por el Boulevard y tuve una experiencia interesante. Una berlina alquilada se había topado con una calesa, o la calesa había chocado con el carruaje alquilado, que salía de una calle transversal; en cualquier caso, hubo una gran pelea; la calesa estaba muy destrozada y un par de policías atendían a los caballos. Una multitud se reunió rápidamente.

“¿Cuál es el problema?” Le pregunté a mi vecina, que resultó ser una niña. Ella se giró. “No lo sé; acabo de llegar –y me miró a los ojos.

Su rostro me dejó sin aliento; era el rostro de mis sueños: los mismos ojos y cabello oscuros, las mismas cejas; la nariz era un poco más fina, quizás, los contornos un poco más nítidos, pero la expresión confiada y voluntariosa estaba allí, y los ojos oscuros de color avellana eran divinos. Sintiendo que la confesión era el mejor tipo de presentación, le dije que era un extraño en Chicago; yo acababa de llegar de Nueva York. Esperaba que me dejara conocerla; todo era tan solitario para mí. Cuando nos apartamos de la multitud, dijo que pensaba que yo era extranjero; había algo extraño en mi acento. Le confesé que era alemán y, alegando que era una costumbre alemana presentarse, le rogué que me permitiera hacerlo, agregando de manera alemana: “Mi nombre es Rudolph Schnaubelt”. En respuesta, me dijo su nombre, Elsie. Lehman, bastante bonito.

“¿Tú también eres alemana?”

“¡Oh no!” dijo ella. “Mi padre era alemán; murió cuando yo era muy pequeña”, y luego continuó diciendo que vivía sola con su madre, que era sureña. Esperaba poder acompañarla a su casa; ella aceptó mi escolta con un remilgado, “Ciertamente”.

Mientras caminábamos, hablamos de nosotros mismos y pronto aprendí mucho sobre Elsie. Era mecanógrafa y taquígrafa y estaba comprometida durante el día con los librerías Jansen McClurg and Company, pero tenía libre todas las tardes después de las siete. Aproveché la oportunidad; ¿Vendría al teatro alguna noche? Ella respondió ruborizada, que estaría encantada; confesó, de hecho, que a

ella le gustaba más el teatro que cualquier otra diversión excepto el baile, así que lo preparé para llevarla al teatro la noche siguiente.

Me despedí de ella en la puerta de la casa de huéspedes donde vivían ella y su madre; me pidió que pasara para conocerla, pero le rogué que me dejara ir la noche siguiente, porque estaba con mi ropa de trabajo. Todavía puedo verla de pie en lo alto de los escalones mientras me decía “buenas noches”; la figura delgada y lisa, el rostro delicado y provocativo.

Cuando me fui, me pregunté cómo se las arreglaba para vestirse tan bien. Parecía una dama; era ordenada e inteligente. ¿Cómo podía hacerlo con su salario? No supe entonces, como supe después, que ella tenía un don natural para todo, pero su belleza provocativa corría por mi sangre como el vino, y antes de irme a casa compré un par de periódicos para ver exactamente qué teatro seleccionar. Supongo que debido a que soy alemán y sentimental, y nací con un respeto instintivo por las mujeres, elegí la obra más adecuada que pude encontrar; fue “Como a ti te gusta”, con una distinguida actriz como Rosalind.

A la noche siguiente me vestí lo mejor que pude con ropas oscuras con una corbata de seda y un lazo holgado, y fui a buscar a Elsie a las siete en punto. Había estado pensando en ella la mayor parte del día, preguntándome si yo le gustaba como a mí me gustaba, preguntándome si alguna vez podría besarla, recobrando el aliento al pensarlo, porque la divina

humildad del amor estaba sobre mí, y Elsie parecía demasiado delicada y preciosa para poseerlo.

Fue su madre quien me conoció cuando llamé, una mujercita descolorida, con ojos oscuros y cansados, ropa blanca de lino en el cuello y las muñecas, y una voz levemente quejumbrosa. Me dijo que Elsie estaría preparada “de inmediato”, que “acababa de regresar de la tienda” y se estaba “arreglando”.

Nos sentamos y hablamos, o más bien ella me sonsacó, sin objeciones, sobre mí y mis perspectivas. Tenía muchas ganas de hablar, porque estaba bastante orgulloso de mi puesto como escritor. Ella parecía no hacerse ilusiones sobre el tema; escribir, dijo, “era un trabajo fácil”, pero supuso que no muy bien pagado, porque “había un escritor en la pensión donde vivíamos antes que solía pedir prestado a todo el mundo y nunca le pagaba a nadie. Hizo reuniones y cosas”, de lo que deduje que era reportero. Mientras todavía estábamos charlando sobre el reportero descuidado y sin escrúpulos, entró Elsie y me cautivó los sentidos.

Iba vestida con una especie de tejido claro de color maíz y tenía una rosa carmesí en el cabello oscuro, justo por encima de la oreja. Se había puesto un pañuelo de un amarillo más intenso como tocado: tenía el color y la delicada gracia de una flor. Le dije que el vestido era como un narciso y ella se inclinó ante el cumplido con labios y ojos sonrientes. Hacía buen tiempo y hacía calor, así que caminamos hasta el teatro. Una o dos veces mi brazo tocó el de ella mientras caminábamos, y nuevos pulsos cobraron vida en mí.

¡Qué tarde tuvimos! Había leído la obra, pero nunca la había visto, y fue un encanto para mí. Entre los actos, Elsie me dijo que ella también lo estaba disfrutando; pero objetó el vestido de Rosalind. “No era decente”, dijo, “ninguna mujer agradable lo usaría”, y se burló de la idea de que Orlando pudiera tomar a Rosalind por un niño. “Él debería haberla reconocido”, declaró, “a menos que fuera un idiota; ningún hombre puede ser tan tonto”. Jacques no le agradaba en particular, y el patio en el bosque le parecía ridículo.

Antes de que terminara la velada, me había dejado la impresión de una personalidad fuerte y definida. Su belleza era frágil, como una flor, atractiva; su naturaleza curiosamente magistral–imperiosa. Para mí, desde entonces ella siempre ha estado conmovida con algo de la magia de Rosalind; porque Elsie, además, apenas estaba tocada por la fortuna, y me gustaba más porque era mucho más fuerte que Rosalind, mucho más decidida a abrirse camino en este mundo difícil.

Le gustaban las luces, la multitud y los vestidos bonitos, y mostraba una perfecta confianza en sí misma.

“Me encanta el teatro”, dijo. “Qué lástima que no sea real, como la vida”.

“Más real”, dije, en mi didáctica forma alemana, “debería ser la quintaesencia de la vida”.

Elsie me miró asombrada.

“A veces eres gracioso”, dijo, y se echó a reír a carcajadas, no pude entender por qué. Cuando nos marchamos después de

que terminara la función, pasamos junto a una chica alta y morena, no tan guapa como Elsie, con una hilera de magníficas perlas alrededor de su cuello.

“Hogareño, ¿no es así?” me dijo Elsie mientras pasábamos. “¿Pero viste sus perlas y ese hermoso vestido?”

“No”, respondí, “no lo noté en particular”.

Ella me lo describió, dijo que le gustaría un vestido así; le encantaba imaginar que era rica. “Cuando veo un vestido bonito”, prosiguió, “me imagino que lo llevaré puesto el resto del día y estoy bastante feliz. La felicidad es una fantasía a medias, ¿no crees?”

“En buena parte”, respondí, preguntándome por su sabiduría. “Pero la fantasía es muy divertida”, continué, “aunque un poco difícil de practicar a medida que uno envejece”.

“Hablas como Matusalén”, replicó, “pero no tienes más de veinte”

“Oh, sí, los tengo”, le respondí, pero no le dije lo cerca que había estado de la verdad.

Cuando llegamos a su puerta, la casa estaba a oscuras; pero su madre, dijo, se aseguraría de estar esperándola. Con toda naturalidad, cuando dijimos “buenas noches”, levantó la cara hacia mí. La rodeé con los brazos con entusiasmo y la besé en los labios. Hice una cita para la noche siguiente para llevarla a

caminar y me fui a casa con la sensación de su cuerpo en mis brazos y manos, y la fragancia de sus cálidos labios en los míos.

Engel no se había acostado; nunca se acostaba hasta altas horas de la noche. No quise hablar con él sobre Elsie, así que le conté un poco sobre la obra y luego me apresuré a ir a mi habitación. Quería estar solo para revivir las extrañas y dulces sensaciones. Una y otra vez puse mis brazos alrededor de su cintura esbelta y flexible y besé sus labios; eran suaves como la seda; pero la imaginación sólo hizo que mi sangre ardiera, y eso no era necesario. Por fin conseguí un libro y leí hasta dormirme.

Después de esa primera noche, Elsie y yo nos conocimos. Cuando hacía buen tiempo, dábamos largas caminatas; su paseo favorito era Michigan Boulevard, o el parque. “Allí”, dijo, “la vida era elegante y hermosa”. Aprendí muchas cosas de ella. Creo que me mostró la visión aristocrática de la vida; ciertamente me enseñó a hablar inglés como un americano. De una forma u otra, aumentó mi deseo de convertirme en estadounidense. Ella también excitó mi ambición. Quería saber por qué no escribía para los periódicos estadounidenses en lugar de para los feos periódicos alemanes que a nadie le importaban. En todos los casos estuvo del lado de los prósperos y poderosos, contra los desposeídos y los pobres.

Pero a ella le gustaba, y éramos un chico y una chica juntos, y a veces íbamos más allá de los sórdidos hechos de la existencia. Solía dejarme besarla, y cuando se acostumbró a salir conmigo, cedió de vez en cuando por un momento más o

menos, al menos en espíritu, a mi deseo. No la conocía desde hacía una semana cuando quise comprometerme con ella al estilo alemán serio, y pensé que elegí el momento para la propuesta con mucha astucia. Estábamos en un banco mirando hacia el Gran Lago, el silencio a nuestro alrededor y la luz del sol un camino dorado sobre las aguas. Habíamos estado sentados uno al lado del otro durante algún tiempo. Por fin me volví más atrevido y la estreché en mis brazos: mientras la besaba parecía toda mía.

“Quiero conseguirte un anillo de compromiso, querida”, le dije. “¿Qué te gustaría?” Se enderezó y agitó sus rizos oscuros con rebeldía.

“No te vuelvas loco”, dijo, “no tienes nada con qué casarte y yo no tengo nada. Es una tontería. Ahora nos vamos a casa”, y a pesar de todo lo que pude decir, partió hacia el Boulevard y su casa.

Supongo que la sensación de dificultad aumentó mi ardor; en cualquier caso, recuerdo, que en una semana o dos ella era la rosa de mi vida, y cada momento vivido lejos de ella era tedioso, plano.

Fue Elsie quien me enseñó por primera vez la magia del amor, la belleza que nunca estuvo en la tierra ni en el mar. Ella transformó la vida para mí e hizo adorable incluso la prenda. Cuando estaba con ella, vivía con mayor intensidad, mis sentidos eran inconcebiblemente agudos y rápidos, y todo el tiempo su hechicería estaba en el aire y la luz del sol, así como en mi sangre. Cuando ella me dejaba yo quedaba

aburrido y solo, triste; todo el mundo se volvía gris y sombrío. Como la veía con frecuencia, el glamour se convirtió en encanto y la pasión se hizo cada vez más imperiosa. Ella cumplió con mi deseo de una manera que me deleitó: a menudo, un resplandor de calor receptivo entraba en sus mejillas y labios; pero su autocontrol me desconcertó. No le gustaba ceder al hechizo sensual o incluso verse obligada a reconocer su realidad. Al principio, atribuí su resistencia a su respeto por las convenciones, y como tenía miedo de perder el compañerismo que se había hecho querido para mí, no la presioné indebidamente. Sostener su belleza en mis brazos y besar sus labios me embriagaba y no podía arriesgarme a ofenderla. Pero cuando sus labios se calentaban sobre los míos, intentaba besar su cuello o levantarle la manga y besar su brazo en el tierno interior que era como una flor, un pétalo blanco marfil todo enloquecido con tracería violeta.

“No, no debes”, gritó ella, “me gustas, me gustas mucho; eres bueno y amable, estoy seguro; pero está mal; oh sí, lo es, y somos demasiado pobres para casarnos, así que debes comportarte, chico” (“Chico” era su apodo cariñoso para mí). “Me gustan tus ojos azules, “continuó meditabunda,” y tu fuerza, altura y bigote “(y lo tocó, sonriendo)”. “¡Pero no! ¡No! ¡No! Me iré a casa si no te detienes”.

Por supuesto que obedecí, pero solo para empezar de nuevo uno o dos minutos más tarde. Mi deseo era incontrolable. Amaba a Elsie. Cuanto más sabía de ella, más la amaba; pero mientras el afecto y la ternura eran profundos, la pasión estaba en la superficie, por así decirlo, testaruda e imperiosa; no debía ser frenado, azotado hasta la locura como lo estaba por la

curiosidad. Mi única excusa era mi juventud, pues no pude evitar querer tocarla, acariciarla, y mis manos eran tan inquisitivas como mis ojos.

Tan pronto como mi deseo se hizo demasiado manifiesto, me detuvo; mientras parecía inconsciente, me dejaba casi total libertad. Cuando estaba lejos de ella, solía preguntarme si era la verdadera modestia lo que la conmovía o la timidez de la palpable aversión a lo declarado.

Rápidamente me di cuenta de que si la hacía compartir mi fiebre, la inducía a que se abandonara aunque fuera por un momento a sus sentimientos, estaba seguro que ella después me castigaría por esta entrega y me cerraría el paso convirtiéndome en una mascota.

“No, señor, no venga conmigo. Puedo encontrar el camino a casa, gracias. Adiós”. La imperiosa belleza desapareció y fui castigado.

Una noche, di una vuelta y bajé hasta la orilla del lago. A Elsie no le gustaba la orilla, estaba desnuda y era fea, dijo; allí no crecía hierba ni árboles; también estaba desolado y salvaje, y solo la gente común caminaba por allí; pero la perspectiva del desperdicio ilimitado de agua siempre me atrajo, así que ahora seguí mi humor.

No había caminado más de media milla cuando me tropecé con una gran reunión. Un hombre hablaba desde una carreta a una multitud que debía haber sido de dos o tres mil personas. El orador era un estadounidense alto y un orador experimentado, con una fina voz de tenor. Me interesó de

inmediato: tenía la frente alta; sus rasgos bien cortados; su bigote oscuro ondeaba un poco en los extremos. Había algo cautivador en el pintoresco discurso del hombre y su manifiesta sinceridad. Parecía haber viajado mucho y leído mucho, y cuando llegué a las afueras de la multitud, encontré a todos pendientes de sus labios.

“¿Quién es?” Inmediatamente me dijeron que era un hombre llamado Parsons, el editor de “The Alarm”, un periódico laborista. Hablaba del proyecto de ley de las ocho horas, que el Partido Laborista esperaba aprobar en esa sesión, y estaba comparando la suerte de los ricos de Michigan Boulevard con la suerte de los pobres. Hablaba bien, y los extremos opuestos de la vida lo rodeaban para dar sentido a sus palabras. Allí, a un par de cientos de metros de distancia, los ricos conducían sus carruajes, envueltos en costosos ropajes, con sirvientes que los atendían, y alrededor de ellos y antes que ellos, los productores, sus trabajadores que difícilmente podían estar seguros de su próxima comida. El discurso estaba espléndidamente ilustrado.

“Ustedes hacen los carruajes”, gritó, “y los ricos conducen en ellos; ustedes construyen las grandes casas y ellos viven en ellas. En todo el mundo, los obreros preparan manjares para ellos; se crían perros para ellos en China y peces de colores en Cuba. En el norte helado, los hombres con los dedos congelados están atrapando animales para que estos inútiles puedan conducir con pieles; en Florida, asoleada por el sol, otros hombres cultivan frutas para ellos; tus hijos pasan hambre y están semidesnudos en el crudo invierno, mientras

ellos gastan cincuenta mil dólares en una comida y mantienen lacayos para poner medias de seda a sus perros de juguete”.

Ciertamente tenía un don para la retórica y también trataba de razonar. Llamaba a esto “la era de la maquinaria” y declaró que a través de las máquinas el poder productivo del individuo se había multiplicado por cien en el último siglo. “¿Por qué, entonces , al productor no se le paga cien veces más?” –gritó—. Ocho horas de trabajo producen ahora tanta riqueza como hace un siglo cientos de horas, ¿por qué no habría de contentarse el empleador con ocho horas diarias y dejar al trabajador la posibilidad de una existencia humana? Estaría satisfecho si fuera el empleador y no el explotador...

“Piensa en la injusticia de todo esto”, gritó. “Los hombres estamos ganando gradualmente el dominio de la naturaleza. La fuerza más nueva, la electricidad, es también la más barata y la más eficiente. Primero viene el científico que descubre la ley o el nuevo poder; luego el inventor que lo utiliza; luego el bruto codicioso que por ley, fuerza o fraude anexa sus beneficios. Los pobres aquí en Chicago son tan pobres como siempre; muchos de ellos morirán este invierno de frío y miseria; pero los ricos se enriquecen continuamente. ¿Quién ha oído hablar hace un siglo de que un hombre haya ganado un millón de dólares en su propia vida? Ahora tenemos a nuestros Rockefeller y otros con fortunas de cientos de millones. ¿Han trabajado para conseguir esas grandes sumas de dinero?” preguntó. “Por supuesto que no lo hicieron, las robaron, y solo pueden robar cantidades tan enormes porque el cerebro del científico y el inventor han hecho que el trabajo sea diez veces más productivo de lo que era antes de que comprimiéramos vapor

a nuestro servicio y aprovecharíamos el relámpago para nuestro uso. Pero, ¿todos los beneficios de la sabiduría y el trabajo del hombre deben ir siempre a unos pocos codiciosos; perderse, por así decirlo, en lagos y cisternas, y nunca esparcirse en lluvias fertilizantes por toda la tierra? me niego a creerlo. Tengo otra visión en mi mente”, y procedió a esbozar una especie de paraíso del trabajador.

La apelación fue efectiva; los murmullos de la multitud lo demostraron. Varias veces Parsons me desconcertó; habló de socialismo y anarquía como si fueran uno; pero ciertamente habló con pasión y entusiasmo. De repente vi a un hombre a mi izquierda; había venido detrás de mí. Iba vestido como un obrero, pero pulcramente. Lo noté porque se apartó de algo que el orador había dicho con cierto desprecio en su mirada. Comenté con bastante naturalidad:

“No parece estar de acuerdo con Parsons”.

De repente nuestros ojos se encontraron; fue como si hubiera tenido una descarga eléctrica, su mirada era tan penetrante, tan extraordinaria, que involuntariamente me preparé para enfrentarla.

“Un poco demasiado florido”, respondió el hombre.

Me molestó el desprecio, pero volví a hablar, principalmente para ver los ojos con imparcialidad y descubrir el secreto de su extraño poder.

“Seguramente hay mucha verdad en lo que dice, y lo dice espléndidamente”.

De nuevo sus ojos se encontraron con los míos, y nuevamente tuve la misma conmoción.

“¡Oh si!” asintió, mirando hacia el lago, “es como el agua poco profunda que tiene el encaje de la espuma”, agregó, y se alejó en silencio.

No pude evitar observarlo mientras se alejaba. ¿Sus ojos eran grises o negros? No podría decirlo. Aún podía verlo, solo tenía una estatura mediana, pero de complexión recta, y caminaba con una velocidad ágil y fácil, con gran fuerza. Nunca me había impresionado tanto nadie en mi vida; sin embargo, apenas había dicho nada. Aunque no lo sabía entonces, había hablado por primera vez con Louis Lingg, el hombre que iba a dar forma a mi vida.

CAPÍTULO III

Aproximadamente en ese momento comencé a darme cuenta de que la lucha entre los empresarios y los empleados en Chicago se estaba volviendo peligrosamente amarga, y estaba envenenada por el hecho de que nueve de cada diez estadounidenses nativos estaban tomando partido por los amos contra los obreros en el terreno, opinando que los obreros eran extranjeros e intrusos. La agitación por la jornada de ocho horas era vista como una innovación extranjera y era denunciada por todos lados.

Siguiendo el consejo de Elsie, fui a los grandes periódicos estadounidenses en Chicago y traté de conseguir trabajo. Cuando me preguntaron qué podía hacer, les entregué a los editores una traducción al inglés de lo mejor de mis artículos en “Vorwaerts”. Después de muchas decepciones, tuve una charla con el editor de “The Chicago Tribune”, quien aceptó mi artículo sobre el trabajo clandestino en Nueva York con la condición de que cortara todas esas “tonterías socialistas”.

“No cuajaré aquí”, dijo sonriendo. “Es queso limburgero para nosotros, ¿ve? Bueno a su manera, no tengo ninguna duda; pero un poco demasiado fuerte. ¿Entiende, eh?”

Al mismo tiempo, me dio un cheque por veinticinco dólares por el artículo. No podía dejar escapar semejante oportunidad. Le dije que sabía alemán incluso mejor que inglés y que me gustaría actuar como su reportero en los problemas laborales.

“Está bien”, respondió; “Pero no vayas a apostar por los extranjeros. Somos estadounidenses en todo momento y defendemos la bandera de las estrellas: ¿entiendes?”

Dije que me limitaría a los hechos, y lo hice con más o menos éxito en varias ocasiones menores. Por fin sucedió algo que me pareció significativo en ese momento y que luego vi que marcaba un nuevo rumbo. Había un triciclo en el East Side. Era diciembre o enero de un frío invierno con quince o veinte grados bajo cero. La nieve caía lentamente, la tarde se acercaba. Habían salido los operarios de algunos talleres mecánicos y estaban reunidos en un terreno baldío cerca de la fábrica. Asistían unos mil obreros, y quizás un centenar de mujeres y niños. Los discursos fueron en su mayor parte en alemán y hasta cierto punto aburridos. La queja principal era que los empleadores estaban reduciendo los salarios y aumentando las multas porque tenían un stock demasiado grande y querían disminuir los gastos en invierno mientras el comercio estaba en su peor momento. El trabajo también era tal que cualquier trabajador podía hacerlo, por lo que los maestros tenían todas las ventajas.

Allí nos quedamos parados en el viento amargo y rodeados por lagos nevados, mientras estos pobres desgraciados hablaban y decidían hacer piquetes en el vecindario para evitar que nuevos hombres tomaran sus trabajos sin conocer la

situación. Fui entre la multitud estudiando a los huelguistas. La mayoría de los rostros eran jóvenes, fuertes, inteligentes; apenas hay vagos entre ellos, el aspecto es mucho más alto de lo que uno vería en Hamburgo o Munich; pero el cuidado y la ansiedad se podían leer en casi todos los semblantes. Muchos rostros también parecían amargados, algunos eran hoscos o duros. La lucha por la vida era evidentemente terrible en esta ciudad, donde los trabajadores eran débiles, y estaban desunidos por diferencias de lengua y raza.

El día sombrío se oscurecía hasta convertirse en noche; la nieve caía con más fuerza. Me había alejado un poco de la multitud y estaba pensando en llegar a casa para escribir mis notas, cuando escuché el ruido de unos pasos y vi una fuerte fuerza de policía, quizás cien en total, marchando por la calle. Inmediatamente me sentí más entusiasta. La policía se detuvo en el estacionamiento y el capitán Bonfield, un tipo grande y poderoso, que había querido mandar por pura fuerza y coraje, se dirigió a la multitud y, con una docena de sus hombres, se abrió paso hasta el centro. “Bajen”, gritó la policía a los oradores, gritando al mismo tiempo a la multitud que los rodeaba para que se dispersaran: “¡Marchense! ¡Rompan!” Fue su grito, y los huelguistas empezaron a obedecer con hoscos murmullos de descontento.

Al principio parecía que la prepotente autoridad triunfaría una vez más; pero se produjo una pausa fatídica y de inmediato la policía pareció perder los estribos. Me apreté entre la multitud para ver qué estaba pasando. Bonfield estaba hablando con uno de los oradores, un hombre al que conocí después, llamado Fielden, un inglés; hombre de mediana edad,

de barba oscura, la esencia de la bondad, pero con determinación impasible que seguía repitiendo ahora...

“No estamos interfiriendo con nadie. ¿Con quién estamos interfiriendo? No estamos dañando a nadie”

Bonfield tenía su porra en la mano. De repente pareció perder el autocontrol. Quizás la multitud lo presionó. No puedo decirlo. Pero, de repente, golpeó a Fielden en el estómago con su porra y lo tiró hacia atrás del carro, que servía como una especie de plataforma improvisada. De inmediato, un hombre se adelantó frente a Bonfield, gritando un galimatías que apenas pude distinguir y con gestos salvajes. Era Fischer, el reportero. Era evidente que estaba fuera de sí por su excitación airada, y su jerga de alemán-inglés era totalmente ininteligible para la policía. Bonfield lo miró durante un minuto y lo empujó hacia atrás con la mano izquierda. Después Fischer avanzó de nuevo, gesticulando, y Bonfield volvió a empujarlo hacia atrás y luego lo golpeó salvajemente en la cabeza. Fischer cayó sin sentido y esa fue, por así decirlo, la señal para que comenzara la pelea. En ese momento la policía estuvo perdida, golpeada y pisoteada por la creciente multitud de hombres. Inmediatamente me di la vuelta y comencé a empujarme entre la multitud para salir y ver qué pasaba. La policía del exterior ya había sacado sus garrotes y los estaba usando contra todos. La multitud comenzó a desarticularse por sus bordes antes del feroz ataque. Luché para salir de ella de alguna manera, y llegué a la acera, y desde allí vi a la policía golpeando a todos. La mayoría de la multitud ya estaba huyendo. Mientras trataban de escapar, hombres y mujeres fueron brutalmente apaleados. Fue una carnicería. Mi sangre estaba hirviendo;

pero no tenía armas y no podía hacer nada. Estaba parado justo en la esquina de la calle, cuando un policía cerca de mí corrió detrás de un niño. El niño no podía tener más de trece o catorce años. Casi se puso a mi lado, y luego, cuando el policía lo alcanzó y levantó su garrote, creo que grité de horror. Pero alguien pasó a mi lado como un relámpago, y antes de que cayera el garrote del policía, de hecho, mientras estaba en el mismo acto de golpear, fue golpeado él mismo, debajo de la mandíbula, con tal rapidez y fuerza que jadeé de asombro por la forma en que cayó su garrote, girando en el aire a una docena de pies de distancia. Al momento siguiente, su agresor dio media vuelta y pasó a mi lado por la calle. Era el hombre cuya mirada me había impresionado tanto poco tiempo antes en la reunión de Parson en la orilla del lago.

Un momento después lo llamé, pero, mientras tanto, varios de los huelguistas se habían apresurado entre nosotros y cuando intenté seguirlo había desaparecido.

Escribí el relato del ataque policial, como lo he contado aquí, y lo llevé a la oficina del *Tribune*; pero antes de ir me cuidé de reunir algunos hechos para corroborar mis declaraciones. Treinta y cinco huelguistas habían sido trasladados al hospital, todos ellos gravemente heridos, dos de ellos peligrosamente; mientras que ningún policía resultó lo suficientemente herido como para ser atendido por un médico.

Cuando el editor leyó mi artículo, lo dejó con el ceño fruncido. “Puede ser como usted dice, Schnaubelt”, dijo, “las admisiones al hospital hacen que su historia parezca probable. Pero usted se enfrenta a Estados Unidos en este

asunto y no voy a tomar partido en contra de mi propio pueblo. 'Yankee Doodle' será nuestra melodía siempre, ¡y no lo olvides!" añadió asertivamente.

"No he tomado partido", le expliqué, "estoy diciendo simplemente lo que vi".

"Eso es lo peor", admitió. "Maldita sea. Creo que es la verdad; pero, de todos modos, no puedo y no lo publicaré. Ustedes los extranjeros están tratando de hacer una jornada de ocho horas y no la vamos a tener. Escribiré un poco yo mismo, diciendo simplemente que Bonfield fue innecesariamente enérgico".

"Bueno", le dije, "si no aceptas este material de huelga, tal vez me mantengas al margen de los incendios y todo eso.

"Sí, sí", dijo. "Lo haces muy bien. Vas a cada incendio, mientras nuestros reporteros estadounidenses se están volviendo demasiado listos. Escriben artículos sin haber estado allí. Sí, me quedaré con lo del fuego; pero manténgase alejado de este negocio de las huelgas. Malos tiempos en verdad, y peor aún para algunos de esos polacos y alemanes".

El editor tenía razón; fue mal tiempo para los trabajadores extranjeros durante todo ese invierno salvaje y la primavera, porque el editor del "Tribune", como todos los demás editores estadounidenses, no dijo nada de la verdad. Se olvidó incluso de decir en su artículo principal que Bonfield había sido innecesariamente enérgico, como había prometido. Lo que sí dijo fue que los treinta y cinco extranjeros hospitalizados, tal vez servirían de advertencia al resto de que cualquier ataque a

la policía sería reprimido enérgicamente ¡y peor si venía de parte de los trabajadores extranjeros!

Ya no estaba empleado para narrar los conflictos laborales. Los vi, y aún viven cientos de testigos estadounidenses que pueden demostrar que la policía pasó de la crueldad a la brutalidad. Cada mes sus acciones se volvían más indefendibles, hasta que finalmente ni siquiera conminaban a la multitud a dispersarse, sino que utilizaban sus garrotes como locos, indiscriminadamente a la vez sobre huelguistas, espectadores y transeúntes casuales.

Pero me estoy adelantando a mi historia. Después de esa charla con el editor del “Tribune”, fui a ver a Spies. Estaba encantado de tener mi descripción del ataque policial para su periódico; me presentó a Fielden, el inglés, que ya le había dado una descripción aproximada y quién nos dijo que Fischer estaba enfermo en casa. Al parecer, había recibido un golpe terrible. Todo el lado de la cara había sido aplastado; sufría una conmoción cerebral. “Es vergonzoso, vergonzoso”, continuó diciendo. El espantoso asunto pareció haber excitado el coraje de Spies y fortalecido su resolución. “Por primera vez en Estados Unidos, las reuniones ordenadas en terrenos baldíos se dispersan por la fuerza. Los reunidos se encuentran con garrotes de la policía”. Estaba casi fuera de sí por la emoción y la ira.

Al salir me detuve en la oficina exterior para decirle una palabra o dos al cajero, y cuando entré en la sala de espera exterior me encontré con Raben.

“¡Qué!” grité: “¿Estás en Chicago?”

Me dijo que había estado en Chicago algún tiempo.

“Ven”, continué, “y déjame darte una comida alemana como la que me diste en Nueva York. ¿Te acuerdas? Hay mucho de qué hablar”.

“Lo hay”, dijo. “Ustedes en Chicago están haciendo historia. Me ha enviado 'The New York Herald' para redactar las huelgas de aquí”. Su aire de triunfo era divertido. Su conexión con el conocido periódico aumentaba su importancia personal.

Al salir juntos, me di cuenta con cierta satisfacción de que mi acento americano era ahora mejor que el de él. Hablaba como un estadounidense, mientras que cualquiera podía ver que era alemán. Elsie me había hecho mucho bien. Además, mi lectura de los escritores ingleses y los artículos que ya había escrito en inglés me habían dado un vocabulario más amplio y un mayor control de ese idioma del que él podía pretender.

Pronto nos sentamos en un restaurante con una buena comida, y supe para mi asombro que Raben había estado diez o quince días en Chicago.

“Oí hablar de ti”, dijo, “y esperaba encontrarme contigo algún día”

“¿Pero has estado por aquí?” –Pregunté. “Es curioso que no te haya visto”. El hecho, por supuesto, era que había salido con

Elsie casi todas las noches, por lo que no había podido conocer a muchos alemanes.

Mitad en defensa propia, agregué: “He estado en el 'Arbeiter Zeitung' dos veces en la última semana”.

“Oh”, dijo, “ese 'Arbeiter Zeitung' no es nada importante. La fuerza revolucionaria en Chicago es el 'Lehr & Wehr Verein’”.

Repetí las palabras: “Fuerza revolucionaria... Lehr & Wehr Verein; nunca había oído hablar de eso”.

“Ven conmigo esta noche”, dijo Raben, con la intensa satisfacción de un Colón, “y te lo mostraré. Anarquistas, muchacho; hombres que harán algo; no tus mansos socialistas que hablarán y se dejarán matar a palos sin resistirse”. Raben, ya lo había notado, vivía para asombrar a la gente. Su excesiva vanidad tenía ambiciones dramáticas; quería ser una Cassandra y Jeremiah se convirtió en uno.

“¡Buen Dios!” grité, “¿hay realmente anarquistas en Chicago?” La mera palabra me pareció terrible.

Raben se regocijó por mi asombro y temor. “Ven conmigo”, dijo, “y te mostraré Chicago. Aunque solo he estado aquí dos semanas, sé más de eso que tú, que has estado aquí durante meses. No dejo que la hierba crezca bajo mis pies”, y frunció los labios con perfecta satisfacción.

Después de la comida partimos hacia el club anarquista y me llevó al East Side, a las afueras de la ciudad, en el centro del barrio extranjero más barato. Allí entramos en un salón

alemán y me presentó a Herr Michael Schwab, que era editor asistente del “Arbeiter Zeitung” y a quien había visto con Spies, un profesor alemán con gafas, delgado, anguloso, cetrino, con cabello negro y barba larga, negra y descuidada. Raben le dijo a Schwab en alemán quién era yo y cuáles eran mis simpatías, y Schwab dijo que sí, que nos llevaría arriba. Condujo a través de la parte trasera del salón y subió una estrecha escalera a una habitación vacía y desnuda, donde había quizás treinta hombres y tres o cuatro mujeres. Había una mesa larga en el centro de la sala, alrededor de la cual se sentaba el público, y una pequeña mesa sencilla al final de la sala para los oradores. Nuestra aparición causó cierto revuelo; todos nos miraron. Aparentemente, la reunión aún no había comenzado. Tan pronto como entré en la sala, me llamó la atención nuevamente ver al hombre que había derribado al policía, y al que tenía mucha curiosidad por conocer. Cuando estaba a punto de pedirle a Raben que consiguiera que Schwab me presentara, Raben se volvió hacia mí y dijo:

“Oh, ahí está. Debo presentarte a la anarquista más bonita del mundo”, y me acercó a una morena alta y guapa, que había comenzado a hablar con Schwab. “Permíteme”, dijo en americano “Señorita Ida Miller, quiero presentarle a un amigo mío, el Sr. Rudolph Schnaubelt”.

Ella sonrió y me tendió la mano. Raben le contó cómo me había persuadido para que fuera a la reunión, una reunión anarquista real, aunque yo no creía que hubiera un solo anarquista en Chicago. “Es un alemán del sur, ¿sabes?”, agregó casi desdeñosamente. Algo en la expresión de la señorita Miller me atrajo mucho, y casi antes de que me diera cuenta

estábamos hablando con simpatía. Sus ojos eran bonitos, y ella me interesó, me atrajo de hecho , como diría un niño. De repente me acordé.

“Aquí hay un hombre al que debo conocer, señorita Miller. Me pregunto si lo conoce”.

“¿Cómo es?” preguntó.

Le describí sus ojos, la impresión que me había causado en la primera reunión, y luego le hablé de su extraordinaria defensa del niño, la velocidad y el poder de su ataque, y la forma tranquila en que dio media vuelta y desapareció calle abajo.

“Ese debe ser Louis”, gritó Ida, “Louis Lingg. ¡Piense en ello! nunca me dijo una palabra al respecto, ni una palabra”.

Repetí las palabras de ella, “Louis Lingg. ¿Es francés entonces?”

“Oh, no”, dijo, “es un alemán de Mannheim. Es ése, al final de la mesa. Es el fundador de esta sociedad; un gran hombre”, continuó, como para sí misma.

“Por supuesto que le parece genial”, dijo Raben, “eso es natural”.

La señorita Miller se volvió y lo miró.

“Sí”, repitió, “es natural. Me alegro de eso. Aquellos que lo conocen mejor, piensan más en él”.

“Me gustaría conocer a Lingg”, dije.

“Él se alegrará de conocerte”, respondió. Cuando nos desviamos a un lado, ella siguió, en voz baja, “Siempre se alegra de conocer a cualquiera que quiera aprender o ayudar”, y al momento siguiente lo llamó, “¡Louis!” y me había presentado a él. Sus ojos me encontraron ahora con franqueza; pero no me sorprendieron. Eran de color gris oscuro, con pupilas y pestañas negras; con una expresión curiosamente firme y escrutadora; pero no radiante y maravillosa, como había pensado de ellos al principio. Sin embargo, iba a ver el poder sobrenatural en ellos con bastante frecuencia en el futuro. Mientras todavía miraba a Lingg, tratando de fijar sus hazañas en mi mente, tratando de entender dónde estaba lo anormal y extraordinario en su personalidad, la señorita Miller empezó a reprocharle que no le hubiera contado lo que había hecho.

“No hice nada”, dijo, muy tranquila y lentamente.

“Sí, lo hiciste”, gritó con entusiasmo, “derribaste al policía y salvaste al niño, y luego te alejaste como si nada hubiera pasado. Puedo verte haciéndolo. El Sr. Schnaubelt nos lo ha estado contando todo. ¿Pero por qué no me lo dijiste?

Se encogió de hombros y dijo simplemente: “Quizás sea mejor que sigamos con la reunión”. En ese momento hubo una interrupción.

Schwab vino haciendo una colecta, “Para la Sra. Schelling”, dijo.

“¿Quién? ¿Para qué?” Pregunté.

Lingg pareció alegrarse de la interrupción. Respondió cortésmente a mis preguntas.

“Un caso en nuestra última reunión, un caso de envenenamiento por plomo. La señora Schelling, una viuda con un hijo con raquitismo. Temo que no pueda durar mucho”.

“¡De Verdad!” Exclamé. “¿Es frecuente el envenenamiento por plomo aquí?”

“Muy frecuente”, dijo, “entre los pintores de casas. Debes haber oído hablar de la 'caída de muñeca': ¿la parálisis de los nervios de la muñeca?

“No”, dije, “pero ¿trabajan aquí mujeres como pintoras?”

“No como pintoras, sino en las fábricas de plomo blanco y en las fundiciones de tipos”, dijo Lingg. “Lo peor es que las mujeres son mucho más propensas a sufrir plomería y sufren mucho más que los hombres. A veces las mata en unas pocas semanas “.

“¡Buen Dios!” Exclamé, “¡qué horrible!”

“El envenenamiento por plomo produce muchos efectos”, continuó con amargura; “las parejas casadas rara vez tienen hijos; los abortos espontáneos son frecuentes, y los pocos niños que nacen suelen morir de convulsiones en la infancia, o como idiotas un poco más tarde”

“¡Impactante!” grité. “¿Por qué no se encuentra un sustituto para el plomo blanco?”

“Hay un sustituto”, respondió, “blanco de zinc. La Cámara francesa quiere prohibir el uso de plomo blanco por completo y sustituir por el blanco de zinc; pero el Senado no lo hará. Característico, ¿no? Por supuesto, el gobierno democrático estadounidense no presta atención a esos asuntos; aquí la salud de los trabajadores no importa”

“¿Es grande el dolor?” Pregunté.

“Horrible, a veces. He conocido a niñas ciegas, otras paralizadas, otras se vuelven locas y mueren”, se interrumpió. “Siempre estamos contentos de tener un poco de dinero en la mano para necesidades reales; pero no debes sentirte obligado a suscribirlo, la donación es voluntaria”; y diciendo esto, se dirigió a la mesita en la parte superior de la sala. Raben lo siguió.

Todo lo que dijo Lingg me impresionó. Me llevó a una nueva atmósfera, una nueva vida.

Todavía tratando de encontrar una razón para mi admiración por él, me senté junto a la señorita Miller en la mesa larga. Hubo un poco de revuelo, y luego un hombre se levantó y dio en inglés una muy buena descripción de la pelea entre la policía y los huelguistas. Me asombró la moderación de su discurso y la forma desapasionada y distante en que describió lo que había sucedido. Sentí la influencia de Lingg en él. Cuando se sentó hubo un pequeño murmullo de aplausos.

Después de él, Louis Lingg se levantó y dijo que estaba seguro de que la reunión agradecía al Sr. Koch su relato. La reunión escucharía ahora con placer al profesor Schwab.

El profesor bilioso y doctrinario pronunció lo que me pareció un discurso vacilante e ineficaz. Conocía la economía política de un extremo al otro, como sólo un alemán puede conocer un tema; conocía la escuela inglesa y la americana, y las escuelas francesa y alemana, todas con exactitud enciclopédica; pero sus propias ideas parecían provenir de Lasalle y Marx, con una tintura de Herbert Spencer. Una cosa que tenía muy claro, era que el individualismo se había llevado demasiado lejos, especialmente en Estados Unidos e Inglaterra. “No hay presión desde el exterior”, dijo, “sobre estos países, por lo que los átomos que constituyen el organismo social tienden a desmoronarse. Aquí y en Inglaterra tenemos un individualismo enloquecido “Y luego citó a Goethe con unción –“Im Ganzen, Guten, Schoenen, Resolut zu leben”

Su asunción de autoridad, su gran lectura, algo floja en el hombre, me molestó. No quería que un mar de palabras borrara mi recuerdo de las cosas terribles que había visto; la tempestad de piedad y rabia que me había arrastrado aquella tarde. Algo de esto le dije a Ida Miller, y ella inmediatamente dijo: “Sube y habla; dilo. La verdad nos hará bien a todos”.

Así que me levanté y me acerqué a la mesa. Le pregunté a Lingg si podía hablar y luego me senté a esperar. Inmediatamente se levantó y dijo formalmente que la reunión tendría el placer de escuchar al Sr. Schnaubelt. Comencé diciendo que me parecía incorrecto decir que Estados Unidos

sufría de demasiada libertad individual cuando nos mataban a palos por decir de manera ordenada lo que pensábamos. Los estadounidenses apreciaban el derecho a la libertad de expresión pero se lo negaban a los extranjeros, aunque también éramos estadounidenses, con un nombre tan bueno para el título como los nativos que solo nos habían precedido en el país por una generación o dos.

“No sé”, continué, “si la igualdad es posible o no. Vine a este *Lehr Verein*, o club de enseñanza, para averiguar si alguien puede decirme algo nuevo sobre la posibilidad de la igualdad. No veo igualdad en la naturaleza; no hay igualdad entre los hombres en dones y cualidades; ¿Cómo puede haber igualdad en las posesiones? Pero me parece que puede haber juego limpio e igualdad de derechos”. Me incliné, volví y tomé mi lugar junto a Ida.

“¡Espléndido! ¡Espléndido!” dijo ella; “eso atraerá a Louis”

Lingg se levantó de inmediato y preguntó si había alguien más que quisiera hablar, y se escuchó un murmullo general: “Lingg, Lingg”. Se inclinó ante la llamada y luego dijo en voz baja, en el tono de una conversación familiar:

“El último orador dudó de la posibilidad de la igualdad. La igualdad total es, por supuesto, impensable; pero desde la Revolución Francesa ha habido un enfoque hacia la igualdad, un esfuerzo por la igualdad. La vanidad es una pasión tan fuerte en el hombre como la codicia”, dijo, evidentemente pensando en voz alta. “Antes de la Revolución Francesa no se consideraba nada extraño que un noble gastara cien mil o

doscientas mil libras al año en su vestido. Creo que el profesor les dirá que hubo nobles en la corte francesa cuyas meras ropas representaban los ingresos anuales de cientos de trabajadores.

“La Revolución Francesa acabó con todo eso. Trajo un vestido para el hombre más adecuado a una civilización industrial. Ya no estamos vestidos como soldados o dandies, sino como obreros, y la diferencia entre la vestimenta de un hombre y la de otro es muy pequeña en dólares, apenas una veintena de monedas al año. El hombre que ahora usase una camisa de encaje o diamantes en sus zapatos que le costasen cien mil dólares, sería considerado un loco; esas extravagancias se han vuelto imposibles. ¿No habrá otra revolución, y un enfoque similar hacia la igualdad en el pago de los servicios? Yo miro hacia adelante, no a la igualdad total, que no parece posible ni deseable, sino a un gran movimiento hacia la igualdad en la remuneración del trabajo individual”.

En ese momento se le pasó una nota. Pidió permiso a las damas y caballeros presentes para leerlo. Este hombre siempre fue curiosamente cortés. Leyó la nota y luego continuó con el mismo tono lento y tranquilo:

“Dije”, comenzó, “todo lo que quería decir; pero tengo una solicitud aquí de uno de nuestra Sociedad para hablar sobre el ataque policial de hoy”. De repente se movió hacia el final de la mesa, y mientras miraba hacia abajo, una emoción nos atravesó a todos clamando por su atención. Luego miró hacia abajo de nuevo.

“No sé qué decir. Uno espera que tal atropello no se repita. No diré más esta noche, aunque” –y sus palabras cayeron lentamente de sus labios como balas– “aunque nuestra Sociedad también es para la defensa de la educación”. Había una amenaza en su voz que apenas podía entender o explicar. Miró hacia arriba sombrío, y las palabras parecieron retumbar en nuestros oídos asombrados.

“No se puede combatir a los garrotes con palabras”, prosiguió, “ni poner la otra mejilla a los golpes”. La violencia debe enfrentarse con violencia. Los estadounidenses seguramente deberían saber que la acción y la reacción son iguales y opuestas; opresión y revuelta, iguales y opuestas también”.

De repente se detuvo, nos hizo una reverencia y la reunión se interrumpió en una conversación: una rápida charla sobre la mesa, en un esfuerzo, me pareció, para deshacerse del efecto del discurso de Lingg sobre nosotros y su asombrosa personalidad. Por primera vez en la vida había llegado a la presencia de un hombre que era más sabio de lo que había imaginado posible, que traía a la vida nuevos pensamientos en cada momento, y cuyo ser todo era tan magistral e intenso que uno esperaba cosas mayores de él que de otros hombres.

Me volví con entusiasmo hacia la señorita Miller.

“Oh, tienes razón”, dije, “es un gran hombre, Louis Lingg, un gran hombre. Quiero conocerlo bien”.

“Me alegro” dijo simplemente; pero su rostro se iluminó con mi alabanza. “Nada más fácil. Si no tiene nada que hacer esta noche, puede venir a casa con nosotros”

“¿Vives con él?” Pregunté, en mi asombro completamente inconsciente de lo que estaba diciendo. Sin ningún sentimiento falso ella me respondió:

“Oh, sí; no creemos en el matrimonio. Louis piensa que las leyes morales son simplemente leyes de salud; él considera el matrimonio como una institución tonta, sin significado para hombres y mujeres que desean tratar honestamente entre sí”.

Evidentemente, esta noche iba a sufrir una conmoción tras otra. La miré, apenas capaz de dar crédito a mis oídos.

“Veo que estás asombrado”, dijo riendo, “pero somos anarquistas y rebeldes. Debes acostumbrarte a nosotros”.

“¡Anarquistas!” Repetí, genuinamente sorprendido; “¿de verdad?”

No sé cómo se disolvió la reunión; pero finalmente se acabó. Tomamos uno o dos vasos de cerveza por todos lados, por el bien de la casa, y luego nos dispersamos; pero no antes de que Lingg me diera su dirección y me dijera que se alegraría de verme al día siguiente o cuando quisiera llamar.

“He leído algunos de sus trabajos”, dijo, “y me gusta. Hay sinceridad en eso”.

Me puse carmesí a pesar de mí mismo; ningún cumplido me agradó tanto. Me fui con Raben y quería saber todo sobre Lingg. Comencé, en efecto, a hablar de él con entusiasmo; pero no encontré a Raben en absoluto entusiasmado, y pronto descubrí que sabía poco o nada sobre Lingg, estaba mucho más interesado en la señorita Miller, y consideró la relación de Lingg con ella como algo muy malo para la mujer. Esa noche sentí como si Raben ensuciara todo lo que tocaba. Le di “buenas noches” lo antes posible, y me apresuré a casa para aclarar mis pensamientos y digerir los nuevos que Lingg me había metido en la cabeza y, sobre todo, el nuevo espíritu sopló en mi ser. ¿Podría un hombre enfrentarse a toda la sociedad y desafiarla?

CAPÍTULO IV

Comenzó ahora para mí un período de crecimiento forzado; crecimiento de la mente a través de la relación con Lingg; crecimiento de las emociones y conocimiento de la vida, conocimiento de mí mismo y de las mujeres, a través de la intimidad con Elsie Lehman. Durante meses y meses traté a Lingg continuamente, a menudo pasaba todo el día con él; sin embargo, en todo ese tiempo nunca lo conocí sin haber aprendido algo nuevo de él. Una y otra vez acudí a él, sintiéndome seguro de que no podía tener nada nuevo que decir, pero en algún momento u otro de la conversación se tocaba un nuevo tema, e inmediatamente nuevas ideas y una nueva mirada surgían de él. En un primer momento, lo recuerdo bien, esto me asombró, porque yo mismo amaba las ideas, todas y cada una de las generalizaciones audaces, que como un hilo de oro unirían cien perlas de pensamiento. También estaba bastante bien equipado en la sabiduría académica y en los libros, antes de conocer a Lingg. Había leído mucho griego y latín, y los mejores autores en francés, alemán e inglés. Lo sorprendente para mí al principio fue que Lingg había leído muy poco. Una y otra vez, cuando hablaba de cuestiones sociales, tenía que decirle: “Oh, ese es el pensamiento de Heine” o “Goethe”. Sus cejas se arqueaban; eran sus pensamientos, y eso le bastaba. Parecía

iniciar su pensamiento donde lo dejaron otros pensadores, y si yo intentara poner aquí en fría secuencia todas las fructíferas ideas y brillantes conjeturas que surgieron de él de forma natural en el fragor de la conversación, o brotaron como chispas de la estocada de la dialéctica, debería estar pintando un mojigato, o una máquina pensante, y Louis Lingg no era ninguno de ellos; sino un amigo de buen corazón y amante apasionado. Había en él todo tipo de contradicciones y anomalías, como las hay en todos nosotros; pero parecía tocar los extremos de la vida con un alcance más amplio que otros hombres. Tenía una naturaleza peculiar; generalmente frío, calculador, concentrado en sí mismo, juzgando a los hombres y las cosas de forma absolutamente realista según su valor; al momento siguiente era todo fuego y emoción, con un genio absoluto para el autosacrificio.

Para mostrar la perspicacia en él, el poder y la claridad de su intelecto, debo dar otro de sus discursos en el Lehr Verein. Cuando lo escuché, me pareció tan sabio, justo y moderado como para ser convincente.

Lingg comenzó diciendo que los principales males de nuestra sociedad se manifestaron por primera vez hacia fines del siglo XVIII. “Este período”, continuó, “se hizo memorable por la invención de la rueca y por el uso del vapor como fuerza, así como por la publicación de 'La riqueza de las naciones', en el que el individualismo se predicó por primera vez como un credo. Justo en el momento en que el hombre, mediante el uso de las leyes naturales, comenzó a multiplicar por diez la productividad de su trabajo, se pretendió dejar todo al principio de la codicia individual. Ahora, consideremos las

consecuencias de este error en forma concreta; los caminos del país siempre se habían considerado propiedad nacional; fueron fabricados lo más baratos posible a costo público y mantenidos por las autoridades locales; pero las carreteras fueron construidas, poseídas y mantenidas por individuos o más bien por grupos de individuos. También la tierra, en todos los países, había sido arrendada a los individuos por el Estado con algún tipo de pago, y de un tercio a la mitad de ella reservada como tierra común; ahora la tierra era entregada en propiedad absoluta al individuo. De inmediato, el organismo social comenzó a sufrir.

Algunos se enriquecieron rápidamente; pero los pobres se empobrecieron más; las casas de trabajo se llenaron; el contraste moderno de riqueza extravagante y extrema indigencia comenzó a ser...

“El socialismo, o el comunismo, se predicán ahora como un remedio para todo esto; tomemos todo del individuo, grita Marx, y todo saldrá bien. Pero eso seguramente es un experimento. La civilización, como la entendemos, ha sido basada en el individualismo ¿No puede restringirse el individualismo sin subvertir la estructura social? Estoy de acuerdo con el profesor Schwab, estamos sufriendo de un exceso de individualismo, el problema es cómo limitar el individualismo, ¿Cómo podemos traer a la vida al socialismo? La respuesta, es clara; el individuo debe quedarse con todos los departamentos de la industria que pueda manejar: su actividad no debe limitarse en ninguna dirección honesta; pero todos aquellos aspectos del trabajo que no pueda controlar, en los que ha renunciado a su libertad con el fin de unirse con otros

hombres de Sociedades Anónimas, para así aumentar su poder para saquear la comunidad, todas estas industrias deben ser asumidas por el Estado, o por el Municipio, comenzando naturalmente, con las más necesarias para el bienestar del cuerpo político.

“Supongo, también, que la tierra de un país debe pertenecer a la gente del país y debe alquilarse a los agricultores en condiciones fáciles, porque la vida en el campo produce los ciudadanos más fuertes y saludables. Todos los ferrocarriles y medios de comunicación debe ser nacionalizados; las empresas de agua, las empresas de gas y alumbrado eléctrico, los bancos y las compañías de seguros, etc. Si usted considera el asunto, encontrará que es justo a través de estas grandes industrias, dirigidas por Sociedades Anónimas que todos los males de nuestra civilización se han manifestado, estos son los invernaderos de la especulación y el robo donde el afortunado jugador, o el ladrón atrevido, por ponerle un nombre, han ganado millones y desmoralizado la conciencia pública.

“Si hubiera aquí en Estados Unidos, además de los trabajadores de la tierra, un ejército de trabajadores industriales que administrasen los ferrocarriles y canales, las empresas de iluminación y agua, con salarios justos y absoluta seguridad de empleo podría esperarse un buen comportamiento; se elevaría toda la escala de salarios del jornalero, porque si el empleador individual no pudiera dar tal seguridad y no ofreciera salarios más altos que el estado, no obtendría los mejores hombres”.

Mientras hablaba, vi la luz; esta era la verdad si alguna vez se escuchó de labios humanos; la verdad exacta golpeando en el centro. El individuo debe dominar todas aquellas industrias que pueda controlar sin ayuda, y nada más. La gestión de las Sociedades Anónimas era peor incluso que la del Estado. Todos sabían que era más ineficiente y más corrupta. Toda mi lectura, toda mi experiencia, se convirtió en un reconocimiento instantáneo de la perspicacia de Lingg, en un acuerdo instantáneo con él. ¡Qué hombre!

Por supuesto, esta disertación, tal como está aquí comprimida, da una idea muy imperfecta del genio de Lingg; todo está redactado con audacia, sin los vívidos y vivientes destellos de humor que hacían inimitable su charla; pero aún así, la verdad está ahí, la esencia del pensamiento, aunque expresada de forma un poco aburrida. Esa noche fue doblemente memorable para mí por otra experiencia.

Fue presentado un trabajador que sufría de “fosfonecrosis”, había trabajado como “cazo”, al parecer, en una fábrica de fósforos en el East Side. La “composición” en la que se sumergen las cabezas de las cerillas es cálida y húmeda, y contiene aproximadamente un cinco por ciento de fósforo blanco. Se puede observar que los vapores del fósforo se elevan por encima de la composición. Por supuesto, se usan ventiladores; pero los ventiladores no son suficientes para proteger a un trabajador con mala dentadura. Este hombre tenía buena dentadura al principio; pero un diente se carió en su mandíbula inferior, y enseguida se produjo una necrosis de fósforo. Estaba extrañamente apático; con un abatimiento que

casi parecía como si estuviera orgulloso de la extraordinaria medida en que su mandíbula estaba carcomida.

“Estoy bastante mal”, dijo. “El médico dice que nunca ha visto un caso peor. Miren”, se metió los dedos en la boca y rompió un largo trozo de mandíbula. “Malo, ¿no?... He estado doce semanas sin trabajo. Estoy podrido”, nos confió, “eso es lo que estoy, podrido. Bajé de la acera a la calzada y ¡crack! ¡Mi fémur se partió en dos; podrido! No me importaría si no fuera así para la mujer y los niños. No duele, pero la situación es complicada; doce semanas es mucho. Supongo que podrían conseguir un sustituto de ese fósforo si quisieran”³.

Sin rabia por su vida arruinada, sin resentimiento. Me horroricé. Recolectamos casi cien dólares para él en la reunión, y pareció agradecido; aunque convencido de que nada podría curarlo.

Unos días después de esta reunión en Lehr & Wehr Verein, visité a Lingg en sus habitaciones. Tenía un dormitorio y una sala de estar en el segundo piso de una calle relativamente tranquila del East Side; la sala de estar era grande y estaba vacía; la esquina cerca de la ventana, semioculta por la puerta que se abría, estaba amueblada con anchos estantes de pino, y las numerosas botellas le daban el aspecto de un laboratorio, lo cual, de hecho, es lo que era. Lingg no estaba cuando

³ El trabajador tenía razón. Desde entonces, el Gobierno belga ha ofrecido un premio por un sustituto inofensivo y fue encontrado casi a la vez, en el sesquisulfido de fósforo, que ahora se utiliza en general. Piense en los cientos de las muertes, de la miseria humana que podría haber sido evitado si algún gobierno hubiera realizado este deber obvio cuarenta o cincuenta años antes: pero por supuesto ningún gobierno se preocupó de interferir con el bendito principio del *laissez faire*, que puede ser traducido, Soy el guardian de mi hermano- Nota del Editor

llamé; pero estaba Ida, y pronto estábamos hablando de él. Le conté cómo sus palabras se habían quedado en mi cerebro y cuánto me había impresionado y me había interesado.

“Me alegro”, dijo, “necesita un amigo”

“Debería estar orgullosa de ser su amiga”, le aseguré cálidamente, “es un gran hombre; me atrae inmensamente”.

“Cuán cierto es eso”, dijo ella. “Siempre creo que las grandes almas nos atraen con más fuerza que las pequeñas, ¿no crees?”

Estuve de acuerdo con ella. Me llamó la atención la frase; me pareció un pensamiento de Lingg.

Creo que fue en esta primera visita, o poco después, cuando me mostró un lado de su carácter que nunca podría haber adivinado. Ella era de temperamento ecuánime, y no era fácil que perdiera el equilibrio; sin embargo, interrumpió la conversación al escuchar los pasos de Lingg, en una fiebre de suspenso. Cuando le pregunté acerca de esta inusitada emoción, descubrí que no había ninguna razón especial para ello; admitió simplemente que poseía ansiedad. “Si lo conocieras tan bien como yo, también estarías ansioso”. Y de nuevo contuvo la respiración y escuchó.

Ella siempre estaba dispuesta a hablar conmigo sobre Lingg, porque reconoció, creo, desde el principio con la intuición de una mujer amorosa de que yo también me volvería devoto de él, y así, poco a poco, aprendí de ella casi toda la historia de Lingg. Cuando era un niño de quince años, en el primer año, de

hecho, de su aprendizaje de carpintero en Mannheim, su madre viuda perdió todos sus escasos ingresos debido a una muerte. El niño, al parecer, había elegido él mismo su oficio y no lo abandonaría; simplemente redobló sus esfuerzos y pasaba todo su tiempo libre en el trabajo quedándose con su madre. Trabajó tan duro que el maestro carpintero le propuso darle un pequeño salario semanal, que él aumentaba una y otra vez por su propia cuenta. «El joven Lingg», solía decir, «valía para él tres hombres y media docena de aprendices». La madre, al parecer, siempre tenía este elogio de Herr Wuermell en los labios.

Tan pronto como Lingg terminó su aprendizaje y hubo ahorrado algo de dinero, anunció su intención de emigrar y, a pesar de una docena de buenas ofertas para quedarse en Mannheim por una razón u otra, sacudió el polvo de Alemania de sus pies y vino a Nueva York con su madre. Unos meses más tarde la trajo de Nueva York a Chicago, porque sus pulmones, al parecer, no podían soportar el aire húmedo del mar de la isla de Manhattan. En Chicago, al principio, pareció recuperarse; luego se resfrió y se debilitó rápidamente. Lingg hizo todo lo que pudo por ella; la atendió día y noche durante su enfermedad; siendo enfermera e hijo a la vez. Como la mayoría de las naturalezas fuertes y solitarias, dio su confianza a unos pocos y su afecto ganó en intensidad a través de la concentración. Era devoto de su madre, no la dejaba junto a la cama, ni siquiera para salir con Ida, y cuando ella murió, él pareció detestar la vida y se entregó a la melancolía.

Ida había sido seducida por un joven rico y caído a las calles. Allí conoció a Lingg, que quedó impresionado por su

miseria y belleza, y le dio amor y esperanza; la salvó, como solía decir, del infierno. Ida habló de su conexión con Lingg como algo natural, de una manera distante, como si no hubiera nada inusual en ello; nada que explicar. Creo que su amor por él era tan absorbente, su afecto tan tierno y concentrado, que no podía pensar en sí misma separada de él. Después de la muerte de su madre, ella se fue a vivir con él. La verdad es que los dos estaban dedicados el uno al otro y unidos de una manera curiosamente íntima. Cuando Ida hablaba, escuchabas las frases de Lingg continuamente. No quiero decir que ella lo imitase; pero su mismo tono mental había invadido su pensamiento y habla. Quizás esto fue el resultado de su aislamiento y el desprecio que el mundo estadounidense siente por las personas que viven, como ellos vivían, fuera de las convenciones. Escuché a Lingg decir divertido: “No hay unión como la unión de los parias; incluso los perros salvajes viven en manada, solo los brutos mansos viven con egoísmo, ¡cada uno para sí mismo!”

Pero ahora, después de un largo período de feliz intimidad, Ida había comenzado a preocuparse por Lingg. “Se está tomando estos golpes en serio”, me dijo, “y cualquier intimidación o uso tiránico de la fuerza lo vuelve loco...” y me miró, supongo, para ver si adivinaba su significado. En ese momento no entendí; pero a la tranquila luz del recuerdo lo veo todo con claridad. Lingg, aunque infinitamente más fuerte y resuelto que Shelley; de hecho, en parte debido a su inmensa fuerza y resolución, se parecía al poeta inglés en algo esencial. Él también estaba

“...harto de los que se que se arrastran, siendo el único que sentía las opresiones de la humanidad”

Y el corazón de Ida se encogió con trágica aprensión por lo que podría suceder; ¿O lo supo, incluso entonces, con la triste presciencia del amor? Creo que lo hizo; pero si tengo razón o no en esto, al menos yo mismo estaba completamente ciego, completamente en la oscuridad, y lejos de estar vagamente afectado por sus miedos, me sentía completamente a gusto.

Un poco más tarde, después de conocer bien a Lingg, lo ví un día en el tribunal: Fischer había entablado una demanda contra Bonfield, el policía, por lesiones. Yo fui uno de los testigos; éramos tres o cuatro. Todos juramos lo mismo, que Fischer no tocó a Bonfield; sino que simplemente lo reprendió por golpear a Fielden. Sin embargo, ocho o nueve policías, uno tras otro, se levantaron y juraron que Fischer había golpeado a Bonfield, y aunque admitieron que no tenía arma, el jurado decidió creer que Bonfield había sido golpeado primero y que él sólo había apaleado a un hombre desarmado en defensa propia. El veredicto de la policía fue aclamado con una ovación unánime salida como de una sola garganta. Aplaudieron una mentira todos esos cientos en el juzgado; la aplaudieron con una sola voz, al mismo tiempo que aplaudían la brutalidad de la policía, dándole al bruto Bonfield, licencia para seguir adelante y hacerlo peor.

No sé qué efecto tuvo esa alegría en los demás; pero despertó el infierno en mí. Me volví y los miré, estaban tratando de convertirnos en forajidos. En ese momento capté a Lingg mirando a Bonfield con esa mirada ardiente suya. Vi que

Bonfield se sentía incómodo. Al momento siguiente, Lingg miró hacia abajo y un poco más tarde salimos juntos del juzgado.

“Un veredicto infame. Infame”, grité.

“Sí”, coincidió Lingg, “el prejuicio es muy fuerte; las cosas empeorarán antes de mejorar”.

Las palabras evocaban la gran sala, la exaltación de la policía, el desprecio en los rostros de los transeúntes hacia nosotros, los pobres extranjeros, que simplemente estábamos tratando de que se hiciera justicia.

Seguí caminando con Lingg; su silencio era ominoso. “¡Malditos sean!” grité desesperadamente. “¿Qué podemos hacer?”

“Nada”, fue la respuesta. “Aún no ha llegado el momento”.

Lo miré fijamente, mientras mi corazón latía tan fuerte que podía escucharlo. “Sin embargo”, repetí. “¿Qué quieres decir?” Me miró inquisitivamente.

“Nada”, dijo, “hablemos de otra cosa. ¿Has visto a Parsons últimamente?”

“No”, respondí, “no lo he hecho; pero dime algo. Parsons y el resto dan por sentado que la riqueza es simplemente otro nombre para el robo, y niegan a los ricos, o ladrones, incluso su capacidad. ¿Es esa su opinión sobre ello?”

Se volvió hacia mí: “La riqueza moderada a menudo se obtiene honestamente; sin embargo, la riqueza siempre representa codicia más que capacidad. Si un hombre tiene capacidad real, debe querer otras veinte cosas además del dinero, algunas de ellas probablemente más que al dinero.” Casi todos los hombres ricos que he conocido han sido astutos y mezquinos, pero nada más. Nadie, excepto un inventor afortunado, ha ganado un millón honestamente”.

“¿Pero por qué todos sufrimos tanto? ¿Se pueden reparar la pobreza y la miseria?” Pregunté.

“Mucho”, respondió, “Alemania es mucho más saludable y feliz que Estados Unidos”.

“Eso es cierto”, grité, “pero ¿por qué?”

“La peor falla de nuestra civilización aquí”, dijo Lingg, “es que no es lo suficientemente compleja. Presenta un premio ante todos nosotros: la riqueza. Pero muchos de nosotros no queremos riqueza; queremos una pequeña competencia sin cuidado ni miedo. Deberíamos poder conseguirlo como empleados en algún departamento de Estado. Eso nos alejaría de la competencia y tenderá a aumentar los salarios de quienes viven en el torbellino de la competición. Algunos de nosotros, también, somos estudiantes natos, queremos entregarnos al estudio de esta, aquella u otra ciencia; debería haber laboratorios químicos en cada calle; laboratorios físicos en todas las ciudades con puestos adjuntos a una pequeña paga para aquellos que darían su vida por el avance del conocimiento; estudios también para artistas y teatros con

ayudas estatales. La vida debe enriquecerse haciéndola más compleja. Al no reservar campos enteros de la industria al Estado, al darlo todo al individualismo, estamos conduciendo a todos los hombres a esta loca carrera por la riqueza; de ahí el sufrimiento, la miseria, el descontento y la mala salud de todo el organismo. El cerebro y el corazón tienen sus propios derechos y no se les debe obligar a servir al estómago. Convertimos flores en abono”.

Mientras él hablaba del deseo codicioso como método de realización, yo pensaba en Elsie, y supongo que se dio cuenta de que no estaba siguiendo muy de cerca lo que decía, porque se interrumpió y la conversación entre nosotros se hizo más ligera y más separada por algún tiempo.

Llegamos a sus habitaciones y tomé un libro de la mesa; se trataba de química y no trataba de química elemental, sino de análisis cuantitativo y cualitativo. No estaba nada asombrado. Cogí otro libro que trataba sobre análisis de gases y explosivos, y este estaba muy usado.

“Dios mío, Lingg”, apunté, “¿Eres químico?”

“Lo he estado leyendo un poco”, respondió.

“Un poco”, repetí, “pero ¿cómo diablos llegaste tan lejos?”

“Hoy cualquiera que sepa leer tiene la clave”, fue su respuesta.

“No sé mucho sobre eso”, dije. “Difícilmente sabría cómo trabajar para convertirme en maestro químico. Me derrumbaría por alguna dificultad en el primer mes”.

Lingg sonrió con esa inescrutable sonrisa suya que comenzaba a conocer.

“Sin embargo, he tenido todas las ventajas”, continué. “Me enseñaron correctamente latín y griego, matemáticas elementales y ciencias, y me enseñaron cómo aprender”. Nuestra educación no puede valer mucho”.

“Tu educación te ayuda a aprender idiomas, creo; tú conoces el inglés americano mejor que yo”.

En ese momento acepté esta afirmación como un hecho muy obvio; pero luego tuve motivos para dudarlo. Lingg no tomaba ningún color de su entorno; hablaba inglés con el acento más fuerte del sur de Alemania, pero conocía el idioma asombrosamente bien. Sabía palabras de él que yo no conocía, aunque él tenía menos control en el habla, quizás porque su vocabulario era más amplio. Pero en ese momento acepté su declaración. Un momento después, Ida entró en la habitación y retomé el tema de los libros.

“Cosa asombrosa, los libros; el mayor placer en la vida es leer. Y un placer bastante moderno. Hace tres o cuatro siglos, solo los más ricos tenían media docena de libros. Recuerdo a una princesa de los Visconti en el siglo XVI dejando una gran fortuna y tres libros en su testamento. Hoy los más pobres pueden conocer decenas de obras maestras”.

“Un bien cuestionable”, dijo Lingg. “La mayor suerte de mi vida fue que cuando mi mente comenzó a abrirse no tenía dinero para comprar libros. Tenía que trabajar todo el día en la carpintería y buena parte de la noche también para conseguir dinero para vivir, por lo que no tenía tiempo para leer. Tuve que resolver todos los problemas que me atormentaban por mí mismo. Nuestra educación se apoya demasiado en los libros; los libros desarrollan recuerdos, no mentes”.

“¿Podrías acabar, entonces”, le pregunté, “con el latín y el griego, y toda la disciplina de la mente que producen?”

“No tengo derecho a hablar”, dijo, “ya que no sé nada de ellos excepto por traducciones; pero ciertamente debería hacerlo. ¿Estudiaron los griegos lenguas muertas? ¿El estudio del griego ayudó a los romanos a mejorar su idioma? ¿O les perjudicó? Vivimos demasiado en el pasado”, dijo de repente. “Toda nuestra vida el pasado y sus miedos nos hacen impedidos. Debemos vivir en el presente y en el futuro. No conozco ninguna poesía pero hay una línea de poesía que se ha quedado grabada en mi memoria.

'... Nuestras almas están orientadas al futuro, por manantiales invisibles'

Cuán ignorantes nos deja la educación en el mero lenguaje, ignorantes de todas las cosas importantes de la vida. Comenzamos en la vida a los dieciocho o diecinueve años sin conocimiento de nuestro propio cuerpo, y con poco o ningún conocimiento de nuestras pasiones y sus efectos. Todos deberíamos aprender fisiología, las reglas de la salud, del

desgaste y la decadencia; eso es vital. Todos deberíamos saber algo de química, algo de física. Los románticos entre nosotros deberían aprender astronomía y el uso del telescopio, o lo infinitamente pequeño y el uso del microscopio. Deberíamos estudiar nuestro propio idioma, alemán o inglés. ¡Dios mío! Qué herencia tienen esos ingleses, y cómo descuidan su idioma por un poco de griego y latín.

“Pero salgamos fuera, porque mañana volveré a trabajar en un nuevo trabajo. ¿No te pondrás tus cosas, Ida? Nuestro tiempo de vacaciones está por terminar”.

“¿Entonces esta era tu tarea de vacaciones?” Pregunté, tocando el libro sobre análisis de gases. Nuevamente con mirada inescrutable, él asintió.

“Pero, ¿por qué quieres analizar los gases?” Continué. “Debería haber pensado que habría sido demasiado especial para ti”.

“Oh no”, dijo a la ligera, “mi idea es que debes saber algo sobre todo, y mucho sobre algo. Hasta que no empujes la luz del conocimiento un poco hacia adelante, no has hecho nada”.

Jadeé. Lingg habló de ampliar el dominio del conocimiento como si fuera fácil; sin embargo, ¿por qué no? Salimos a la luz del sol; resultó ser uno de esos días despejados y bañados de luz del invierno estadounidense que son tan agradables. Caminamos a lo largo de la orilla del lago durante millas, pero yo hablé la mayor parte del tiempo con Ida. Después almorzamos y volvimos a casa.

Noté por vigésima vez la fuerza inusual de Lingg. No puedo evitar hablar de ello; una vez tomó una silla pesada y me la entregó por encima de la mesa como si fuera un tenedor o una cuchara; me asombró; su cuerpo era como su mente, de extraordinario poder.

“Es natural”, dijo Ida. “Él corre una milla o algo así todas las mañanas y llega empapado de sudor”.

A nuestro regreso estaba oscureciendo; ambos me presionaron para que fuera a un teatro y viera una obra de teatro alemana que se estaba presentando, una comedia de Hartleben, creo; pero no pude ir. Tenía algo mejor que hacer, así que dije “¡Buenas noches!” a Ida y Louis en su puerta y me apresuré a ir hacia Elsie.

De camino, comencé a confundirme: “¿Qué quiere decir Lingg?” En la oficina de Spies, en las reuniones de Parsons, había escuchado vagas amenazas, pero no les presté más atención. Sabía que Parsons desahogaba todos sus efluvios hablando y Spies escribiendo, pero cuando Lingg dijo, “el momento todavía no ha llegado”, ese “todavía” estaba plagado de amenazas, era horrible. Mi corazón latía rápido mientras recordaba las palabras tranquilas, lentas y el tono más tranquilo. Luego, los libros de química y esas páginas sobre explosivos modernos, cada fórmula subrayada. ¡Por Dios! Si... me sentí como si estuviera en presencia de una fuerza enorme y esperando un impacto extraordinario.

“Sonámbulo, ¿verdad?” gritó una voz. Me volví y encontré a Rab a mi lado. “Te vi en la corte”, dijo; “pero tú y Lingg estabais

al otro lado de la habitación, y os fuisteis después del veredicto; te busqué, pero habías desaparecido. Un caso tonto, ¿no?”

“No sé a qué te refieres”, dije; “Pensé que era un caso justo y un veredicto vergonzoso”.

“Seguramente no esperabas que un jurado estadounidense diera un veredicto contra la policía y a favor de un epiléptico como Fischer, ¿verdad?”

“Sí”, respondí, aferrándome a mí mismo. “Esperaba un veredicto honesto”.

“Honesto”, repitió, encogiéndose de hombros. “El jurado creyó en diez policías estadounidenses en lugar de cuatro extranjeros”.

“¿Entonces soy un mentiroso?” Me volví hacia él con vehemencia.

“Mi querido Schnaubelt”, dijo, “incluso usted puede estar equivocado; también lo afirmativo es siempre más fuerte que lo negativo; los policías dicen que vieron a Fischer golpear a Bonfield. Solo puede decir que no lo vio; pero pudo haberlo golpeado sin que tú lo vieras”.

¿De qué servía discutir? el hombre lo sabía. Traté de cambiar la conversación.

“¿Sigues trabajando para 'The New York Herald'?”

“Sí”, respondió, “y les gustan mis cosas. Hoy tuve una 'primicia' sobre ese veredicto; lo telegrafíé antes de que la policía terminara de testificar; sabía cómo sería” Se volvió hacia mí con brusquedad.” ¿Puedo hablarte abiertamente?” preguntó.

“Por supuesto”, respondí. “¿Qué es?”

“Bueno”, comenzó lentamente, “no vayas tanto con ese Lingg; está mal visto; hay historias sospechosas sobre él, y está loco de vanidad”.

Estaba a punto de escapar de nuevo; pero no le daría la miserable satisfacción de pensar que me había conmovido.

“En serio”, dije con gravedad; y luego, “su enfermedad no se está contagiando, ¿verdad?” y me reí, el genio no es contagioso.

Vi un brillo en los ojos de Raben y me sentí seguro de su despecho.

“Está bien”, comentó con frialdad, “recuerda que te advertí. Supongo que sabes que la señorita Ida fue seducida por Lingg y enviada a las calles por él, ¡una bonita pareja! Su tono era más infame incluso que sus palabras.

La sangre se calentó en mis sienes; pero me aferré a mi resolución de no mostrar nada, de no dar satisfacción a la criatura venenosa.

“Sé todo lo que quiero saber”, dije descuidadamente, “pero ahora debo decirte 'adiós'”, y nos separamos.

“¡Qué serpiente más vil!” Pensé para mí mismo, y luego me pregunté si Raben estaba celoso, o qué le pasaba; no sabía entonces que la envidia y la vanidad herida llevarían a un hombre a algo peor que la calumnia. Abandoné el acertijo; Raben era vil por naturaleza, decidí; pero si hubiera sabido cuanto, quizás fuera mejor que no viéramos más allá de nuestras narices.

Había prometido encontrarme con Elsie; habíamos arreglado para reunirnos por lo menos tres veces durante la semana, y por lo general pasábamos todo el domingo juntos. Fue una de mis penas que aunque había presentado Elsie a Ida y Lingg, ella no fue amistosa con ellos; a Ida no le gustaba que llamándose Miss Miller viviera abiertamente con Lingg.

“Si ella se hiciera llamar señora Lingg, no me importaría tanto”, solía decir. Elsie siempre fue convencional, y estaba segura de encontrarse en el lado del orden establecido. Todo lo excepcional o errático le parecía anormal, y en sí mismo el mal. Ida, por ejemplo, nunca llevaba corsés; Elsie siempre los llevaba; aunque en su figura menuda de pequeños pechos redondos, y caderas estrechas parecería más adecuado que en Ida, de un contorno más generoso.

A menudo traté de explicarme este convencionalismo en Elsie, pero sin resultado. Ella tenía tanto cerebro como Ida; a veces pensaba que era más inteligente, aunque tenía sin duda

más temperamento. ¿Era la desconfianza hacia sus propios sentimientos apasionados lo que la hacía aferrarse a las normas aceptadas?

En cualquier caso, era la conmoción de las contradicciones en ella la que la hacía tan eternamente nueva y atractiva para mí. Los impulsos apasionados en ella, latiendo como una onda en contra de su inmutable autocontrol, le prestaba un encanto infinito. Si hubiera sido fría, no habría salido con ella. Habría dado paso a la pasión y la habría amado, pero nunca la admiraría, e incluso mi amor tal vez nunca habría sido azotado al éxtasis como lo fue por su alternancia perpetua de ceder y negar. Tuve que vencerla de nuevo cada vez que la veía; pero la charla de Lingg sobre el poder del mero deseo de seguir su propio camino, me influía inconscientemente, creo, cuando estaba con ella.

No había ningún propósito deliberado de seducción en mí; cosa que creo que muchas veces se asume sin razón; el deseo natural está allí buscando ciegamente su propia satisfacción; los hombres y las mujeres son los juguetes de las fuerzas de la naturaleza.

Pero cualquiera que fuera la causa, parecía estar abriéndome paso gradualmente con Elsie. Desde que escribía para los periódicos estadounidenses, había estado ganando más dinero, y este dinero extra me permitió llevarla a cenar y al teatro, y llevarla a casa después de la guerra, lo cual era un placer especial para ella. Una noche alquilé una habitación privada; habíamos cenado juntos y luego nos sentamos a conversar frente al fuego. Ella vino y se sentó en mis rodillas. Después de

haber estado en mis brazos durante quizás una hora, su resistencia pareció derretirse. De repente me detuvo y se apartó. No pude evitar reprocharle.

“Si fuera rico, no me dejarías”.

“Si fueras rico”, dijo, mirándome, “todo sería fácil; siempre es fácil ceder al amor. Se sonrojó y miró fijamente el fuego.

Un momento después prosiguió, como hablando consigo misma: “¡Cómo odio la pobreza; la odio, la odio! He sido pobre toda mi vida”, dijo, sentándose en el brazo de la silla y mirándome directamente a los ojos. “No sabes lo que eso significa, ¿No es cierto?”.

Ella prosiguió: “No, no sabes lo que significa para una niña ser pobre, no pobre en dólares; ir a la escuela en invierno a través de la nieve con los pies helados porque tus botas son viejas y remendadas, y no puedes evitar la humedad; despertar en la noche y ver a tu madre tratando de curarlos y llorando por ellos. Por pobre, me refiero al frío siempre en invierno, porque el pan, la gotera y el café no te mantendrán caliente”.

Hizo una pausa de nuevo. Esperé pacientemente, mi corazón me dolía por la pena.

“Siempre tuve hambre de niña, siempre, y frío cada invierno. Eso fue mi infancia. Cuando crecí y vi que era bonita y gustaba a los hombres, ¿crees que no quería ir a restaurantes elegantes y llevar bonitos vestidos?

“No lo he hecho por mi madre, que es una atrevida; pero ¿siempre va a ser pobre? No, señor, no si puedo evitarlo, y lo voy a hacer, seguro”, y amartilló su pequeña barbilla redonda desafiante. “Me moriría por ella, ahora mismo; ella vive para mí. Quiero conseguir todo lo bueno para ella ahora que está bien.

“No debes pensar mal de mí; las mujeres quieren el dinero y las pequeñas comodidades más que los hombres; no somos tan fuertes, creo. He conocido a chicos a los que les gusta luchar contra el frío y el hambre. Nunca conocí a una chica que no los odiase a los dos.

“He visto niños, adolescentes, hombres orgullosos de la ropa vieja y sucia; se los ponen y les gustan. Nunca vi a una niña orgullosa de un vestido viejo y feo, nunca. Queremos ser agradables, delicadas y cómodas más que los hombres”.

Se veía tan tentadoramente hermosa que no pude evitar tomarla en mis brazos, besarla y decirle:

“Pero te conseguiré todo eso, y mucho más, y será mucho más divertido hacerlo poco a poco”

“Supongo que no lo entiendes, ¿Nunca lo entiendes?” –dijo Elsie, alejándose de ella—. Las chicas no queremos riesgos. Odio los altibajos. Quiero una casa bonita y cosas bonitas, siempre, claro, seguro”.

“¿Tienes miedo de arriesgarte?” Pregunté.

“No es el riesgo, incluso de ser pobre”, dijo. “¿Cómo crees que me sentiría si me derribaran? Oh, sí, en algún momento la tensión sobre ti puede ser demasiado. Es posible que me quede sin trabajo o que los tiempos sean difíciles y que me excluyan, y entonces... debería sentir que te lo he puesto más difícil.

“¿Y mi madre? No señor. El amor es lo mejor del mundo, la miel de la vida; pero la pobreza es lo peor, el vinagre, y un poco de vinagre pronto quita el sabor de la miel. No me comprometeré y no cederé, porque eso sería lo mismo, y no debes sentirte ni un poco herido”.

No me dolió: estar con ella era una intoxicación perpetua; pero volví a besarla y alabarla, como el borracho vuelve a su bebida o el fumador de opio a su pipa, para encontrar la vida en una expresión más elevada, una realidad más intensa.

No debe pensarse que todo este cortejo fue meramente sensual; el espíritu siempre contaba tanto como el cuerpo. A menudo me sentaba y le recitaba poemas alemanes, traduciéndolos al inglés a medida que avanzaba; pedacitos de Heine; canciones populares, las perlas escondidas en la tosca vida de la gente común, palabras que brotan del corazón y son de atractivo universal. La recuerdo un día haciéndola llorar con las cuatro líneas simples de Heine, que mantienen en todos ellas el dolor de la vida, destiladas en belleza pura:

“Es ist eine alte Geschichte Doch bleibt Sie immer neu Und wem Sie just passiert Dem bricht das Herz entzwei”

Entonces nos sentamos abrazados como dos niños, mientras las lágrimas del dolor del mundo inundaban nuestros ojos.

Al contar la historia de mi idolatría, la ternura y el afecto, la pasión de la admiración, todas las fibras del apego espiritual son difíciles de traer a la perspectiva adecuada, porque siempre estuvieron presentes, y solo podría dar el efecto de la monotonía, me parece, donde no había monotonía.

Mi pasión, en cambio, estaba llena de incidentes y siempre era nueva. La primera vez que me atreví a besar su cuello (todavía me ruboriza pensar en ello) marca una época en mi vida; toda libertad ganada era una embriaguez, de modo que al contar la historia puede parecer que le di un lugar indebido a la pasión.

No sé por qué, pero su figura despertó en mí una especie de loca curiosidad. Sus manos eran delgadas y bonitas. Quería ver sus pies, y me encantó verlos también delgados, arqueados, con tobillos diminutos. Pero luego ella se apartó de mí.

“Eso es malo de tu parte, Elsie”, me quejé. “Si niegas una cosa, deberías darme todo lo que puedas, por favor”. El argumento era irrefutable, pero otro tenía más peso.

“Eres perfectamente hermosa, lo sé, pero te escondes como si fueras fea, por favor déjame. Deja que mis ojos también tengan placer, por favor”. El elogio y la persistencia de

súplica juntos triunfaron, y tarde o temprano me dejó ver, o me permitió una visión de las extremidades redondas, delgadas. Ella estaba muy bien hecha, lo que los franceses llaman una mujer con curvas; huesos pequeños, perfectamente cubiertos. Todos mis sentidos se aceleraban, mi sangre ardía, pero en ese momento sabía que cuanto más fría apareciera, más inconscientemente se rendiría.

Media hora después me apartó de repente, se levantó y se puso delante del cristal.

“Mire cómo me arde la cara, señor, y se me cae el pelo; no debemos encontrarnos más. No, lo digo en serio. Esta debe ser la última vez”.

Oh, sabía las palabras de memoria, las terribles palabras que parecían apretar mi corazón con miedo y convertirme en una bestia ciega de furia. Siempre que sentía intensamente, o la habían hecho sentir en contra de su voluntad, siempre amenazaba con no volver. Siempre tuve el temor de perderla, siempre el mayor temor cuando casi la había llevado a la entrega total; parecía vengarse de su propia rendición sobre mí, y, pobre tonto, me molestaba que esto fuera injusto. Pero de una forma u otra antes de separarnos casi siempre lo volvíamos a arreglar; nueve de cada diez veces por mi humilde sumisión. Me enorgullece pensar ahora que, en cualquier caso, tenía el suficiente sentido común para saber que ceder y ser humilde era la única forma de triunfar por completo sobre su orgullosa e imperiosa belleza.

Era muy difícil para mí decidir si la estaba ganando o no. Sin embargo, durante un período de tres meses, vi que había hecho grandes avances, que lo que no estaba permitido al principio me estaba permitido ahora sin dudarlo, pero a menudo, día a día, las olas de su sumisión parecían menguar.

Una cosa era segura, me estaba enamorando más desesperadamente de ella semana tras semana; cada encuentro me hacía más devoto de ella, cada vez más su esclavo, ¿o era el esclavo de mi propio deseo? No pude separarlos; para mí, Elsie era el deseo encarnado.

A medida que llegó el verano, se volvió más y más bonita; los vestidos ligeros y delgados la moldearon; era como una estatuilla de Tanagra, me dije, tan hermosa como una de las figuras que se balancean en un jarrón griego. Y llevé conmigo la fragancia de sus labios y la delgada redondez de sus miembros de encuentro en encuentro.

CAPÍTULO V

Mi memoria actual de la secuencia de eventos quizás no sea tan buena como podría ser; pero como no tengo ningún deseo de tergiversar los hechos y no tengo poder para acceder a los periódicos que puedan vivificar o quizás desmentir mi memoria, simplemente dejaré por escrito mis impresiones. Me parece que por esta época hubo un cierto debilitamiento, tanto en la corriente revolucionaria del sentimiento, como en la brutalidad de la represión. Una huelga de empleados de tranvías, que ocurrió por esta época, no condujo a nada; estos empleados eran en su mayor parte estadounidenses y la policía nunca intentó interferir en sus reuniones públicas ni limitar su libertad de expresión. Este sano respeto de la policía por la gente de su propia raza, naturalmente provocó cierta indignación entre nosotros los extranjeros que nunca habíamos sido tratados con justicia por las autoridades; pero no mucho. Los hombres jóvenes, y la mayoría de los trabajadores extranjeros eran hombres jóvenes, están tan inclinados a la esperanza que asumimos de inmediato que la policía había aprendido la sabiduría y el autocontrol, y que no habría más golpes, ni más brutalidades, de modo que nuestras charlas en Lehr & Wehr Verein asumieron inmediatamente un tono algo académico.

Una discusión fue obra mía, y la recuerdo porque muestra de qué manera magistral trabajaba la mente de Lingg incluso cuando lo hacía con todas las desventajas. Una tarde le había hablado del *Gorgias* de Platón. Siempre había pensado que el argumento de Calicles sobre las leyes era el punto más lejano del pensamiento de Platón, la más sabia hipótesis sobre el tema que había surgido en la antigüedad. Lingg me pidió que lo explicara en detalle esa noche en la reunión de la Lehr y la Wehr Verein, y acepté. El argumento es muy sencillo. Sócrates derriba adversario tras adversario con facilidad, hasta que finalmente llega a Calicles, a quien Platón describe como una especie de hombre de mundo bien educado. Sócrates, como de costumbre, intenta alejarse del argumento de una declaración retórica sobre el carácter sagrado de las leyes, el mismo tema que desarrolló más tarde en el *Critón*, cuando declaró que las leyes de esta Tierra no son más que reflejos débiles de las leyes eternas y divinas, que se obtienen en todo el universo y a lo largo de la eternidad, y que, por tanto, deben ser obedecidas. Calicles arroja una nueva luz sobre el tema; dice que las leyes son hechas por los débiles para su propia protección. Al hombre fuerte no se le permite derribar al débil y quitarle su esposa o sus bienes, como lo haría en estado natural. Las leyes son una especie de redil; muros levantados por el pueblo en su propio interés y para su propia protección contra los fuertes; meras defensas de clase que son puramente egoístas y, por lo tanto, no tienen nada que ver con el bien y el mal, y en ningún sentido son sagradas o divinas.

Siguió un debate interesante, pero no se dijo nada importante sobre el tema hasta que Lingg se levantó. Su mismo método de hablar tenía una extraña particularidad; casi nunca

usaba un adjetivo; sus oraciones estaban compuestas por verbos y sustantivos, y la peculiar lentitud con la que hablaba se debía a que con un vocabulario muy amplio estaba resuelto a escoger la palabra adecuada.

“El argumento de Calicles es una tontería”, dijo; “¿Cómo pueden los débiles defenderse contra los fuertes, las ovejas contra los lobos? Además, las leyes no son para la protección de las personas, principalmente, como lo serían si las hicieran los débiles; sino para la protección de la propiedad. Incluso en esta ciudad cristiana puedes derribar a un hombre salvajemente, herirlo de por vida e ir y alegar excitación o rabia, y pagar cinco dólares y cuarto, y se te considera que has purgado la ofensa. Quitale cinco dólares a su persona, aun sin herirlo, y probablemente te den seis meses de prisión, y el enjuiciamiento estará a cargo del Estado. Las leyes se hacen para la protección de la propiedad, las hacen los fuertes en su propio interés; el lobo quiere estar seguro de que disfrutará pacíficamente de su 'presa'”.

Una vez más, el hombre causó sensación; pero esta vez Raben se levantó y trató de disipar la impresión. Dijo las habituales tonterías insípidas; las leyes protegían tanto al débil como al fuerte, y eran buenas en sí mismas. Incluso citó un verso de Schiller que comienza:

“Sei im Besitz...”

Una especie de interpretación poética del dicho americano común “La posesión es nueve partes de la ley”, sin ver que Schiller estaba hablando irónicamente. Sin embargo, nadie le

prestó atención ni le respondió, lo que, por supuesto, lo enfureció, porque atribuyó nuestro silencio a una conspiración de envidia.

No pude evitar pedirle a Lingg que me explicara cómo esperaba alguna mejora si era realmente el fuerte quien hacía las leyes en su propio interés. Me respondió de inmediato, tal vez habiendo reflexionado mucho antes sobre el asunto, porque de ninguna otra manera podría explicar la clara precisión de su declaración.

“En todo momento”, dijo, “algunos lobos se han puesto del lado de las ovejas; en parte por piedad, en parte por la íntima convicción de que primero deben levantar a los pobres si ellos mismos quieren alcanzar un nivel más alto de existencia. Incluso me parece probable –prosiguió lentamente– que los hombres estén siendo arrastrados gradualmente hacia arriba y humanizados por un poder que actúa a través de ellos, porque cada vez más los fuertes están tomando parte de los débiles, a través de un sentido innato de justicia y juego justo. El trabajo de un hombre produce diez veces más ahora que antes de que supiéramos cómo utilizar el vapor y la electricidad; nos parece que el trabajador tiene derecho a una parte de este producto extra. Quien podría quitárselo todo se inclina a dejarle un poco de lo que ha producido”.

Terminó espléndidamente, como solía hacer, apelando al corazón. “Hay una convicción íntima en todos nosotros”, dijo, “que la justicia es mejor que la injusticia. Incluso cuando parece que nos beneficiamos del mal; la generosidad es la propia justificación”.

Raben se burló; pero Raben fue, quizás, la única persona que se burló. El “Cesar” de Theodor Mommsen había tenido un efecto extraordinario en mí cuando lo leí de niño, y cuando Lingg estaba hablando, mis pensamientos volvieron de inmediato a Cesar. Hablaba con una autoridad extraña y con un espíritu aún más noble que el de Cesar; porque era el mismo espíritu, el espíritu que indujo a Cesar a aprobar una ley que eximiera a todos los deudores que pagasen las tres cuartas partes de su deuda para evitar que sus personas fueran vendidas por deudoras.

Fue a partir de este momento que comencé a darme cuenta de lo grandioso que era Louis Lingg. Cualquiera que fuera la pregunta, si hablaba, hablaba como un maestro. Al final del debate, Raben se acercó a nosotros y fue muy agradable; se mostró particularmente agradable con Lingg; me pareció desleal y falso de su parte, y me dolió que Lingg recibiera sus insinuaciones, o pareciera que las recibía, con su habitual cortesía.

Cuando salimos de la reunión y estábamos de camino a casa juntos, Lingg se volvió hacia mí con la pregunta:

“¿Por qué traes a ese hombre Raben a nuestras reuniones? ¿Eres tan amigo suyo?”

Inmediatamente le respondí.

“Raben me llevó a la reunión de Lehr & Wehr Verein en primer lugar. Me dijo que era un gran amigo suyo”.

“Lo conocí”, dijo Lingg, “sólo una vez antes de verlo allí contigo en la reunión; vino a mí como reportero de 'The New York Herald'. Respondí a sus preguntas y eso fue todo”.

Entonces le conté todo lo que sabía de Raben, y algo tontamente extraño en mí me hizo pintar al hombre mejor que él, pintarlo con luces altas y dejar de lado las sombras que existían, como ya tenía razones para saber. Cuando pienso en mi locura, podría suicidarme; si sólo le hubiera contado a Lingg entonces la pura y simple verdad sobre Raben, las cosas podrían haber resultado muy diferentes; pero yo era tonto, débilmente optimista, sentimentalmente deseoso de alabar a la maldita criatura porque era alemán, o pensé que lo era porque hablaba el idioma, ¡como si una víbora tuviera una nacionalidad! Y todo el tiempo los ojos profundos de Lingg se posaron en mí, buscándome, leyéndome, estoy seguro, con razón.

Cuando llegamos a casa, subí con ellos como de costumbre para una charla de media hora antes de regresar a mis habitaciones, cuando de repente Lingg comenzó de nuevo.

“¿Consideras que Raben es sincero?”

“Seguramente”, exclamé. “Está con nosotros, supongo”

“¿Notaste cómo habló esta noche?” preguntó Lingg. (Asentí)
“Me refiero a la jerga americana y alemana que usa. ¿Observó cómo repetía dos o tres palabras que le sirven de adjetivo para todo? 'Horrible' es uno en inglés, 'schaendlich–vergonzoso' es otro; inmediatamente traduce el epíteto alemán al inglés “.

Asentí con la cabeza, preguntándome qué vendría.

De repente, Lingg sacó un trozo de papel.

“Aquí hay una carta anónima que recibí. No me propongo leerla, pero aquí hay cuatro líneas, y en las cuatro líneas hay 'schaendlich–vergonzoso' dos veces y 'horrible' otras dos. Una carta que te denuncia como un traidor a la causa y arroja tierra sobre mí; ese hombre es demasiado maligno para ser efectivo”. Apretó la carta en una pequeña bola en su mano mientras hablaba, abrió la puerta de la estufa y la arrojó adentro. Mientras se enderezaba, me miró a la cara.

“Raben escribió esa carta. Mantente en guardia contra él”.

“¡Dios mío!” grité. “¿Qué quieres decir?”

De repente, la calma helada pareció romperse.

“Quiero decir”, y nuevamente esa amenaza estaba en su voz, “que él tiene envidia, de todos nosotros, de ustedes, de mí, de nuestra buena fe, de nuestro agrado mutuo. Fíjese en su rostro delgado y mezquino, el cabello y los ojos descoloridos; ¡hay algo débil e incisivo en toda la criatura! Hablemos de otra cosa”.

Y ni una palabra más dijo sobre el tema. Pensando en todo lo que había dejado que Raben me dijera sobre Lingg y sobre Ida, mis mejillas ardieron de vergüenza. Podría haber matado a la serpiente de lengua sucia. Ahora desearía haberlo hecho.

Ida no dijo nada durante todo este tiempo; pero su tacto pronto suavizó la herida y nos devolvió a sentimientos bondadosos, aunque ella también se sintió obligada a decir que nunca le había gustado Raben, que sentía que Raben no estaba con nosotros, sino contra nosotros.

“De ahora en adelante”, dije, “me ocuparé, puede estar seguro”. Y así se descartó el asunto...

La tregua en la tormenta política no duró mucho. Casi inmediatamente después de los hechos de los que he hablado, creo que en algún momento de marzo, se produjo una huelga entre los envasadores de cerdos. Nueve de cada diez trabajadores en estos establecimientos eran alemanes y suecos, dirigidos por estadounidenses. Los capataces y los controladores de velocidad, eran casi todos estadounidenses, y estos capataces tomaron una parte pequeña en la huelga.

La primera reunión de los trabajadores extranjeros en huelga fue dispersada por la policía y hubo una resistencia pasiva por parte de los huelguistas. La policía estaba dirigida por un capitán, Schaack, que parecía haberse inspirado en Bonfield. Estos huelguistas no eran trabajadores corrientes; no solo eran jóvenes y fuertes; sino que habían aprendido a usar cuchillos y no estaban dispuestos a que la policía los golpeará como a ovejas. Parsons se lanzó al ataque con su acostumbrado vigor, al igual que los Spies. En su periódico semanal, Parsons pidió a los trabajadores estadounidenses que respalden a sus hermanos extranjeros y resistieran la tiranía de los empleadores. El espíritu de lucha creció en intensidad de hora

en hora, y la llama a la revuelta sin duda fue avivada por “The Alarm” y “Die Arbeiter Zeitung”.

Al leer lo que ya he escrito, encuentro que no he diferenciado suficientemente a Parsons y Spies, que en realidad eran personalidades completamente diferentes. Parsons era un hombre de lectura muy corriente, pero con grandes poderes de oratoria. Para él, los argumentos no eran más que ocasiones para la retórica y cometía errores en sus declaraciones y en la secuencia de su razonamiento, pero tenía un entusiasmo genuino; creía en la consigna de las ocho horas de trabajo para los hombres, y un salario mínimo, y todas las otras reformas moderadas, que recomendaban al obrero estadounidense promedio.

Spies, por otro lado, era un idealista; mucho mejor leído que Parsons y un pensador más claro, pero emocional y optimista en un grado extraordinario. Realmente creía en la posibilidad de un paraíso socialista ordenado en la Tierra, del cual la codicia y la ambición individual deberían ser desterradas, y en el que todos los hombres deberían compartir las cosas buenas de este mundo por igual. La siguiente frase de Blanc siempre estuvo en sus labios: “A cada uno según sus necesidades; de cada uno según sus poderes”

Tanto Parsons como Spies eran básicamente altruistas, y ambos se dedicaban libremente a la causa del trabajo, así como sus bienes. Parsons era el personaje más decidido; pero ambos pronto se convirtieron en hombres marcados, porque al fin sucedió lo que desde el principio podía haberse previsto.

Se convocó una reunión en un lugar de desperdicio en Packerstown, y más de mil trabajadores acudieron. Fui allí por curiosidad. Lingg, puedo decir aquí, siempre iba solo a estas reuniones de huelga. Ida me dijo una vez que sufría tanto con ellos que no soportaba que lo vieran, y tal vez ésa fuera la explicación de sus aproximaciones solitarias. Fielden, el inglés, habló primero, y se animó el asunto; los obreros lo conocían como trabajador y les agradaba; además, hablaba de manera hogareña y era fácil de entender. Spies habló en alemán y también fueron aclamados. La reunión era perfectamente ordenada cuando trescientos policías intentaron dispersarla. La acción fue desacertada, por decir lo mejor de ella, y tiránica; los huelguistas no hacían daño a nadie ni interferían con nadie. Sin previo aviso ni razón, la policía trató de abrirse paso a través de la fila hasta los oradores; encontrando una especie de resistencia pasiva y no pudiendo vencerla, utilizaron sus garrotes salvajemente. Uno o dos de los huelguistas, exaltados, sacaron sus cuchillos, y de inmediato la policía, encabezada por ese loco de Schaack, desenfundó sus revólveres y disparó. Parecía como si la policía hubiera estado esperando la oportunidad. Tres huelguistas fueron asesinados a tiros en el acto y más de veinte resultaron heridos, varios de ellos peligrosamente, antes de que la turba se alejara hoscamente del horrible lugar. Un acusador, una palabra, y ninguno de los policías habría escapado con vida; pero el acusador no estaba allí, y no se usó la palabra, por lo que se cometió el mal y quedó impune.

No sé cómo llegué a mi habitación esa tarde. La vista de los muertos allí tendidos en la nieve me había excitado hasta la locura. La imagen de un hombre me siguió como una

obsesión; fue herido de muerte, baleado en los pulmones; se incorporó sobre su mano izquierda y sacudió la derecha a la policía, gritando en una especie de frenesí hasta que la sangre lo ahogó:

“¡Bestie! ¡Bestie!” (“¡Bestias! ¡Bestias!”)

Todavía puedo verlo limpiando la espuma manchada de sangre de sus labios; fui a ayudarlo; pero todo lo que pudo jadear fue: “¡Weib! ¡kinder! (¡Esposa, hijos!)” Nunca falsificaré la desesperación en su rostro. Lo sostuve suavemente; una y otra vez le limpié la sangre de los labios; cada respiración producía una inundación; sus pobres ojos me agradecieron, aunque no podía hablar, y pronto sus ojos se cerraron; se apagaron, como podría decirse, y yacía bastante quieto en su propia sangre; “asesinado”, como me dije a mí mismo cuando recosté el pobre cuerpo; “¡asesinado!”

Cómo llegué a casa no lo sé; pero le conté toda la historia a Engel, y nos sentamos juntos durante horas con lágrimas en los ojos y rabia y odio en nuestros corazones. Esa noche Engel vino conmigo al Lehr & Wehr Verein. Ya todo el mundo sabía lo que había sucedido; la gravedad del suceso pesó sobre todos nosotros. Uno tras otro atravesamos el salón y nos sentamos arriba, hablando muy poco. Después de que casi nos hubiéramos dado por vencidos, Lingg e Ida entraron. Para mi asombro, él se movió rápidamente, habló como de costumbre, convocó a la reunión en su tono habitual y preguntó quién hablaría; evidentemente, no sabía nada del tiroteo.

Todos parecían mirarme; estaba claro que habían oído que yo era un testigo presencial, así que me levanté y leí un relato de un periódico vespertino de Chicago. El periódico travestía los hechos. “Tres o cuatro hombres han muerto y quince o dieciséis han resultado peligrosamente heridos al resistir a la policía con cuchillos”. A un policía, al parecer, le habían cosido un corte en el brazo. Un policía, ese era el alcance de la resistencia. Agregué al relato del periódico un breve informe de lo que había sucedido. Hubo resistencia pasiva; pero no resistencia activa hasta que los hombres fueron apaleados, entonces vi uno o dos cuchillos desenvainados; pero inmediatamente, antes de que pudieran usarse, la policía desenfundó sus revólveres y abatió a hombres desarmados. “Eran extranjeros”, dije, “por eso los derribaron. A los alemanes, que hemos hecho nuestra parte en la construcción de este país, no se nos permitirá vivir en paz en él. Estos hombres fueron asesinados”, y tomé asiento, ardiendo de indignación y rabia.

Raben no estuvo presente en esta reunión; de hecho, después de su intento algo inútil de corregir a Lingg sobre las leyes, rara vez se presentaba en ninguna de nuestras reuniones. Creo recordar que vino una vez durante unos minutos. Después de que me senté, Lingg se levantó y pronunció un discurso extraordinario. Ojalá pudiera informarlo palabra por palabra; mientras lo entregó, con gravedad, seriedad, a esos hombres graves y serios que estaban siendo llevados al extremo.

“La resistencia a la tiranía es un deber”, comenzó. “La sumisión predicada por Cristo es la única parte de Su doctrina

que no puedo aceptar. Puede ser que sea un pagano; pero no creo en poner la otra mejilla al agresor. Recuerdo una frase de Tom Paine, que fue el espíritu principal de la revolución estadounidense; dijo que la raza inglesa nunca se humanizaría hasta que aprendieran en Inglaterra lo que era la guerra, hasta que un enemigo extranjero hubiera derramado su sangre sobre sus propios hogares. No creo que los fuertes e insolentes se abstendrán jamás de la tiranía hasta que estén asustados por los resultados de la tiranía”.

El profesor Schwab pareció perder el equilibrio con las palabras de Lingg; todos sintieron que había algo fatídico en ellas; esta impresión fue tan fuerte que pareció haber sacado al profesor de todo autocontrol. Se levantó y pronunció un discurso divagante sobre la imposibilidad de hacer algo en la democracia; el tirano tenía cabeza de hidra; habíamos derrocado reyes y puesto en su lugar a la gente, pero King Log era peor que King Stork, por lo que aconsejó paciencia y educación, y se sentó. Lingg no quiso aceptar esto y reanudó su discurso:

“Nadie debería imaginar que la sociedad sea capaz de hacer mal impunemente; *todo se paga* –todo mal es vengado–; aunque parezca que una gran comunidad podría cometer actos que pondrían fin a la existencia de un grupo más pequeño...

“Pero seguramente la verdadera lección de la historia es el crecimiento del individuo como fuerza. Cada descubrimiento de la ciencia”, prosiguió, con una emoción de triunfo en su fuerte voz “fortalece al individuo. En el pasado solo tenía la vida de un hombre en su mano; un solo opresor siempre podía

ser asesinado por un esclavo”. Toda la reunión pareció estremecerse de aprensión. “Pero ahora el individuo tiene la vida de cientos en su mano, y algún día pronto tendrá la vida de miles, de toda una ciudad, entonces dejarán de hacer el mal los tiranos, o dejarán de existir”.

No había elevado la voz por encima del tono habitual; su discurso fue incluso más lento de lo habitual, sin embargo, recuerdo algunas de sus palabras como si lo escuchara hablar ahora. Había una pasión extraordinaria en su discurso, una expresión extraordinaria en toda su persona, una llamarada en sus ojos profundos. Las palabras de este hombre parecían hechos; asustaban como hechos.

CAPÍTULO VI

Una o dos mañanas más tarde me sorprendió una pequeña carta de Ida Miller, en la que me pedía que la acompañara y la viera pronto alguna mañana, “si es posible el miércoles próximo; quiero consultar contigo. No digas nada a nadie de esto”.

¿Qué significaba? Me pregunté maravillado. ¿Para qué podía querer verme Ida y por qué quería verme mientras Lingg no estaba? En vano intenté elucubrar; pero las preocupaciones y ansiedades del día y la hora me absorbieron, y olvidé la carta por el momento. Acabé de anotar en mi almanaque que la visitaría el próximo miércoles al mediodía.

En verdad, los asuntos más importantes se habían borrado de mi cabeza por la creciente emoción en la ciudad. Realmente nos pareció como si la población estadounidense se hubiera vuelto loca, ¿o quizás estábamos juzgando mal a la gente debido a los periódicos? Nadie podía negar que los periódicos estaban históricamente locos; ellos estaban azuzando las pasiones de sus lectores día tras día, hora tras hora. Si uno no hubiera sabido que los periódicos aumentan su circulación en tiempos difíciles y períodos de excitación general, uno no podría haber entendido la malevolencia simiesca que mostraban. Cuando no se jactaban y se atribuían las más altas

virtudes, atropellaban a los extranjeros y a los trabajadores extranjeros como si fuéramos de una raza inferior. Las cariñosas imaginaciones de los periodistas eran lo contrario de la verdad, y este hecho contenía en sí mismo la semilla del peligro. Los extranjeros eran superados en número por seis a uno, y estaban desunidos por diferencias de raza, religión e idioma; pero todo el pensamiento político original que se hacía en la ciudad lo hacían ellos. Intellectualmente eran superiores a los estadounidenses entre los que vivían. Fue fuerza la bruta contra el cerebro, el presente y los opresores contra los desposeídos y el futuro. Era la honestidad intelectual y la clarividencia de los extranjeros lo que les daba fuerza y los convertía en una fuerza a tener en cuenta. Día tras día ganaban adeptos entre los trabajadores estadounidenses; día a día crecían en poder e influencia, y la comprensión de esto era lo que enloquecía a las autoridades contra ellos.

Fue Spies quien realmente puso fin a la huelga y, al mismo tiempo, concentró la atención del público en sí mismo y, de paso, en Parsons. Publicó un artículo en el “Arbeiter Zeitung” en alemán, escrito por un obrero alemán, que contenía historias casi increíbles sobre la suciedad y la inmundicia de los establecimientos de empaque de carne de cerdo. “Los trabajadores siempre estaban por encima de sus suelas ensangrentadas”, escribió, “y esta sangre era barrida y utilizada en salchichas”. El relato estaba compuesto de detalles así, pero tuvo poco efecto hasta que Parsons lo tradujo al inglés y lo publicó en “The Alarm”. Hice la traducción y fui a buscar a Parsons inmediatamente y entrevisté a cinco o seis huelguistas más y presenté sus relatos, a modo de corroboración. Un hecho que descubrí fue citado en todas partes como la corona

del horror. Había llegado a mi conocimiento en una de mis visitas a un establecimiento de envasado de carne de cerdo. Mientras les cortaban la garganta, sumergían a los cerdos en un baño de agua muy caliente para soltarles las cerdas y poder rasparlos fácilmente. Miles de cerdos pasaban diariamente por este baño hirviente; mucho antes del mediodía estaba fétido, apestaba a sangre y excrementos; pero nadie prestaba atención; los cadáveres caían en una mezcla repugnante y se suponía que debían quedar limpios por el contacto con esa inmundicia sin nombre. En cualquier caso, eso era todo lo que lavaban; eran cortados después en pedazos, jamones, costados, etc., y arrojados a los barriles de salmuera, listos para la venta. Pero incluso esto no era lo peor del asunto. Se suministraba agua fresca todos los días; pero los baños mismos sólo se limpiaban cuando la acumulación de suciedad en el fondo, alrededor y a los lados hacía imperativamente necesario un espacio libre. Mientras sólo sufriera la comida y la salud de los trabajadores, no se hacía nada. Los baños apestaban durante semanas en verano, y nadie prestaba atención a la febril inmundicia”. “La empacadora de puercos no es una tienda de perfumería”, fue el comentario de un millonario empacador, que pensó que el asunto podría ser eliminado de esa reconfortante manera.

Los periódicos estadounidenses no podían permitirse el lujo de dejarnos este campo; ellos también enviaron reporteros, que les proporcionaron otros detalles de la forma en que se preparaba la comida, detalles repugnantes, increíblemente asquerosos, y pronto la ciudad comenzó a escandalizarse. Los mejores cubretodos americanos pedían al Gobierno que velara por que los inspectores cumplieran con su deber y protegieran

a los consumidores; pero no tengo ninguna duda de que la publicación de los hechos puso fin a la huelga más rápido que cualquier otra cosa. Los empleadores vieron que era más rentable ceder a las demandas de los huelguistas que perder sus ventas por la exposición de sus métodos sucios y descuidados.

Todo esto condujo a una discusión en Lehr & Wehr Verein, en la que Lingg sostuvo que las leyes medievales contra la adulteración de alimentos y de muchas otras cosas deberían volver a entrar en vigor. “Hay demasiada libertad individual en Estados Unidos”, fue su tesis. “El profesor Schwab ya nos ha dado las razones científicas para ello; pero esta libertad del individuo debe ser restringida, cuando nos da soda en lugar de trigo para el pan, suciedad en el piso en lugar de carne sana. Tendremos que frenar la competencia despiadada de cien maneras”.

Todos coincidimos en que debería haber un salario mínimo establecido por el Estado, una jornada de ocho horas e incluso derecho al trabajo; Lingg insistió en que el trabajador que reclamaba este derecho debía ser pagado por el municipio o por el Estado con el salario mínimo, lo que él llamaba un salario digno. También el trabajo del gobierno, declaró, debería competir lo menos posible con el trabajo dirigido por el individuo. El trabajo del gobierno debe ser para el bienestar de todos: la extensión de carreteras, la forestación de lugares de desecho, etc. Solo menciono esto para mostrar la moderación innata y la sabiduría práctica del hombre.

Tan pronto como terminó la huelga, todos parecieron borrarla de la memoria; a nadie le importaban las tres o cuatro personas muertas, ni los veinte pobres extranjeros que habían resultado heridos.

El miércoles por la mañana fui a las habitaciones de Lingg. Ida me recibió en la puerta; estaba bastante alegre. Hablamos durante unos minutos de cosas nada habituales; pero todo el tiempo hubo una contención en ella; ella estaba hablando, por así decirlo, de los labios hacia afuera, sin decir lo que quería decir; por fin me enfrenté a la música.

“¿Qué te pasa, Ida?” Pregunté. “¿Por qué me mandaste a buscar?”

Ella me miró al principio y no respondió; parecía preocupada y quería simpatía, quería que quizás yo adivinara la respuesta; pero aunque lo intenté, no pude adivinar su secreto. La presioné para que me dijera cuál era el problema.

“Nuestras ansiedades son siempre mayores cuando no hablamos de ellas. Una vez que se habla de ellas, parecen menores. Dime que sucede”.

“No hay nada seguro”, dijo, “es decir, no puedo convencerlos de que existe un peligro inminente; pero lo hay. Sabes que Louis está en contra del matrimonio; habla de ello como una invención del sacerdocio, un medio para llenarse los bolsillos, como todos los demás sacramentos. La otra noche, cuando volvimos a casa después de su relato del tiroteo, Louis me dijo que dado el estado actual de las cosas estaba equivocado; pensó que deberíamos casarnos de inmediato”.

Ella me miró con ojos suplicantes; sus labios estaban temblando. Vi que estaba alterada. Casi sonreí; no me pareció muy grave de una forma u otra; pero ella continuó

“Me asustó; no ha alterado sus opiniones, no ha cambiado de ninguna manera; estaba pensando en mí, y quiere que estemos casados de inmediato. ¿No lo entiendes? ¡De inmediato! Eso es porque siente que pronto ya no estará aquí. Oh, Rudolph, estoy casi muerta de miedo, no puedo dormir del miedo”, y el dulce rostro se estremeció lastimeramente.

“¿Qué quieres decir?” grité. Pero incluso mientras hablaba comencé a temer que ella tenía razón. Por supuesto que traté de animarla; intenté demostrarle que sus miedos eran exagerados; pero no la convencí, y poco a poco sus miedos se contagiaron a mí, comenzaron a dar forma y significado a mi propio y vago temor.

“Tal vez”, me dije a mí mismo, “las palabras de Lingg parecen hechos, tienen el peso de hechos, porque están estrechamente relacionadas con los hechos, porque él quiere hacer el bien. Eso lo explicaría todo”; y cuando la convicción me golpeó, me estremecí, y nos miramos con un miedo innombrable en nuestras mentes.

De repente, como si ya no pudiera controlarse, o tal vez excitada por mi simpatía, estalló, sus largas manos blancas acentuaron sus palabras:

“Oh, si supieras cuánto lo amo, y lo feliz que he sido con su amor. No es nada decir que 'soy suya'”. Yo soy parte de él; siento lo que él siente, pienso como él piensa; me ha dado ojos

para ver y valor para vivir o morir con él; pero no sin él. Si supieras dónde estaba cuando me conoció. ¡Ah, qué hombre! Me habían engañado y abandonado, y no me importaba lo que fuera de mí, y él vino y, oh, al principio apenas me atrevía a esperar su amor, y él vino como un rey, sin contar... Qué amable y fuerte es...

“Sabes que los hombres y las mujeres somos muy parecidos; las mujeres, en cualquier caso, pretendemos no sentir ninguna atracción sexual salvo hacia el hombre que amamos; pero en realidad a menudo la sentimos. Amamos a un hombre, por ejemplo, que es rápido y apasionado y viril, pero cuando conocemos a un hombre lento, fuerte y dominante, nuestra suave carne siente la fuerza en él y no podemos reprimir nuestros deseos, la carne es infiel en la mujer como en el hombre, aunque la controlamos mejor. Pero desde que conocí a Lingg, mi carne incluso le ha sido fiel. No deseo a nadie más que a él, mi cuerpo es tan leal a él como mi alma. Él es mi alma, el principio vital de mí. No puedo vivir sin él. No.

“Estoy tan feliz, odio dejarlo todo. Sé que es vil de mi parte: debería pensar en esos otros que sufren mientras disfrutamos; pero el amor es tan dulce, y nosotros somos tan jóvenes; ¿No te parece? ¿O es eso muy egoísta de mi parte?” Y los ojos luminosos, encantadores y húmedos me atrajeron. Nunca había estado tan conmovido. No podía decir: “Estás exagerando”. Podía enmarcar las palabras, pero no podía pronunciarlas. Ella era tan sincera y tan segura que me llevó a la verdad. Solo pude mirarla a la cara con lágrimas no derramadas y asentir con la cabeza. A veces la vida es espantosa, más trágica que cualquier imaginación.

“Debemos confiar en él”, dije al fin. De mi simpatía por ella salieron las palabras, y de inmediato parecieron ayudarla.

“Sí, sí”, gritó, “él sabe cómo una mujer ama el amor; no será duro conmigo, pero es muy duro consigo mismo”, agregó con labios temblorosos, “y eso es lo mismo”.

“La vida no es alegre para ninguno de nosotros”, fue toda mi sabiduría, “rara vez tienes la suerte de haber encontrado un amor tan completo, una felicidad tan perfecta”.

Una vez más, había tocado la nota correcta por casualidad. Ella asintió con la cabeza y sus ojos se aclararon.

“Ojalá pudiera tener un día”, continué, “como los meses que has tenido”.

“¿Con Elsie?” preguntó, sonriendo, y cuando estaba a punto de decir “Sí”, Lingg entró en la habitación. Me estrechó la mano, sin dejar rastro de su asombro, vergüenza o recelo.

“Me alegro de verte”, dijo simplemente mientras se acercaba a la mesa y dejaba algunos libros que había traído. “¿Ida te envió a buscar?” y sus ojos sondearon los míos un momento. “Quiero decir”, prosiguió más a la ligera, “hay una especie de coincidencia en el asunto, porque quería verte hoy. Es un día tan hermoso y he estado trabajando muy duro. ¿Por qué no salimos y pasamos fuera el día? Llevaremos algo de comer con nosotros, comida alemana, salchichas, cerveza, pan y ensalada de patatas, echt Deutsch, ¿eh? y comeríamos en un bote en el lago”.

Parecía de un radiante buen humor, extrañamente alegre. Mirándolo, todos mis miedos se desvanecieron e inmediatamente respaldé el proyecto con todo mi corazón. Yo también había trabajado demasiado y quería unas vacaciones; así que comenzamos a juntar las cosas, empacando los alimentos en una canasta pequeña. Lingg me permitió llevar la canasta, aunque era su costumbre habitual llevar todo él mismo. Él también caminaba apartado de nosotros, aunque por lo general caminaba entre nosotros. ¿Por qué recuerdo ahora todas estas cosas con tanta claridad, aunque no creo que haya notado ninguna de ellas en este momento?

Bajamos a la orilla del lago y contratamos un bote de remos, y el hombre que nos contrató el bote quiso venir con nosotros, o enviarnos un niño; pero Lingg no quiso admitirlo.

“Danos un buen barco, seguro”, dijo, “tu barco más amplio y seguro; también nos pondremos un buen salvavidas, porque no estamos acostumbrados al agua y queremos divertirnos sin tener miedo de volcar”.

El americano se rió de nosotros, pensando que éramos unos necios holandeses, y nos dio el barco que pedíamos, una barcaza ancha y pesada. Lingg le dijo a Ida que fuera y se sentara en las escotillas de popa y dirigiera el timón, y luego me puso en la popa para remar con un par de remos, y él mismo entró con un par de remos en la proa. Dejó un obstáculo desocupado entre nosotros. Eso también lo recuerdo claramente, aunque en ese momento no lo noté.

Cuando nos alejamos y comenzamos a remar, pensé que Lingg tenía la intención de recorrer un kilómetro, tal vez un kilómetro y medio, y luego comer; pero siguió remando con paso firme. Por fin, me volví hacia él.

“Mira, Lingg, quiero comer algo. ¿Cuándo vamos a hacerlo?”

Simplemente sonrió.

“Cuando ya no podamos ver la ciudad”, y me incliné sobre los remos de nuevo. Debimos haber remado durante dos horas y media, y haber recorrido siete u ocho millas hacia el lago, antes de dejar los remos y decir:

“Digo, Lingg, ¿quieres remar a través del lago? ¿O llamas a este placer trabajarnos como esclavos y no darnos nada de comer?”

Inmediatamente regresó en el último momento, comimos y yo traté de divertirme ; pero Lingg siempre estaba bastante callado, e Ida también estaba callada y nerviosa; trastornaba las cosas y, evidentemente, estaba alterada. Cuando terminamos la sencilla comida y guardamos las cosas, me propuse remar hacia atrás, pero Lingg dijo. “No”, y luego se levantó en la popa y se quedó mirando hacia Chicago. Cuando se agachó de nuevo, dijo:

“No se ve nada alrededor”, y sacó del bolsillo una especie de catapulta de niño.

“¿Para qué diablos es eso?” Pregunté.

“Para probar esto”, respondió, y sacó una bolita de algodón del bolsillo del pantalón y, quitándole el algodón, descubrió una bola redonda, del tamaño de una nuez.

“¿Qué es eso?” Le pregunté riendo; pero mientras me reía pude vislumbrar el rostro de Ida, y nuevamente el miedo regresó, porque ella estaba inclinada hacia adelante mirando a Lingg con los labios entreabiertos y toda su alma en sus ojos muy abiertos.

“Esto es una bomba, una bomba pequeña, que voy a probar”

“¡Buen Dios!” Exclamé, asombrado de tal manera que no pude pensar ni sentir.

“Quiero la catapulta”, prosiguió, “para tirarla a cierta distancia del bote, porque creo que si la arrojo con la mano, podría arruinar el bote y podríamos tener que intentar nadar de regreso a la orilla. Considero que, esta catapulta la arrojará el doble de lejos, y veremos los resultados y podremos medirlos con bastante precisión”.

No creo que sea más cobarde que otros hombres; pero sus palabras tranquilas me aterrorizaron. Mi corazón estaba en mi boca, no podía respirar libremente y mis manos estaban viejas y húmedas. Dije:

“¿Lo dices en serio, Lingg?”

Los ojos inescrutables se posaron en mí, me escudriñaron, me juzgaron y, contra su condena, mi coraje pareció volver a mí y mi sangre comenzó a fluir de nuevo. Eso era lo terrible de

Louis Lingg: te juzgaba por lo que había en ti; le agradabas, o te admiraba, por las cualidades que poseías, y se negaba rotundamente a atribuirte cualidades que no poseías. Conocerlo era un tónico perpetuo. No le dejaría ver que tenía miedo, habría muerto antes.

Honestamente, estoy tratando de decir exactamente lo que sucedió en mí, porque en comparación con Lingg me considero simplemente un hombre común, y si hice cosas que los hombres comunes no hacen o no pueden hacer, es por la influencia de Lingg en mí.

Cuando mi espíritu regresó y la sangre corrió por mis venas en oleadas calientes, pude ver que sus ojos eran más amables; descansaban en mí con aprobación, y yo estaba profundamente orgulloso y enaltecido por ello.

“¿Probamos la bomba”, dijo, “o tienes miedo de que tengamos que nadar?”

“Confiaré en tu juicio”, dije descuidadamente. “Espero que sepas lo que hará. Pero, ¿cuándo la hiciste?”

“Comencé a trabajar hace un año”, dijo, “cuando la policía comenzó a usar sus garrotes, y lo he hecho desde entonces”. En un instante recordé los libros de química y todo me quedó claro.

“No tenía por qué traerte con nosotros”, dijo, volviéndose hacia Ida, “¿Será demasiado para tus nervios?” preguntó gentilmente.

Ella lo miró con todo su amor en sus ojos brillantes y negó con la cabeza.

“Lo supe desde hace meses”, dijo, “meses”. La hiciste hace dos meses en tu pequeña tienda junto al río”.

Y estos dos extraños seres sonrieron. Al momento siguiente, Lingg metió la bala en la catapulta, estiró la goma india a la distancia del brazo y la soltó. Los ojos siguieron la bala negra en su larga curva por el aire. Al llegar al agua hubo un tremendo estruendo, una tremenda conmoción; el agua subió con una especie de chorro, e incluso a treinta o cuarenta metros de distancia el bote se balanceó y casi volcó. Durante los minutos siguientes no pude oír. Empecé a tener miedo de quedarme permanentemente sordo. ¿Cómo podía una cosa tan pequeña tener una fuerza tan enorme? Lo primero que escuché fue a Lingg diciendo:

“Si hubiéramos estado de pie, deberíamos habernos tirado al suelo; tuve que agarrarme del costado del bote”.

“Seguramente” dije, “¿se habrá escuchado el ruido en el pueblo?”

“Oh, no”, dijo Lingg, “la explosión es intensa, el golpe muy rápido, de modo que no llega tan lejos como el golpe de pólvora más lento; el explosivo produce un impacto mayor a corto alcance; pero el golpe no se extiende sobre un área tan grande”.

“Era dinamita, ¿no?” Pregunté, después de una pequeña reflexión, cuando la sordera comenzaba a desaparecer.

“No”, respondió Lingg, “un agente mucho más poderoso”.

“¡De Verdad!” Exclamé. “Pensé que la dinamita era la más fuerte”.

“Oh, no”, respondió Lingg, “la dinamita no es más que nitroglicerina mezclada con tierra de diatomeas, para permitir su fácil manejo; la nitroglicerina mezclada con nitro–algodón se llama gelatina de voladura y es mucho más fuerte que la dinamita. Pero la percusión de una pequeña cantidad de fulminato de mercurio incrustado en nitroglicerina produce un efecto enormemente mayor que la explosión de cualquiera de las sustancias por sí misma. Y hay explosivos más poderosos que la nitroglicerina. Mi pequeña bomba –prosiguió, como hablando consigo mismo– es tan poderosa como cincuenta veces su peso en dinamita.

“¡Buen Dios!” Exclamé; “pero ¿de qué estaba hecha?”

“Todos los explosivos de alta potencia”, dijo, “contienen mucho oxígeno y algo de nitrógeno... pero hablemos de otra cosa”, se interrumpió, “es una historia demasiado larga...”

De repente, Ida le dijo a Lingg:

“Quiero lanzar la primera bomba, Louis”.

Él negó con la cabeza. “No es trabajo de mujeres”, dijo, “y todavía espero que no sea necesario lanzar bombas”

Ahora bien, no puedo decir qué me impulsó a hablar. Supongo que fue vanidad, o más bien un deseo de ganarme la aprobación de Louis Lingg. De repente me escuché decir:

“Déjame lanzar la primera bomba”

Lingg me miró y de nuevo mi sangre se calentó bajo la amable aprobación de su mirada.

“Es algo terrible”, dijo. “Estoy seguro de que una mujer se derrumbaría. Me temo que tú también te derrumbarías, Rudolph”.

“¿Pero tú?” Pregunté.

“Oh”, respondió descuidadamente, “creo que siempre supe que nací para hacer algo de este tipo. Hay un pasaje en la Biblia que me llamó la atención cuando lo escuché por primera vez cuando era niño, que siempre ha vivido conmigo. No leí mucho de la Biblia y no presté mucha atención a lo que leí. El Antiguo Testamento me pareció una materia pobre, y sólo los Evangelios me conmovieron algo; pero esa palabra siempre ha vivido conmigo. Es algo como esto: 'Es conveniente que un hombre muera por el pueblo...'

“Los alemanes soñamos demasiado y pensamos demasiado; durante una generación o dos deberíamos actuar. Estamos muy por delante del resto del mundo como pensadores; ahora nos queda ser conscientes de nuestros pensamientos y mostrar al resto del mundo que en los hechos también podemos superarlos”.

“Tuve una infancia terrible; tal vez te la cuente algún día”, continuó. “Calientan el acero en el horno y luego lo sumergen en agua helada para hacer una espada. Creo que fui sometido a extremos de dolor y miseria, por algún motivo”, agregó lentamente las últimas palabras. A pesar de su claridad, su mente solo tocaba el misticismo. Sentía un propósito en las cosas: su estrella y su destino eran uno con el todo. Pareció perdido en sus pensamientos por un momento, y luego continuó con su acostumbrada manera:

“Lo único bueno de tu oferta, es que es una gran oferta”, me sonrió, “eso multiplicaría por diez el efecto. También yo podría salvarte a ti, la primera persona en lanzar una bomba, y reservarte para la segunda. Verás, una bomba es un accidente; dos muestran secuencia, propósito; una tercera y cuarta sugieren, son aterradoras. Los gordos comerciantes se esconderán debajo de las camas de miedo”. De nuevo el hombre me aterrorizó, de nuevo me escuché hablar, asentir, me sentí sonreír; pero mis sentidos estaban entumecidos, paralizados, por la espantosa realidad de la conversación, o la irrealidad de la misma; todas mis facultades de pensar y sentir parecían muertas; el impacto había sido demasiado grande para mí. Me moví como en un sueño cuando fue a su bancada y tomó los remos, fui a la mía y tomé las palas también, como un autómatas, y en casi completo silencio remamos de vuelta a Chicago...

El corto día de primavera terminó, el sol se puso antes de que regresáramos; llegó la noche con su penumbra, sus sombras misericordiosas y envolventes, y nos escondió mientras remamos hacia el muelle. Cuando el yanqui recibió el dinero,

algo en su acento agudo y pintoresco me recordó a la realidad; pero no tenía ganas de hablar, estaba drenado de emociones y acompañé a los otros a casa en una especie de sueño despierto. En la puerta, Lingg envió a Ida arriba y se movió para caminar conmigo hacia mis habitaciones.

“Saca todo esto de tu cabeza”, me dijo, “te ha sobrecargado. Quizás los problemas se calmen, quizás la policía adquiriera un cierto sentido de humanidad. Yo espero que sí. En cualquier caso, no me tomo en serio tu oferta. No necesito decir que confío en ti; pero no está bien intentar hacer más de lo que uno puede hacer”, y me sonrió con amorosa bondad en los ojos profundos. Desde ese momento fuimos íntimos. Sentí que de alguna manera extraña él conocía mi debilidad tan bien como yo la conocía, y nunca me pediría más de lo que yo pudiera dar, y esto me llenó de amorosa gratitud hacia él; pero también sentí esa misma alegría salvaje en mi corazón, sabiendo bien que siempre estaría dispuesto a dar más de lo que él pedía, más de lo que esperaba.

CAPÍTULO VII

Todas estas experiencias en las huelgas y con Lingg no solo me habían alejado de Elsie, me habían impedido pasar mucho tiempo con ella, sino que me habían alejado de ella hasta cierto punto. Nos habíamos reunido dos o tres veces por semana, pero yo siempre estaba ocupado con los acontecimientos de la guerra social, con las emociones y sensaciones que la lucha salvaje me llamaba a vivir, y con las demandas de tiempo y pensamiento que los incidentes me hacían. Antes de que terminara este período, noté que mi posición con Elsie había mejorado. Como yo parecía alejarme de ella y ser un poco menos su esclavo, ella se volvió más amable conmigo, menos imperiosa, y tan pronto como noté esto, un tinte de desprecio se mezcló con mi amor por ella. ¿Era ella realmente como todas las otras chicas de las que había leído que huían si tú las perseguías y que corrían tras de ti si tú escapabas? Yo no era así, reflexioné; la deseaba por encima de todo en el mundo; pero no negaría la idea de que cuando era imperiosa y difícil me atraía más intensamente. No hay un alfiler que elegir entre nosotros, admití de mala gana; la naturaleza humana en el hombre o la mujer no se diferencia mucho.

Pero el hecho de que el autocontrol, el autodomínio me hicieran bien a los ojos de Elsie y fortalecieran mi influencia

sobre ella enormemente, fue quizás la verdadera ganancia un tanto casual en la relación en estas pocas semanas. La última vez que la vi se ruborizó de placer cuando nos saludamos, y cuando nos separamos, me besó y se aferró a mí como si quisiera mostrar su pasión. “Vendrás mañana, ¿no?” Preguntó. Esto llamó a la vida una especie de diablo burlón en mí, y respondí con cortesía descuidada:

“Vendré el sábado y si es posible te llevaré a caminar”, agregué.

“Esperaré y estaré lista”, respondió rápidamente.

Ese sábado por la tarde, recuerdo, fue brillante y caluroso y nuestros pasos giraron naturalmente hacia la orilla del lago, porque el asfalto era caliente y el calor abrumador. Casi se habría hecho cualquier cosa para evitar esos rayos calientes de luz rechazados por el pavimento y los edificios. Nos cegaban. No me extrañó que Elsie dijera malhumorada:

“Odio caminar. Hoy es día para conducir”.

Tenía la intención simplemente de ir al parque y estar tumbado; pero en el momento en que dijo esto, pensé en el barco y me dio un propósito.

“Voy a llevarte a algo mejor que conducir”, le dije.

“¿Qué es?” preguntó ella, con brillo en los ojos.

“Te lo diré dentro de un cuarto de hora”, dije, y ella caminó hacia el lugar de navegación, parloteando de todo lo que había

hecho en los últimos quince días. Estaba encantada, al parecer, porque el gerente había hecho mucho por ella. Estaba contenta con su trabajo y le había dado un aumento de salario. Recuerdo que yo estaba un poco celoso, vagamente celoso, aunque complacido por ella porque había conseguido una posición mejor. Sin embargo, el espíritu indigno pronto se desvaneció en ella. Provocativa, belleza descarada, producía un calor de ternura que me emocionó con deleite, bañando mi corazón de alegría, y desterré todo pensamiento de rivalidad.

En unos minutos llegamos al embarcadero, y antes de que el yanqui tuviera tiempo de preguntarme qué quería, Elsie gritó de excitación salvaje:

“¡Es simplemente encantador de tu parte! Me gustaría un paseo por el agua más que nada”.

“Denos un bote amplio y seguro”, dije, y el yanqui nos eligió un bote.

“Le resultará difícil llegar lejos en eso, si quiere remar”, fue su comentario, “aunque no hace tanto calor en el agua como en tierra, ni mucho menos; pero el barco es seguro como una barcaza”.

No tenía la intención de llegar tan lejos como lo había hecho con Lingg, así que tomé el bote que me ofreció, y después de colocar a Elsie en la popa y mostrarle cómo usar las líneas de dirección, remé hacia el lago durante media hora más o menos, y luego fui y me arrojé al fondo del bote a sus pies. Me miró medio tímida, con la confesión de amor en unos ojos que apenas se atreven a encontrarse con los míos.

“¿No es bastante extraño?” Dijo ella. “Hace un mes decidí una y otra vez no encontrarme contigo: me dije que no lo haría: te dije que no lo haría. Y cuando estaba sola, solía comenzar diciendo: No creo que debamos seguir reuniéndonos; no está bien, y no lo voy a hacer, de todos modos. Pero “no está bien” simplemente significaba, creo, “no quiero mucho”, porque ahora, cuando no has venido una o dos veces, te he deseado muchísimo. Entonces, no seas vanidoso, o no te diré otra cosa”.

Naturalmente, ante esta confesión, deslicé mi brazo alrededor de sus caderas y la miré a la cara. Sus ojos aún evitaban los míos. Creo que al principio le agradaba a Elsie; pero el amor venía con compañía, y ahora estaba tan enamorada como yo, perdida en el glamour transfigurador.

“Estamos solos aquí, ¿no es así, muchacho?”, Continuó, “más solos que en una habitación o en cualquier lugar; solo nosotros dos entre el cielo y el mar”.

Estuve de acuerdo con ella y volvió a su tema original.

“No quería seguir conociéndote, porque pensé que en realidad no me importaba, y que a ti sí te importaba, y ahora parece como si me hubiera importado más, y así, tal como solía razonar contra tí, ahora siempre estoy razonando por ti. ¿No es extraño? Y los ojos divinos se levantaron tímidamente por un momento.

Levanté la cara y sus labios se posaron sobre los míos: su tierno abandono era simplemente adorable.

“El amor llama al amor, Elsie”, dije, “como 'lo profundo llama a lo profundo'”.

“Además”, comenzó, con un rápido cambio de humor, “has cambiado mucho, sabes. Cuando nos conocimos, eras, oh, muy alemán; usted hablaba estadounidense de manera cómica y tenía todo tipo de pequeñas formas de alemán, y ahora habla inglés tan bien como yo. Entonces parecías un poco blando y muy sentimental; ahora eres más fuerte, más decidido...”

“Eres muy educado, ¿no? Mucho mejor incluso que nuestros universitarios. Deberías llevarlo bien, ya sabes”, y parecía bastante emocionada y ansiosa; pero otra ola de reflexión la recorrió, y su labios cayeron patéticamente.

Pero llegar lejos llevará diez o doce años, ¿y cómo me veré dentro de diez años? Seré una vieja bruja. ¡Imagínate que tengo veintinueve! Y si me casara contigo ahora, nunca lo conseguirías... Te mantendría pobre. ¡Oh, tengo miedo, tengo miedo!...

“¡No debes, muchacho! Por favor, no lo hagas”, interrumpió, porque yo había comenzado a besar su brazo con besitos lentos que dejaban rubor como hojas de rosa en la piel exquisita; pero volviendo por mi mirada suplicante, se inclinó y me besó, como solo ella podía besar.

Luego comenzamos a hablar de esto y aquello, formando pequeños planes de lo que podría ser, planes que nos unirían. Yo solía ser el constructor de castillos en el aire; pero últimamente Elsie había empezado a construir también castillos, o mejor dicho, casitas acogedoras, que parecían más

cercanas que mis castillos, y ciertamente más atractivas. Pero ahora hablé con cierta certeza de una publicación segura en un periódico estadounidense, porque Wilson, el editor del “Post”, estaba dispuesto a darme un lugar estable, donde pudiera contar con ganar al menos ochenta dólares al mes, y eso seguramente sería suficiente para nosotros; pero meneó su cabecita prudente, hasta que la bajé de su asiento a mis brazos, y allí nos sentamos abrazados y labios entregados a los labios. Al cabo de un rato, volvió a apartarse.

“Oh, no deberíamos encontrarnos”, dijo; “No deberíamos encontrarnos así. Sonríes, chico malo, porque siempre digo eso; pero lo digo en serio esta vez. Cuando lo dije antes, en realidad no nos importaba; pero ahora es diferente. Oh, lo sé... Cada vez que nos encontramos, me quieres más, y como me quieres más y más, me cuesta más negarme y negarme a ti. Cada vez, también, la alegría de ceder me tienta más y más, y estoy empezando a tener miedo de mí misma. Si seguimos encontrándonos y besándonos, algún día cederé; es la naturaleza humana, chico o chica, y luego te odiaría a ti y a mí misma también; me mataría, creo. Odio ceder, poco a poco, por debilidad, y hacer algo que no quiero hacer, ¡me humilla!”

Todo este tiempo la dejé hablar y seguí besándola y acariciándola. Algo del firme propósito de Lingg se había metido en mí. El habla es a menudo un velo del alma, y mi paciencia y mi deseo persistente nos unieron con más seguridad que cualquier palabra. Día a día yo era más magistral y Elsie se mostraba más dócil de lo que había sido, más cerca de la completa entrega.

Simplemente seguí besándola, hasta que de repente ella se apartó resueltamente, echó hacia atrás su cabecita y respiró hondo.

“¡Oh, chico malo! ¿Por qué me tientas?”

“No te preocupes mucho por mí”, le dije, mirándola a los ojos con un estúpido atractivo, “así que no necesitas hablar de tentación; no te importa lo suficiente como para ceder un poco”.

“Más de lo que piensas, muchacho”, dijo, entregándose por un momento a mí en una mirada; pero al instante siguiente se levantó, sin embargo, con gran resolución, sacudió sus faldas con un puchero de tristeza por la forma en que la muselina se aplastó y cayó, y volvió a sentarse en las sábanas de popa.

La dejé ir. Después de todo, ¿qué derecho tenía yo para tentarla o seguir acariciándola? ¿Qué derecho? En cualquier momento, Lingg podía visitarme, y estaba seguro de que debía responder, y toda esperanza de amor y una vida feliz con Elsie se borró en un negro abismo de miedo. No, me contendría; y lo hice en esa ocasión, aunque costó sangre.

Ya había notado que cada caricia, por inocentes que fueran en su mayor parte, era un avance permanente. Una vez me había dejado echar un vistazo a sus miembros; no podía rechazarme la próxima vez. En verdad, para ella era cada vez más difícil negarme algo, porque el amor también estaba sobre ella, con su imperioso deseo. A pesar de mi determinación de no ir más lejos, ciertamente de no comprometerla de ninguna manera, parecíamos estar en una pendiente fatal; cada

pequeño movimiento nos llevaba más abajo y era imposible retroceder. No sé si Elsie se dio cuenta de esto con tanta claridad como yo; a veces ahora me inclino a creer que ella comprendía incluso mejor que yo adónde conducía el camino.

Pero ese día, me alegra pensarlo, me puse las riendas resueltamente y no cedí ni un ápice al incesante y atormentador deseo. Y si Elsie me hubiera recompensado por mi autocontrol mostrándome una mayor ternura, tal vez debería haber perseverado en el camino estrecho y difícil. Pero ella no lo hizo; ella pareció pensar que me había ofendido por su resolución, por lo que se enfurruñó un poco en respuesta a mi frialdad no deseada, y que simplemente no podía estar de pie, así que la besé de buen humor y agradecí a Dios que el sol de abril casi hubiera recorrido su corto curso y nos obligase a buscar la orilla.

De camino a la pensión, Elsie se arrepintió de su frialdad y se mostró encantadora conmigo; besándola cuando nos separamos, sólo podía prometerle visitarla como de costumbre y darle más tiempo del que había podido permitirme últimamente. Parecía que mis buenos propósitos iban a ser sometidos a una dura prueba.

Cuando estaba solo y tenía tiempo para reflexionar tranquilamente, me ponía a trabajar seriamente. Dios sabe que no quería dañar a la mujer que amaba; sin embargo, cada vez que Elsie y yo nos encontrábamos parecíamos acercarnos más al momento en que no habría retirada, cuando el último velo caería por sí mismo y sucedería lo irremediable. Todos mis esfuerzos a medias por resistir la corriente que nos arrastraba

solo sirvieron para mostrar cuán fuerte era la corriente, cuán irresistible. Por fin tomé una decisión y el sábado siguiente por la noche le escribí que no podía verla el domingo. “Debemos ser prudentes”. Antes de salir de casa, a la mañana siguiente recibí una patética nota en la que me pedía que la visitara en algún momento del día. Si estaba ocupado, que fuera a cenar, o incluso después de la cena, o más tarde, solo para decir “buenas noches”. Me alegraría mucho saber qué venía; las horas serían largas y solitarias; miserables si me quedaba lejos...

Por supuesto que cedí. Contesté de inmediato para decir que pospondría el trabajo que tenía que hacer, y en su lugar las llevaría a ella y a su madre a dar un paseo en coche y almorzar en algún lugar.

Pensé en su madre simplemente como una protección y, por supuesto, ella era un escudo para mí; pero me inclino a pensar que el compañerismo y la total libertad tentaron a Elsie a mostrarme su amor con un poco más de libertad de lo que lo habría hecho si hubiéramos estado juntos a solas. Durante todo el día estuvo indescriptiblemente encantadora: provocativa, obstinada, imperiosa, como siempre, con un trasfondo de atractivo y abandono. Los contrastes en ella, los rápidos cambios, eran simplemente fascinantes.

Los llevé al pequeño restaurante alemán al que había ido con Lingg, y Elsie iluminó todo el lugar. Probó todos los platos alemanes, se enamoró del chucrut y declaró que era excelente; quería saber cómo hacerlo; tendría la receta; halagó al

camarero alemán de modo que enrojeció todo su rostro pálido, y casi le prendió fuego a su cabello color pajizo.

Después del almuerzo salimos a caminar y encontramos un grupo de árboles que formaban una sombra agradecida, donde nos sentamos y charlamos. De vez en cuando no pude resistir la tentación de tocar a Elsie, y me emocioné de pies a cabeza con el contacto; y de vez en cuando ella me tocaba, y la segunda o tercera vez que esto sucedía vi que ella también me tocaba a propósito. La idea era embriagadora.

Condujimos de regreso a lo largo de la orilla del lago, con el sol poniente disparando largas flechas carmesí, en forma de abanico, sobre el cielo occidental. Todos los colores se reflejaban en el agua, con una especie de magnificencia púrpura sombría. Nunca olvidaré ese impulso. Nos habíamos cubierto las rodillas con una alfombra y yo estaba sentado frente a Elsie y, por supuesto, nuestros pies se encontraron y se abrazaron. La paz y el silencio del día agonizante parecían envolvernos. Ese fue el día más feliz de mi vida, porque también terminó bien.

La señora Lehman insistió en que me quedara a cenar y cenamos todos juntos en la pensión. Después de la cena, Elsie se puso el sombrero y vino conmigo, y luego la llevé de regreso a casa y para entonces ya habían salido las estrellas y una pequeña astilla de luna, una luna pequeña, brillaba sobre el lago. Cuando dijimos “buenas noches” en la puerta, sus brazos rodearon mi cuello con naturalidad, y nuestros labios se unieron. Sintiendo su ceder, y dominado por el deseo, la arrastré dentro del pasillo oscuro: “Te amo”, le dije. “¡Cariño!

Te amo”, y me volví loco. “Mi propio chico”, suspiró en respuesta, y su belleza cálida y flexible se entregó a mi deseo.

Pero el lugar era imposible; en uno o dos minutos se oyeron pasos en las escaleras; pasos, también, afuera. Solo pude abrazarla contra mí en un beso largo, apasionado y rápido y liberarla, cuando uno de los internos entró y nos descubrió. Elsie, por supuesto, lo saludó con perfecta cortesía y despreocupación. Yo también traté de verme a gusto; pero había mil pulsos latiendo en mí, y la sangre corría por mis venas, y mi voz, cuando hablé, era extraña en mis oídos. Sin embargo, la dulzura robada de todo fue inmortal; es como miel en mi memoria; cada vez que pienso en ello, vuelvo a saborear el éxtasis de la vida en la fuente que brota, como nunca antes lo había probado.

El mejor día de mi vida, me dije a mí mismo, mientras regresaba a mi alojamiento, y la idea era más exacta de lo que imaginaba. ¡El mejor día! Todavía la veo de pie cuando se abrió la puerta, el rostro rebelde y los ojos grandes con las pestañas rizadas, y escucho las palabras frías con las que despidió al intruso... ¡Ah, yo! ¡Cuán hermoso parece todo ahora!

Todos los incidentes de finales de la primavera de ese año están bañados en mi memoria por una luz dorada; hay en ellos el encanto evanescente del sol de abril. El clima ayudó a esta ilusión; había habido lluvias torrenciales a principios de mes; ahora teníamos una especie de verano de San Martín en mitad de la primavera. El invierno espantoso y duro había

pasado más allá de la memoria, y toda la ciudad se volvió gozosa; hubo fiestas y excursiones en todas direcciones, y durante un tiempo se apagaron los murmullos de la guerra social y oímos, por todos lados, las risas de los niños. Mi nueva determinación de contenerme con Elsie me acercó cada vez más a Lingg e Ida. Además, a medida que mi trabajo para el “Post” se hacía cada vez más importante, necesitaba consultar más a menudo con Lingg. Rara vez podía utilizar sus opiniones; no eran obvias ni populares; pero él siempre me obligaba a pensar; y ahora en lugar de mirarme y encogerse de hombros cuando desaprobaba, se tomó la molestia de mostrarme los pasos por los que se llegaba a nuevos pensamientos.

Ahora también comencé a darme cuenta de la infinita bondad de su naturaleza; a pesar de sus modales fríos y algo formales, se mostraba singularmente considerado y comprensivo con toda forma de debilidad. Ida sufría periódicamente de dolores de cabeza nerviosos y espantosos; mientras duraban, Lingg se movía por la habitación de la enferma con sus pasos felinos y silenciosos, ahora trayendo agua de colonia para su frente, ahora mitigando el resplandor del sol, ahora cambiando una almohada caliente por una fresca: infatigable, silencioso, servicial. Y cuando pasaba la crisis, planeaba alguna excursión: cuarenta millas en los autos, y luego un día entero en el bosque con comida en alguna granja.

Recuerdo una excursión que sé que cayó por esta época. Una vez superado el dolor de cabeza, Ida estaba en su punto más brillante, y Lingg y yo pasamos todo el mediodía encontrando y llevándole montones de flores primaverales que ató en

ramilletes. Cenamos en la finca de los Oeslers a la una y hacia las tres volvimos al bosque, como a un templo. Nuestro tren no partía hasta las siete, y Herr Oesler había prometido recogernos con un carro a las seis, para que pudiéramos tomar el té antes de partir hacia la estación. Al principio, nos quedamos hablando ociosamente y riendo, poco inclinados a ningún esfuerzo por el calor intempestivo; pero a medida que el sol se deslizaba por el cielo, y el aire fresco comenzó a hacerse sentir, un espíritu más vigoroso se apoderó de nosotros.

Hacía tiempo que deseaba saber por qué Lingg se llamaba a sí mismo anarquista, qué quería decir con el término y cómo lo defendía; y en consecuencia comencé a interrogarlo sobre el tema. Lo encontré de humor comunicativo y, curiosamente, mostró ese día un entusiasmo idealista que parecía ajeno a su naturaleza, que un simple conocido nunca le habría atribuido.

“La anarquía es un ideal”, dijo, “y como todos los ideales, por supuesto, está lleno de fallas prácticas, y sin embargo tiene cierto encanto. Queremos gobernarnos a nosotros mismos, no gobernar a los demás ni ser gobernados por ellos; ese es el comienzo. Partimos del tópico de que ningún hombre es apto para juzgar a otro. ¿Hubo alguna vez un espectáculo tan lucrativo, incluso en esta tierra cómica, como el de un juez pronunciando sentencia sobre su compañero? Pues, para juzgar a un hombre, uno no sólo debe conocerlo íntimamente, sino amarlo, verlo como él se ve a sí mismo; mientras que su juez no sabe nada de él, y utiliza la ignorancia y una fórmula en lugar de la simpatía íntima. Y luego los castigos viles y devastadores de la prisión: mala comida, ociosidad forzada o

trabajo inadecuado y confinamiento solitario, en lugar de elevar el compañerismo...

“Supongamos que hay personas que padecen faltas morales incurables; si las hay, deben ser muy pocas; pero supongamos que existen tales personas: ¿por qué castigarlas? Si tienen fallas físicas incurables como la elefantiasis, nos ocupamos de ellas en hospitales espléndidamente equipados; les damos el mejor aire y comida, libros alegres, ejercicio regular; también proporcionamos enfermeras encantadoras y buenos médicos. ¿Por qué no tratar a nuestros pacientes morales tan bien como tratamos a los idiotas congénitos? Desde que Cristo, con su alma compasiva, llegó a la tierra, reconocemos de alguna manera aburrida y desganada que estas personas deformes o enfermas sean los chivos expiatorios que carguen con los pecados de la humanidad; ellos están heridos por nuestras transgresiones, y con sus llagas somos sanados...

“Eliminemos los hospitales y las prisiones, y sustituyamos por cámaras letales, como nuestros pseudocientíficos quieren que hagamos; o tratemos a nuestros leprosos morales al menos tan bien como tratamos a nuestros lisiados e idiotas. La humanidad comprende su propio interés; acabará con las cárceles y los jueces, como más venenosos para el alma que cualquier forma de crimen”.

Veo mil preguntas en tu lengua, prosiguió riendo, resuélvelas todas tú mismo, mi querido Rudolph, entonces te harán bien; pero no me las pongas. Cada uno de nosotros debe construir el reino para sí mismo, el Reino del Hombre sobre la Tierra. Éste lo convertirá en un país de las hadas; que uno lo

convertirá en una especie de castillo de romance, con torres de matacanes, y lo colocará en un prado de narcisos y azucenas. Tendría una ciudad moderna con laboratorios en cada esquina y teatros y estudios de arte y salones de baile, en lugar de bares; y en otro momento lo construiría con casas parecidas a tiendas de campaña, a la moda de los japoneses, que podrían ser levantadas, llevados y reconstruidos en una noche, porque 'aquí no tenemos una ciudad permanente', y el amor por el cambio –cambio de aires– está en mi sangre. Pero, ¿por qué no deberíamos tener ambos? ¿la ciudad estable y trabajadora y las fugaces tiendas de alegría?...

“Había dos hermosas ideas en lo que estúpidamente llamamos la edad oscura: la idea del purgatorio, que es mil veces más adecuado para la humanidad que el infierno o el cielo, y la idea de servicio. Piénselo, un noble enviaría su hijo como paje de la casa de algún famoso caballero para aprender el coraje, la cortesía y la consideración por los demás, especialmente por los débiles o afligidos. No había nada servil en tal servicio; sino la más noble reverencia humana: ese es el ideal anárquico del servicio, la libertad sin paga...” y se interrumpió, riendo de buena gana ante la sorpresa en mi rostro.

Nunca lo había visto dejarse llevar con tanto abandono: incluso citaba poesía –un verso de una parodia que había visto en un periódico y aplicado a algunos millonarios de Chicago– con enorme deleite:

“Roban el césped y las parcelas cubiertas de hierba, se apoderan de las coberteras color avellana. Hipotecan los nomeolvides que crecen para los amantes felices”.

Se rió juvenilmente sobre esto durante algún tiempo, pero pronto volvió al humor más serio.

“Todo verdadero progreso”, dijo, “proviene del individuo dotado; pero en mi opinión se necesita una cierta cantidad de socialismo para traer una libertad más amplia a los hombres, y una libertad más completa y un individualismo más fuerte, sueño con un ejército industrial estatal, uniformado y con oficinas, empleado en la construcción de carreteras y puentes, capitales y ayuntamientos y parques, y todo tipo de cosas para el bien común, y este ejército debería ser reclutado entre los desempleados. Si los oficiales son lo suficientemente buenos, créanme, en uno o dos años, el servicio en el ejército del Estado, incluso con un salario bajo, conllevaría honor, como nuestro uniforme del ejército ahora. No olvide que nuestros sueños, si son lo suficientemente hermosos, seguramente se harán realidad; los sueños de hoy son las realidades del mañana...

“Hay tres manifestaciones de lo divino en el hombre”, continuó, como si hablara para sí mismo; “la belleza en las niñas y los niños, la belleza corporal y la gracia de la juventud, que escondemos y prostituimos, y que debemos exhibir y admirar en bailes y juegos públicos, porque la belleza en sí misma humaniza y ennoblece. Luego está el genio en los hombres y mujeres, que en su mayor parte está desperdiciado y gastado en un sórdido conflicto con la mediocridad, y que

deben ser buscado y utilizado como el regalo más raro y valioso. Y luego vienen los millones de fatigados y desposeídos –cada uno de ellos con una chispa de lo divino y un derecho en la piedad a una vida humana–. Oh, no se necesita un salvador de hombres de entre los dioses”, gritó, “sino un salvador de Dios, de lo divino, entre los hombres... “y de nuevo se interrumpió de repente, sonriendo con ojos inescrutables.

Seguramente nunca hubo un conversador más interesante, y pronto descubriría que, como hombre de acción, era aún mejor. Ese día fue nuestro último día de alegría y felicidad juntos. Al cabo de una hora llegó el granjero y nos reunió, e Ida sonrió mientras los tres íbamos tomados de la mano, coronados de flores, hacia el carro.

Mi resolución de no dejarme ir con Elsie, o de tentarla más, se mantuvo durante dos o tres semanas, y luego se vino abajo de nuevo, más completamente que nunca. La había invitado a cenar y se había puesto un vestido escotado. El día había sido muy cálido y la noche estaba cerrada y bochornosa. Cenamos juntos en un salón privado de un restaurante alemán, y después nos sentamos juntos, o más bien ella se sentó en mis rodillas, con mis brazos alrededor de ella, y comencé a besar sus hermosos hombros desnudos, como flores, frescos y fragantes.

No sé qué me poseyó. Había estado trabajando duro todo el día, había escrito un par de buenos artículos, había ganado un

poco de dinero extra y vi la manera de hacer más. Estaba emocionado, feliz y, por lo tanto, tal vez, un poco más desconsiderado y un poco más lúcido de lo habitual. El éxito es demasiado apto para volverse imperioso, así que tomé a Elsie en mis brazos y comencé a besarla y acariciarla, con una sed de ella que no puedo describir. El primer beso me produjo la sensación más intensa, hizo que mis sentidos se tambalearan, de hecho, y cuando ella me detuvo me enfurecí; pero ella se apartó de mí y se quedó sola durante un minuto más o menos, luego se volvió hacia mí.

“No sabes cómo me tientas y me pruebas”, gritó, y luego, después de una pausa: “¡Cómo desearía ser hermosa!”

“¿Por qué hablas así?” Dije: “eres lo suficientemente hermosa para cualquier cosa, y lo sabes”.

“Oh, no, no lo soy”, respondió. “Soy bonita, muy bonita, si quieres; pero hermosa, extraordinaria, nunca. “No soy lo suficientemente alta”, prosiguió meditabundamente, “sólo de mediana estatura” (dos pulgadas por debajo de ese estándar, pensé, con una sonrisa, porque el rechazo había despertado en mí una especie de antagonismo sexual), y a veces sin extinguir, casi llano.

Se volvió hacia mí y me dijo apasionadamente: “Si fuera hermosa, me rendiría a ti de inmediato. Sí, lo haría, porque entonces podría vencer de todos modos, pero, tal como están las cosas, tengo miedo. Verás, yo no podría ganar si algo sucediera, y eso simplemente rompería el corazón de mi

madre; así que no debes tentarme, muchacho, ¡por favor!” y sus ojos me rogaban.

La tomé de nuevo en mis brazos, casi sin piedad, a pesar de su franqueza reveladora del alma, y nuevamente comencé a besarla y acariciarla, como bebe un hombre sediento. Por un momento cedió, creo, y luego se separó de nuevo, y cuando le pregunté por qué, dijo apresuradamente, como si temiera confiar en sí misma:

“Debo irme ahora; debo irme a casa”.

“¡Oh no, no!” –Grité—. Y no te preocupes por mí, qué importa. Es demasiado pronto para ir a casa todavía. Tendría toda la larga velada ante mí para insultarme”.

“Debería irme”, repitió.

“No hay riesgo para ti”, repliqué malhumorado, “siempre eres completamente dueña de ti misma”

“Oh”, exclamó, “¡qué ciego y cruel eres! ... Me gustaría continuar tanto como tú: debería. ¿Por qué me haces decir cosas tan vergonzosas? Pero son verdad. Ahora estoy temblando de la cabeza a los pies. Solo siénteme. ¡Ah!” y ella se acercó a mí, se deslizó en mi abrazo de nuevo y deslizó sus brazos alrededor de mi cuello. “No me lo pongas muy difícil, muchacho”, y sus labios se entregaron a los míos.

Casi la habría conseguido entonces. Si ella no hubiera hecho la apelación, debería haberlo hecho. Pero la súplica me recordó repentinamente al terrible borde del abismo en el que estaba

asomado, y me sentí helado hasta los huesos. No, no tenía derecho a hacerlo. No, ahora sería un hombre y me controlaría; y así, tomándola en mis brazos y echando su cabeza hacia atrás para besar su garganta, “¡Querida mía!” gemí: “No te lo pondré difícil. Los dos siempre nos lo pondremos fácil, ¿no es así, lo más fácil posible? “

De nuevo sus labios buscaron los míos con un suspiro de satisfacción. A partir de ese momento, creo que la resistencia en ella se rompió por completo, y podría haberla ganado cuando quisiera, pero no me atreví. Todo mi respeto por ella, toda mi admiración por su belleza y franqueza y encanto provocativo regresó, y me ayudó una y otra vez a contenerme. No me rendiría, y menos me rendiría ahora que no había barreras entre nosotros; porque después de este día, cuando descubrió que tenía la intención de contenerme, no intentó contenerme, sino que se entregó a mi deseo. Podía hacer lo que quisiera con ella, y esta libertad, el poder que se me había dado, me detuvo como nada más podía hacerlo. Luché conmigo mismo, y cada vez que conquisté, Elsie fue más dulce para mí, y al mismo tiempo hizo que la próxima conquista de mí mismo fuera más difícil y más fácil. No puedo explicar la maraña de mis sentimientos, ni cómo la ternura por ella triunfó sobre mi pasión; pero la pasión siempre estuvo ahí, también, viendo su oportunidad y tratando de lograrla. Pero a partir de esa noche la sujeté por el cuello, aunque se enroscó como una serpiente en todo mi cuerpo y casi venció al final.

CAPÍTULO VIII

Y ahora, como los que han sembrado al viento, llegamos al fin al torbellino de la siega. Por un momento hubo una pausa en la tormenta; el vendaval, por así decirlo, tomó aliento para un último esfuerzo desesperado. Hay quienes desean encontrar un crescendo en el drama de principio a fin. Nosotros, que vivíamos en el centro de la tormenta, no lo comentamos, tal vez porque teníamos otras cosas más importantes que hacer y pensar. Vea usted el asunto: de un lado, estadounidenses intolerantes, codiciosos, satisfechos con su sociedad competitiva, ansiosos de robar lo que pudieran o estafar; de otro lado, multitudes de trabajadores extranjeros con ideas de justicia, juego limpio y correcto en sus cabezas y poco o nada en la barriga. Estos pobres extranjeros estaban sistemáticamente sobrecargados de trabajo y mal pagados; no tenían indemnización por las lesiones sufridas en el trabajo; en su mayor parte eran susceptibles de ser despedidos en un momento dado, el aviso más largo concedido era de una semana, y ese aviso generalmente se daba cuando se acercaba el invierno, para que el empleador honesto pudiera eliminar a los peores trabajadores y forzar hasta el límite de la inanición el salario de los mejores. Del lado de los estadounidenses, las autoridades, los tribunales, la policía; toda la vil parafernalia de la llamada justicia con milicias armadas de fondo, y por si fuera

poco, el ejército federal de Estados Unidos. También las iglesias y los intelectuales, la inteligencia entrenada de la nación, estaban con los ladrones. Los trabajadores extranjeros, por otro lado, estaban desarmados, desgarrados por las diferencias de raza e idioma, sin un líder, un punto de reunión o una política determinada. Si el poder está asentado, no tendrían ninguna posibilidad; sin embargo, el derecho siempre está en proceso de convertirse en poder, incluso en este confuso tumulto de mundo, eso es difícil de negar. ¿Qué podría suceder entonces?

Un incidente arrojó luz, como de una llamarada roja, a la sórdida arena. En ese momento existía una tienda que vendía drogas y comestibles en el mismo centro de la población extranjera. Esta tienda tenía teléfono y, por lo tanto, era muy frecuentada por reporteros estadounidenses rápidos ansiosos por recibir y enviar mensajes desde y hacia sus periódicos. Los trabajadores extranjeros creían, con razón, que este teléfono había sido utilizado en más de una ocasión para llamar a la policía. Naturalmente, miraban a los reporteros con odio y sospecha; ¿No eran las ávidas herramientas de la prensa capitalista? Una noche se reunió una banda de obreros polacos y bohemios, encabezados por un joven judío ardiente que hablaba ambas lenguas; condujo a la turba a la droguería, entró con mucho ruido, agarró y derribó el teléfono; los otros, siguiendo el valiente ejemplo, se apresuraron a entrar y empezaron a destrozar la tienda, bebiendo, mientras tanto, todo el vino o las bebidas espirituosas que pudieron. Afortunadamente, o desafortunadamente, el tendero, al parecer, tenía dos tinajas de vino de colchicum. Estas fueron apresadas, descorchadas y vaciados en un instante; y así unos

diez pobres desgraciados pagaron con sus vidas su mezquindad. La naturaleza no es más que pródiga. Recuerdo el incidente para demostrar que los trabajadores no siempre tenían razón; pero ya fuera en el bien o en el mal, siempre pagaban la cuenta, y en general era pesada.

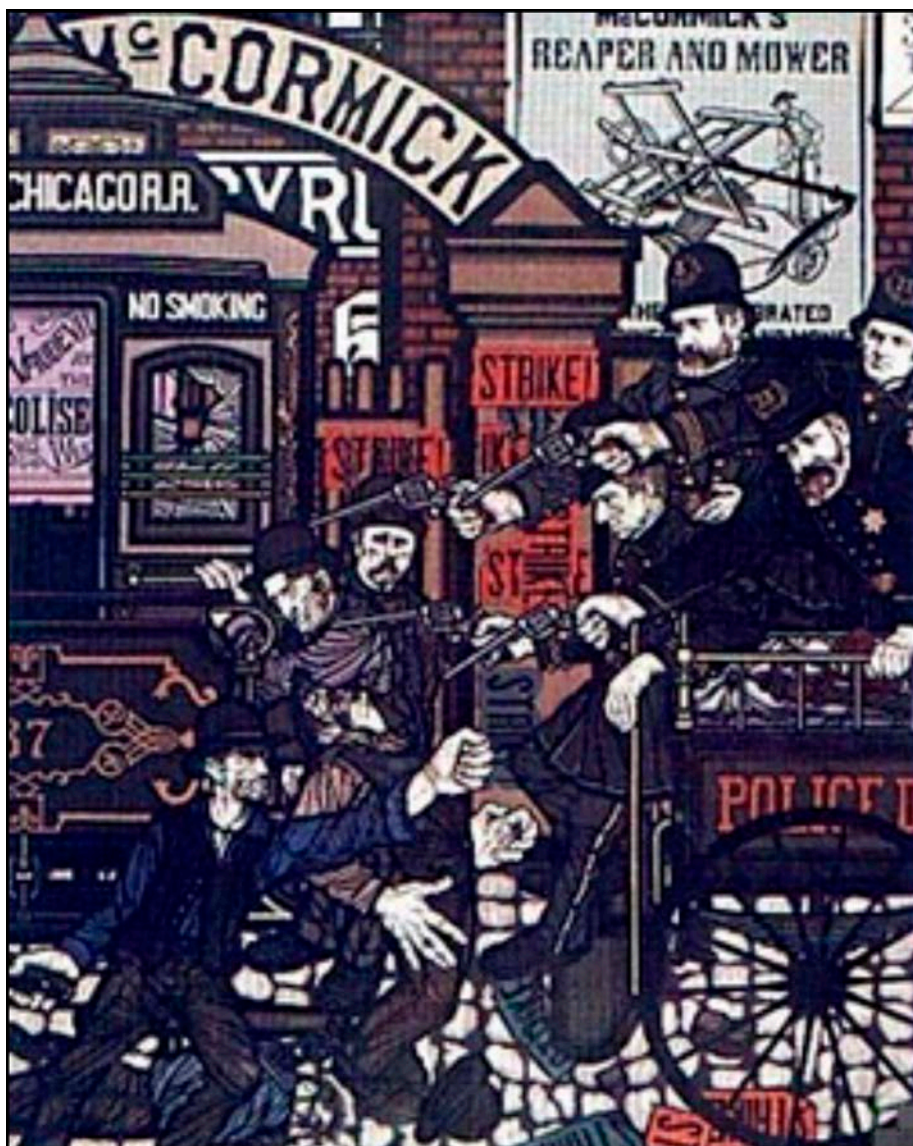
Curiosamente, Parsons, de “The Alarm” mostró sus verdaderos colores en este momento. La destrucción de la farmacia arrojó una luz feroz y hostil sobre los reporteros. Una y otra vez, los huelguistas o los trabajadores que pasaban atacaban a hombres con cuadernos de notas. En varias ocasiones Parsons intervino y salvó a los desafortunados de la violencia de sus enemigos. Como he dicho antes, Parsons era por naturaleza y educación un reformador moderado, y no era ni rebelde ni revolucionario. Tenía el don de hablar, pero no de pensar.

El invierno había sido largo y amargo. Durante semanas, el termómetro registró de diez a cuarenta grados bajo cero, y Chicago está expuesta a cada viento que sopla. Grandes lagos helados la rodean por el norte, y vendavales azotan la ciudad; tornados de terrible violencia, ventiscas arrasando las calles helaban los dientes. No es un lugar para estar sin trabajo durante el invierno. Y durante todo el invierno se produjeron huelgas semanalmente. Esta empresa o aquella que trataba de exprimir a sus empleados o de eliminar a los que menos le interesaban, provocaba cierres patronales o amargas huelgas. Enseguida las patrullas policiales iban al galope hasta el punto amenazado, y utilizaban sus garrotes contra los huelguistas desarmados y hambrientos. Pero la policía era muy poca para este trabajo adicional; también fueron dirigidos

imprudentemente, sobrecargados y acosados hasta la exasperación. Todos los elementos aquí se amontonaron listos para la ración final del incendio.

Cuando el invierno se convirtió en primavera, Spies y Parsons revivieron la agitación por el trabajo de ocho horas y se dispusieron a organizar una gran manifestación para el primero de mayo. Esto exasperó a la población estadounidense y animó a los extranjeros. En este momento, como quiso el destino, las pequeñas huelgas se transformaron en una gran huelga. La fábrica de las famosas cosechadoras y segadoras McCormick estaba situada en el extremo oeste de la ciudad. Muy cerca, hacia el este, estaban los poblados barrios extranjeros de alemanes, polacos y bohemios. Nueve de cada diez de los trabajadores de McCormick eran extranjeros y se dedicaban a trabajos manuales sencillos que cualquiera podía hacer. Por tanto, los directivos de McCormick intentaron ocupar de inmediato los puestos de los huelguistas, pues se acercaba el verano con su renovada demanda; esto causó disturbio tras disturbio. Los huelguistas formaron piquetes en las calles, intentaron evitar que los nuevos hombres fueran a trabajar, se dice que a veces usaron la fuerza. Inmediatamente se llamó a la policía e intervino enérgicamente. Mujeres y niños atacaron los carros patrulla y arrojaron piedras a la policía. Hombres, mujeres e incluso niños fueron salvajemente apaleados a cambio. Todas las noches se llevaron a cabo reuniones en todos los rincones del distrito para expresar la solidaridad con los huelguistas. La policía interrumpió estas reuniones con una especie de frenesí de rabia. Una y otra vez, reuniones perfectamente ordenadas e inobjectables fueron dispersadas con las porras. Los guardianes de la ley y el orden utilizaron la

violencia en todas las ocasiones posibles, incluso cuando era claramente innecesaria, y esto exasperaba a los trabajadores extranjeros.



Amaneció el primero de mayo. Durante todo el día la policía corrió de un punto a otro rompiendo los encuentros con amenazas, y dispersándolos con la fuerza, mostrándose claramente por todas partes como dueños de la situación. Los periódicos estadounidenses habían hablado tan alto de lo que iban a hacer los huelguistas, que cuando pasó el primero de mayo sin ningún intento revolucionario peligroso, nueve de

cada diez ciudadanos estadounidenses estaban dispuestos a creer que se habían equivocado, que todo había sido exagerado por sus periódicos, lo que era, de hecho, la pura verdad. Todos esperaban ahora que la excitación se apaciguara, que las pasiones furiosas se calmaran gradualmente y que la tranquilidad y el orden se restablecieran una vez más. Pero a pesar de los contratiempos temporales, todo se apresuraba hacia un terrible clímax.

En un lado de la fábrica de McCormick había en ese momento un gran campo abierto; dentro y alrededor de este campo los huelguistas se reunían diariamente en multitudes. Creo que fue el 2 de mayo que el “Arbeiter Zeitung” convocó una reunión en este campo para la tarde del día 3. Había un cambio de ferrocarril en el campo y sobre él un vagón de carga vacío. Desde el techo Spies abrió la reunión con un discurso entusiasta y fogoso. Los hombres que lo escuchaban eran dos o tres mil huelguistas. Tan pronto como terminó su discurso, esta turba, armada con palos y piedras, partió hacia las obras para atacar a los nuevos hombres que habían tomado su lugar en los puestos de trabajo, los “rompehuelgas” como los llamaban. Estos hombres se escondieron en la torre del edificio principal: los huelguistas los buscaron por todas partes en vano, rompiendo las ventanas, mientras tanto, con lluvias de piedras. En medio de esta revuelta, media docena de carros de policía llegaron cargando. Fueron recibidos con piedras, arrojadas principalmente por mujeres. La policía sacó de inmediato sus revólveres y comenzó a disparar contra la multitud. La mayoría de la turba se deshizo y huyó. Algunos de los huelguistas se pusieron en pie, fueron apaleados y

derribados. Cuarenta o cincuenta personas resultaron heridas, siete u ocho murieron por las balas de la policía.

Este espantoso hecho despertó las peores pasiones de ambas partes. Los periódicos estadounidenses apoyaron a la policía, aplaudieron su acción y los alentaron a continuar haciendo cumplir sus leyes y mantener la paz y el orden. Por otro lado, aquellos de nosotros que simpatizamos con los huelguistas condenamos a la policía como culpable de asesinato monstruoso y sin causa.

Los líderes de los huelguistas convocaron reuniones para la noche siguiente, la cuarta, para denunciar a la policía por disparar contra hombres desarmados. De estas, la más importante fue convocado por Spies y Parsons, y se llevaría a cabo en Desplaines Street, una calle destartalada que pronto se haría memorable para siempre.

Yo había estado con los huelguistas en el ataque a las obras de McCormick. Lingg llegó tarde a la escena; pero fue él quien intentó oponerse a la policía cuando dispararon contra la multitud. Cuando terminó el motín, lo ayudé a llevarse a una de las mujeres heridas. Era solo una niña, de dieciocho o diecinueve años, y había recibido un disparo en el cuerpo. Cuando vi a Lingg levantarla, corrí en su ayuda. La pobre chica trató de agradecernos. Claramente se estaba muriendo; de hecho, murió poco después de que llegáramos al hospital con ella. Nunca había visto a Lingg tan alterado antes; sin embargo, estaba bastante tranquilo y hablaba aún más lentamente de lo que solía; pero sus ojos estaban ceñudos, y cuando el doctor le soltó la muñeca con un

descuidado “Está muerta”, pensé que Lingg iba a volar hacia él. Me alegré de sacarlo y llevarlo a las calles nuevamente. Allí tuve que dejarlo, porque tuve que ir a casa y escribir mi artículo diario. Descubrí que incluso Engel había estado en el motín y se había vuelto loco de indignación. El pobre, gentil y bondadoso Engel estaba absolutamente enloquecido por la brutalidad de la policía.

“¡Se atreven a disparar a las mujeres!” gritó. “¡Los brutos!” Solo pude apretar los dientes. Tan pronto como terminé mi trabajo, me dirigí a las habitaciones de Lingg. Vivía muy lejos de mí, a un par de millas, y la caminata en el hermoso aire veraniego hizo algo para calmar mis nervios. De camino compré un periódico vespertino. Encontré en él una parodia de los hechos, un tejido de mentiras de principio a fin y un tono brutal.

Cuando llamé a la puerta de Lingg, no sabía qué esperar; pero tan pronto como entré tuve conciencia de una nueva atmósfera. La lámpara de lectura con su pantalla verde estaba encendida sobre la mesa. Lingg sentado a su lado, mitad a la luz, mitad a la sombra. Ida estaba sentada al otro lado, completamente a oscuras. Cuando abrió la puerta vi que había estado llorando.

Lingg no dijo nada cuando entré en la habitación, y al principio yo tampoco tenía nada que decir. Por fin logré preguntarle sin convicción:

“¿Qué te pareció, Lingg? Terrible, ¿no?”

Me miró por un momento.

“Es la separación de caminos”

“¿Qué quieres decir?”, Pregunté.

“O se debe permitir que la policía haga lo que quiera, o debemos contraatacar. Sumisión o rebelión”.

“¿Que estas intentando hacer?” Pregunté.

“Revuelta”, respondió al instante.

“Entonces cuenta conmigo también”, grité, ardía en mí una indignación salvaje.

“Mejor piénsalo bien”, me advirtió.

“No hay necesidad de pensar”, respondí. “He pensado todo lo necesario”.

Me miró con ojos bondadosos y escrutadores.

“Ojalá pudiéramos atrapar a los incitadores”, dijo, medio para sí mismo. “Parece una tontería golpear las manos y dejar que los cerebros directores queden libres; pero el error policial es el más manifiesto, y no tenemos tiempo para elegir”.

“Es la policía la culpable”, grité con vehemencia, “¡los brutos!”

“¿Qué pasa con la reunión de mañana?” Preguntó Lingg. “¿Intentarán dispersar también esa?, me refiero a la reunión de Haymarket”

La primera vez que escuché la palabra fue de labios de Lingg. Conociendo el lugar mejor que él, comencé a explicar que no estaba en Haymarket, sino a cien metros de distancia, en Desplaines Street. Él asintió con la cabeza; sin embargo, de una forma u otra había encontrado de inmediato el nombre que en el futuro se le daría al lugar.

Lo siguiente que discutimos fue la cantidad de dinero que tenía. Lingg había decidido que yo debía escapar y esconderme en Europa; se alegró de saber que tenía cerca de mil dólares. Había estado ahorrando para mi matrimonio. Prometió llamar a la mañana siguiente. Entonces no debía tomar una decisión ni pensar en lo que debía hacer; la tensión de pensar mucho en un tema era agotadora, dijo, y procedió a mostrar su maravilloso autocontrol eliminando todos los sucesos de su cabeza.

Habló un poco de sí mismo, riendo. “Cuando llegue mi turno”, dijo, “y me agarren, me retratarán con un carácter horrible. Dirán que soy rebelde y anarquista porque soy ilegítimo; pero eso no es cierto. Tuve la mejor madre del mundo. Siempre estuve perfectamente satisfecho con mi nacimiento. Por supuesto que despreciaba a la miserable criatura que sedujo a mi madre y luego la abandonó; pero tales animales no son raros entre la aristocracia alemana. No, me amargué cuando llegué a comprender las condiciones de la vida de un trabajador. Sin embargo, siempre me fue bastante fácil ganarme la vida”, agregó.

Su charla esa noche fue curiosamente impersonal, en su mayor parte, y por así decirlo, distante. Algunas frases, sin embargo, fueron esclarecedoras.

“El escritor”, dijo, “trata de encontrar una palabra característica; el pintor alguna escena que le permita expresarse. Siempre quise para mí un hecho característico, algo que nadie más haría o podría hacer. Uno debe ser lo suficientemente fuerte como para doblegar y constreñir los hechos al servicio de uno, y son más tercos que las palabras, más recalcitrantes que el bronce...”

Su pronóstico de lo que sucedería fue asombrosamente correcto, aunque ahora por primera vez comenzó a hablar apasionadamente, y sus frases se destacan en mi memoria como blasonadas con fuego.

“Si se lanza una bomba, la policía arrestará a cientos; acusarán a una docena de hombres inocentes, y más. Quiero ir a su sala de audiencias, la sala de audiencias de esta sociedad de usurpadores, y cuando el juez venal dicte sentencia, me pondré de pie y diré: '¡Has pronunciado sentencia sobre ti mismo, maldito!' y con mi propia mano ejecutaré mi veredicto.

“Ya he tenido suficiente”, dijo, hablando con una intensidad indescriptible, “de toda la maldita sociedad hipócrita, donde los usurpadores codiciosos son exaltados, y los que roban y saquean y asesinan, juzgan y castigan a sus superiores morales.

“Además”, prosiguió, “en mi alma me alegro de ponerle fin. Nunca quise morir en mi cama, estar de pie en el escenario de la vida hablando o actuando y de repente ser

tirado hacia atrás por el cabello, por así decirlo, y arrojado al montón de polvo. Por Dios –y la voz profunda era aterradora en su pasión–, bajaré la cortina con mis propias manos y apagaré las luces cuando me plazca. Seré mi propio juez y verdugo. Moriré como un hombre y no como una oveja...”

¿Qué más podía decirse? Simplemente estaba bebiendo tragos de coraje del espíritu de Lingg. Cuando salí de la habitación flotaba en el aire, lleno de su desesperada resolución. Yo también bajaba la cortina con mis propias manos y apagaba las luces. Tan asombrosa fue la influencia del hombre, tan intensa la virtud, tan absorbente la pasión, que anduve a zancadas desenfrenadamente por las calles, sin un momento de recelo, y al ver que Engel estaba fuera, me fui directo a la cama y me dormí como un tronco.

Es cierto que al día siguiente me desperté jadeando de miedo, como si alguien se hubiera sentado sobre mi corazón, impidiendo que latiera; pero tan pronto como me recuperé y pensé en Lingg, la incomodidad pasó, me levanté y me vestí. Mientras desayunaba alrededor de las ocho, con Engel, entró Lingg con los ojos firmes y brillantes. Hablamos un poco y salimos juntos. Me acompañó al banco, donde saqué mi dinero. Después fuimos, según su consejo, a tres cambistas diferentes, lo cambiamos por oro y luego me llevó a comer con Ida.

Ida estaba muy pálida y muy quieta; comimos juntos en una habitación solos. De una forma u otra, esta relativa soledad, o el compañerismo forzado con Lingg e Ida, que hablaban en

monosílabos sobre diferentes cosas, empezaron a pesar sobre mí. Al final de la comida dije:

“Mira, Lingg, quiero estar solo. Voy a volver a la casa” Sus ojos me buscaron.

“No creas que has ido demasiado lejos para retirarte”, dijo en voz baja. “Si sientes que prefieres no hacerlo, no te importe decirlo, Rudolph. Tienes una vida feliz por delante, y eres un buen amigo; no quiero arrastrarte a la vorágine”.

“¡No no!” –Grité, encendiéndome de nuevo por su propósito inmutable—. Continúo, pero primero debo estar solo un rato. Debo pensar y hacer los arreglos finales, eso es todo”.

“Ya veo”, dijo. “¿Quieres que vaya a buscarte esta noche o prefieres posponerlo?”

“Ven por mí”, dije, “a las ocho”, y extendí las manos. Tomó mis dos manos entre las suyas e involuntariamente me incliné hacia adelante y nos besamos, por primera vez, nos besamos como camaradas y amantes. Al salir del restaurante estaba consagrado, exaltado vertiginosamente. Fui a mis habitaciones lleno de intensa resolución. Hice un paquete con mis mejores cosas, un traje, una camisa o dos camisas, una docena de cuellos, los necesarios al descubierto, y luego me acosté en la cama para enfrentar mi propia alma. Pero la exaltación del amor de Lingg todavía me retenía.

“Así que este es el final de tus grandes ambiciones”, me dije, “el límite y el final de todas tus esperanzas y miedos, ¿la meta de la vida para ti?”

“Sí”, respondió mi yo más profundo con firme resolución, “este es el significado de la lucha, y mi parte en ella es clara. Sé lo que sufren los débiles. También sé cómo se tortura a los pobres; conozco las fuerzas en su contra, pero defendiendo a los débiles y a la justicia hasta el final, y más allá”. Había en mí un regocijo emocionante; pero sin miedo, sin duda.

Después de sentarme un rato solo, escuché un pequeño ruido abajo en la tienda, luego pasos en las escaleras y un tímido golpe en la puerta.

—Entre— dije, y para mi asombro entró Elsie. No podría haberme sorprendido más si hubiera entrado el gobernador del estado.

“Por qué, Elsie”, grité, “¿qué estás haciendo?”

“No contestas mis cartas”, dijo, “y ayer no viniste a verme, aunque era nuestro día, así que vine a buscarte. ¿Estás enojado conmigo?”

“No, de hecho” dije, poniendo una silla para ella. “¿No te quitas tus cosas?”

“Me quedaré un poco si puedo”, dijo, “aunque parece extraño y no del todo correcto estar aquí; pero debo tener una charla contigo. Se acercó al espejo, se quitó el sombrero, se alisó el pelo, dejó a un lado su chaquetita y regresó para la charla; y la charla, si se considera, fue bastante curiosa.

La mayoría de los hombres cree, o profesa creer, que las mujeres son criaturas insidiosas, astutas, engañosas o de

cerebro quebrado que prefieren los caminos torcidos a los rectos, y prefieren conseguir sus fines por astucia que obtenerlos por honestidad. Sólo he conocido íntimamente a esta mujer, pero la encontré absolutamente franca y sencilla, obedeciendo cada impulso de sus sentimientos, como una niña; o mejor dicho, como tenía una sola pasión dominante, entregarse a ella con desconsiderado abandono, como un barco obedece a su timón.

Elsie acercó una silla, se sentó a mi lado y comenzó:

—Apenas sé cómo decirlo, muchacho; pero debo hacerlo; ¿no estás demasiado con Ida Miller? (Este acercamiento directo fue simplemente para sorprenderme; pero mi genuina mirada de asombro la detuvo.) “Oh, no quiero decir que estés enamorado de ella todavía; pero ella tiene una gran influencia sobre ti, ¿no es así? y ella me miró con los ojos entrecerrados.

Solo pude negar con la cabeza y repetir: “‘Enamorado de Ida'; ¿cómo se te ha metido eso en la cabeza? Vaya, ella es devota de Lingg, y nunca pensé en ella excepto como una amiga. Tu pequeño techo debe tener un pizarra”, y le di unos golpecitos en la frente, riendo.

“No, no; estoy lo suficientemente cuerda”, prosiguió con impaciencia, “pero si no es Ida, ¿quién es?”

“Es Elsie”, respondí con gravedad.

“No te burles de mí”, dijo, haciendo hoyuelos. “¿Qué te ha cambiado? Sabes, me enoja pensar en eso. Así como yo me he rendido a ti, parece que tú te has reconcentrado en ti y te has

vuelto más y más frío. Me enoja pensar que debería haberme entregado y no ser querida”.

¡Qué lástima! La tomé en mis brazos de inmediato, llorando:

“Elsie, Elsie, por supuesto que te busco tanto como siempre; más que nunca, mucho más. No puedo tocarte sin emoción. Si me refreno, es por tu bien, querida”

Ella me miró a través de sus lágrimas, una pregunta en sus ojos.

“¿Cómo puede ser eso, muchacho? No te contuviste antes; ¡nada te detendría!”

“Te has vuelto más querida para mí, más preciosa”, grité. “Tu franqueza ha sido extraordinaria. Al principio solo te amaba; ahora te admiro y te honro más que a todos. Eres una gran personalidad. Me has dejado claro a todas las demás mujeres, creo, y las honro a todas por tu bien”.

“¿Quién te ha enseñado a hacer todos estos cumplidos?” preguntó, con la cabeza ladeada, sonriendo.

“Elsie”, dije, “y mi amor por ella. Todos los caminos conducen a Roma; todas las palabras me llevan a esa única palabra, 'Elsie', y después de besarla la puse de nuevo en su asiento.

“¡Ahí lo ves!” gritó ella, “solías tenerme en tus brazos durante horas y horas; nunca te cansaste de besarme y acariciarme; ¡y ahora, tan pronto como es posible, me alejas de ti!”, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

“Porque soy de carne y hueso”, respondí, “y no quiero ceder al deseo que me está volviendo loco”.

“Pero supón que te dejo ceder a él”, respondió ella, mirando hacia abajo. “Como dices que has cambiado, supón que yo también he cambiado; si me pidieras ahora que me case contigo, diría “sí” en lugar de “no”. ¿Eso no lo altera todo? Y ella me miró con los ojos claros encendidos y un poco de rubor en las mejillas.

Me agarré al clavo ardiente. Vi que si me presionaba mucho más se aseguraría de que confesase que había cambiado por alguna razón, y de esta manera podría ponerla en la pista.

“Si nos vamos a casar”, dije, “por supuesto que sería diferente; pero uno sería un pobre tonto, entonces, no esperar, ¿no es así?”

Sus ojos me buscaron de nuevo y sacudió la cabeza lentamente, como si no estuviera convencida o sospechara.

“Supongo que sí”, dijo al fin, “porque no importa tanto, ¿verdad?”

Me vi obligado a admitirlo, así que dije: “No, dulce”, la rodeé con mis brazos y la besé en los labios, y sentí que todo su cuerpo flexible se estremecía, cediendo a mi abrazo.

Cómo me controlé y me arrastré lejos, no lo sé; pero lo hice, aunque el convicto estaba lo suficientemente caliente como para robarme durante unos minutos cualquier poder, incluso

de pensamiento. Como en un sueño, la escuché decirme que pensaba mucho más en mí por mi autocontrol, que tendría un hombre demasiado fuerte para ceder a nada, a menos que su razón le dijera que estaba bien. Y así siguió elogiándome hasta que cerré sus dulces labios con besos.

—Oh —dijo al cabo de un rato mirándome a los ojos—, al menos me has enseñado lo que es el amor, muchacho, y quiero que tu amor sea ilimitado, como el mío, para sofocar todas las consideraciones y vacilaciones. Estoy dispuesta a ceder a ti, muchacho, muchacho, ahora...”

Y ella sostuvo mi frente en sus pequeñas manos y me miró con valentía con sus grandes ojos brillantes.

“Ustedes los hombres piensan que las mujeres no tenemos curiosidad, ningún deseo. No es el mismo deseo que el tuyo, querido; pero es más fuerte, creo. Ceder significa más para nosotras que para ti, y por eso somos un poco más cautelosos que tú, más prudentes, pero no mucho más, considerando todas las cosas.

“Nos tentais con el deseo, con el placer, y nosotras podemos resistir; pero tentadnos con ternura, o con abnegación, pedidnos que lo hagamos por vosotros, y nos derretiremos enseguida. A las mujeres nos encanta regalar a los que amamos. Nacemos con pechos, muchacho, para dar. Pídenos que gocemos y podemos negarnos, pídenos que demos gozo, y cedemos de una vez.

Por eso la tentación de los hombres es tan innoble. Oh, por supuesto, no en tu caso; te casarías conmigo, lo sé.

Es diferente; pero aún así, la parte de la mujer es la más noble, y cedemos por vosotros. Es más bendecido dar que recibir. Pero tú, muchacho, no aceptas el regalo, y no sé si estar orgullosa de ti o enojada contigo. Qué tontería ¡Qué bobas somos las mujeres!”

Elsie siempre me asustaba. Había tanta intuición en ella, tanta comprensión. En cuanto al amor, al menos, sabía más que ningún hombre. Empecé a preguntarme si tenía razón al ocultarle algo. Un momento de pensamiento me convenció de que me había equivocado; debería haberle dicho todo; pero ya era demasiado tarde, demasiado tarde. Sentí que estaría contra mí, contra Lingg, apasionada, terriblemente. No pude luchar mucho con ella esta última tarde; era imposible, y además, mi secreto no era solo mío; mi única esperanza era permanecer en la superficie, no llegar a niveles profundos y reveladores; así que comencé a hablar de nuestro matrimonio.

“¿Dónde podemos vivir, Elsie? ¿No tendrá miedo tu madre, y estás completamente segura de que nunca te arrepentirás; te encanta?”

“No creo que una mujer se arrepienta nunca de lo que hace por amor”, dijo, “en cualquier caso, estoy segura de que nunca se arrepiente mientras sea amada. Es solo cuando *su* amor muere que *ella* se arrepiente”.

“Tengo un poco de miedo”, interrumpí, “que mi actitud hacia estos ataques me haga daño en los periódicos estadounidenses; ya me ha dañado. Wilson dice que encuentra

el socialismo ahora incluso en mi relato de un incendio; y, sin embargo, trato de ceñirme a los hechos”.

“¡De todos modos, odio ese viejo socialismo!” —exclamó Elsie—, y las reuniones fastidiosas. ¿Por qué deberías preocuparte por los pobres? No harían nada por ti, e incluso si supieran lo que estás haciendo por ellos, no te estarían agradecidos. Además, de todos modos no sirven. ¿Por qué deberías arruinar tu futuro por un grupo de hombres comunes que no son nada para ti?”

Negué con la cabeza. “No siempre hacemos las cosas por las recompensas, Elsie, sino porque debemos...”

“Es una tontería”, dijo. “Me pregunto si es Lingg quien influye en ti. Está bastante enojado. Puedes ver locura en esos ojos ardientes suyos. Cuando me mira, me da frío. Me asusta, y tampoco es un susto agradable. Me produce un susto de muerte. Oh, desearía que lo dejaras a él y a Ida para que se llevaran como quieran y no volver a ver a ninguno de los dos. Estoy seguro de que serías mucho mejor y mucho más dulce, y sé que te amaría por eso. ¡Ven! ¿No es así? —¿por mi bien?” y ella se arrodilló a mis pies y se arrodilló contra mis rodillas, levantó las manos y agachó mi cabeza. ¡Qué tentadora era, y qué rostro! No pude evitar tomarla en mis brazos; la levanté, la sostuve cerca de mí, cuerpo a cuerpo. ¡Querido Dios! ¿No iba a tener nada? Al momento siguiente, el otro pensamiento, llegó terrible, de lo que había prometido hacer.

Me enojé y, apartándola de mí, me levanté. De inmediato se paró frente a mí.

“¿Qué es?” preguntó bruscamente. Sé que hay algo. ¿Qué es? Dime, dime, de una vez”, toda la antigua imperiosidad en el tono y en los modales. El amor puede ablandarte; pero realmente no te cambia.

Me senté en el sofá y negué con la cabeza. “No hay nada, querida, sino que te amo terriblemente y no debo ceder a eso”.

“Chico tonto”, dijo, acercándose y sentándose a mi lado, y poniendo su brazo alrededor de mi cuello. “Chico tonto. Harás lo que quieras y nadie te molestará”. Y se tiró en el sofá. Cuando me volví hacia ella, dijo: “Solo te besaré, besos de pájaro”. (Cuando nos conocimos solía llamarla besos –besos de pájaro–, porque me besaba, dije, como un pájaro picoteando una fruta). Pero ahora lo hacía mejor, y sus labios se posaron en los míos.

¿Qué iba a hacer yo? ¿Alguna vez estuvo un hombre en tal posición, dividido en dos sentidos? Cada vez que me tocaba me volvía loco: mi boca se secaba de deseo. Temblaba de la cabeza a los pies y, sin embargo, sabía que no debía dejarme ir. Sería cobarde.

“Después de todo, ¿por qué no?” Me pregunté: “¿Por qué no? ¿Por qué no?” Mi sangre corría por mis venas, por lo que era incapaz de razonar.

Puse mis manos sobre ella, y ella sonrió en mis ojos esa divina sonrisa de apasionado abandono. Mientras tocaba las

extremidades redondas y sentía la carne cálida, sus manos se deslizaron alrededor de mi cuello y acercó mis labios a los suyos. Mientras ella se emocionaba bajo mi toque y sus labios se aferraban a los míos, de repente me rompió el amor y la admiración. No pude aceptar el sacrificio, no me atreví a dejar un hijo con riesgo y sufrimiento. No pude. Pero la besaría y acariciaría hasta el límite de mi resolución, y lo hice.

Por fin sentí que mi propósito se derretía.

“Oh, Elsie”, gemí, “ayúdame, ayúdame. No es justo y debo ser justo contigo”.

Se levantó de inmediato y se enderezó la falda con el viejo gesto de orgullo que yo conocía tan bien.

“Tu deseo se cumplirá”, dijo, “pero hay algo que no entiendo, que hace que me duela el corazón. ¿No puedes decírmelo, chico? y ella me miró directamente a los ojos.

“No hay nada que contar”, dije, “dulce mía”.

Ella negó con la cabeza con desdén.

“Te juro, Elsie, que si me refreno es simplemente por tu bien. ¡Debes creerme, delicia del corazón! ¡Debes!”

“Lo intentaré”, dijo. “Adiós, muchacho”.

“¿Te vas a ir?” Lloré en la más salvaje desesperación, extendiendo mis manos hacia ella. “¡Dios mío! ¡Dios bueno! ¡No puedo dejarte ir!” y me ahogaba el corazón.

¿No volvería a verla nunca más? perder esa cara dulce y hechizante? Nunca volver a tener la exquisita figura en mis brazos, nunca volver a escuchar su voz en mis oídos; ¿nunca más? Las lágrimas brotaron de mis ojos.

“Ahí”, gritó, rodeándome con sus brazos, “esa es la primera vez que eres absolutamente tú mismo desde que estoy en la habitación. Esa mirada y ese llanto me convencen de que todavía me amas, y me alegro, me alegro de corazón”.

“¡Cómo pudiste dudarlo!” Lloré.

Ella sacudió su cabeza. “Oh, muchacho; ahora estoy convencida; pero ¿qué te ha alterado? ¿Qué es? No puedo entender. Hay algo”.

“Comprenderás un día, cariño”, le dije, tratando de sonreír. “Comprenderás que te amo con todo el corazón, que nunca amé a otra mujer, que nunca amaré a otra”; y estábamos abrazados de nuevo, y nuestras caras estaban mojadas por nuestras lágrimas.

“Ahora me voy”, dijo, secándose las lágrimas de los ojos, “yendo de inmediato. Adiós, muchacho”. En la puerta se volvió rápidamente, tomó mis manos y las besó una a una, y luego las puso contra sus pechos pequeños y firmes.

“¡Te amo, muchacho!, ¡con todo mi corazón, muchacho!” Y se fue.

Me dejé caer en la silla, incapaz de contenerme. Ideas de amargura parecían pasar por mi cabeza. Ahora nada

importaba; nada podría importar después de esto, nada. El dolor era demasiado amargo. No me atrevía a pensar en ella, mi amor perdido...

Sentí que no debía ceder así. Debo ser un hombre y recuperarme; ¿pero cómo? Había un medio infalible. Recordé la imagen del hombre apaleado en el terreno baldío, y jadeando mientras lloraba a su esposa e hijos. Me acordé de la pobre chica que llevamos al hospital, el dulce rostro cada vez más gris. Pensé en el hombre cegado por la explosión y sus patéticos golpes; la criatura horrible y mutilada orgullosa de su envenenamiento por fósforo; el gran gigante suizo, retorciéndose como un gusano herido; y mis lágrimas se secaron por sí mismas, con indignación y rabia, y estaba listo. Con un gran suspiro por todo lo que Elsie me insufló en la garganta, posé mi rostro hacia la realidad, y mientras me levantaba de la silla con la sangre caliente corriendo a través de mí, escuché las ocho en punto, y un momento más tarde unos pasos rápidos y firmes en la calle, los pasos de Lingg. Hice una inspiración de aliento. ¡Gracias a Dios! ¡Estaba listo!

CAPÍTULO IX

Cuando Lingg entró en la habitación y nuestras manos se encontraron y me miró a los ojos con esa luz constante en los suyos, me alegré, jubiloso de estar listo. Con gran emoción sentí por primera vez que podía sentirlo como a un igual. La muerte tiene este extraño poder sobre los hombres, que cuando estás dispuesto a caminar bajo su sombra te sientes igual a todo lo que vive.

“Ya veo”, dijo Lingg en voz baja, “has tomado la decisión. Esperaba que hubieras cambiado”.

“He empacado, y estoy listo” remarqué, de igual a igual ahora. Pasó junto a mí hasta la ventana y se quedó mirando hacia afuera durante un minuto más o menos. Me acerqué a él; se volvió y nuestras miradas se encontraron.

“A menudo me pregunto, Rudolph”, dijo, poniendo su mano en mi mano, “si este mundo nuestro será un éxito o un fracaso... Después de todo, es muy posible que el hombre nunca se dé cuenta de lo mejor de él. Debe haber habido innumerables fracasos antes en otros mundos; ¿por qué esta bola de barro nuestra debe llevarlo todo a la consumación? Y luego el regreso. “Pero, ¿por qué no? Siempre es joven, el viejo mundo y está siempre intentándolo ja través de los

jóvenes! ¿Por qué deberíamos fallar? En cualquier caso, el intento ya es algo, ¡algo también el motivo! “Y sus ojos se iluminaron. Sonreí. Su íntima bondad hacia mí, la camaradería incluso en sus dudas dieron el toque supremo a mi resolución.

“¿Tienes la bomba?”

“Aquí está”, dijo, y la sacó del bolsillo derecho. Siempre vestía abrigos cortos, generalmente cruzados, con bolsillos grandes. La bomba no era más grande que una naranja; pero era diez veces del tamaño de la bola que había probado en el lago, y yo sabía que su poder debía ser enorme, de un lado colgaba un trozo de cinta adhesiva.

“¿Qué es eso?” Pregunté, señalándolo.

“Esta bomba tiene una doble acción”, dijo, “si tiras de esa cinta prenderá fuego a algo dentro; la explosión tendrá lugar en un tercio de minuto, exactamente veinte segundos, de modo que primero debes tirar de ella, luego esperar cinco o diez segundos y luego tirar la bomba; pero también explotará con el impacto, así que ten cuidado”.

“¿De qué está hecha?” Pregunté tomándola en mi mano, era sorprendentemente pesada.

“Plomo en el exterior”, respondió, “el plomo es muy fácil de trabajar. La composición del interior es un descubrimiento mío, un hallazgo fortuito”.

“La pondré en el bolsillo de mis pantalones”, dije, “donde no hay nada que pueda golpearla, y la sujetaré con fuerza, de

modo que pueda tirar de la cinta cuando quiera”. ¿Supongo que no se quemará por fuera?

Sacudió la cabeza.

“Puedes ver la chispa cuando la arrojas, pero no habrá nada que queme tu ropa, si eso es lo que quieres decir”

Sentí un hastío febril. Estaba impaciente por haber terminado con el trabajo, por terminarlo.

“¿No sería mejor que vayamos a la reunión ahora?” Pregunté.

Lingg estaba tan callado como siempre y hablaba tan lentamente como de costumbre.

“Si lo deseas”, dijo, “hay una milla hasta el Haymarket, y la reunión está convocada para las nueve; no comenzarán hasta ocho o diez minutos después, y aunque la policía interrumpa la reunión, no lo harán antes de las nueve y media o las diez menos cuarto. Tenemos mucho tiempo... Antes de irnos, Rudolph, quiero que me prometas una cosa. Quiero que te escapes. Es parte de nuestro plan para sembrar el terror que el lanzador de la primera bomba quede libre de culpa. Nada propaga el terror como la secuencia y el éxito. Quiero que me prometas que pase lo que pase te mantendrás alejado y no te dejarás coger”.

“Lo prometo”, respondí apresuradamente. “¿Debo arrojarla en cualquier caso?” Pregunté, pasándome la lengua

febrilmente por mis labios secos, y anhelando, supongo, incluso la oportunidad de un respiro.

“Si la policía no interfiere”, dijo, “estaremos muy contentos de guardar silencio; pero si vienen a disolver una reunión tranquila, si sacan sus garrotes y empiezan a golpear, deberías arrojarla; y si puedes recordarlo, tírate también sobre tus manos y rodillas; el impacto será tremendo”.

“¿Nos vamos entonces?” Pregunté y me volví para buscar el picaporte, pero Lingg lo había cogido, de repente lo dejó de nuevo y puso su mano en mi hombro, sus ojos en los míos estaban llenos de bondad.

“Hay tiempo, Rudolph”, dijo, “incluso ahora, para volver atrás. No puedo soportar pensar en tu realización del acto. Déjame a mí. Créeme; será mejor.”

Con ese extraño sentimiento de igualdad todavía estremeciéndome, exclamé: “No, no. Me confundes. Estoy más que dispuesto; todos esos heridos y asesinados me están llamando. No hablemos, hombre”. Está hecho. De la cabeza a los pies soy un propósito”.

Eché la cabeza hacia atrás, luego me agarró y salimos de la habitación. Al pasar por la tiendita, el chico nos dijo que Engel había ido a la reunión media hora antes, y nos pusimos en camino a buen paso. Tan agitado estaba yo, tan emocionado, que no había notado que el hermoso día había terminado, que una tormenta lo nublaba, hasta que Lingg me llamó la atención.

Un minuto después, como me parece ahora, habíamos alcanzado nuestra meta. Estábamos en Desplaines Street, entre Lake y Randolph Street. Desplaines Street es una calle media en el lado oeste, a trescientas o cuatrocientas yardas del río y a media milla del borde del centro de negocios del centro. El Haymarket, como se llamó posteriormente al lugar, está a casi cien metros de distancia. Al llegar desde el sur pasamos por la comisaría de policía de Desplaines Street, presidida por el inspector Bonfield; ya había una multitud de policías en la puerta.

“Ellos van en serio”, dijo Lingg, “esta noche, y nosotros también”.

Cuando llegamos a las afueras de la reunión vimos al alcalde de la ciudad, con uno o dos funcionarios; el alcalde era un anciano llamado Carter Harrison. Se le había pedido que prohibiera la reunión, pero no estaba dispuesto a interferir en lo que podría ser una reunión legal; asistió en persona para evitar cualquier incitación a los disturbios.

El soporte de los oradores era una simple camioneta, ubicada donde un callejón sin salida se cruzaba con la calle, en el centro de la manzana. Estábamos en la parte trasera del edificio ocupado por la gran fábrica de ascensores de los hermanos Crane. Creo que ya se habían reunido dos o tres mil personas.

Spies habían terminado de hablar cuando llegamos. Lo siguió Parsons, quien elevó la altura de la discusión, si es que alguna vez lo hizo un hombre. Comenzó pidiendo a la multitud que fuera bastante ordenada; les aseguró que si mantenían el

orden y, expresaban sus quejas con resolución, el pueblo estadounidense los escucharía con simpatía y se aseguraría de que consiguiesen sus reivindicaciones. Realmente creía en esta tontería. Continuó diciendo que sus quejas eran terribles; hombres, mujeres y niños desarmados habían sido abatidos. ¿Por qué les dispararon? preguntó, y luego comenzó su discurso de reforma.

El alcalde escuchó todo, y evidentemente no vio nada en las declaraciones que objetar. “El discurso de Parsons”, dijo después, “fue un buen discurso político”. Después de que Parsons terminase, el inglés Samuel Fielden, con su tupida barba, se puso de pie y comenzó la prosa. Cayeron algunas gotas de lluvia, vino una pausa en el viento que se levantaba; la oscuridad empezó a ensombrecernos. Evidentemente, la tormenta estaba cerca.

La multitud comenzó a extenderse por los bordes. Estaba solo y curiosamente atento. Vi que el alcalde y los funcionarios se dirigían hacia la zona comercial del pueblo. Durante unos minutos pareció como si todo fuera a pasar en paz; pero no me sentí aliviado.

Podía oír los latidos en mi propio oído, y de repente sentí algo en el aire; estaba consciente de la expectativa. Lentamente volví la cabeza. Estaba en las afueras de la multitud, y cuando me volví vi que Bonfield había llegado con su policía y estaba dispuesto a seguir su propio método con la reunión ahora que el alcalde se había ido. Sentí que el antagonismo personal endurecía mis músculos. Se volvió más y más oscuro a cada momento. De repente se produjo un

destello y luego un trueno. Al final del destello, como me pareció, vi caer los garrotes blancos, vi a la policía atropellando a los hombres que corrían por la acera.

De inmediato tomé una decisión. Puse mi mano izquierda en la parte exterior de mis pantalones para sujetar la bomba con fuerza, y mi mano derecha en el bolsillo, y saqué la cinta. Escuché un pequeño chirrido. Comencé a contar lentamente: “Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete”; cuando llegué al siete, la policía estaba bastante cerca de mí, aporreando a todos furiosamente. Dos o tres de los primeros habían desenfundado sus revólveres. La multitud volaba en todas direcciones. De repente hubo un disparo, y luego una docena de disparos, todos, me pareció, disparados por la policía. La rabia ardió en mí.



Saqué la bomba de mi bolsillo, sin importarme si me veían o no, y busqué el lugar adecuado para tirarla; luego la arrojé por encima del hombro en el aire, hacia el centro de la policía, y en

ese mismo momento tropecé hacia adelante, como si me hubiera caído, tirándome de manos y cara, porque había visto la chispa.

Parecía como si hubiera estado en mis manos durante una eternidad, cuando fui aplastado contra el suelo y mis oídos se partieron con el rugido. Me puse de pie de nuevo, jadeando. Los hombres fueron arrojados frente a mí y se levantaron sobre sus manos.

Escuché gemidos, llantos y chillidos detrás de mí. Me di la vuelta; cuando me volví, un brazo fuerte atravesó el mío, y escuché a Lingg decir:

“Ven, Rudolph, por aquí”, me llevó a la acera y pasamos por donde había estado la policía.

“No mires”, susurró de repente, “no mires”.

Pero antes de que él hablara yo había mirado, y lo que vi estará ante mis ojos hasta que muera. La calle estaba en ruinas; en el centro mismo se abría un gran pozo, y alrededor de él había hombres tendidos, o pedazos de hombres, en todas direcciones, y cerca de mí, cerca de la acera cuando pasaba, una pierna y un pie arrancados, y cerca yacían dos enormes trozos de carne roja sangrante, ensartados con un hueso del muslo. Mi alma enfermó; mis sentidos me abandonaron; pero Lingg me sostuvo con una fuerza sobrehumana y me arrastró.

“Ponte de pie, Rudolph”, susurró, “vamos, hombre”, y al momento siguiente lo habíamos pasado todo, y me aferré a él, temblando como una hoja. Cuando llegamos al final de la

manzana me di cuenta de que estaba mojado de pies a cabeza, como si me hubieran sumergido en agua fría.

“Debo parar”, jadeé. “No puedo caminar, Lingg”.

“Tonterías”, dijo, “toma un trago de esto”, y me arrojó una botella de brandy en la mano. El brandy que tomé hizo que mi corazón volviera a latir, me permitió respirar y seguí caminando con él.

“Cómo estás temblando”, dijo. “Extraño, eres neurótico; haces todo a la perfección, espléndidamente, y luego te derrumbas como una mujer. Ven, no te voy a dejar; pero, por el amor de Dios, aleja esa mirada blanca y temblorosa. Bebe un poco más”.

Lo intenté; pero el matraz estaba vacío. Lo volvió a guardar en su bolsillo.

“Aquí está la botella”, dijo. “He traído suficiente; pero debemos llegar al depósito”.

Vimos camiones de bomberos con la policía sobre ellos, galopando como locos en la dirección de donde habíamos venido. Las calles estaban llenas de gente, hablando, gesticulando, como actores. Todos parecían saber ya de la bomba y estar hablando de ella. Noté que incluso aquí, a un kilómetro de distancia, el pavimento estaba cubierto de trozos de vidrio; todas las ventanas se habían roto por la explosión.

Cuando llegamos al frente del depósito, justo antes de pasar al resplandor total de las lámparas de arco, Lingg dijo:

“Déjame mirarte”, y cuando soltó mi brazo, casi me caigo; mis piernas eran como salchichas alemanas; se sentían como si no tuvieran huesos y se doblaran en cualquier dirección; a pesar de todos mis esfuerzos.

“Ven, Rudolph”, dijo, “pararemos y hablaremos; pero debes volver en ti mismo. Toma otro trago y no pienses en nada. Te salvaré; eres demasiado bueno para perderte. Ven, querido amigo, no dejes que se burlen de nosotros.

Mi corazón parecía estar en mi boca, pero me lo tragué. Tomé otro trago de brandy y luego un trago más largo. Podría haber sido agua por lo que probé; pero pareció hacerme un poco de bien. En un minuto más o menos me había recuperado.

“Estoy bien”, dije, “¿qué puedo hacer ahora?”

“Simplemente pasar por el depósito”, dijo, “como si no pasara nada, y tomar el tren”.

Me recompuse y entramos en el depósito; pero cuando divisamos la barrera que cerraba el tren hacia Nueva York, vimos que debían de haber llegado algunas noticias, pues ya había dos policías parados junto a los habituales cobradores de billetes. Lingg, con sus ojos de halcón, los vio primero, a cien metros de distancia.

“Tendrás que hablar, Rudolph”, dijo. “Si no puedes, regresaremos y tomaremos el tren fuera de Chicago. Tu nombre es Willie Roberts; pero tendrás que hablar por los dos, porque tu acento es mucho mejor que el mío.

¿Puedes?” (Asentí con la cabeza.) “Hazlo lo mejor que puedas”, dijo, cuando llegamos a la barrera.

Al momento siguiente: “¿Para dónde?” gritó el funcionario.

“Nueva York”, respondí, y me detuve frente a él, mientras Lingg sacaba mi boleto. “¿Tu nombre?” él dijo.

“En el boleto”, respondí, bostezando, “Willie Roberts”.

“Pensaba que eras uno de esos holandeses”, dijo, riendo. “Ha habido una explosión, o algo, en el East Side, ¿no?”

“No lo sé”, respondí, “pero no habrá paz, supongo, hasta que hayamos tenido una buena pelea”.

“Así es”, dijo, y todos nos reímos. Al momento siguiente, él había revisado mi billete y me devolvió la tira larga. Dije:

“Mi amigo viene conmigo; volverá en un minuto.

Lingg se inclinó ante él, sonriendo, y me tomó del brazo mientras avanzábamos.

“Espléndido”, dijo, “nadie podría haberlo hecho mejor. No tienen ningún rastro de sospecha, y es mejor para ellos que no sospechen”. “¿Por qué?” Pregunté yo.

Me miró con una sonrisa burlona en el rostro.

“Porque tengo otra bomba en el bolsillo y no deberían cogernos con vida a ninguno de los dos”.

No sé por qué, pero la sola mención de otra bomba me hizo temblar de nuevo. Nuevamente pude escuchar el rugido infernal. Me estremecí de la cabeza a los pies y mi corazón se detuvo.

No sé cómo subí al tren. Lingg casi debió haberme sostenido; pero cuando volví en mí mismo estaba en la esquina de un carruaje de primera clase. Lingg me había colocado en el asiento y estaba sentado a mi lado. De repente me sentí fatal. Se lo dije. Me llevó al gabinete porque estaba enfermo, y yo nunca lo había estado enfermo en mi vida; me caía una y otra y otra vez, sintiéndome miserablemente débil y aquejado, como si cada átomo de fuerza hubiera sido succionado de mí. Me dio un trago de agua fría y luego un poco de agua con un chorrito de brandy, abrió la ventana y pronto me sentí un poco mejor.

“No puedo sentarme, Lingg. Estoy seguro de que me delataré. Estoy tan débil y enfermo; no sé cómo ni por qué”, y todo destrozado comencé a llorar débilmente.

“Está bien, Rudolph”, dijo Lingg gentilmente. “Me sentaré contigo hasta que estés mejor. ¿Puedes quedarte solo durante cinco minutos mientras envío un telegrama?”

“Sí”, le respondí, “pero me gustaría que no te fueras”.

“Está bien”, dijo en el tono más alegre. “Me sentaré contigo y escribiré el telegrama; pero si te muestras enfermo, la gente lo comentará. Pon tu sombrero suave sobre tu frente y regresaremos a tu asiento. Escribiré el telegrama allí, y recuerda, me sentaré contigo hasta que estés bien. Lo único

que te pido es que hables cuando sea necesario, porque mi miserable acento nos delatará como alemanes. Di que has bebido demasiado”.

Unos minutos después arrancó el tren. Le dije al conductor cuando pasó que mi amigo vendría conmigo a la siguiente estación y le di un billete de un dólar. Dije que queríamos hablar; no nos habíamos visto en mucho tiempo. Estaba de paso por Chicago y habíamos tomado una copa juntos.

Noté que Lingg había abierto la ventana de mi lado; el aire fresco y la lluvia golpeaban mi cabeza y mi cara. En unos minutos comencé a sentirme mejor, y es extraño decirlo, casi tan pronto como comencé a mejorar me di cuenta de que tenía un hambre desmesurada.

“Estoy hambriento”, le dije a Lingg. “Temblando de frío y hambriento; pero estoy bien”.

“Te traeré un pote de sopa”, dijo, “en la siguiente estación. Me alegro de que estés bien. Gracias a Dios, el color está volviendo a tus mejillas; hemos tenido suerte”.

“Estoy avergonzado”, dije, “descomponerme así y ponerte en peligro”.

“Tonterías”, respondió. “No pienses eso. Eres el más honrado por haber hecho lo que has hecho, a pesar de la debilidad del cuerpo”.

Me sentí mejor después de eso.

Durante todo este tiempo sólo había un par de mujeres en el coche, y estaban al otro lado del mismo; no les gustó la ventana abierta, supongo.

A los veinte minutos nos detuvimos y Lingg se apeó y me trajo un cuenco con sopa; tan pronto como lo tomé, me sentí más fuerte. Entonces me di cuenta de que tenía un terrible dolor de cabeza y estaba muy cansado. “Vete a dormir”, dijo Lingg, cuando se lo dije, y cerró la ventana y colocó la empuñadura frente a mí para que yo pudiera poner mis pies en ella. “Vete a dormir; me sentaré a tu lado”, y en un momento, como me pareció, me quedé dormido. Cuando desperté, dos o tres horas después, el tren volvía a pararse. Acabábamos de llegar.

“¿Te sientes mejor?” Preguntó Lingg. “Tengo que salir aquí, si puedes seguir solo; ¿O debo pasar la noche contigo?”

“Estoy bastante bien, ahora” respondí con valentía.

“Bueno”, dijo, “llegarás a Nueva York en treinta horas y zarparás a la mañana siguiente; tu atracadero está en el Cunarder, 'Scotia', segundo camarote, todavía bajo el nombre de Will Roberts. Te echaré de menos. Al llegar a Liverpool Ida se comunicará contigo en la oficina de correos de Liverpool y Cardiff, y Will Roberts puede escribirle a Altona, bajo el nombre de Jane Teller. ¿Lo entiendes? Aquí en este libro se pone todo abajo, junto con un código que he hecho para ti; el libro al que se refiere el código también está aquí. Nadie en la tierra puede leer ese guión; pero si yo fuera usted, no escribiría nada durante algunos meses, ni durante muchos meses si las

cosas van mal; pero tú serás el mejor juez de eso. Recuerda, la prudencia siempre es mejor en caso de que tengas dudas, y recuerda, también, tengo tu promesa de escapar; no debes ser atrapado; ¿recordarás?”

Asenti. “Hicimos bien, ¿no?” Pregunté débilmente.

“Claro, Rudolph”, respondió. “Claro. No tengas dudas. Voy a seguir el mismo camino, puedes apostar por eso.” Sus ojos brillaban como los de un dios.

“No tengo ninguna duda de ti”, le dije, “pero empiezo a dudar si el camino es el correcto”.

“Eso es porque estás conmocionado y enfermo”, respondió con gravedad. “Si estuvieras bien, no dudarías. Piensa en lo que hicieron: la niña a la que dispararon y el niño ¡Y ahora adiós, querido amigo, adiós! Una vez más, y por última vez, nos besamos.

Un momento después había bajado del tren, y yo estaba solo. ¡No podría estar solo! Me levanté de un salto y corrí hacia la puerta para llamarlo; el frío mortal volvió sobre mí, pero me recompuse. Después de todo, ¡devolverle la llamada lo pondría en peligro a él ya Ida! Yo no lo haría. Me paré en la puerta y lo miré, lo vi caminar por la plataforma con el mismo paso rápido y silencioso. Noté los hombros anchos, la figura fuerte. Respiré hondo y volví a mi asiento. Eran las doce y media en punto. Un nuevo día, me dije a mí mismo. ¡Dios mío! un nuevo día...

A los pocos minutos entró el conductor y me preguntó si no me gustaría dormir.

“Te he hecho la segunda litera desde aquí”, dijo, “la número 10; tu amigo pensó que era mejor que no te molestaran antes. Has estado enfermo, ¿no?”

“Yo estaba de paso por Chicago”, dije, “y habíamos tenido una gran cena y yo había bebido demasiado. Hacía mucho que no veía a mi amigo”.

“Supuse que era eso”, respondió. “Oí el brandy. No es bueno darte el gusto así, a menos que estés acostumbrado a remojarte. Casi me suicido hace un tiempo. Tampoco bebí mucho, media botella de bourbon, supongo; pero me levanté y quería pelear con todos. Estaba loco de borrachera. Hubiera luchado contra un ferrocarril elevado, si se hubiera acercado a mí. Lo haría”.

La charla común me devolvió a la vida cotidiana común; me hizo un bien infinito.

“Siéntese y tome una copa”, le dije.

“¡No, no!” respondió, sacudiendo la cabeza. “No, ¡me he jurado, verdad! Le dije a la mujer que nunca recaería y no lo haré. Tenemos dos hijos, dos niñas, una rubia y otra oscura. ¡Nunca vio un par de melocotones así! No voy a beber lo que les corresponda, no señor. Solo gano cien dólares al mes en este trabajo; Por supuesto, de vez en cuando uno recibe el aviso de alguien, pero los ricos no lo ponen fácil.

“Mi esposa es buena administradora, pero nos cuesta cuarenta dólares al mes llevarnos bien, y con la ropa, el alquiler y los impuestos, no podemos ahorrar más de treinta dólares al mes, no señor; y en veinte años qué. ¿No será una fortuna, verdad, no para ellas dos? Las niñas más bonitas que jamás hayas visto. Aquí están “(y mientras hablaba sacó su cartera y me mostró las fotografías)”.

Esta es Joon y esta Jooly. Las llamamos así porque nacieron en esos meses. ¿No son lindas? –¿Qué?”

Por supuesto, elogíé a las niñas, aunque no necesitaba que lo animaran.

“Su madre es una mujer de Kentucky, yo mismo soy de aquí, un hoosier. Estás en la carretera, ¿no es así? En productos secos, supongo, ¿de la mano?”

“Sí”, respondí, “volviendo a Nueva York. Vuelvo a salir en una semana”.

“Eso pensé”, dijo. “Te medí desde el primer momento en que te vi”.

Sonó el timbre y tuvo que irse a atender sus deberes; pero no antes de decirle que me llamara a eso de las nueve de la mañana y me trajera café, ya que me sentía muy mal. Dijo que lo haría, y me arrastré hasta mi litera y traté de dormir. Al principio parecía imposible; pero puse toda mi resolución al asunto. No debo pensar, me dije a mí mismo, debo dormir, y para dormir, como dijo Lingg, debo pensar en otra cosa. Pero mi cerebro parecía vacío, y siempre que estaba solo brillaba un

relámpago contra el cielo y escuchaba el rugido, y vi esa visión espantosa. Entonces pensé en Elsie, pero eso me desgarró el corazón. No. No pensaría en el pasado.

Por fin encontré el camino. Pensaba en las dos hijas del revisor; la morena y la rubia. “Las niñas más bonitas de Buffalo”, la de siete años y la otra de cinco, y su madre también, que era una margarita austera, y el padre ahorrando y trabajando. Los bonitos “melocotones”. Parecían ser cualquier cosa menos bonitas en las fotografías; sin embargo, la alabanza del padre me las hizo hermosas, y no recordé más.

El conductor alegre me despertó por la mañana con el café, y cuando me despertó, me levanté y me golpeé la cabeza contra la litera de arriba, y caí hacia atrás, temblando.

“¡Buen Dios !”, grité; “¡cómo me sobresaltaste!”

“Una noche de borrachera con brandy es la cosa más maldita a la mañana siguiente. ¿Tienes mala boca?”. “Horrible”, dije, “y de los nervios; estoy enfermo, tiemblo”.

“Ya lo sé”, dijo. “Levántese, póngase la ropa y siéntese aquí junto a la ventana abierta. Es un hermoso día, cálido y dulce; daría vida a los muertos; y ahí está tu *cawfee*, tan bueno como *cawfee* en cualquier lugar, y la leche que contiene te hará bien. Si yo fuera tú, arrojaría ese brandy por la ventana”.

“Bueno”, dije, “mi amigo me dijo que le quitara el pelo al perro que me mordió”.

“¡Oh, pshaw!”, exclamó él, “no hay ningún sentido en eso. Un joven como tú mejorarás sin nada”.

“Creo que tienes razón”, le dije, lo que pareció complacerlo.

“¿Has escuchado las noticias?” preguntó. Negué con la cabeza, temía que me temblara la voz. “Han estado lanzando bombas en Chicago”, dijo. “Esos malditos extranjeros han matado a ciento sesenta policías en Haymarket”.

¡Ciento sesenta! Lo miré a él y escuché las palabras de Lingg de nuevo, “el Haymarket”. ¡Ciento sesenta!

“¡Buen Dios!” grité; “¡qué horrible!”

“Así es”, dijo. “La policía ha realizado dos mil arrestos esta mañana”. Supongo que atraparán a los hombres que lanzaron la bomba, y la cuerda es barata en Chicago. ¡Los harán bailar a todos sin pista, malditos!”

“Bueno”, dije, deslizándome fuera de mi cama, “no tengo muchas ganas de bailar”.

“Ponte las botas”, dijo, “y ven a la ventana de aquí”, e hice lo que me dijeron.

Había superado la primera prueba y ya el sueño me había renovado; el bendito olvido había tejido la manga desgarrada de mis pensamientos, y volvía a ser dueño de mí mismo, sin miedo ahora; pero con un lamento infinito...

No pensaba en eso, y para no pensar en eso, pensaba en Elsie; pero eso fue demasiado amargo para mí. ¿Qué pensaría ella? ¿Qué podía pensar ella? ¿Intentaría verme? ¿Lo adivinaría ella? Temí que lo hiciera. No me atrevía a pensar en ella.

Tan pronto como pude, volví a llamar al director y lo puse a hablar sobre sus hijos. Todo lo que tenía que hacer era poner un “¿De verdad?” o un “¡No lo diga!” en el momento oportuno, y se volvería a disparar a la puntuación, contándome su propia historia, la de su esposa y la historia completa de las niñas: cómo había salvado a Jooly de la tosferina dándole un baño caliente; cómo Joonie podía caminar antes de cumplir un año; “sí, señor, ella tiene las piernas más grandes que jamás haya visto”. Ahora podría escribir su historia familiar.

Pero lo lamenté mucho cuando me entregó al siguiente conductor, un yanqui taciturno, que apenas tenía una palabra que decir. Temía sus ojos pequeños, grises e inquietos, así que compré algunos libros en el auto y me dispuse a leerlos; pero no sé de qué se trataban. Aun así, me proporcionaron una mirada ocupada y me mantuvieron alejado de preguntas incómodas. Llegó y pasó la hora de la cena, luego la hora del té y luego la hora de dormir de nuevo, pero apenas me atrevía a subir a mi litera. Estaba seguro de que no debería dormir y tenía razón. Mi dolor de cabeza se agudizó; el traqueteo del tren martilleaba mis nervios. Nunca cerré los ojos; pero obtuve la paz usando la fórmula de Lingg y pensando firmemente en cosas sin importancia, y después de haber hecho esto un cierto número de veces comencé a ganar confianza. Mientras uno sea dueño de su mente, me dije a mí mismo, uno es dueño del destino, y excepto por esas espantosas horas desde Haymarket

hasta que Lingg me dejó, nunca había perdido mi autocontrol. El tren siguió su marcha –¡chunkety–chunk–chunk! chunkety–chunk–chunk! durante toda la noche. Creo que vi cada hora en mi reloj.

Pero al fin la noche llegó a su fin, y tan pronto como pude, me levanté decentemente, antes de las seis, y vi que el sol se levantaba majestuoso sobre el Hudson. Corríamos a lo largo del gran río hacia Nueva York. Desayuné a las siete, y a las diez ya estaba fuera del tren, sin despertar la sospecha de nadie, estoy seguro. Había jugado el juego hasta el punto de decirle al taciturno revisor que trabajaba con frutos secos y no era muy rico; pero si él quisiera tomar una copa conmigo, me complacería. Sacudió la cabeza.

“Nada de beber”, dijo.

“¿Un puro, entonces?” Pregunté.

“No me importa”, dijo, y le compré un cigarro de quince centavos, como si fuera uno bueno, y agradeció la atención.

¡De vuelta en Nueva York otra vez! Solo había estado fuera poco más de un año; seguramente había vivido cincuenta años en los doce meses; ¡una larga vida!

No iría a donde me conocieran. ¿A dónde iría Will Roberts? A un hotel de segunda categoría. Caminé hacia uno, me bañé y luego en mi habitación revisé toda mi ropa para ver si había algo con mi nombre. Nada. Escribí uno o dos sobres, dirigidos a Will Roberts, con diferentes caligrafías, los ensucí, los rasgué por las esquinas, puse uno en la empuñadura, me metí otro en

el bolsillo, junto con el precioso libro de Lingg, que revisé apresuradamente. Encontré en él una carta para “querido Will” que me metí en el bolsillo, para leerla tranquilamente. Estaba ansioso por salir de la habitación al aire libre, donde podría estar solo y a gusto. Tomé un coche en la calle a una cuadra o dos del hotel, y nos dirigimos directamente a Central Park, a tres o cuatro millas de distancia.

Qué hermoso lugar es. Atravesé el parque hasta Riverside Drive, me senté a mirar por encima del Hudson y allí leí la carta de Lingg. Aquí está:

“Querido Will,

“Cuando leas esto, estarás en Nueva York, o tal vez en tu amada Inglaterra otra vez, ¿o será en las colinas de Gales? Donde sea que estés, sé que no me olvidarás, y debes saber que tampoco lo haré. Nunca te olvides. Puede que nos volvamos a encontrar, pero no es probable. Me dijiste que harías tu hogar al otro lado y nunca regresarías, y creo que tienes razón, porque el clima aquí no te conviene. Nunca dejaré Chicago. Sin embargo, nuestros espíritus se han encontrado, y han sido uno en propósito y amor, y eso me parece bueno.

“Siempre tuyo,

Jack.”

Fui a almorzar en un restaurante italiano y compré los periódicos. Nunca hubo nada como ellos; todos estaban llenos de las más descabelladas mentiras de odio y miedo. Por primera vez vi la frase que usaba la policía en Chicago, “la red de arrastre”. Ya habían arrestado a cuatro mil personas bajo sospecha; entre ellos Spies, Fielden y Fischer, y estaban buscando a Parsons. Parsons, parece que había abandonado la ciudad una hora después del lanzamiento de la bomba. Los primeros periódicos estaban incitando la idea de que él había arrojado la bomba, y su búsqueda fue ardiente y feroz.

Caminé toda la tarde; la luz del sol y el aire calmando mis nervios. Solo había echado un vistazo a los mentirosos papeles.

A la mañana siguiente tenía que estar a bordo a las nueve; esa noche en el hotel dormí un poco. A las cinco en punto me levanté, me vestí y me afeité; luego bajé hasta el embarcadero y subí a bordo del bote que me llevó al gran vapor y encontré mi litera. Allí decidí que había nacido en Pembrokehire y que regresaba a mi tierra natal. Sabía que mi acento pasaría en cualquier parte como estadounidense.

A bordo del vapor, todos hablaban del lanzamiento de bombas en Chicago. Todo el mundo esperaba que Parsons, que había lanzado la bomba, fuera arrestado. Ahora lo sabían todo. Sesenta policías habían resultado heridos, ocho habían muerto en el acto, y se esperaba que otros siete no sobrevivieran; pero supe más tarde que muchos de estos heridos habían sido lesionados por balas de la propia

policía. Los imputados, Spies, Fischer y Fielden, ya estaban acusados como cómplices antes del hecho del asesinato de Mathias J. Degan; Degan es el primero de los policías muertos cuyo cuerpo fue identificado.

La acusación me llenó de desprecio. Sabía mejor que nadie que ni Spies, ni Fischer, ni Fielden fueron cómplices antes o después del hecho; ni, de hecho, estaban conectados con el hecho de la manera más remota. Por supuesto, su inocencia deberá aparecer a su debido tiempo. Desestimé la acusación con una sonrisa compasiva; sin embargo, no debería haber sido tan tonto. Debería haber conocido mejor que la mayoría de la gente la burla vacua de la justicia estadounidense.

CAPÍTULO X

Ese paso de Nueva York a Liverpool en el “Scotia” fue un interludio de lo más bendito. Subí a bordo con los nervios tintineantes, atormentado por los incesantes cuestionamientos de conciencia, enloquecido por los recuerdos de una pérdida que nunca se remedia, una pérdida de amistad y amor. Me sentí como alguien arrancado de raíz y arrojado a la miseria y la muerte; sin embargo, tan pronto como subí a bordo y dejamos la tierra atrás, los procesos de curación de la naturaleza comenzaron su obra divina. Había algo que me atraía en los tranquilos modales ingleses de los oficiales; había descanso y simpatía en la cortesía y consideración de los mayordomos; una especie de lento contenido en la vida de todas estas personas que actuaban en mí como un perpetuo lenitivo. Poco; pero iba por donde hablaban los hombres, porque la conversación de los demás me sacaba de mis propios pensamientos tristes y amargos y me permitía descansar.

El primer día todos fueron a pesarse y yo me sentí atraído junto con los demás. En Chicago había pesado alrededor de ciento sesenta libras, ahora para mi asombro pesaba poco menos de ciento cincuenta. Había perdido cinco kilos en tres días, pero había comido y bebido como de costumbre. Empecé a comprender lo terrible que había sido la tensión.

No dormí bien los primeros días a bordo, el aire del mar parecía excitarme; cada hora, también, me sentía más ansioso por Lingg, y la convicción de que nunca volvería a ver a Elsie era un dolor intenso e irremediable. No pude evitar pensar, preguntándome qué sería de ella, cómo tomaría mi inesperada e inexplicable ausencia. Mis pensamientos corrían sobre el mismo tema, desde el peligro de Lingg hasta el dolor de Elsie, mañana, mediodía y noche, como un mono en una jaula, hasta que mi pobre mente quedaba agotada y dolorida.

Una mañana el mayordomo me dijo que no tenía buen aspecto, y cuando le confesé que no podía dormir me aconsejó que fuera al médico y tomara una corriente, de modo que busqué al médico y encontré a uno de los hombres más encantadores, un pequeño escocés, llamado Philip, moreno y de buen aspecto, también comprensivo y agudo, que era algo más que un maestro en su oficio. Un médico comienza por estudiar las enfermedades y termina por estudiar a sus pacientes. Así era como el doctor Edward Felipe había comenzado, aunque todavía era menor de treinta años. Me dijo que era fácil hacerme dormir y me dio una pequeña dosis de cloral.

Se me ocurrió un pensamiento repentino y le pregunté por qué no podía tomar una dosis de morfina.

“No hay razón”, dijo, “además produce secuelas”, y me mostró una botellita llena de diminutos tabloides de morfina, una décima parte de un grano en cada uno.

No dije nada esa noche; pero noté el hecho y decidí cultivar al médico. Me marché, para el presente contento con mi dosis de cloral. Philip me había dicho que el ejercicio era algo bueno, así que caminé por la cubierta durante todo el día, y a las once en punto estaba en mi litera, listo para dormir. Tomé una taza de chocolate, y luego el cloral, y cuando el sueño no llegaba, me puse a pensar en mi mascota, las dos pequeñas hijas del revisor, Joon y Jooly, y su intenso orgullo por ellas, y así me dejé caer en el olvido.

Cuando desperté, el mayordomo estaba a mi lado.

“¡A las siete, señor! Me dijo que lo despertara a las siete”.

Me sentí un hombre nuevo. ¡Qué bendición es dormir! Me levanté y me vestí, y desde ese momento salgo de mi convalecencia.

Día tras día solía entrar y hablar con el médico, y mucho antes del final del viaje había logrado comprarle el frasquito de pastillas de morfina, la mitad de las cuales guardaba en un frasco de vidrio en mi bolsillo de los pantalones, y la mitad en un pastillero de cartón en el bolsillo de mi chaleco, para que en caso de arresto pudiera tragarlos inmediatamente. Estaba decidido a no ser capturado vivo; pero por extraño que parezca, no tenía absolutamente ningún miedo de ser arrestado. La vida me ofrecía tan poco (la vida sin Elsie y Lingg era un desperdicio tan estéril y tedioso) que no me importaba qué tan pronto terminara, siempre que no terminara en la vergüenza pública y en el cadalso. La seguridad de que tenía

conmigo un método de escape fácil ayudó a que descansaran mis nervios.

A medida que pasaban los días y nos adentramos en la clara luz del sol y el aire danzante del Atlántico medio, mi ánimo comenzó a recuperar su tono normal. Día a día me hacía más fuerte, y muy pronto avistamos tierra. Alrededor de las once de una hermosa mañana de mayo subimos por el Mersey hasta Liverpool. El doctor Philip me había dirigido a un tranquilo hotel de segunda clase y, después de agradecerle toda su amabilidad, fui a tierra. Me había afeitado regularmente a bordo del barco y no tenía el menor temor de que me reconocieran.

Nunca antes había estado en Inglaterra; las casas me parecían minúsculas, pequeñas e innumerables. Las locomotoras se parecían a las locomotoras y los vagones del ferrocarril a vagones de juguete en comparación con los vagones de mercancías de cincuenta toneladas de los ferrocarriles estadounidenses. Pero Liverpool me recordó a Hamburgo, una y otra vez, de mil maneras; los ingleses también me recordaron a los alemanes y a mi infancia. Eran personas más ligeras que los alemanes; pero un poco más altos: más guapos, pensé, y mejor vestidos, con un aire de mayor comodidad. Por todos lados había evidencias de mayor riqueza; esta pequeña isla fue evidentemente el centro de un gran imperio. Cuando llegué al hotel, después de la comida, tomé un periódico de la tarde, y lo primero que me vi mirando, fue un pequeño párrafo titulado “Chicago”:

“El arresto del líder anarquista”

Mi corazón se hundió. ¿Era Lingg? Cada palabra del relato fue fotografiada en mi cerebro. Los detalles eran escasos; no se mencionaba ningún nombre; pero el simple informe me asustó. Quería saber más; pero no había nada que saber. La noche pasó para mí en un torbellino de pensamientos emocionados. A la mañana siguiente, los periódicos tenían más detalles; pero aún sin nombre; sin embargo, evidentemente, de alguna manera tonta e instintiva, la gente de Chicago había comenzado a darse cuenta de que por fin la policía había atrapado a alguien que valía la pena atrapar. Estaba seguro de que debía ser Lingg. Los reporteros hablaban de él como una “bestia salvaje”. ¿Cómo se les ocurrió esa idea? Me atormentaba la cabeza, pero había disgusto y miedo en cada línea que se escribía sobre él. El nuevo cautivo había causado una impresión extraordinaria en los reporteros, eso estaba claro. No podía dormir.

Ya había descubierto en Liverpool un lugar donde se podían encontrar todos los periódicos estadounidenses, y fui allí día tras día. Aproximadamente una semana después de mi aterrizaje, llegó el primer periódico de Chicago; cuando lo abrí, el párrafo saltó sobre mí: “El arresto de Louis Lingg”. Se me hizo agua el corazón. Pronto pude reconstruir toda la historia y comencé a comprender los adjetivos del periodista: “un terrorista audaz”, “el fabricante de bombas”, “la bestia salvaje, Lingg”.

El jefe de policía, un hombre llamado Hermann Schuettler, no solo era un individuo valiente, sino también muy poderoso; una vez había matado a un hombre en Chicago con un solo golpe de su puño. Cuando llegó información al cuartel

general de la policía sobre Lingg y dónde vivía, Schuettler se comprometió inmediatamente a arrestarlo. La policía, provista de una descripción completa de Lingg, rodeó la manzana mientras Schuettler se dirigía a su casa. Pero el pájaro había volado. La información del informante, sin embargo, fue muy completa. Evidentemente, conocía el pequeño taller de carpintero cerca del río donde Lingg hacía trabajos ocasionales cuando no tenía trabajo. Schuettler y un asistente, Loewenstein, se dirigieron hacia allí. Era un edificio de un solo piso, dividido en una gran sala de trabajo y dos pequeños dormitorios. La puerta del taller estaba cerrada; Schuettler apoyó el hombro contra la cerradura e irrumpió en la habitación. Al oír el sonido, Lingg se volvió desde donde había estado leyendo, al otro lado de la chimenea, junto a la ventana, tiró el libro y de un salto llegó al cuello del policía. Schuettler se refirió a sí mismo en uno de los periódicos como el hombre más fuerte de Chicago; en el camino de los negocios había luchado contra decenas de matones; sin embargo, admitió ante los periodistas que nunca había tenido una lucha así con Lingg. Rodaron sobre el centro de la habitación, luchando como demonios; Lingg arrastraba constantemente a Schuettler hacia la puerta. Estaban tan trenzados y sus movimientos eran tan rápidos que Loewenstein solo pudo mirar y esperar su oportunidad. Llegó al fin. Poco a poco, Lingg fue dominando constantemente a Schuettler; Schuettler admitió que se estaba ahogando cuando metió el pulgar de Lingg en su boca y casi se lo muerde. A pesar del dolor, Lingg aguantó, y en un momento más Schuettler habría estado inconsciente. Lingg estaba encima, con la cabeza expuesta, y justo cuando había ganado, Loewenstein lo dejó sin sentido con un golpe de garrote y lo llevaron a la comisaría antes de que recuperara el

conocimiento. De una forma u otra, todos supieron de inmediato que la captura era importante. Lingg no dijo una palabra; pero la gran pelea que había protagonizado impresionó a la gente, y ese mero hecho hizo que todos escribieron de él como “el líder de los terroristas”.

Al pensar en toda la historia, no pude evitar preguntarme cómo había salido el nombre de Lingg. Inmediatamente me pasó por la mente que lo habían delatado; que Raben lo había denunciado. Lo sentí en la punta de mis dedos: ¡la serpiente blanca! Tuve una noche terrible, reprochándome a mí mismo por haber tenido algo que ver con Raben; una noche terrible!

Al día siguiente volví a la oficina de correos y encontré una carta para Willie Roberts. Era de Ida. La carta era deliberadamente oscura, pero lo suficientemente clara para mí. Ida comenzaba diciéndome que su Jack se había puesto enfermo, peligrosamente enfermo; estaba asustada, aunque todavía esperaba lo mejor. Su mensaje para mí fue que cumpliera mi promesa; también deseaba que recordara que los hombres enfermos a menudo hacían cosas notables. Ida continuó diciendo que estaba en la habitación del enfermo todos los días; su vida estaba allí, y apenas vivía lejos de ella.

Con esto finalizaba la parte inmediatamente personal de la carta de Ida. Me decía, además, que había tenido una larga visita de una jovencita que era un espantoso volcán, con un inmenso afecto por el Maestro Will. La niña sabía por qué Will había escapado de ella; lo perdonaba y decía que acudiera a ella siempre que quisiera. “Si soy una juez del amor”, escribió Ida, “este es real”. La madre de la niña, sin embargo, parecía

pensar que Will era un inútil, lo que solo mostraba lo poco que lo conocía. Ida había prometido darle a la niña cualquier mensaje que Will quisiera enviar. Y Jack deseaba añadir que R. era de Kerioth.

Estos eran los puntos principales de la carta. Tenía que “cumplir mi promesa de no ser atrapado y esperar alguna acción u otra de Lingg”. Mi suposición de que Raben era el traidor estaba justificada “R. era de Kerioth “me molestó un poco hasta que recordé que Judas era de Kerioth (Isariote). Elsie me había perdonado y vendría a verme si la llamaba. Ahora, ¿qué mensaje debía enviar en respuesta? Solo esto: debería cumplir la promesa que le hice a mi amigo y rogarle a mi amor que me olvide. Pero difícilmente podría escribir eso, y estaba muy contento, después de que Elsie no aceptase mi decisión final. No hace falta decir que escribí mi respuesta de tal manera que no hubiera despertado sospechas, incluso si hubiera caído en manos del propio Bonfield o de Schuetler.

Cuanto más pensaba en la carta de Ida, más me preguntaba qué quería decir Lingg al decir que incluso los prisioneros podían hacer “cosas notables”; seguramente él era impotente allí, en prisión, para bien o para mal; si no ¿por qué había luchado tan desesperadamente por su libertad? Incluso yo no tenía idea de su presciencia y coraje.

Mi propia parte parecía absolutamente indigna. Quería volver y entregarme; pero estaba mi promesa a Lingg; lo había repetido en el tren, y ahora Ida lo había reiterado. Bueno, me iría a Londres y vería si no podía influir un poco en la prensa

inglesa, porque claramente los periódicos ingleses sobre este asunto estaban simplemente copiando a los periódicos estadounidenses; repetían los sensacionales adjetivos de los reporteros estadounidenses, sólo que daban menos espacio a los relatos, porque el asunto no tenía tanto interés en Inglaterra.

Una cosa apareció claramente en todos los periódicos de Chicago, que toda la población estadounidense estaba asustada por la bomba de Haymarket. Todos los días, la policía de Chicago encontraba una nueva bomba. Pensé que habían comenzado una fábrica especial de ellas, hasta que leí en el “Leader” de Nueva York que la misma pieza de tubería de gas ya había servido como bomba nueva en siete ocasiones diferentes. El capitán Bonfield y sus satélites estaban muy bien ocupados, habían utilizado la “red de arrastre” con algún efecto. En diez días habían arrestado a más de diez mil personas inocentes, casi todas extranjeras, con un pretexto u otro, y sin un anarquista, excepto Lingg, entre toda la multitud. Todos los días se producían cientos de arrestos ilegales. El mismo día, cientos de personas inocentes fueron encarceladas sin una sombra de evidencia; los policías que podían detener o arrestar al mayor número de personas obtenían el ascenso más rápido. El pueblo entero estaba asustado hasta la idiotez.

Me fui a Londres el mismo día y me hospedé en el Soho. Una sala de estar y un dormitorio tranquilos me costaban quince chelines a la semana, y mi desayuno diario, una taza de té y un panecillo, me costaba sólo tres chelines y seis peniques más a

la semana. Fácilmente podría vivir un par de años, incluso si mi trabajo de prensa no me produjese nada.

Estaba bien que no hubiera contado demasiado con mi pluma. Escribí un relato de lo que llamé “El reino del terror en Chicago”, de una columna de largo, y lo llevé a los periódicos de Londres; pero nunca pude encontrar un editor; ninguno de ellos tenía horario de oficina; o, más probablemente, ninguno de ellos atendería a un extraño sin una presentación. Es más difícil tener una conversación con un editor inglés en Londres que con un Secretario de Estado en Estados Unidos, o con el propio Presidente.

Cansado de llamar y no ver a nadie, hice copias justas del artículo y las envié a cinco o seis periódicos. No recibí respuesta. Pensé que el artículo podría ser demasiado descriptivo, así que escribí uno lleno de personalidades, dando pequeñas imágenes de Spies, Fielden el inglés y Engel. Tenía la esperanza de que, si aceptaban este artículo, podría seguir con un retrato de Lingg; pero no tuve por qué preocuparme; ninguno de los periódicos publicó el artículo; ninguno de ellos ni siquiera me lo devolvió. Empecé a ver que lo que yo había considerado la monotonía de los periódicos ingleses era una especie de crepúsculo mental que se adaptaba a los ojos de los lectores.

Pero hay de todo en Londres, todas las cualidades del pensamiento y el talento. Salí un día a una reunión de la Federación Socialdemócrata y encontré gente algo así como los hombres que había conocido en el otro lado. Ninguno de los oradores, sin embargo, me pareció extraordinario. Había un

hombre delgado, con cara de hacha, llamado Champion, que había sido, según me dijeron, un oficial del ejército, y que hablaba de un comunismo salvaje que no entendía. Sin embargo, había un tal Mr. Hyndman, un caballero judío corpulento y de aspecto próspero, que había leído mucho y hablaba excelentemente, aunque tal vez no había captado el meollo del asunto; aún así, era honesto y serio, con una comprensión perfectamente clara de la estafa social organizada, y eso es mucho que decir de cualquiera. Otro hombre me causó una profunda y agradable impresión. Estaba por debajo de la estatura media, era un hombrecillo corpulento y robusto, con una buena cabeza redonda, frente amplia, facciones delicadas y hermosos y adorables ojos azules. Me dijeron que era William Morris, el poeta, y lo escuché con mucho interés, aunque sus ideales parecían más medievales que modernos; aun así, era una personalidad encantadora y no afectada. Me recordó a Engel y Fielden; en benevolencia y bondad esenciales, estos tres hombres eran muy parecidos.

Fue mientras asistía a una de las reuniones de la Federación Social Demócrata que oí hablar del Periódico de Reynolds, e inmediatamente envié al editor copias de mis dos artículos. Rechazó “El reino del terror en Chicago”, pero aceptó el artículo personal, en el que describía a Spies, Fielden y Engel. Sin embargo, alteró algunos de mis epítetos y eliminó algunos por completo, de modo que el efecto fue el de un boceto en acuarela en el que se había utilizado libremente una esponja húmeda difusa.

Me gustaría hablar bien de Inglaterra, ya que me dio descanso y refugio cuando tenía llagas. Pero me quedó muy

claro que Inglaterra sigue siendo, como en la época de Heine, el defensor más obstinado del hecho establecido en todo el mundo. El individualismo es empujado aún más allá que en Estados Unidos, y los restos de una aristocracia feudal petrifican las extravagantes desigualdades de posesión y privilegio. La pobreza se trata como un crimen; los asilos degradan a los hombres por la exigencia de trabajos inútiles y por la distribución de alimentos increíblemente malos. Cien mil personas son enviadas a prisión anualmente porque no pueden pagar pequeñas multas; miles más son encarcelados cada año por deudas, la última supervivencia en Europa de la esclavitud de bienes muebles. Las leyes de quiebras son tan bárbaras como la Inquisición. Al imponer salvajes penas de prisión por delitos insignificantes contra la propiedad, los jueces ingleses han fabricado una clase de delincuentes habituales que están endurecidos más allá de la brutalidad por la semi-inanición y los azotes de las cárceles. Algunas autoridades proponen ahora encarcelar de por vida a estos desgraciados torturados. Los animales inferiores son tratados mejor en Inglaterra que en cualquier otro país del mundo; los pobres son tratados como caballos en Nápoles o perros en Constantinopla.

A medida que fui conociendo mejor al inglés, me empezó a gustar como una persona bien intencionada que lleva la hoja de parra más grande que puede encontrar; pero con el tiempo se ha salido de su lugar y ahora se usa con valentía en el lado equivocado.

Pasé todo el mes de junio en Londres y logré que dos o tres artículos fueran aceptados por la sección avanzada de la prensa. Estaban bastante bien pagados, y yo vivía tan barato

que no me veía obligado a echar mano de mis ahorros. Cada día de correo leía los periódicos de Chicago, y cada correo me asombraba más por la torpeza de la policía de esa ciudad, y por el curioso efecto que su propia cobardía tuvo en la población estadounidense. La policía actuó con el principio de arrestar a todos los extranjeros que pudieran atrapar, y para mediados de junio tenían entre doce y quince mil hombres y mujeres inocentes en la cárcel, y todavía continuaban descubriendo bombas, rifles y garrotes anarquistas en todos los casos.

Sin embargo, cuando el Fiscal del Estado se puso a trabajar para enmarcar un caso coherente, pronto descubrió que casi todos estos arrestos eran completamente ilegales y tontos; los presos, a pesar de las protestas de la policía, tuvieron que ser liberados literalmente por miles; no se pudo obtener ni una pizca de prueba contra ellos. Lo mejor que pudo hacer la fiscalía fue concentrarse en las personas relacionadas con los dos periódicos avanzados y sus amigos, y tratar de presentar un caso en su contra. Spies, por supuesto, fue acusado, y su asistente, Schwab; Fischer también y Fielden, sobre la base de ciertos discursos que habían pronunciado; Lingg, como fundador de la Lehr & Wehr Verein, y el pobre Engel porque siempre había ido a las reuniones avanzadas y era un admirador convencido de Spies. Parsons también fue acusado; pero no pudo ser encontrado por el momento.

La actitud de los acusados sirvió de contraste a toda esta cobardía y estupidez. Ninguno de ellos recurrió a las pruebas del Estado, ni intentó culpar a nadie de su posición, ni intentó negar las creencias que tenía. Y finalmente llegó el clímax dramático de esta superioridad silenciosa y no reconocida de

los prisioneros. La policía no había podido encontrar a Parsons, pero de repente apareció en la prensa una carta de Parsons, declarando que, como era inocente, se entregaría y sería juzgado con los demás, y un día, para asombro general, tomó tranquilamente el tren a Chicago y entró en una estación de policía.

La rendición de Parsons, que fue telegrafiada a Londres y apareció en los periódicos de Londres, tuvo varios resultados. En primer lugar, provocó que se sintiera cierta simpatía hacia él y sus compañeros de prisión. Varios estadounidenses empezaron a dudar en sus corazones si un hombre culpable se entregaría, y si Parsons no era culpable, ninguno de los ocho podría ser condenado. Sin embargo, la bomba había sido lanzada y alguien debía ser castigado por arrojarla. El segundo efecto de la rendición de Parsons me conmovió; seguramente obligaría a la policía a buscar de nuevo al verdadero lanzador de la bomba; claramente no era el hombre, o no pondría su cabeza en la boca del león. Y esto conllevaba la consecuencia adicional de que el informante que había entregado a Lingg probablemente volvería a ser utilizado. Si Lingg y yo teníamos razón al tomar a Raben como informante, ahora ciertamente me denunciaría a la policía, y mi prolongada ausencia debe confirmar su sospecha de que yo fui el verdadero lanzador de la bomba.

Dos días después de la dramática rendición de Parsons llegó la declaración de que el lanzador de la bomba fue un escritor alemán llamado Rudolph Schnaubelt, que había escapado y regresado a Alemania, y ahora estaba siendo buscado, especialmente en Baviera, por la policía alemana. Raben fue el

informante; de eso ahora no tenía ninguna duda; pero afortunadamente no sabía nada con precisión, sus sospechas eran incapaces de probar. Sin embargo, le escribí de inmediato a Ida diciéndole que estaba bastante bien y que tenía muchas ganas de volver a ver Chicago. Me gustaría salir de inmediato si pudiera hacer algo bueno o ser de alguna utilidad. ¿Me dejaría saber lo que pensaba Jack? Siempre tuyo y de él, “Will”.

Diez días después de haber enviado esta carta, recibí una nota de Ida, escrita evidentemente después de que Parsons se hubiera entregado y me hubieran denunciado a la policía. En esta nota me rogaba que no me fuera de Londres; Jack estaba un poco mejor, se recuperaría, pensaron los médicos; pero en todos los casos, esperaba que tuviera un hogar en mi propia tierra. Ida agregó que veía a mi amiguita con frecuencia, quien me enviaba mil mensajes de amor.

No respondí esta carta. No pude decirle nada a Elsie, excepto que debería olvidarme tan pronto como pudiera, y la línea de conducta que me trazaron no se volvió más agradable al pensarlo. Sentí que debería estar en Chicago haciendo una confesión completa que liberaría a los inocentes; pero mi promesa me ataba, y la sensación de que Lingg estaba seguro de tener razón al reclamar su cumplimiento. Además, mi confesión ni siquiera liberaría a Lingg, aunque asumiera toda la responsabilidad y la culpa, porque los últimos periódicos de Chicago declaraban definitivamente que se habían encontrado materiales para bombas en las habitaciones de Lingg, y libros de química que contenían una nueva fórmula para una alta concentración de explosivo escrita de su propia mano. Poco a poco, parecía que incluso el público ciego y los periódicos

comenzaban a reconocer que Lingg era realmente el centro de la tormenta. Aquí hay una descripción relativamente justa de él; es de la pluma de un testigo estadounidense que lo había estudiado. Lo reproduzco para que mis lectores vean cómo Lingg impresionó al mejor tipo de reportero:

“La extraña figura del grupo, el hombre más extraño que he conocido y el menos humano, es Louis Lingg. Es una especie de loco moderno, completamente imprudente ante las consecuencias para sí mismo, envenenado con una furia sostenida de venganza contra todo el orden social. Poco de su fuerza física anormal es evidente cuando está en reposo. Tiene una estatura ligeramente inferior a la media, constitución muy compacta, con el pelo castaño, un rostro fuerte y los ojos gris acero más extraordinarios que jamás he visto en una cabeza humana sumamente aguda, y lleva en sus profundidades una especie de fuego frío y odioso. Sus manos son pequeñas y delicadas; su cabeza grande y muy bien formada; su rostro indica buena crianza y cultura. Es cuando camina, como a menudo lo veo caminando de un lado a otro en el pasillo de la cárcel, que parece más formidable; porque entonces su paso ágil, deslizante y peculiarmente silencioso, y el juego de los músculos alrededor de sus hombros, sugiere algo parecido a un gato, una impresión anormal acentuada por la ola leonina de cabello que llevaba cuando llegó, aunque cuando yo lo vi, estaba muy rapado y bien afeitado. Después de todo, para un hombre pequeño, es la figura más fabulosa que he conocido. A cualquier pregunta o

comentario suele responder con una mirada desconcertante, y creo que pocas personas lo observan sin una sensación de alivio de que esté del otro lado de las barras de acero...”⁴.

4 Es curioso notar aquí cómo incluso los observadores más cuidadosos a menudo se equivocan por completo en puntos importantes. El autor del boceto anterior declara que Lingg estaba 'ligeramente por debajo de la altura promedio', la verdad es que Lingg estaba bastante por encima de la 'altura promedio' de entonces, midiendo 1,70 m. en calcetines. Schaack, el capitán de policía declaró posteriormente en forma impresa que Lingg era “alto”. – Nota del editor

CAPÍTULO XI

El juicio en Chicago fue una revelación alarmante, horrible, incluso para mí, de la brutalidad innata del hombre. Parece natural esperar que los seres humanos estén en su mejor momento en una prueba en la que la vida y la muerte penden de un hilo. Sorprende al espectador descubrir que el gran problema no afecta de ninguna manera el carácter o incluso la conducta de la gente común.

Durante todo ese año, los periódicos capitalistas de Chicago habían sido descaradamente unilaterales. Día tras día, sus columnas se habían llenado de furiosas llamadas a la policía; una y otra vez habían pedido a Bonfield y a sus ayudantes que “usaran el plomo” contra nosotros, pero yo había esperado que ahora todo esto cesara, que los partidarios del orden establecido refrenaran la mano, al menos por un tiempo. Podían estar bastante seguros de que los jueces que habían designado y la maquinaria de la ley que habían instituido actuarían como los habían diseñado para actuar. En el peor de los casos, pensé, habrá una demostración de justicia, y los consolé yo mismo con la reflexión de que si hubiera algún juego limpio, sería imposible condenar a siete de los ocho acusados; porque esos siete no habían tenido nada que ver con el lanzamiento de la bomba y, de hecho, no sabía nada de eso.

¡Pobre tonto que era! Todavía imaginaba que la inocencia aseguraba la absolución en un tribunal de justicia.

Pero ya cuando pensaba en el juicio comencé a indignarme, pues por mucho que fuera su caso comencé a temer, y ese era el corazón de mi miedo. La policía ya había afirmado que habían encontrado bombas en las habitaciones de Lingg. Conocía a Lingg lo suficientemente bien como para saber que eso era casi seguro que no era cierto; nunca habría implicado a Ida en su crimen. Por la descripción del lugar, también, donde había sido capturado, supe que había quedado atrapado en su pequeño taller de carpintero, y se habrían descubierto bombas allí, si acaso. Además, la descripción policial de los explosivos encontradas en las habitaciones de Lingg era totalmente incorrecta; no tenían la misma forma que las bombas de Lingg y, sobre todo, se declaró que el explosivo utilizado era dinamita, que Lingg nunca utilizó. Por estas razones, estaba seguro de que las bombas eran de imaginación o de fabricación policial. Y si la policía podía fabricar pruebas falsas contra Lingg, ¿qué les impedía fabricar mentiras sobre los demás? Comencé a temer por el resultado y, como resultó, con razón.

El siguiente lote de periódicos de Chicago me mostró que la policía había descubierto bombas en el escritorio de Parsons, y granadas por docenas en la casa de Spies, y un poco más tarde proyectiles en la tienda de Engel. No tuve necesidad de seguir leyendo; incluso la policía de Chicago se había superado a sí misma y había llegado al límite cuando atribuyó la fabricación de bombas al amable viejo Engel. Los periódicos trataron todos estos supuestos descubrimientos con mucha seriedad; fotografías publicadas de las bombas; fotografías de los

casquillos fulminantes, cualquier cosa y todo para prejuzgar el caso, para excitar el horror y el odio al acusado. Evidentemente los ladrones en posesión del orden establecido, estaban decididos a toda costa a derrotar a sus enemigos. ¿Por qué debería dudar en llamarlos ladrones? Al escribir sobre la Comuna de París, ¿no dijo Ruskin que “los capitalistas son los ladrones más culpables de Europa...”? ¿No atacó, como debería ser atacado, ese “robo oculto; hurto que se esconde, incluso de sí mismo, y es legal, respetable y cobarde, que corrompe el cuerpo y el alma de los hombres hasta la última fibra”?

Y si disputas la autoridad de Ruskin, ¿te convencerán Carlyle, Balzac, Goethe, Ibsen, Heine, Anatole France, Tolstoi, alguno o todos los líderes de la modernidad? ¿Pensamiento? Sobre este tema todos están de acuerdo. Y estando de acuerdo con ellos, quiero mostrar cómo esta conspiración de ladrones legalizados en Chicago se defendió y finalmente se deshizo de sus oponentes. Ruego a mis lectores que crean que expongo esta desvergonzada venganza suya no con ira, sino simplemente como una advertencia y una lección para la clase que represento. Es bueno que los trabajadores sepan cómo la clase media prostituye la justicia en el país más democrático de la cristiandad.

El juicio fue una cruel farsa; de principio a fin una burla de la justicia. Durante semanas antes de que comenzara, los periódicos, como ya he dicho, habían estado envenenando las mentes de la gente de Chicago con todas las mentiras y calumnias policiales imaginables; cualquier palo les parecía a los periodistas suficientemente bueno para el perro anarquista.

En el momento en que comenzó el juicio, miles de hombres seguían en prisión en Chicago bajo sospecha; retenidos allí incumpliendo la ley, como medio fácil de aterrorizar a cualquier testigo que pudiera ser llamado por la defensa.

Día tras día, la sala del tribunal se llenó de amigos del orden establecido; ciudadanos bien vestidos que mostraban sus sentimientos, ahora con vítores, y ahora con gemidos, de la manera más inconfundible. Al proletariado, que superaba en número a los ricos diez a uno, no se le permitió tener a ninguno de sus representantes en la corte; algunos de los que acudieron fueron detenidos y llevados a la cárcel sin pretensión de legalidad, para desanimar al resto. ¡Qué vergonzosa y lamentable farsa fue todo!

En primer lugar, el juicio se celebró demasiado pronto después de la infracción como para ser justo con el acusado, mucho menos imparcial. Comenzó el veintiuno de junio, seis semanas después del lanzamiento del explosivo. Luego, también, se llevó a cabo en la misma escena del crimen, donde los hombres todavía estaban demasiado asustados para pensar en la justicia, y aunque se pidió un cambio de lugar, fue rechazado perentoriamente. Pero no solo la sala del tribunal estaba llena; el jurado también estaba lleno. De los mil extraños cuentistas de la lista de testigos; sólo diez procedían del distrito decimocuarto, el barrio de la clase trabajadora, sin embargo, este barrio tenía una población de 130.000 habitantes, mientras que la población total de Chicago era sólo de quinientos mil. Y para que la seguridad estuviera doblemente asegurada, los diez narradores que fueron sacados de la decimocuarta sala fueron cuidadosamente seleccionados

por la policía; todos vivían, de hecho, a unos pocos metros de la comisaría. Fue en vano que el Capitán Black, el abogado de la defensa, hiciera uso de su derecho a desafiar a tales hombres; los desafió a todos los que se le permitió desafiar, ciento sesenta para los ocho acusados; pero todos los testigos eran de la misma clase, de modo que la defensa era impotente. Un solo ejemplo establecerá esto. Desafió a un testigo y apeló al juez contra él; porque cuando fue interrogado, este testigo admitió que había tomado la decisión desde el principio de que los acusados eran culpables, incluso antes de que él llegara al tribunal. El juez, para hacer alarde de sus prejuicios, o más bien para descubrir su completa simpatía por la clase capitalista, permitió que este testigo declarara.

Poncio Pilatos fue un juez infinitamente más justo que el juez Gary; Pilatos tenía algunas dudas; de vez en cuando trataba de mostrar justicia; pero Gary estaba a prueba de tales simpatías. Desde el principio hasta el final del juicio, siempre apoyó al Fiscal del Estado Grinnell y se opuso al abogado de los detenidos. Tomemos un ejemplo: permitió que una obra de Most, el anarquista medio loco, fuera exhibida como prueba contra los prisioneros, aunque no había ninguna prueba, ni siquiera un poco de presunción, de que alguno de los detenidos hubiera visto el libro alguna vez y aunque estaba escrito en un idioma que ni Fielden ni Parsons podían entender. Con un público hostil llenando el tribunal, con papeles hostiles que avivan los prejuicios hasta la locura, con un jurado abarrotado de opositores acérrimos; con un juez que se sobrepuso a las determinaciones más comunes de la ley para estimular al jurado contra los detenidos, hubo pocas posibilidades de un veredicto decente. A pesar de todo esto,

sin embargo, el caso contra los prisioneros era tan débil que parecía una y otra vez como si fuera a romperse en pedazos por su propia podredumbre.

Los testigos principales de la policía fueron el capitán John Bonfield y los señores Seliger, Jansen y Shea. Todos se contradecían y se desmentían en puntos vitales. Se le preguntó a Bonfield si alguna vez había usado las palabras: “Si tan solo pudiera reunir a un millar de esos socialistas y anarquistas en un grupo... me quedaría sin trabajo”. Admitió que las había utilizado y declaró que estaban justificadas. Seliger vivía en la comisaría y admitió que había recibido grandes sumas de dinero de la policía. Jansen y Shea confesaron que se habían afiliado a clubes socialistas y habían hecho discursos para incitar a los miembros contra la policía –confesaron además que se les había pagado por esos servicios–; sin embargo, el juez Gary sostuvo que sus declaraciones eran admisibles y afirmó que en los puntos principales no se habían alterado en el contrainterrogatorio. Estos testigos eran, por sí mismos, agentes provocadores. Esta parodia de la justicia se prolongó durante dos meses; pero mucho antes de que terminara me golpeó la convicción de que el jurado encontraría a cada uno de los ocho culpables. Fueron momentos en los que parecía imposible que incluso ese jurado cometiera semejante crimen.

El Capitán Black hizo su trabajo espléndidamente como abogado de la defensa. Hizo pedazos toda la acusación del Fiscal del Estado. Demostró que al principio los ocho hombres habían sido juzgados por asesinato, y durante semanas la policía había tratado de demostrar que eran los fabricantes y

lanzadores del explosivo, o al menos estaban al tanto del lanzamiento (la única bomba que yo lancé, se había convertido en tres, según el testimonio policial). Este caso, señaló el capitán Black, se había roto por completo; no había ni un ápice de evidencia creíble para relacionar a alguno de los prisioneros con el lanzamiento de una bomba. Luego mostró cómo el Fiscal del Estado, Grinnell, reconociendo esto, había comenzado a cambiar de terreno y a acusar a los detenidos de anarquistas. “Toda la acusación ahora descansa”, dijo, “en el intento de demostrar que estos hombres han incitado al asesinato con sus discursos y escritos”. Continuó ridiculizando la idea de que se hubiera establecido alguna conexión entre el lenguaje fuerte utilizado por los detenidos y el lanzamiento de la bomba. Hizo su última apelación al jurado para que tratara el caso como un caso político, como un caso en el que las palabras candentes de los oradores de ambos lados no debían tomarse en serio; pero el jurado de la clase dirigente estaba por encima de todo pensamiento independiente y más allá de la apelación. Dieron un veredicto de “culpable” contra cada uno de los ocho.

El valor del veredicto surge de un hecho. Entre los ocho había un hombre, Oscar Neebe, contra quien no se había probado nada, cuyo lenguaje siempre había sido moderado, que ni siquiera estuvo en la concentración de la calle Desplaines; pero el jurado, pensando que era un desperdicio hacer una excepción, declaró a Neebe culpable. Luego se preguntó a los presos si tenían algo que decir porque la sentencia no debía ser dictada sin escucharles.

Uno tras otro se levantaron e hicieron mejores discursos de los que se podría haber creído que fueran capaces de

pronunciar. Parsons, por supuesto, aprovechó la ocasión magníficamente; según todos los relatos se superó a sí mismo. Comenzó llamando la atención sobre el hecho de que este juicio era simplemente un incidente en el largo conflicto entre capital y trabajo. “Era bien sabido”, declaró, “que los representantes de la organización empresarial, conocida como la Asociación de Ciudadanos de Chicago, habían gastado dinero como agua para apuntalar el caso contra los acusados en todos los puntos débiles. Estos millonarios tenían a su disposición la prensa capitalista, “esa vil e infame organización de mentirosos a sueldo”... El juicio fue instituido por la mafia capitalista, procesado por la mafia, llevado a cabo en medio de los vítores y aullidos de la mafia, y resultó en un veredicto de la mafia...

“Ahora se les pide”, prosiguió, “que dicten un veredicto contra nosotros como anarquistas. ¿Por qué no considerar los escritos de la prensa capitalista que llegaron primero en el tiempo, y a los que respondimos? Cuando los marineros en los muelles estaban en huelga para obtener un salario digno, ¿qué decía 'The Chicago Times'? *Debe haber granadas de mano entre ellos. Con ese trato se les enseñaría una valiosa lección y otros huelguistas recibirían una advertencia de su destino...* ‘The New York Herald’ decía: *Los brutales huelguistas no pueden entender otro significado que el de la fuerza, y deberían tener la suficiente para recordarlo durante muchas generaciones.* ¿Qué decía 'The Indianapolis Journal'? *Dadles a los huelguistas una dieta de paseo durante unos días, y verás si les gusta ese tipo de pan.* ¿Qué dijo “The Chicago Tribune”? *Denles estricnina*”.

“¿Estos editores y escritores están siendo juzgados por incitación al asesinato? Sin embargo, el asesinato se repitió una y otra vez como resultado de su incitación. Le he citado el artículo de 'The Chicago Tribune'; tres días después, siete huelguistas desarmados fueron abatidos por la policía, asesinados a sangre fría. ¿El editor o el autor del artículo de 'The Chicago Tribune' fue arrestado y acusado de incitación al asesinato? Es evidente que en Estados Unidos hay una justicia para los ricos y otra para los pobres. Nosotros los anarquistas debemos ser tratados como asesinos; cada palabra espontánea o irreflexiva que hayamos dicho debe ser usada en nuestra contra, sin embargo, podría haber alguna mitigación del odio que sentís hacia nosotros si consideraseis nuestra posición. ¿Creéis que es fácil para nosotros ver a trabajadores que están dispuestos a trabajar, hambrientos? ¿A ver a sus esposas e hijos adelgazar y debilitarse día a día? Todo este invierno treinta mil trabajadores han estado sin trabajo en Chicago. Casi un tercio del total población de Chicago ha estado durante meses al borde de la inanición. Cuando vemos a los niños pequeños acurrucados alrededor de las puertas de las fábricas, los pobres pequeños de huesos aún sin formar, cuando los vemos arrancados del fuego, arrojados a las bastillas del trabajo, y sus frágiles cuerpecitos convertidos en oro para hinchar el tesoro del millonario o para adornar la forma de alguna aristocrática Jezabel, consideramos que ha llegado la hora de hablar”.

“El juez Gary ha declarado que la resistencia a la ejecución de la ley es un crimen, y que si tal resistencia conduce a la muerte es un asesinato; bueno, el juez Gary está equivocado. Nuestra *Declaración de Independencia* es una autoridad más alta que el

juez Gary, y afirma que la resistencia a la tiranía de la autoridad ilegal es correcta; y ¿qué podría ser más ilegal que la policía use garrotes y revólveres contra hombres desarmados que ejercen el derecho estadounidense a la libertad de expresión en una reunión abierta? El juez Gary fallecerá y será olvidado; pero la *Declaración de Independencia* seguirá siendo un monumento de la sabiduría humana”.

“El fiscal ha tratado de generar prejuicios contra mí personalmente llamándome 'agitador pagado'. Bueno, me pagan y me han pagado. Recibo el salario que yo mismo fijé, ocho dólares a la semana, por editar 'The Alarm', y todos mis otros trabajos. Ocho dólares a la semana, eso es con lo que mi esposa y yo vivimos —'un agitador pagado'; el mundo debe juzgar si la burla es merecida”.

“No piensen, señores del jurado, que habrán resuelto este caso cuando hayan llevado mi cuerpo sin vida al campo del alfarero. ¡No se imaginen que este juicio se acabará estrangulándome a mí y a mis compañeros! Habrá otro juicio, y otro jurado, y un veredicto más justo. El juicio de la Historia”

Solo he dado algunos extractos del discurso de Parsons, tomando un poco de este periódico y otro poco de aquél; porque aunque habló durante dos días, todos los informes que pude obtener habían sido escritos en una columna. Los mismos periódicos, “The Chicago Tribune” y “The Chicago Times”, que ofrecieron a la policía argumentos textuales, e informaron el discurso de la fiscalía en su totalidad, apenas se dignaron a publicar una palabra entre cien del discurso de Parsons; sin

embargo, incluso estos periódicos prejuiciosos admitieron que su discurso fue excelente y tuvo un gran efecto.

Pero en mi opinión, conociendo al hombre y leyendo a distancia, el discurso de Engel fue igual de efectivo, y aún más conmovedor en su transparente honestidad. No llevó la guerra al campo de los enemigos como hizo Parsons; simplemente mostró lo que sufrían los pobres y confesó que su simpatía estaba naturalmente con todos los que trabajaban y pasaban hambre, y que eran tratados siempre con dureza y desprecio. Todo lo que dijo Engel obtuvo las mejores simpatías. Pero la sensación del juicio fue el discurso de Louis Lingg, aunque fue muy breve.

“Es una agradable ironía”, comenzó, “llamar a esto un juicio justo en audiencia pública, con un jurado seleccionado, un juez con prejuicios y una multitud de testigos policiales contratados; pero la ironía se vuelve aguda cuando nos preguntan, después de ser designados 'culpables', si tenemos algo que decir por qué no debemos ser colgados sin oírnos, quedando perfectamente bien entendido que aunque habláramos con lenguas de ángeles, aún así seríamos colgados.

“Tenía la intención”, prosiguió, “de defenderme; pero el juicio ha sido tan injusto, la conducción tan vergonzosa, la intención y el propósito tan claramente reconocidos, que no desperdiciaré palabras. Sus amos capitalistas quieren sangre, ¿por qué hacerlos esperar?

“El resto de los acusados le han dicho que no creen en la fuerza. Puedo decirles que no tienen nada que ver conmigo en

este viaje. Son todos inocentes, todos; yo no pretendo serlo. Creo en la fuerza al igual que vosotros. Esa es mi justificación. La fuerza es el árbitro supremo en los asuntos humanos. Habéis golpeado a huelguistas desarmados, los habéis abatido en las calles, habéis matado a sus mujeres y a sus hijos. Siempre que lo hagáis, los anarquistas usaremos explosivos contra ustedes.

“No se consuelen con la idea de que hemos vivido y muerto en vano. La bomba de Haymarket detendrá los golpes y tiroteos de su policía durante al menos una generación. Y esa bomba es solo la primera, no la última...

“Os desprecio. Desprecio vuestra sociedad y sus métodos, vuestros tribunales y vuestras leyes, vuestra autoridad impuesta por la fuerza. ¡Colgadme por eso!”

Según todos los relatos, este discurso de Lingg tuvo un efecto tremendo; la frialdad del mismo, la imparcialidad indiferente del principio, la audaz confesión de su fe en la fuerza, la noble declaración de que él solo era culpable, la osadía de todo el asunto afectaba a todos. Sobre todo, la amenaza de que la bomba de Haymarket no fuera la última. Pero, por supuesto, el discurso no influyó en el juez.

El juez Gary, al dictar sentencia, comenzó diciendo que lamentaba la infeliz condición de los acusados; “pero la ley sostiene que quien aconseja asesinato es él mismo culpable del asesinato que se comete de conformidad con su consejo...” Continuó diciendo que “el acusado Neebe debería ser encarcelado en la Penitenciaría Estatal de Joliet condenado a

trabajos forzados por el plazo de quince años, y que cada uno de los demás imputados, entre las diez de la mañana y las dos de la tarde del tres de diciembre siguiente, en la forma prevista por el estatuto de este Estado, ser colgados del cuello hasta la muerte. Saquen a los prisioneros”.

Todo el espíritu y el significado del juicio puede ser entendido por cualquier persona imparcial a partir de un artículo que apareció en “The Chicago Tribune”, acogiendo el veredicto y las sentencias con indecente y descarado deleite. El artículo se titulaba “Chicago cuelga a los anarquistas”, y el redactor propuso que se suscribieran inmediatamente cien mil dólares para el jurado que tan noblemente había cumplido con su deber.

No puedo describir las alternancias de esperanza y miedo que experimenté en los dos meses que duró el juicio. Durante sesenta días estuve sonámbulo. Hablo en sentido figurado, porque este idioma inglés es figurado; todo ha sido hecho por poetas y escritores románticos, por personas con imaginación y no por personas con ojos abiertos y juicio claro; pero las nuevas experiencias exigen un nuevo relato, y el lenguaje de la simple realidad es suficientemente impresionante. Antes de que terminara la mitad del juicio, había adquirido el hábito del insomnio que me vino por primera vez después de dejar Chicago. Al principio no presté atención a este insomnio. Cuando estaba cansado, pensé que debería dormir; pero a medida que crecía en mí la convicción de que todos estos hombres serían condenados: Parsons, que se había entregado, Spies, el adorable Fielden, el querido viejo Engel, Lingg... el insomnio creció en mí y, por muy cansado que estuviera, no

podía dormir sin el cloral o una inyección de morfina. Incluso cuando salí de Londres a Richmond Park, anduve todo el día por ese hermoso lugar y regresé cansado, no pude dormir; o si me dormía unos minutos empezaba a soñar horribles sueños, que me despertaban a pesar mío, temblando de miedo.

A medida que mi ansiedad crecía, las alucinaciones se volvían más angustiantes. Una que recuerdo más agudamente solía tomar la forma de un ojo, que parecía observarme y mirarme fijamente hasta que desperté. En mi sueño, el ojo a menudo se volvía luminoso, y en su luz volvía a ver Crane's Alley, el camión, los altavoces y la pequeña luz roja, como si se tratara de una estrella fugaz, y luego el pozo en la calle, y el caos rojo, y despertaba, temblando con un sudor frío.

En otro de estos sueños, una punta aparecía y se convertía rápidamente en un pico y se dotaba de alas, y descendía cada vez más cerca hasta que me di cuenta de que estaba tratando de arrancarme los ojos, y luego se acercaba y cambiaba de repente en la terrible calle, y de nuevo me desperté, jadeando de terror.

Incluso cuando simplemente cerraba los ojos, todos los colores del caleidoscopio se pintaban en barras y anillos sobre mis párpados. A veces no veía nada más que carmesí, y luego naranja, y luego barras alternas de carmesí y naranja. ¿Cómo podría uno dormir con los nervios jugando tales trucos?

El insomnio hacía intolerable la tensión. Perdí el apetito y perdí fuerzas. Un día fui a un médico y me dijo que estaba sufriendo un ataque de nervios, y que si no descansaba las

consecuencias serían graves. Le pregunté cómo debería descansar. Sacudió su sapiente cabeza, me dijo que no pensara en nada desagradable, que saliera y viviera al aire libre, como se le podría decir a un hombre hambriento que tuviera mil libras en su saldo del banco.

Llegué al punto de ruptura justo antes del juicio. Había estado leyendo los periódicos y me había olvidado de comer algo. Cuando regresé a mi alojamiento subí corriendo las escaleras de dos en dos, como era mi costumbre. Cuando entré en mi habitación y cerré la puerta, todo se balanceó, caí contra la cama y luego me desmayé sobre la puerta. Cuando volví en sí me sentí muy débil y enfermo; pero de una forma u otra me las arreglé para meterme en la cama, donde permanecí acostado durante una hora o así. Quiso la suerte que el sirviente se acercara a llenar la jarra de agua y le pedí que me trajera un poco de chocolate, pan y mantequilla. La comida me revivió; pero estaba demasiado débil para levantarme, y al día siguiente la debilidad continuó, y me sorprendió ver lo pálido y demacrado que estaba mi rostro, que antes era bastante redondo y bien cubierto.

Pasaron los días y gradualmente me volví más fuerte; pero mis nervios estuvieron conmocionados durante meses. Solía sentarme en la silla junto a la ventana durante horas sin moverme, mientras las lágrimas brotaban débilmente de mis ojos.

Es bueno decir que cuando llegó el veredicto y la ansiedad pasó, comencé a recuperarme un poco. Inmediatamente tomé la decisión de volver a Chicago y entregarme, y habiendo

resuelto esta decisión mis crueles dudas, comencé a dormir mejor. Pero unos días después recibí otra carta de Chicago, cambiando mi resolución en una dirección completamente nueva.

Fue esta carta la que me devolvió la vida y su propósito nuevamente: “Jack parece muy ansioso por ti”, escribía Ida; “espera que escribas la historia de su enfermedad y tu exilio. 'Dile', dice una y otra vez, 'que nació como escritor, y un buen libro vale más que mil obras'. Confío en el objetivo de escribir y no hago nada más...

Quizás Lingg tenía razón. De todos modos, su consejo me sostuvo, y comencé de inmediato a escribir la historia como la he expuesto aquí y escribirla —el propósito y el trabajo— me devolvió lentamente a la vida.

Al principio escribí simplemente como reportero y descubrí que después de cien páginas todavía estaba escribiendo sobre mi propia infancia. Rompí todo lo que había escrito y comencé de nuevo, decidido a dejar de lado todo lo que no ilustrara el tema principal, y esta determinación, a pesar de mi falta de talento y mi dolorosa inexperiencia, me está ayudando a salir adelante; pero nadie podría ser más dolorosamente consciente que yo de lo indigno que es la escritura del tema. También soy muy consciente de que este libro solo es interesante cuando trato con grandes personas, como Lingg, Ida, Elsie y Parsons, por lo que volveré a ellos y a mi historia sobre los mejores y más grandes. Aún quedan cosas terribles por contar.

Todo este tiempo no pude quitarme la idea de que Lingg no iría como una oveja al cadalso. Hasta el final había esperado que él hiciera justicia a sus justicieros y terminara el juicio en un tribunal abierto con una bomba. Si no lo había hecho era porque era imposible. Probablemente lo habrían mantenido bajo la más estricta vigilancia. Pero ahora estaba seguro de que el reloj estaría relajado, y la osadía y la resolución de Lingg eran tan extraordinarias que probablemente haría algo todavía para aterrorizar a sus oponentes.

Mientras tanto, no se abandonó la esperanza de que la sentencia se mitigara. Se presentó una solicitud para un nuevo juicio al juez Gary y fue rechazada; pero eso era sólo lo que podía esperarse.

Aproximadamente en ese momento mi corazón se animó por el hecho de que parecía estar ocurriendo un cambio en el sentimiento popular en Chicago. A fines del verano la gente comenzó a prepararse para las elecciones y, para asombro de los capitalistas, el Partido Laborista pasó de triunfo en triunfo. Sin duda, como consecuencia de estos éxitos, el aspecto judicial del caso cambió para mejor. El día de Acción de Gracias, el veinticinco de noviembre, el capitán Black consiguió una *superación* o suspensión de la ejecución de la vil sentencia. Esta decisión superior permitió una apelación ante la Corte Suprema, que el Capitán Black comenzó a preparar de inmediato.

Las nieblas de noviembre y diciembre me sacaron de Londres, a pesar de que las perspectivas de mis amigos eran más prometedoras; a pesar, también, del hecho de que

estaba empezando a hacer algunos pequeños progresos con mi libro. Trabajar en la penumbra, la mugre y la suciedad se había vuelto casi imposible para mí. Estaba terriblemente deprimido; mis nervios parecían ceder por completo en la penumbra y la suciedad. Así que aproveché la primera oportunidad y cogí el vapor hacia Burdeos. El pasaje costó muy poco, un par de libras por los cuatro días. Tuve un pasaje muy tormentoso; pero eso era de esperar en el golfo de Vizcaya, y mucho antes de que llegáramos a Burdeos el aire era claro y ligero, y el viento se había llevado todas las brumas deprimentes. Encontré una habitación en un pequeño callejón en las afueras de la ciudad revestido de enredaderas, y viví allí por poco dinero todo el invierno. Casi logré cubrir mis gastos con lo que escribí para Reynolds, de modo que todo lo que escribía para el libro me parecía una clara ganancia. Lo peor de mi estadía en Burdeos era que estaba casi completamente aislado del mundo estadounidense. Los periódicos no contenían noticias extranjeras de las que valiera la pena hablar; los franceses, de hecho, parecen creer que lo más pequeño que sucede en Francia es más importante que lo más grande que sucede en cualquier otro país. Hay una insularidad mental en ellos que es asombrosa. Han vivido tanto tiempo con la idea de que son la primera nación del mundo, y su idioma el idioma más importante, que aún no se han dado cuenta del hecho de que son solo una nación de segunda categoría, y el inglés y el ruso, e incluso el alemán, son lenguas incomparablemente más importantes que el francés. Son como una clase de jóvenes en crecimiento; se imaginan a sí mismos más fuertes y más sabios, mientras que sólo son mayores y más viciosos.

A principios de marzo me dirigí a París, y de París en unos días me fui a Colonia. Allí volví a ponerme en contacto con el mundo y me enteré de que el 13 de marzo la apelación del capitán Black había sido presentada ante la Corte Suprema. Sin embargo, no se esperaba un juicio por algún tiempo.

Encontré un club socialista en Colonia y, de hecho, en todas las ciudades alemanas que visité. Tenía miedo de ir libremente a las reuniones; pero de vez en cuando asistía a algunas de las conferencias y descubrí que en Alemania, al menos, el nuevo credo generaba cada día nuevos conversos.

En el transcurso de ese verano escribí mucho para los periódicos alemanes avanzados, especialmente para los socialistas; pero descubrí que la idea de Lingg de que un Estado moderno perfecto debería abarcar tanto el socialismo como el individualismo no era aceptable para los socialistas. Insistieron en que la cooperación tendría que reemplazar por completo a la competencia como la fuerza motriz en la vida, lo cual no podía creer en absoluto. Una y otra vez señalé que todos los males de nuestra sociedad surgían del hecho de que el individuo se había combinado con otros y de ese modo había aumentado su propia fuerza, y así podía hacerse con el control de grandes departamentos de la industria que no tenía por qué controlar, y así anexar ganancias que deberían haber ido a las arcas del Estado. El mundo me pareció enloquecido. Siete de cada diez personas que conocía creían en el individualismo desenfrenado y declaraban que los gigantescos males eran sólo accidentales y sin importancia, mientras que las otras tres estaban seguras de que la competencia no significaba más que derroche, fraude y codicia desvergonzada, y el milenio que

vendría a la tierra lo arreglaban con cooperación. Me quedé entre estos dos partidos y, por mi moderación, ambos me consideraban un enemigo. Los individualistas no me aceptaban porque no podía aceptar sus extravagantes mentiras; los socialistas no me querían porque yo no podía seguir su camino. Una y otra vez me vi obligado a ver la verdad del dicho de Lingg de que el Estado moderno no era lo suficientemente complejo: debería haber muchos más nombramientos gubernamentales con pequeños salarios para personas con peculiaridades o dones extraordinarios que les permitieran ver y hacer cosas que otros hombres no veían y no podían hacer. El progreso en la sociedad proviene generalmente de lo que los científicos llaman hombres o mujeres “poseedores” de algún don extraordinario, y noté que los “sobresalientes” en una democracia tienen pocas posibilidades de sobrevivir. El brutal vasto cuerpo de opinión pública, como había descubierto en América, los abrumba, los odia, o al menos se impacienta de su superioridad, y de hecho de su mera existencia, por lo que los pies del progreso están atados.

CAPÍTULO XII

Con el paso de los meses comencé a buscar un buen argumento, pero hacia el final del verano mis esperanzas se desvanecieron de repente. El 20 de septiembre, la Corte Suprema dictó su sentencia, reafirmando la sentencia del Tribunal del juez Gary. Cuando leí la “opinión” del Tribunal Supremo en los periódicos americanos, jadeé con asombro, de que fueran simplemente asumidas como una verdad indiscutible declaraciones fabricadas ante el Tribunal inferior que eran absolutamente falsas, que ni siquiera se mencionaran las evidencias. Cuanto más alto se llegaba, peor iba; debí haberlo adivinado. Cuanto mejor se pagaba a los jueces y más alto era su puesto, más estaban del lado del orden establecido. En cada caso los jueces de la Corte Suprema deformaban la ley para adaptarla a sus prejuicios.

Como era de esperar, el Partido Laborista no aceptó este infame veredicto como decisivo. La “opinión” generó una intensa conmoción entre los líderes sindicales, y las organizaciones laborales de Chicago se prepararon para agitar. Los capitalistas, sin embargo, estaban listos para la lucha. Se convocó una reunión laboral de protesta, que contó con buena asistencia, pero fue boicoteada por la prensa capitalista. Eso no fue suficiente; por lo tanto, se adoptaron inmediatamente medidas más fuertes. La Sra. Parsons estaba ganando simpatías

al distribuir copias de esa parte del discurso de su esposo en el primer juicio que contenía un llamamiento al pueblo estadounidense, basada en la *Declaración de Independencia*. Fue arrestada y encarcelada, y además de esto, todas las reuniones a favor de los condenados fueron prohibidas en Chicago. Evidentemente los capitalistas no solo estaban forzando sino degradando la ley para vengarse de sus enemigos. Luego supe tardíamente que el capitán Black había ido a Nueva York para consultar con el general Pryor, el abogado más capaz de América, sobre el mejor método de apelación para la Corte Suprema de los Estados Unidos. Sin embargo, no pudo obtener pruebas para presentarlas ante el Tribunal Supremo. Se le negó el “registro” en la Corte, por primera vez en la historia de Estados Unidos. Cuando leí esto supe que las cosas eran desesperadas y que todo lo que pudiera hacer debía hacerse rápidamente.

De inmediato volví a Londres y comencé a agitar los clubes radicales. Todos me escucharon con simpatía y siguieron mis consejos. También encontré algunos hombres y mujeres ingleses notables que trabajaban en la misma causa, en particular el doctor Aveling y Eleanor Marx Aveling. Mr. Hyndman, también, fue infatigable, tanto hablando como escribiendo a favor al menos de un juicio justo, y William Morris puso en peligro su reputación en Estados Unidos con bastante alegría al escribir una apelación apasionada en nombre de los condenados. También dos o tres estadounidenses se distinguieron de la misma manera, especialmente William D. Howells y el coronel Ingersoll, el célebre conferencista, que mostró su acostumbrada valentía

escribiendo contra lo que se atrevió a llamar “un asesinato judicial”.

El Tribunal Supremo había fijado el 11 de noviembre para la ejecución, y comencé a temer por primera vez que estos hombres serían efectivamente ejecutados ese día, dada la abrumadora fuerza del orden capitalista establecido y la extrema debilidad y la falta de organización del proletariado. En Londres, las protestas de los clubes radicales apenas fueron citadas por los periódicos de la clase media. Cada una de las grandes hojas, como “The Times” y “The Telegraph”, simplemente anunciaba la fecha de la ejecución y el fallo de la Corte Suprema como hechos ordinarios que deberían haber sido esperados. Se debía hacer justicia, decían todos, y cuanto antes se cumpliera la acción, mejor. Y ese era el espíritu en Estados Unidos también, solo que allí se intensificaba con una cierta cantidad de miedo y rabia. “Por fin estamos llegando al final” dijo “The Chicago Tribune” “y pronto nos libraremos de los monstruos que estarían mejor fuera de la vida”

El hecho de que siete de los ocho hombres fueran completamente inocentes no parecía preocupar y no interesaba a nadie en particular. Si uno hablaba de ello en una taberna o en la calle, se encontraba simplemente con miradas frías, atención involuntaria, y encogimientos de hombros. Me vi obligado a concluir que la cantidad de personas en este mundo que se preocupan por la justicia o el derecho, aparte de sus propios intereses, es muy pequeña. Ahora, como en los viejos tiempos, no había cinco justos en una ciudad. La ira y la rabia parecían devolverme algo de mi fuerza. Nuevamente le

escribí a Ida diciéndole que estaba ansioso por regresar a Chicago. Le supliqué como sabía que ella le suplicaría a Lingg, y nuevamente nuestras cartas se cruzaron. Durante los últimos días de octubre recibí una carta de ella en la que Jack me agradecía por haber cumplido mi promesa y me pedía que vigilara el final con atención, porque “se necesitará un buen testigo”. Podía escucharlo decir las palabras y de inmediato me dispuse a conseguir cada artículo de información que pudiera sobre los condenados y su trato. Lo que aprendí, lo que resultó de ello y el terrible final, ahora debo contar lo mejor que pueda.

Los llamados anarquistas habían estado confinados durante quince meses en lo que se llamó “Murderers Row” en la cárcel del condado de Cook. Sus celdas eran habitaciones pequeñas y cuadradas, con una ventana fuertemente enrejada, en lo alto y una puerta pesada. Fuera de la puerta ordinaria había otra puerta formada por rejas de hierro, que se utilizaba en verano con fines de ventilación.

El nombre del carcelero principal era Folz, un veterano en el servicio, que era cuidadoso, atento y considerado. De vez en cuando se permitía a los prisioneros hablar con sus amigos; pero sólo en la llamada “Jaula de los Abogados”, una celda de tres metros por dieciséis, cuya puerta no sólo estaba hecha de barras de hierro, sino que también estaba cubierta por una estrecha red de alambre. La persona hablaba con el preso en el interior, en estrecha presencia con su guardián de la muerte. Una vez que la Corte Suprema dictó su sentencia y fijó la fecha de ejecución, la dureza del trato a los presos se mitigó sensiblemente. Se les permitió a las esposas de los

condenados visitarlos casi todos los días, y a la señorita Miller se le permitió ver a Lingg con tanta libertad como si hubiera sido su esposa.

En los primeros días de noviembre, el capitán Black hizo todo lo posible para que al menos algunos de los prisioneros fueran indultados; estaba convencido de su inocencia y trabajaba como sólo un hombre capaz y bondadoso podía trabajar por ellos. Al poco consiguió que Schwab, Fielden y Spies firmaran una petición de indulto. La petición se basaba en varias razones: la primera fue que eran inocentes del lanzamiento de bombas; la segunda era semejante ya que no tenían ningún conocimiento del lanzamiento de explosivos; y la tercera se basó en el hecho de que en la reunión de Haymarket habían aconsejado medidas pacíficas. Esta petición fue enviada al gobernador y todos esperaban que el gobernador Oglesby hiciera algo para mitigar la terrible sentencia.

Todos los esfuerzos se concentraron entonces en el intento de que Parsons, Engel y Fischer pidieran al menos por sus vidas. La Sra. Fischer y la Sra. Engel hicieron lo que pudieron, mientras que Lucy Parsons no consentiría en tratar de influir en su esposo de ninguna manera. Parsons se negó rotundamente a firmar cualquier petición que no contuviera una demanda de perdón incondicional y libertad absoluta. Finalmente, los tres firmaron esta petición, y el Capitán Black la trajo y la presentó ante Lingg, quien en primer lugar señaló que era bastante inútil, y luego declaró que incluso si era pensable que se le concediera tal perdón, él no lo pediría. Sólo cuando llegó la señora Engel y le imploró que lo hiciera por el bien de su marido, Lingg finalmente cedió, y esa petición también fue al

gobernador. La respuesta del gobernador se reservó hasta el diez de noviembre; pero se filtró que al menos remitiría la sentencia de muerte a Schwab y Fielden. No era de esperar que tuviera en cuenta la petición de indulto incondicional que le habían dirigido los otros cuatro hombres.

Mientras ocurrían estas cosas, ocurrió un acontecimiento que una vez más azotó las pasiones de los hombres hasta convertirlas en un calor febril. A pesar de una gran laxitud en la administración de la prisión, el carcelero Folz hizo que registraran las celdas de vez en cuando. Por suerte, o por desgracia, hizo registrar las celdas la mañana del domingo 6 de noviembre, primer día de la semana fatal. No se encontró nada en ninguna de las celdas, excepto en la de Lingg, donde se encontraron tres bombas, se dijo, por accidente.

El accidente fue lo suficientemente peculiar como para llevar consigo la condena. Al parecer, Lingg había pedido naranjas una y otra vez durante todo el verano, y la señorita Miller le trajo naranjas, que guardó en una cajita de madera junto a la cama. Cuando se abrió la celda para ser registrada, se le pidió que entrara en la “jaula del abogado”. Se levantó de inmediato y preguntó en voz baja:

“¿Puedo llevarme las naranjas?”

“No”, respondieron los carceleros, “por favor déjalo todo; no necesitas comer naranjas durante dos minutos”.

Lingg ya había tomado la pequeña caja de madera en su mano; como lo rechazaron, lo arrojó descuidadamente sobre la cama y salió a la “Jaula del abogado”. Los policías no prestaron

atención al principio a la cajita; registraron toda la celda hasta que llegaron a la cama; luego, el ayudante del sheriff Hogan tomó la caja, la abrió y la empujó fuera de la puerta hacia el pasillo; la suerte quiso que la caja fuera demasiado lejos, atravesó la barandilla del pasillo y cayó al suelo de abajo; allí estalló, y las naranjas rodaron por todos lados. Hogan, viendo el resultado de su empujón, se dirigió a la barandilla del pasillo y miró hacia arriba, y notando que todos los prisioneros estaban preocupados por estas naranjas, les llamó para que las recogieran; pero justo cuando se estaba volviendo, vio que uno de los prisioneros le había quitado la piel amarilla a una naranja y descubrió una capa de algodón debajo. Inmediatamente bajó las escaleras y agarró la caja. En un examen más detenido, según el informe policial, se encontraron tres bombas entre las naranjas, ocultas en pieles de naranja.

Después de este descubrimiento, Lingg fue trasladado a una celda separada, la número once, completamente separada de las demás, y vigilada noche y día por su guardián de la muerte. ¿Había querido volar la cárcel o usar bombas en el mismo lugar de la ejecución? No pude adivinarlo.

El descubrimiento en la celda de Lingg puso a toda América en un estremecimiento de rabia y miedo. Chicago se entregó al pánico, el gobernador de la prisión fue atacado por la prensa; se culpó a la conducta de los carceleros y se condenaba a los alguaciles por todos lados. Se había concedido demasiada licencia. Estos anarquistas eran fanáticos, asesinos y locos, y debían ser tratados como fieras y asesinados como fieras. La sentencia fue unánime. El miedo dictaba las palabras

que escribía la rabia; pero la clase de hombres que eran estos anarquistas pronto aparecería, sin duda alguna, en sus hechos. No debían ser pintados por las mentiras y calumnias de enemigos aterrorizados, sino por sus propias acciones a la luz del día para asombro de todos los hombres.

CAPÍTULO XIII

De los siete acusados, sólo uno era estadounidense, Albert Parsons, y parecía que cuanto más alta era la marea de execración contra los otros anarquistas, como extranjeros y asesinos, más deseaba la mafia estadounidense hacer una excepción a favor de Parsons. Es la tendencia de las masas de hombres a elogiar y culpar al azar y de manera extravagante. Sus héroes son semidioses, sus enemigos demonios. Como he mostrado, la opinión pública había convertido a Louis Lingg en un diablo, un monstruo, una bestia salvaje, y esta misma opinión pública ahora trataba de convertir a Parsons en un ángel de luz. Hay que confesar que tocaba las simpatías de los estadounidenses en muchos puntos. No solo era un estadounidense de nacimiento, sino un sureño que había luchado de niño por los Estados Confederados y que después de la guerra había aprobado las condiciones impuestas por el Norte. En el 79 fue nominado como candidato laborista a la presidencia de los Estados Unidos y declinó el honor.

El pasado de este hombre demostró más allá de toda duda que era absolutamente desinteresado; un fanático, por así decirlo, pero un hombre de principios elevados; un buen hombre, en definitiva, y no uno malo. Era imposible incluso por malicia condenar a Parsons como asesino, como se condenó a Lingg, Spies, Engel, Fischer y los demás. Además, la policía no

lo había detenido; con singular magnanimidad se había entregado a sí mismo, y por su propio impulso afrontaba el peligro. La sinceridad de sus motivos, su noble carácter, la elocuencia de su defensa, habían dejado una profunda impresión en el pueblo. El Gobernador Oglesby, que había tomado la decisión de reducir las condenas de Fielden y Schwab a cadena perpetua, no podía pasar por alto las afirmaciones de Parsons. Todos querían condenar a los anarquistas extranjeros como un todo, y no despertar más simpatías por ellos obligando a Parsons a compartir su destino. En consecuencia, el miércoles por la mañana, el nueve de noviembre, se informó al capitán Black que si Parsons firmaba una petición de clemencia sin más palabras, el gobernador la concedería en vista de su vida pasada.

El capitán Black, que tenía un gran carácter y era muy estimado por la gente de Chicago, se apresuró a ir a la prisión y utilizó todos los argumentos que se le ocurrieron para inducir a Parsons a firmar una petición, simplemente pidiendo clemencia. Para su eterno honor, Parsons se negó rotundamente a firmar tal documento.

“Soy inocente, Capitán Black”, exclamó, “y por lo tanto tengo derecho no a tener piedad y una conmutación de mi sentencia; sino a la libertad y al honor que pueda merecer”; y cuando fue presionado por Black, quien le dijo que esta era su última oportunidad, señaló que no podía aprovecharla, aunque quisiera.

“Sellaría el destino de mis camaradas”, dijo, “y sería de mi parte una traición, o al menos un acto de deserción. Prefiero que me cuelguen mil veces”.

A pesar de todo lo que el Capitán Black pudo hacer, incluso a pesar de las súplicas de su esposa, Parsons mantuvo su decisión. A la mañana siguiente, el gobernador dio su respuesta a las peticiones. Conmutó a cadena perpetua las sentencias de Schwab y Fielden, dejando a Spies, Fischer, Engel, Parsons y Lingg a su suerte. La ejecución se fijó para la mañana siguiente.

Nadie quedó satisfecho. Nueve de cada diez estadounidenses no se preocuparon por Fielden o Schwab; pero que se ahorcara a Parsons, que por lealtad a sus camaradas, se había negado a aceptar un perdón gratuito, parecía monstruoso y horrible, incluso para los partidarios más acalorados era una sentencia infame. Al mismo tiempo, consolaron sus conciencias con la reflexión de que “el único hombre bueno del grupo era un estadounidense de nacimiento”. Pronto serían desengañados, pronto se les enseñaría que entre los despreciados extranjeros había hombres, en carácter y coraje, cabeza y hombros por encima de sus semejantes.

Mientras tanto, desde el descubrimiento de las bombas el domingo por la mañana, Lingg había estado encerrado solo en la celda 11, cosa que habían negado a todos. El secretario de la cárcel, el Sr. B. Price, se turnó para cuidarlo, con su guardia de la muerte, el ayudante del sheriff Osborne. El capitán Osborne parece haber sido muy amable con Lingg, quien naturalmente respondió a la simpatía como un reloj a su muelle principal.

A primera hora de la mañana del día diez, Osborne le comunicó la decisión del gobernador y le contó también que, a pesar de todas las tentaciones, Parsons se había negado a pedir clemencia o colocarse en una posición excepcional. Cuando Lingg lo escuchó, lloró:

“¡Eso es genial, genial! ¡Bien hecho, Parsons, bien hecho!” Poco después, Lingg se quitó un anillo del dedo, se lo entregó al señor Osborne y le pidió que se lo quedara como recuerdo de su amabilidad.

“Llévelo a la ventana”, dijo, “y mírelo. No vale mucho, pero quizá por eso lo valorará más”.

El capitán Osborne lo llevó a la ventana, no para mirarlo, como dijo después, sino para ocultar su propia emoción; y mientras estaba en la ventana fue sacudido y arrojado contra la pared por una terrible explosión. Antes de que pudiera ver o saber lo que había sucedido, la puerta se abrió de golpe. El carcelero y su asistente entraron apresuradamente. Los vapores de la explosión ya se estaban desvaneciendo, y se vio a Lingg boca abajo en la cama en la esquina de su celda, en un charco de sangre.

Lo que siguió, lo tomo del relato que apareció en “The New York Tribune” del 11 de noviembre, un periódico que ciertamente no mostraba ninguna simpatía por Lingg; pero las grandes hazañas y los grandes hombres pueden verse incluso a través de las brumas inmundas engendradas por el odio y la ignorancia; y los informes de los enemigos de uno no deben ser sospechosos de adulación.

“Chorros de sangre inundaron la ropa de cama y el piso. Trozos de carne y hueso se esparcían en todas direcciones. La penumbra de la celda, los vapores nauseabundos de la explosión, eran suficientes para espantar al corazón más valiente.

“Por el amor de Dios, hombre, ¿qué has hecho?” exclamó Turnkey O'Neil.

“No hubo respuesta, ni siquiera un signo de respiración. Se encendió rápidamente una luz. El carcelero Folz tomó el pulso del prisionero. ¿Había logrado engañar a la horca? No hubo tiempo para responder la pregunta. Ayudado por los diputados el carcelero llevó el cuerpo a la puerta de la celda y a la oficina. Un rastro manchado de sangre marcaba el camino. Era una vista terrible. Los rasgos del criminal estaban bañados en sangre. Toda la mandíbula inferior había desaparecido, y parte de la parte superior. Tiras de carne colgaban por debajo de los ojos. Su pecho parecía estar despojado de carne hasta los mismos huesos. Los ojos estaban cerrados, y la mano derecha agarraba convulsivamente el abrigo del carcelero. Un gemido se le escapó...

“Se envió a por médicos con todas las instrucciones. El Dr. Gray, médico asistente del condado, respondió casi de inmediato. Siguiendo sus órdenes, llevaron a Lingg al baño, en la parte trasera de la oficina del carcelero. Aquí lo colocaron sobre dos pequeñas mesas juntadas apresuradamente”. Se colocaron un par de almohadas debajo de su cabeza. En un instante se tiñeron de un carmesí profundo, y un charco oscuro de sangre se formó en el piso de abajo. El médico, inclinado

sobre él, trabajó con un cuchillo reluciente y agujas, cortó y retiró los pedazos de hueso destrozados y los pedazos de carne sangrante. Fue el trabajo de unos minutos tratando sólo de unir las arterias seccionadas. El médico llena una pequeña esponja con un poco de líquido y la sumerge en la cavidad de aspecto horrible que conduce al gran pecho del moribundo comienza a subir y bajar lentamente. Aún no estaba muerto. Su corazón y sus pulmones aún realizaban sus funciones. Arriba y abajo, arriba y abajo, levantaba el pecho y, a cada movimiento, torrentes de sangre brotaban del paladar desgarrado en la garganta. El médico y sus ayudantes, que habían llegado mientras tanto, continuaron aplicándole la esponja. Por fin, la mano del desgraciado se movió. Se aferró a la manta que cubría su cuerpo. Su organismo entero tembló por un momento, y luego levantó esa terrible cabeza y la cara destrozada de toda apariencia de humanidad. Por un momento abrió los ojos y tosió una tos ronca, gorgoteante, y con ella volvió a salir un torrente de sangre en una visión espantosa...

“El Sheriff llegó por fin. Su rostro palideció cuando vio el espectáculo que tenía ante él, y luego se dio la vuelta. Se trajeron mantas calientes y se aplicó agua caliente a los pies del hombre que se hundía rápidamente. En ese momento, el flujo de sangre se detuvo y los vendajes en la parte inferior del rostro daban a los rasgos deformados un aspecto más humano. Se administraban inyecciones hipodérmicas de éter cada pocos minutos. Con los brazos desnudos cubiertos de sangre, los médicos continuaron con su espantosa tarea. Por fin fueron recompensados por sus labores.

“El cuerpo destrozado dio señales de vida; los signos del regreso de la conciencia eran inconfundibles.

“‘Abra los ojos', dijo el médico del condado Mayer. Lingg abrió lentamente los ojos.

“‘Ahora ciérrelos', dijo el médico. Se cerraron casi mecánicamente.

“En medio de las operaciones en él, el anarquista levantó la mano hacia los médicos. Hicieron una pausa. Quería hablar. Era imposible. La lengua, desgarrada, volvió a caer en la garganta. Hace un movimiento como si deseaba escribir. Se colocaron papel y lápiz a su lado. Lentamente, pero con mano firme, trazó las palabras:

“‘Besser anlehnen am Rucken. Wenn ich liege, kann ich nicht athmen'.

“‘Mejor soporte para mi espalda. Cuando estoy tendido, no puedo respirar'.

¿Hubo alguna vez una resolución tan sobrehumana?

“Se le gira lentamente sobre su lado derecho. Sus ojos se vuelven vidriosos. Una palidez se extiende sobre sus rasgos. Es evidente que el final está cerca.

“‘¿Estás dolorido?' pregunta el médico.

“Un asentimiento de la cabeza es la única respuesta, pero no un gemido, ni una señal de sufrimiento.

“A las dos y media, el médico del condado se dirigió al teléfono de la oficina del carcelero y envió el siguiente mensaje al sheriff:

“'Lingg se está hundiendo rápidamente; no puede durar mucho más'. “Ya empezó la respiración estertorosa. La palidez se agudizó. Los ojos aumentaron su mirada vidriosa. Un temblor atravesó el cuerpo. Hubo un movimiento rápido y repentino del pecho. Durante un minuto más o menos la respiración continuó, luego todo quedó en silencio. El médico miró una vez más el rostro y luego dijo:

“'Está muerto.'”

El carcelero Folz sacó su reloj y lo comparó con el reloj de la pared. Eran exactamente las tres menos nueve. El anarquista muerto yacía sobre la mesa con el pecho al descubierto. Los médicos salieron de la habitación. Un reportero intentó cerrarle los ojos pero no pudo. Finalmente intentó hacerlo con unos centavos que tenía en el bolsillo, pero no eran lo suficientemente pesados. Un policía en ese momento entró en la habitación y miró con satisfacción al que creía asesino de sus compañeros.

“‘¿Tienes algunas monedas de cinco centavos para cerrarle los ojos?’, le preguntaron. Buscó a tientas con la mano en el bolsillo, pero luego la apartó. –No para ese monstruo– declaró resuelto.

“Las opiniones difieren en cuanto a los medios empleados por Lingg para poner fin a su miserable vida. Las teorías son abundantes, pero la evidencia es escasa. La prueba es

totalmente deficiente. Una cosa puede aceptarse con seguridad; fue un alto explosivo lo que hizo el trabajo”.

Este terrible hecho desordenó toda la prisión. Los carceleros corrían como locos; los prisioneros gritaban preguntas; la cárcel estaba alborotada. Parsons empujó los barrotes de su celda y, cuando escuchó lo que había sucedido, gritó: “Dadme una de esas bombas; quiero hacer lo mismo”.

La noticia de la explosión se extendió rápidamente más allá de los muros de la prisión, y una multitud recopiló información demostrativa, —una multitud que pronto fue invadida por reporteros de todos los periódicos de la ciudad—. La noticia se difundió en tabloides y fueron publicadas docenas de versiones. La ciudad pareció volverse loca; de un extremo a otro, los hombres empezaron a armarse, y corrían las historias más locas. Había bombas por todas partes. La tensión nerviosa del público se había vuelto intolerable. Las historias circularon y creyeron que la tarde y la noche parecen ahora, como dijo un observador, pertenecer a la literatura de Bedlam⁵. La verdad era que las bombas encontradas en la celda de Lingg y su desesperado auto-asesinato habían asustado a los buenos habitantes de Chicago. Un informe decía que había veinte mil anarquistas armados y desesperados en Chicago que habían planeado un asalto a la cárcel para la mañana siguiente. Las oficinas de los periódicos, los bancos, el edificio de la Junta de Comercio y el Ayuntamiento, estaban vigilados día y noche. Todos los ciudadanos portaban armas abiertamente. Un periódico publicó el hecho de que a las diez de la noche de ese

5 Hospital psiquiátrico londinense que se convirtió en un palacio para lunáticos en el siglo XVII. Familiarmente casa de locos. —N. e. d.

jueves una tienda de armas seguía abierta en Madison Street y llena de hombres comprando revólveres. El espectáculo no sorprendió a nadie como extraño, sino natural, encomiable. El miedo a una catástrofe no solo estaba en el aire, sino en la conversación de los hombres y en sus caras.

Nunca se ha visto nada en ninguna parte de Estados Unidos como el espectáculo que presentó Chicago la mañana del 11 de noviembre. Durante una cuadra en cada dirección desde la cárcel, se extendieron cordajes a lo largo de la calle y se suspendió todo el tráfico. Detrás de las cuerdas había líneas de policías, armados con fusiles. Todo el camino a la cárcel, las aceras estaban patrulladas por otros policías armados hasta los dientes; la cárcel estaba custodiada como un puesto de avanzada en una batalla. A su alrededor se formaron filas de policías, y desde todas las ventanas asomaban policías armados; el techo estaba negro de ellos.

A las seis de la mañana ingresaron reporteros en la prisión; después de eso, se negó la entrada a todos. Desde las seis hasta cerca de las once, unos doscientos reporteros se quedaron aquí, encerrados en la oficina del jefe de la cárcel, esperando. Historias salvajes se susurraban de una cara blanca a otra, historias que ponían a prueba los nervios más fuertes. Dos de los reporteros se desmayaron por la tensión y tuvieron que ser llevados fuera. “En toda mi experiencia”, escribe uno de los presentes, “esta fue la única ocasión en la que vi a un reportero estadounidense quebrantarse bajo cualquier castigo, por terrible que fuera, que se le infligiera a otra persona”.

“Es difícil”, dice el mismo testigo ocular, “comprender ahora el poder del pánico infestable que se había apoderado de la ciudad y la cárcel. Quizás alguna idea de nuestros sentimientos pueda obtenerse del hecho de que mientras esperábamos allí, un periódico de Chicago publicó un extra, anunciando seriamente que la cárcel había sido minada, y que en el momento del ahorcamiento toda la estructura y todo lo que había en ella volaría por los aires.”

El pronóstico de Lingg sobre el resultado de la segunda bomba fue más que acertado.

Algún tiempo después, este mismo reportero honesto y testigo presencial dio una descripción del asesinato judicial que debería leerse aquí:

La palabra llegó por fin; marchamos por los pasillos oscuros hasta el patio designado para el terrible hecho; lo vimos hacer. Vimos las cuatro vidas aplastadas según la moda existente de la barbarie. No explotó ninguna mina; no hubo ningún ataque; la Unión Central no llevó a sus cohortes a la cárcel ni a ningún otro lugar; ningún anarquista armado o desarmado parecía amenazar la supremacía del Estado. En los ojos de todos los hombres había algo de tensión y ansiedad que hacía que todos los rostros que veía a mi alrededor parecieran pálidos y agotados; pero no hubo en ninguna parte el levantamiento de una mano ese día contra la ley. Ahora suena horrible y cruel decirlo, pero visiblemente, más visiblemente, los corazones de todos los hombres se iluminaron porque los

corazones de esos cuatro hombres se aquietaron en la muerte.

Otra escena extraña cerró el drama, porque quien la vio no podrá olvidar esa procesión del domingo, los negros coches fúnebres, los miles que marchaban, los kilómetros y kilómetros de calles densamente pobladas y silenciosas; la impresión aleccionadora de la amnistía de la muerte; la pregunta aún más seria de si lo habíamos hecho bien. La autoinmolación de Lingg y el asombroso coraje con el que había soportado sus horribles sufrimientos habían hecho que todos sintieran lástima y dudaran. El corto día de noviembre se cerró sobre los servicios del cementerio en la oscuridad y las multitudes extrañamente silenciosas regresaron a la ciudad. No hubo estallidos en las tumbas ni en ningún otro lugar; en todas partes este silencio, como signo de un pensamiento inquietante.

Y así, la larga tragedia llegó a su fin. No puedo expresar lo que sentí al leer estos informes. ¡Cómo pude verlo todo! Qué bien entendí a Lingg y la razón de su acto desesperado. No podía imaginar para qué eran las cuatro bombas en ese momento, aunque pronto lo entendería; pero seguramente habría usado las bombas en sí mismo para obtener el efecto aterrador que quería sin lastimar a nadie más que a sí mismo. ¡Pensé también en su coraje y su férreo dominio propio! Cómo encontró las palabras perfectas para evitar que Osborne sospechara de él, y cómo cuando la habilidad del cirujano le devolvió la vida y la feroz tortura, no se le escapó ni

un gemido, ni un grito. Las lágrimas brotaron de mis ojos. ¡Tal poder perdido y desperdiciado! ¡Tal grandeza para llegar a un final tan terrible! Había algo espantoso para mí en la idea de que incluso el policía pudiera hablar de Lingg, tirado allí muerto, como un “monstruo”. Todo lo que tenía que hacer era preguntarle al guardia de la muerte, Osborne, y podría haber obtenido una opinión más justa de él, porque Osborne después de la catástrofe no tuvo miedo de decir la verdad. Esto es lo que dijo de Lingg: “Tengo la la más alta opinión de Louis Lingg. Creo que ha sido incomprendido; tan honesto en sus opiniones como puede serlo un hombre, y tan libre de sentimientos de odio como un bebé recién nacido. Ojalá todos los jóvenes de Estados Unidos pudieran ser tan buenos y humanos como Louis, dejando a un lado su anarquismo.

Incluso sus carceleros fueron conquistados por él para compadecerse y reverenciarle.

CAPÍTULO XIV

Mi larga tarea está casi terminada y no soy lo suficientemente fuerte para demorarme en los tristes últimos acontecimientos. Diez o doce días después de recibir en Colonia la noticia telegráfica de la muerte de Lingg, recibía los informes periodísticos de todo el suceso, que he utilizado en el último capítulo, y con el mismo correo una larga carta de Ida, que contiene cuatro folletos cubiertos con la escritura clara de Lingg. Las había escrito y se las había dado a Ida para que me las enviara en su última visita el sábado 5 de noviembre, justo antes de que se encontraran las bombas en su celda. Aquí está la carta:

“Querido Will,

“Usted ha seguido mi prolongada enfermedad, lo sé, y se alegrará como yo de que los médicos me permitan levantarme en una semana. He sufrido y todavía debo sufrir; he aprendido que nadie debe infligir sufrimiento que no esté dispuesto a soportar alegremente; estoy feliz. Nuestro trabajo está casi terminado, Will, y es un buen trabajo, no malo, como una vez temiste. La *First Factory Act* aprobada en el estado de Nueva York, impidiendo que

niños menores de trece años trabajen hasta la muerte, está fechada en 1886. Lo único que nos queda ahora es hacer lo que Jesús hizo con la cruz, y por pura bondad convertir la soga del verdugo en un símbolo de la hermandad eterna de los hombres. Mi corazón arde dentro de mí; conseguimos la *Ley de los Niños* y fue barato el precio; buen trabajo, Will; nunca lo dudaré.

“También es bueno que tú y yo nos conozcamos y nos amemos. Sé amable con Ida; cástate con Elsie; sigue con tu gran libro y sé feliz como lo son los hombres que pueden trabajar para sí mismos y para los demás.

“Tu amado camarada hasta el final,

“Jack.”

No deseo poner demasiado alto estas líneas apresuradas garabateadas en la cárcel casi en el último minuto; pero es imposible leerlas sin reconocer el noble coraje y el pensamiento generoso hacia los demás que respiran a través de ellos: “de los fuertes brotó la dulzura”. En lo que a mí respecta, esta carta me sacó del pantano de la desesperación. Decidido a hacer lo que Lingg me pedía, me puse a trabajar en los periódicos de Colonia e hice todo lo posible por asumir de nuevo la carga de la vida.

La carta que me envió Ida lo explicaba todo y la leí con lágrimas en los ojos. Se obligó a darme los últimos pensamientos de Lingg:

“‘Dile a Will’, decía, ‘que me pareció incorrecto golpear a subordinados o instrumentos más de una vez, y que se me impidió golpear a los directores o al tribunal como había planeado.

“‘Además, nos estaban malinterpretando: los hombres del tipo más básico decían que atacamos por codicia u odio: era necesario demostrar que si teníamos fácil la vida de los demás, la nuestra era más barata. Los hombres no se mataron por codicia u odio, sino por amor, y por un ideal. Mi acción enseñará a los más sabios entre nuestros oponentes que su policía no sirve de nada contra nosotros; la autoridad debe ser una con el derecho y el amor para ganar la reverencia de un hombre.

“‘Estaba loco, Will’”, escribía Ida, “‘porque están locos los que son demasiado buenos para vivir. Le rogué por mí que no hiciera tal cosa; pero me hizo meterlo en mis dedos y en mi cabello, poco a poco; quería lo suficiente para los demás y para sí mismo: ‘la llave’, la llamó, ‘de nuestra prisión mortal’”.

El resto de su carta era muy simple y muy conmovedora; evidentemente estaba escrito después de la escena final y el silencioso entierro. La señora Engel había sido muy amable, dijo, y había insistido en que Ida se fuera a vivir con ella. Estaban juntas ahora en la tienda, Ida ayudando a sacar adelante a los tres niños. El más joven es como el mismo Engel,

añadió Ida, tan regordete, amable y fuerte; y luego volvía a Lingg:

“Me dijo que no pensara en el pasado, y estoy tratando de hacer lo que él deseaba; pero es muy difícil; a menudo lo olvido, y Johnny tira de mi vestido y dice: '¡No te muevas, tía Ida! 'no te muevas.'

“Elsie viene a verme todos los días; es leal y sincera. Escríbele; está más guapa que nunca, y en su luto parece angelical. Escribe a menudo, Will; debemos acercarnos ahora – ¡ah, Dios!”.

Le escribí a Ida contándole mi amorosa simpatía y rogándole que me hiciera saber si podía ayudarla de alguna manera, y adjunté una carta a Elsie preguntándole si estaba dispuesta a casarse conmigo. Ella respondió que estaba dispuesta a venir a Alemania o Francia y casarse conmigo de inmediato. ¿Podría traer a su madre? La carta era toda dulzura. Las frases de los queridos bebés en élla eran un bálsamo para cualquier corazón. “Ojalá estuviera contigo, querida, para amamantarte; pronto te pondrás bien. Me has enseñado a amar; soy una mujer mejor por haberte conocido, y estoy bien orgullosa de mi chico. Tengo muchas ganas de empezar, y sin embargo, la idea de verte me pone muy tímida... “¡El amor!

Le respondí que no esperaba nada mejor en la Tierra que su compañía, y que comenzaría de inmediato a preparar una casa y enviaría a buscarla lo antes posible.

Pero no iba a ser. Una noche había deambulado tratando de persuadirme a tener esperanza, o al menos a trabajar; pero en

vano. Todos mis pensamientos se convirtieron en melancolía y tristeza. Ahora, mirando hacia atrás, me parece que algo se rompió en mí cuando Elsie salió de mi habitación aquella tarde fatal de mayo. No era lo suficientemente fuerte para emociones tan tremendas y conflictivas; algo más se rompió cuando arrojé la bomba y me di cuenta de lo que había hecho, y el último hilo que me ataba a la vida cedió cuando Lingg murió. La naturaleza nos trata como tratamos a los niños tercos. Nos aferramos a la rama de la vida todo el tiempo que podemos, y la naturaleza viene y nos golpea los dedos uno tras otro, hasta que, incapaces de soportar el castigo por más tiempo, soltamos nuestro agarre y caemos al vacío.

Mi castigo había roto mi voluntad de vivir; probablemente también había minado mi fuerza, porque una simple mojadura me derribó. A la mañana siguiente, apenas podía respirar debido a la bronquitis, y estaba enfermo. Le escribí a Elsie y le dije que me había resfriado; le rogué que me esperara, pronto mejoraría; pero sabía incluso entonces que era más probable que empeorara.

Seguí trabajando en mi libro febrilmente, decidido a terminar mi tarea; pero al cabo de diez días en la cama, la amable gente de la casa llamó a un médico, que parecía muy competente y me aconsejó que fuera a Davos Platz, y cuando me examinaron me dijeron que tenía tisis, y que los pulmones estaban afectados. La verdad era, supongo, que mi cuerpo era demasiado débil para resistir cualquier ataque, y miré hacia el final con un suspiro de satisfacción; ¡Uno se cansa tanto de este duro mundo que termina odiándolo! Redoblé mis esfuerzos para terminar el libro. Tan pronto como tuve dos

copias acabadas y envié una a Ida y otra a Elsie, me sentí considerablemente mejor; sólo quedaba por terminar este breve y último capítulo. De una forma u otra pensé que si podía volver al aire de mis Alpes nativos de nuevo me pondría bastante bien, así que volví a Munich y luego aquí al Reichholz, cerca de la patria, para una visita. Antes de empezar a escribir este capítulo ayer, escribí largas cartas a Ida y Elsie, despidiéndome eternamente. Creo, espero, que recibiré una respuesta de Elsie; y si lo hago, la agregaré a este último capítulo, y el libro completo les será enviado después de mi muerte para que hagan lo que ella e Ida decidan. Y ahora, ¿cuál es el final de todo el asunto? Salí al mundo, luché y trabajé en él, y volví a mi lugar de nacimiento. Un viaje y una pelea, un dulce beso o dos y el apretón de manos de un amigo, eso es lo que la vida ha significado para mí. Uno comienza con un cierto capital de energía, y si uno lo distribuye en sesenta años o lo agota en tres, no importa nada. La pregunta es qué se ha hecho y logrado, y no si se sufrió o se disfrutó, mucho menos cuánto tiempo se tardó en hacer el trabajo.

Hay algo en nuestro caso, estoy seguro, en el lado del crédito. Como dijo Lingg, la bomba lanzada en Haymarket puso fin a los golpes y utilización de pistolas contra hombres y mujeres desarmados por parte de la policía; también ayudó a ganar la *Carta de la infancia* y a establecer el “Día del Trabajo” como una fiesta popular. El efecto del desesperado suicidio de Lingg fue prodigioso. Chicago tomó muy en serio su enseñanza; tal muerte tiene su propia dignidad y su propia virtud. De alguna manera confusa, la gente de Chicago llegó a reconocer que Lingg y Parsons eran hombres extraordinarios, y todos confesaron en sus corazones que debía haber algo muy malo

en un estado social que había llevado a tales personas a la desesperación.

Un hecho ejemplifica el cambio de sentimiento. Cerca del lugar donde cayeron los policías en Haymarket, se erigió un monumento en memoria de ellos con una estatua de un policía en la parte superior. Pero al cabo de muy poco tiempo fue retirado con algún conveniente pretexto para ser erigido nuevamente, a millas del escenario del infeliz hecho, en un parque arbolado, donde nadie lo ve ni sabe qué conmemora. De una forma u otra, se entendía en general que la policía no era la entidad adecuada para la ocasión.

De la misma manera, recuerdo, que después de que Marat fuera asesinado en la Revolución Francesa, le ofrecieron un magnífico funeral de estado; su cuerpo fue enterrado con toda ceremonia en el Panteón; hombres y mujeres se volvían locos por él, usaban sombreros Marat y corbatas Marat y abrigos Marat para honrarlo; pero en un año se encontró que Charlotte Corday estaba justificada, que era una gran mujer y no una asesina; y así, antes de que los meses hubieran completado el círculo, el cuerpo de Marat fue sacado del Panteón, su ataúd abierto y su polvo esparcido por los vientos. La justicia tiene sus venganzas.

La consecuencia y el resultado en nuestro caso quizás sean inciertos. ¿Estuvo justificado el trabajo? ¿Es mejor la rebelión o la sumisión? Me temo que cuanto más parezco haber pagado con dolor y miseria por lo que hice, más seguro estoy de que teníamos razón.

Una cosa está fuera de toda duda. Louis Lingg fue un gran hombre y un líder nato de hombres que, con más felices oportunidades, podría haber sido un gran reformador o un gran estadista. Cuando hablan de él como un asesino, me da lástima, porque también en Lingg estaba la sangre de los mártires: tenía la piedad del mártir por los hombres, la simpatía del mártir por el sufrimiento y la miseria, el desprecio por la codicia y la mezquindad, la esperanza del mártir en el futuro, la fe del mártir en la perfectibilidad última de los hombres.

¿Qué más tengo que decir? Nada. El que tiene oídos oirá, y los demás no importan. Casi al final, empiezo a ver que la opinión de los compañeros no vale mucho, y otro dicho de Lingg viene a ayudarme aquí. “La ley de la gravitación”, dijo, “es la ley del deber; sería fácil ponerse en perfecta relación con el centro de gravedad de este mundo; sería fácil, seguro y agradable. Pero, por extraño que parezca, el centro de gravedad, incluso de nuestro propio globo, está siempre cambiando, avanzando hacia una meta invisible. Las estrellas más allá de nuestro alcance nos atraen y cambian nuestros destinos. Y así, el Sr. Worldly Wise (Mundano) sufre. Nuestra única posibilidad de tener razón es confiar en el corazón y actuar de acuerdo con lo que sentimos”.

Una palabra sobre mí. Aquí, al final, estoy bastante contento. No he tenido mucha felicidad en la vida, excepto con Elsie; pero al conocer a Elsie y Lingg, obtuve una vida más plena y rica de la que jamás habría alcanzado por mí mismo, y quienquiera que haya escalado las alturas no se quejará del

costo. Solo lamento por Elsie e Ida. Deseo, deseo, pero después de todo, ni siquiera los hombres más rudos pisotean las flores.

No puedo creer que en este mundo se pierda cualquier acto altruista, que cualquier aspiración o incluso esperanza muera sin efecto. En mi corta vida, he visto la semilla sembrada y el fruto recogido, y eso me basta. Sin duda seremos despreciados y vilipendiados por los hombres, al menos por un tiempo, porque seremos juzgados por los ricos y los poderosos, y no por los indigentes y desposeídos por quienes dimos nuestra vida.

